



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ESTUDIOS  
MESOAMERICANOS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

INTERACCIÓN Y DIVERSIDAD EN EL CORREDOR PACÍFICO EN LA ÉPOCA  
PREHISPÁNICA

TESIS  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
DOCTOR EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS

PRESENTA:  
ANTONIO JARAMILLO ARANGO

TUTOR  
DRA. SILVIA LIMÓN OLVERA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE  
UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR  
DR. LUIS MILLONES SANTA GADEA  
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS  
DR. CARL HENRICK LANGEBAEK RUEDA  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

CIUDAD DE MÉXICO, AGOSTO 2017



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**“Declaro conocer el Código de Ética de la Universidad Nacional Autónoma de México, considerado en la Legislación Universitaria. Con base en las definiciones de integridad y honestidad ahí contenidas, manifiesto que el presente trabajo es original y enteramente de mi autoría. Las citas de otras obras y las referencias generales a otros autores, se consignan con el crédito correspondiente”.**

## Índice

<u>Índice de imágenes</u> .....	iv
<u>Agradecimientos</u> .....	x
<u>Introducción</u> .....	1
<u>I. Una necesaria revisión teórico metodológica</u> .....	11
“Área cultural” .....	12
Objetos y cultura.....	15
Interacción y homogenización cultural.....	17
Una alternativa: objetos como relaciones.....	20
Unidades diversas.....	22
Mecanismos de interacción.....	23
<u>II Corredor Pacífico</u> .....	25
La Costa Norte del Perú y la costa ecuatoriana.....	28
• <i>Spondylus</i> spp. arqueológico fuera de las costas de Ecuador y del extremo norte del Perú.....	28
• <i>Strombus galeatus</i> y <i>Spondylus</i> spp. en la cultura Valdivia y sus vínculos con el Perú.....	38
• Figuraciones plásticas de recolección de <i>Spondylus</i> spp. en la Costa Norte del Perú.....	40
• Mujeres norandinas en Lambayeque.....	44
• Aleación entre cobre y arsénico en la costa ecuatoriana.....	47
La costa pacífica ecuatoriana, colombiana, del sur de Centroamérica y del sur de Mesoamérica.....	49
• Área Intermedia Sur.....	50
• Pintura iridiscente en Ecuador y Guatemala.....	51
• Estilo internacional en Panamá: introducción por el Pacífico.....	53

<b>La costa ecuatoriana y el Occidente de Mesoamérica.....</b>	<b>54</b>
• <b>Tumbas de tiro.....</b>	<b>55</b>
• <b>Perro sin pelo.....</b>	<b>58</b>
• <b>Cerámica Capacha.....</b>	<b>59</b>
• <b>Vestido.....</b>	<b>62</b>
• <b>Pesas de buceo en Punta Mita, Nayarit.....</b>	<b>65</b>
• <b>Introducción de la metalurgia.....</b>	<b>66</b>
• <b>La carta de Rodrigo de Albornoz.....</b>	<b>69</b>
<b>III <u>Algunas consideraciones sobre la interacción en el Corredor Pacífico.....</u></b>	<b>71</b>
<b>Mecanismos para la interacción en el Corredor Pacífico.....</b>	<b>73</b>
<b>La navegación con vela triangular y <i>guares</i>.....</b>	<b>73</b>
• <b>Vela Triangular.....</b>	<b>74</b>
• <b>Sistema de <i>guares</i>.....</b>	<b>78</b>
• <b>Antigüedad y procedencia de la navegación con balsas.....</b>	<b>79</b>
• <b>Funcionamiento de las balsas.....</b>	<b>88</b>
• <b>El efecto Venturi: la explicación práctica.....</b>	<b>90</b>
• <b>La explicación física: la analogía de los engranes.....</b>	<b>91</b>
• <b>Simulaciones por computador, cálculos ingenieriles y arqueología experimental.....</b>	<b>93</b>
• <b>El problema del <i>Teredo navalis</i>.....</b>	<b>96</b>
• <b>Tiempo y distancia.....</b>	<b>97</b>
<b>Las hachas-moneda y objetos relacionados.....</b>	<b>98</b>
• <b>Dónde se encuentran.....</b>	<b>99</b>
• <b>Contexto.....</b>	<b>102</b>

• Su uso en los documentos.....	104
• Estandarización.....	108
• Estrías de legitimación.....	110
• Hachas-moneda en Mesoamérica fuera de la costa del Pacífico.....	110
• Un solo sistema comercial.....	112
<b>IV Interacción y diversidad.....</b>	<b>113</b>
<b>Impacto de la interacción en las sociedades involucradas.....</b>	<b>115</b>
Costa Norte del Perú durante el Intermedio Tardío (800-1450 d.C) .....	116
• Política en el estado Chimú.....	117
• Composición social en Lambayeque.....	121
• Importancia cosmológica del <i>Spondylus</i> spp.....	124
Los manteño-huancavilcas.....	132
• Relación y alejamiento.....	132
Costa del Pacífico en Mesoamérica.....	142
• La política Purépecha.....	142
• La cosmología del Occidente mesoamericano.....	146
• La economía de Oaxaca.....	147
El desarrollo histórico.....	149
<b><u>Conclusiones</u>.....</b>	<b>153</b>
<b><u>Bibliografía</u>.....</b>	<b>162</b>

## Índice de imágenes

<b>Imagen 1</b> Cuadro cronológico de pueblos y estilos artísticos más relevantes mencionados en el texto.....	26
<b>Imagen 2</b> Mapa de regiones y estilos artísticos más relevantes mencionados en el texto.....	27
<b>Imagen 3</b> Provincia malacológica Panámica.....	30
<b>Imagen 4</b> Detalle de mapa de corrientes marinas.....	31
<b>Imagen 5</b> <i>Spondylus princeps</i> . Sala de Occidente. Museo Nacional de Antropología, México.....	33
<b>Imagen 6</b> Mapa con sitios arqueológicos con <i>Spondylus</i> spp. registrado hasta el 100 a.C.....	35
<b>Imagen 7</b> Mapa con sitios arqueológicos con <i>Spondylus</i> spp. registrado desde 100 a.C hasta el 1.100 d.C. ....	36
<b>Imagen 8</b> Mapa con sitios arqueológicos con <i>Spondylus</i> spp. registrado desde 1.100 d.C hasta el 1.532 d.C. ....	37
<b>Imagen 9</b> Relieve del Templo Nuevo de Chavín de Huántar, datado para el 900-200 a.C. Personaje no humano con un <i>Strombus</i> spp. en su mano derecha y un <i>Spondylus</i> spp. en su mano izquierda.....	39
<b>Imagen 10</b> Cornisa del lado este del edificio A de Chavín de Huántar. Procesión de personajes antropomorfos con atributos animales, el primero con un <i>Strombus</i> spp. siendo usado como trompeta y el segundo con un <i>Spondylus</i> spp. en su mano.....	39
<b>Imagen 11</b> Escultura conocida como el obelisco de Tello de la ciudad Chavín de Huántar datada para el 900-200 a.C. En esta compleja escena que incluye animales, plantas y seres antropomorfos, aparece un <i>Strombus</i> spp. en medio de la composición y un <i>Spondylus</i> spp. en la parte superior.....	40
<b>Imagen 12</b> Mural de Huaca Las Balsas en Túcume donde se aprecia la recolección de <i>Spondylus</i> spp. desde una embarcación de fondo plano y vela.....	43
<b>Imagen 13</b> Relieve de los buceadores. Conjunto Xllangchic An, Chan Chan.....	43
<b>Imagen 14</b> Orejeras de plata con escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. resguardadas actualmente en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (ML100764 y ML100765).....	44

<b>Imagen 15</b> Dibujo del plato de madera con incrustaciones de concha y piedra verde con escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. en medio. Colección del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima (MO4430).....	44
<b>Imagen 16</b> Dibujo de un objeto de origen ecuatoriano encontrado en la tumba de la sacerdotisa de Chornancap. Museo Nacional Hans Heinrich Brüning, Lambayeque, Perú.....	46
<b>Imagen 17</b> Orejera manufacturada con palo de balsa con escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. encontrada en Chornancap.....	47
<b>Imagen 18</b> Mapa de la costa del sur del Ecuador con los sitios arqueológicos donde se han encontrado objetos de metal. ....	49
<b>Imagen 19</b> Tinculpas de diferentes lugares del Área Intermedia Sur.....	51
<b>Imagen 20</b> Cerámica con pintura iridiscente.....	53
<b>Imagen 21</b> Colgante Darién de la costa pacífica panameña.....	54
<b>Imagen 22</b> Mapa de América con la distribución de tumbas de tiro.....	57
<b>Imagen 23</b> Tumbas de tiro números 1 y 2 de la Florida, Zacatecas.....	57
<b>Imagen 24</b> Tumba II de El Dorado, Colombia.....	58
<b>Imagen 25</b> Vasija Capacha monocroma. Su forma de “dos tubos” (existen variantes con tres) recuerdan fuertemente al asa-estribo suramericano.....	61
<b>Imagen 26</b> Ejemplos de asa-estribo del Occidente mesoamericano.....	62
<b>Imagen 27</b> Figurillas Ixtlán del Río.....	64
<b>Imagen 28</b> Figurilla de la fase Guangala/Manteño, Ecuador. ....	64
<b>Imagen 29</b> Textil Wari.....	65
<b>Imagen 30</b> Dibujo de un ornamento metálico en espiral proveniente de Tomatlán, Jalisco, uno de los pocos objetos importados directamente desde Ecuador perteneciente al primer periodo (Arriba). Ornamento en espiral proveniente del Museo Arqueológico de Guayaquil (Abajo).....	68
<b>Imagen 31</b> Disco de lámina con diseños andinos: ser con colmillos y pelo de serpientes. Museo Regional de Guadalajara.....	69
<b>Imagen 32</b> Dibujo de Girolamo Benzoni de balsas con velas en la costa ecuatoriana.....	76



<b>Imagen 33</b> Dibujo de Jorge Juan y Antonio de Ulloa de una balsa con vela en la costa ecuatoriana. Resalta que el dibujo ilustra una vela cuadrada mientras ellos describen una vela latina.....	77
<b>Imagen 34</b> Dibujo de la desembocadura del río Guayas con el Chimborazo de fondo. Atribuido a Fernando Bambrilla, expedición de Malaspina. Museo de América en Madrid.....	77
<b>Imagen 35</b> Detalle del dibujo de Joris van Speilbergen donde se alcanzan a apreciar unos personajes manipulando en sistema de timones de la embarcación.....	79
<b>Imagen 36</b> Figuración escultórica de una balsa de troncos de la cultura Bahía. Actualmente resguardada en el Museo Nacional del Banco Central del Ecuador, Quito.....	80
<b>Imagen 37</b> Dibujo de la balsa encontrada en contexto arqueológico en Chan-Chan, La Libertad, Perú.....	81
<b>Imagen 38</b> Dibujo de vaso de plata del Museo del Oro de Lima con una escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. en una balsa con vela triangular.....	82
<b>Imagen 39</b> Dibujo de detalle de la escena del vaso de plata del Museo del Oro de Lima.....	82
<b>Imagen 40</b> Dibujo de mural de Huaca de las Balsas, Túcume, Perú.....	83
<b>Imagen 41</b> Dibujo de orejera con escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. sobre balsa con vela triangular. Posiblemente provenga del Cerro Sapamé, Lambayeque.....	83
<b>Imagen 42</b> Dibujo de orejera con escena de recolección de <i>Spondylus</i> spp. Actualmente resguardada en el <i>Museum of the American Indian</i> en Nueva York.....	84
<b>Imagen 43</b> Dibujo de orejera resguardada actualmente en el Museo Larco de Lima (ML 100429).....	84
<b>Imagen 44</b> Textil con compleja escena marina. En el recuadro A3 se muestra una recolección de <i>Spondylus</i> spp. desde una balsa con vela. Resguardado en el Museo Larco (ML 600063).....	85
<b>Imagen 45</b> Dibujo de de Joris van Speilbergen de la Bahía de Paita, Perú. Resalta una balsa con velas triangulares.....	86
<b>Imagen 46</b> Dibujo de Richard Madox de una balsa con vela triangular Se alcanza a leer la palabra Perú al final de las anotaciones en un costado. ....	87
<b>Imagen 47</b> Foto de la caleta de San Lucas de Colán en la que se muestra una embarcación de palos de balsa actualmente en uso.....	88

<b>Imagen 48</b> Dibujos explicativos del efecto Venturi aplicado a las velas latinas. División del aire en dos corrientes. Creación de la baja presión que jala la embarcación. Navegación en ceñida con respecto a la dirección del viento.....	91
<b>Imagen 49</b> Dibujos explicativos de la analogía de los engranes.....	92
<b>Imagen 50</b> Dibujo de Joris van Speilbergen y su comparación con el modelo realizado en el laboratorio.....	94
<b>Imagen 51</b> Mapa que indica las rutas de las expediciones de Haslett, Smith y su equipo.....	95
<b>Imagen 52</b> Dibujo esquemático de la réplica de la balsa usada por Haslett, Smith y su equipo.....	95
<b>Imagen 53</b> Mapa donde indica hallazgos de hachas-moneda en Ecuador y el extremo norte del Perú.....	100
<b>Imagen 54</b> Hacha-moneda del Ecuador.....	101
<b>Imagen 55</b> Naipes de Lambayeque.....	101
<b>Imagen 56</b> Hacha-moneda de Oaxaca.....	102
<b>Imagen 57</b> Dibujo que acompaña la descripción de la moneda indígena en la ciudad de Oaxaca.....	106
<b>Imagen 58</b> Lámina 20 de la matrícula de tributos. En la parte superior se observa una hachuela de cobre junto con el numeral 80 (cuatro banderas blancas, cada una siendo 20 unidades). La glosa señala: <i>nauhtecpantli tepoztli</i> (80 “metales”).....	111
<b>Imagen 59</b> Friso de los buceadores en Chan Chan.....	118
<b>Imagen 60</b> Interior del plato de madera con incrustaciones resguardado en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MO 4430).....	119
<b>Imagen 61</b> Exterior del plato de madera con incrustaciones resguardado en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MO 4430).....	120
<b>Imagen 62</b> Enterramiento masculino conocido como “el personaje de los <i>Spondylus</i> ” en Chornancap.....	122
<b>Imagen 63</b> Dibujo de orejeras ML100764 y ML100765. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se notan las cuerdas que unen a los buzos con cabezas zoomorfas.....	124

<b>Imagen 64</b> Dibujo de detalle de la copa ML100755. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se aprecia cómo las extremidades del ser principal se convierten en las cuerdas que sostienen a los buzos.....	125
<b>Imagen 65</b> Dibujo de detalle del Vaso B de Denver. Se ven varios dioses sobre caballos de totora, menos “el dios de los <i>Spondylus</i> ” que está sobre una embarcación de fondo plano.....	126
<b>Imagen 66</b> Dibujo de nariguera ML 100431. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se aprecia como dos humanos, en posición de piernas y brazos flexionados, y que están dentro de estructuras arquitectónicas tienen <i>Spondylus</i> spp. en sus manos. La concha es recibida por el dios que tiene manos-cuerda al centro de la composición.....	127
<b>Imagen 67</b> Dibujo de nariguera ML 100432. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Escena muy parecida a la de ML 100431, en esta no se aprecia la concha siendo recibida por el dios del centro.....	128
<b>Imagen 68</b> Dibujo de detalle del Vaso B de Denver en donde se aprecia las entradas a los recintos con decoración en red.....	129
<b>Imagen 69</b> Orejera resguardada en el Museo Laraco (ML101525). Se observa un ser con cuerdas zoomorfas alrededor de su cuello y rodeado de <i>Spondylus</i> spp. Al fondo la decoración en red que ubica la escena en un espacio liminar.....	130
<b>Imagen 70</b> Dibujo de detalle del Vaso B de Denver. En la parte inferior se aprecia la procesión con bolsas y cabezas trofeo. Luego de pasar por varios recintos arquitectónicos se hace evidente que el contenido de las bolsas era <i>Spondylus</i> spp. La concha es entregada a la mujer recién fallecida en la parte superior para su deificación.....	131
<b>Imagen 71</b> Señoríos manteño-huancavilcas de Salangome (actual Agua Blanca), Picoazá y Jocay en la costa ecuatoriana.....	134
<b>Imagen 72</b> Asiento manteño-huancavilca.....	135
<b>Imagen 73</b> Principales sitios con asientos de piedra manteño-huancavilcas con asientos de piedra.....	136
<b>Imagen 74</b> Lugar dónde se encontró material inca en Agua Blanca.....	137
<b>Imagen 75</b> Dibujo de pendiente de Cobre hallado en Cerro Hojas-Jaboncillo.....	138
<b>Imagen 76</b> Hallazgos incas en la Isla de la Plata, Manabí, Ecuador.....	141
<b>Imagen 77</b> Lámina 19 de La Relación de Michoacán. “Administración general de justicia”. Resalta el “sacerdote mayor” con una pinza en su pecho.....	143

**Imagen 78** Dibujo de una pinza como la que porta “el sacerdote mayor” en la lámina 19 de la *Relación de Michoacán*. Diseño frecuente en Michoacán y Guerrero.....143

## Agradecimientos

Durante el tiempo que duró esta investigación tuve la suerte de encontrarme con personas e instituciones sin las que no hubiera sido posible el desarrollo y finalización de esta tesis. A todos debo una enorme gratitud y vale la pena una mención detallada de quienes hicieron posible este trabajo.

Agradezco enormemente a mi familia y amigos en Colombia. A mis papás, Silvia y Samuel, por ser mi soporte emocional y material durante tanto tiempo. A mis hermanos, Julián y Eloísa, por su amor incondicional y por ser ejemplos de vida. A los amigos de siempre, Alfredo, Andrés, Denis, Luis Fernando, Querton, Santi, Marcela, Isabel, Pilar, Felipe, Tomás, Daniel y Luis por reservarme siempre un lugar al que volver y por confiar en mí. Mención aparte merecen Catalina, Pinzón y Guzmán que, siendo amigos entrañables, se han reconvertido en colegas a los que confío todas mis intuiciones e hipótesis. Mi formación universitaria se la debo en gran medida al apoyo y confianza del doctor Carl Langebaek. Fue él quien dirigió mi tesis de pregrado, escribió la carta de recomendación para postular a la maestría en la UNAM y ha sido mi tutor en los estudios de maestría y doctorado. Espero haber respondido a la confianza que Carl ha depositado en mí durante todos estos años.

Debo un agradecimiento especial a México, país que me ha ofrecido más de lo que algún día podré devolver. Todo lo que he construido en mi vida adulta es gracias a este país maravilloso que me acogió y que me ha dado las condiciones para que pueda crecer personal y profesionalmente. La realización de esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo financiero que he recibido por parte de instituciones de este país: primero, para realizar la maestría, fui beneficiario de la beca de la Coordinación de Estudios de Posgrado de la UNAM y luego recibí la beca otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACyT, para llevar a cabo mis estudios de doctorado. La Universidad Nacional Autónoma de México fue el lugar en el que he tenido la fortuna de desarrollar la mayor parte de mi formación universitaria. En esta casa de estudios encontré el bienestar universitario y el apoyo perfecto para poder realizar la investigación en las mejores condiciones posibles. El tema de esta tesis se lo debo al maestro Tomás Pérez Suárez quien, habiendo yo recién llegado de Colombia a México con muchas ganas pero con ideas

confusas, me sugirió aprender más sobre el *Spondylus*. Gracias a esa conversación, hoy, seis años después, puedo decir que seguí el consejo de Tomás lo mejor que pude. Tomás no sólo me abrió la puerta a los estudios mesoamericanos, también a su casa, a su pueblo y al maravilloso carnaval de Tenosique.

El apoyo del personal administrativo de la coordinación de el Posgrado en Estudios Mesoamericanos ha sido fundamental para poder desarrollar esta investigación. Agradezco a Elvia Castorena y a Myriam Fragoso, por su enorme paciencia y por ayudarme con la mejor de las energías en todos los trámites que requerían mis estudios, apoyos financieros o visas, entre muchas otras obligaciones que no hubiera podido resolver sin su invaluable ayuda. También agradezco a Carmen Valverde, José Alejos y Ana Bella Pérez, por una labor titánica en la coordinación del posgrado.

Durante mis estudios de maestría y doctorado he encontrado a verdaderos maestros a los que debo académicamente mucho de lo que sé. En especial debo agradecer a Federico Navarrete, Michel Oudijk, Ana Luisa Izquierdo, Carmen Valverde, Maricela Ayala y Guillermo Bernal por una calidad académica y personal excepcional. Gracias a su generosidad intelectual he aprendido con ellos dentro y fuera de las aulas de clase.

Mis compañeros del posgrado fueron también mis profesores. Desde mi llegada a México me ha sorprendido la excelencia académica de quienes, por fortuna mía, estudiaron conmigo. Conversaciones y debates con Gabriel Kruell, Daniel Altbach, Mariana Favila, Concetta Bellomo, Octavio Esparza, Mario Aguilera, Radamés Villagómez y Tania González y Aban Flores me han formado igual o más que las clases magistrales. Debo mi agradecimiento también a Ricardo Borrero, amigo y colega al que respeto profundamente. Agradezco enormemente a quien fue mi amigo desde el primer día de clases en la UNAM, Jaime Díaz, colega, amigo y, sin duda, el mejor antropólogo que he visto en campo. A Jaime no sólo me une una profunda amistad, sino que hemos tenido la fortuna de trabajar juntos y recorrer México en numerosos viajes.

De mis aventuras por la investigación mayista me quedan muchísimas enseñanzas y personas a las que agradecer. A Pablo Mumary, colega, amigo y el mejor compañero de viajes por el área maya. En Pablo he descubierto a un excelente investigador y, si cabe, a una mejor persona. A los amigos chapines, en especial a Julio, a Edgar y a Suarlin, que hacen que viajar a Guatemala siempre sea un deleite. A mis amigos de la llamada “Copa

América”, Reveriano, Mariana, Jessica e Ignacio, por enseñarme un México diverso y por estar siempre presentes en los momentos importantes.

Mención aparte merecen Iván y Cory. Ellos, amigos que poco o nada tienen que ver con la investigación sobre el mundo prehispánico, han aguantado con paciencia muchos de mis soliloquios sobre el tema de esta tesis. Gracias por ser siempre un apoyo emocional lejos de casa y por enseñarme tantas cosas.

Por la importancia en mi formación y en específico por la apertura hacia nuevas ideas debo agradecer a los integrantes de tres seminarios en concreto: *La Humanidad Compartida* del Instituto de Investigaciones Antropológicas a cargo del doctor Carlo Bonfiglioli; el seminario de *Etnografía Mesoamericana* a cargo de los doctores Carlos Mondragón y Johannes Neurath; y el seminario de *Tradición Oral Mesoamericana* a cargo del doctor Federico Navarrete. Gracias a mi participación en estos seminarios y a las activas discusiones en su interior pude madurar muchas ideas y metodologías que se ven directamente reflejadas en esta tesis.

Gracias a una beca mixta de CONACyT tuve la oportunidad de hacer una estancia de investigación de 6 meses en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera en Lima, Perú. Debo mi agradecimiento a las personas e instituciones involucradas en darme la posibilidad de esta estancia, en especial a Gabriel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y a Ulla Holmquist, curadora en la época del Museo Larco. Perú me acogió de la mejor manera, aún no puedo recordar su música, su comida, sus costas y sus montañas sin sentir una nostalgia inmensa. En Perú encontré colegas a quienes agradezco su trato amigable y, sobre todo, su respeto intelectual hacia mi trabajo. Debo mi agradecimiento a Luis Millones, Ulla Holmquist, Giannina Bardales, Jorge Gamboa, Bernarda Delgado, Alfredo Narváez, Régulo Franco, Juan Castañeda, Santiago Uceda, Ricardo Morales, Cesar Gálvez, Jorge Ortiz-Sotelo, Diana Ramos, Joanne Pillsbury, Rocío Gress y Carlos Wester. Con todos ellos mantengo una enriquecedora correspondencia y es gracias a su atenta lectura de mi trabajo que he corregido muchos errores de interpretación. Hasta el último día de escritura de esta tesis me vi obligado a revisar muchos de los trabajos de los colegas peruanos y a preguntar sobre mis interpretaciones más arriesgadas. También debo agradecer a los colegas que trabajan en el Ecuador que han revisado mi trabajo y me

han compartido información extremadamente valiosa, en especial a Stefan Bohórquez, Marcos Suárez, Colin McEwan y Richard Lunniss.

Quisiera dar un agradecimiento especial a los habitantes de Yahualica, Hidalgo, en especial a Florentino Aguado y a su familia. Gracias a las conversaciones que he tenido con ellos y a que me han acogido en su casa, he tenido la oportunidad de enfrentarme a un mundo que me es ajeno. Para un historiador como yo, trabajar con esta comunidad nahua de la huasteca hidalguense fue una oportunidad única para experimentar realidades que apenas intuía a partir de las fuentes históricas.

Mi más profundo agradecimiento a mi directora de tesis, la doctora Silvia Limón Olvera, por su paciencia y amables correcciones, pero sobre todo, por la confianza que ha tenido en mi trabajo. La confianza depositada en mi investigación se refleja en la libertad que Silvia me ha dado para seguir mis más arriesgadas hipótesis. Aunque ya los mencioné debo volver a agradecer a los doctores Carl Langebaek y Luis Millones por sus atentas lecturas y sugerencias a lo largo de los cuatro años que duró la redacción de la tesis de doctorado. A mis sínodos, Federico Navarrete y Marie-Areti Hers, debo agradecer también su paciencia y detallada lectura del texto final. Para mí es un honor tener un sínodo que cuenta con personas a las que siempre admiré intelectualmente.

Por último debo agradecer a Ana Somohano. Ana ha sido mi compañera por más de 5 años y ha estado presente en todo el proceso de esta investigación. Ana no sólo ha sido mi amor, mi colega y mi cómplice, sino que ha sido mi más grande maestra sobre la América precolombina. Muchas de las ideas que de manera atrevida me atribuyo en esta tesis han surgido de conversaciones con ella. En todo el trabajo de investigación, escritura y edición de esta tesis ella ha colaborado, en mayor parte sugiriendo las ideas más acertadas y corrigiendo mis errores y excesos. Ana no sólo merece el crédito de por lo menos la mitad de este trabajo, sino por la mitad de mi vida. Estoy feliz por escribir en coautoría mi vida contigo.





## Introducción

La tesis que el lector tiene en sus manos es producto de una investigación de seis años. Durante este tiempo mis ideas han cambiado, mi corpus documental ha aumentado, mi bagaje teórico se ha enriquecido y los alcances de la tesis se han ampliado. Durante el proceso de investigación he intentado conciliar dos intereses que al principio parecían tener derroteros diferentes: por un lado el estudio sobre la materialidad y, por el otro, los contactos precolombinos entre Suramérica y Mesoamérica. Ambos temas cuentan con tradiciones de investigación muy profundas y demandan una breve pero necesaria reseña.

A diferencia de los estudios sobre “cultura material”, en los que los objetos son meros ejemplos de una “cultura” que es construida por los humanos, los estudios sobre materialidad toman a los objetos como verdaderos protagonistas de las relaciones sociales. Los trabajos pioneros en los que se basa esta corriente provienen del trabajo de Marcel Mauss (2009 [1923/24]) sobre el don y el intercambio, en el que los objetos son vistos como la materialización de relaciones entre personas. Annette Weiner (1992) profundiza y complejiza las ideas de Mauss al introducir el concepto de “bien inalienable”, objetos que no pueden ser conceptualizados de manera separada a su poseedor. Los trabajos de Mauss y Weiner han tenido profundo impacto en la antropología melanesista. Debora Battaglia (1990) estudió y analizó el papel de los objetos en un complejo ritual mortuorio en las islas Sabarl, en donde el intercambio de objetos restablecía las relaciones sociales rotas por la desaparición de un miembro de la comunidad. Marilyn Strathern (2015 [1990]) por su parte, propone una clasificación de los objetos desde la perspectiva melanesia, esto es según un principio de transformación, agrupando a los objetos en los que se pueden transformar mediante su propia metamorfosis o por el intercambio: una semilla es potencialmente un árbol así como un niño es potencialmente un hombre y, en el intercambio, un collar es potencialmente una pulsera. El mérito del trabajo de Strathern es proponerse como reto entender a los objetos desde la perspectiva del pueblo con el que trabaja.

Fuera de la antropología de las islas del Pacífico, uno de los trabajos mas importantes y recordados que resalta el protagonismo de los objetos es el volumen conjunto coordinado por Arjun Appadurai (1991) titulado “*La vida social de las cosas. Perspectiva*

*cultural de las mercancías*”. Tomando como metáfora la vida humana para tratar a los objetos, en este libro diferentes autores analizan cómo cambia la concepción de un objeto según el contexto social en el que se inscribe.

Uno de los autores más usados en la arqueología e historia del arte para analizar desde una perspectiva diferente a los objetos es Alfred Gell. Para Gell (1998), la agencia, es decir la capacidad de acción, no se restringe a los humanos, sino que los objetos también pueden hacer que “los eventos sucedan”. La diferencia entre la agencia humana y la de los objetos, es que la capacidad de acción de los humanos es “primaria”, es decir se realiza con voluntad, en cambio los objetos tendrían agencia “secundaria”, supeditada siempre a intereses humanos.

En la antropología americanista se ha revelado que, en muchas ocasiones, los objetos son concebidos como seres vivos que tienen no sólo agencia, sino voluntad, vida y capacidad de hacer daño a los humanos. Muy ilustrativo de este fenómeno es el conjunto de etnografías incluidas en el libro *“La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y la personeidad”* coordinado por Fernando Santos Granero (2012). En este libro diferentes antropólogos documentan cómo en la Amazonía los objetos forman parte de la vida social de las comunidades y entablan relaciones sociales amistosas y conflictivas con los humanos.

Más allá de reconocer que ciertos objetos están vivos, una serie de antropólogos, alumnos y herederos del legado intelectual de Marilyn Strathern, han propuesto una nueva forma de entender la materialidad. Me refiero a Henare, Holbraad y Wastel (2007), quienes en la introducción del libro *Thinking Through Things. Theorising Artefacts Ethnographically*, proponen hacer estudios a través de los objetos de manera heurística, es decir, sin presuponer que significan o simbolizan algo más, sino atendiendo a las relaciones que construyen los objetos mismos. Este texto es fundacional de lo que se conoce actualmente en antropología como el giro ontológico.

No hace falta recorrer el mundo etnográfico para discutir las distintas formas de ser de los objetos. Daniel Miller (2005) es el antropólogo que más ha ahondado en años recientes en los trabajos sobre materialidad y sus trabajos se centran en las ciudades europeas contemporáneas. Este autor ha estudiado cómo el consumo occidental

contemporáneo de objetos subvierte la división tajante entre sujeto y objeto, haciendo que ambos sean co-constitutivos y construyendo conjuntamente la socialización.

Solo recientemente la arqueología ha asumido los trabajos sobre materialidad más allá de la “cultura material” como reto en sus propias metodologías. Muy citado es el libro de reciente aparición de Ian Hodder (2012) sobre la concepción de que las cosas (para diferenciarlas terminológica y conceptualmente de los objetos) están “enredadas”. Sin embargo, tal vez el trabajo más interesante sobre este punto se lo debemos a las arqueólogas estadounidenses Rosemary Joyce y Susan Gillespie (2012). Estas autoras toman el reto de tomar en serio lo que llaman “nuevas materialidades” y, a través de los itinerarios de ciertos objetos, ver cómo estos crean sus propios contextos ya sea en el momento de su uso, su abandono, su descubrimiento arqueológico o incluso su almacenaje y exhibición en los museos. La concepción de los objetos como propios protagonistas de su historia y creadores de contexto más allá de una metáfora con la vida humana, abre una ventana muy fértil para la disciplina arqueológica.

Dentro de esta corriente de estudios de la materialidad yo he explorado casos provenientes del área maya (Jaramillo Arango 2016a) y de la costa norte peruana (Jaramillo Arango 2017). No obstante, esta tesis no sólo responde a esta tradición de investigación. Mi otro interés investigativo ha sido desde hace muchos años los contactos entre Suramérica y Mesoamérica en época prehispánica (Jaramillo Arango 2015b). Al igual que en el caso de los estudios sobre materialidad, no es posible ubicar mis argumentos sin hacer referencia a toda una serie de trabajos previos.

Las interacciones entre Suramérica y México en tiempos prehispánicos han constituido un tema de interés dentro de la disciplina arqueológica americanista desde hace por lo menos un siglo. No es posible desatender trabajos clásicos sobre este tema y gran parte de los estudiosos de la región tiene una opinión al respecto. Si bien no se trata de bandos definidos, las discusiones en torno a este tema dividen a los investigadores entre los entusiastas convencidos de los contactos interoceánicos y los escépticos. Se hace necesario tener ideas claras y datos muy precisos para poder posicionarse dentro de estas discusiones sin dejar de ser crítico con la postura propia y la de los colegas.

No es mi intención en esta introducción comentar una bibliografía ya bastante conocida y analizada por otros estudiosos del tema (Alvarado Hernández, 2014). Basta con

señalar que existen, por lo menos, tres generaciones de investigadores que se han ocupado del tema. No sobra hacer la advertencia de que esta división en tres generaciones de investigadores pueda confundirse con conjuntos más o menos homogéneos; siempre existieron y existen voces disidentes sobre los planteamientos que están en boga en determinado momento. Aquí presentaré ideas generales y algunos autores muy influyentes que han marcado la pauta, sin embargo a pesar de ser representativos, no agotan todas las opiniones al respecto.

La primera generación de investigadores en ocuparse de los contactos interoceánicos entre el sur y el norte del continente, cuyos trabajos fueron publicados a principios y mediados del siglo XX, estuvo compuesta en su mayoría por arqueólogos estadounidenses que trabajaron en sitios de América Latina. Influidos profundamente por el difusionismo, intentaron probar que el cambio cultural tanto el Ecuador como en el Occidente de México se debió a introducciones de pueblos foráneos. Dentro de este marco general se pueden ubicar los trabajos de Saville (1913), Lothrop (1962 [1940]), Meggers (1998), Kelly (1980), Coe (1960) y Swadesh (1969), entre muchos otros. Durante esta época se recabaron gran cantidad de indicadores arqueológicos que referían a irrupciones de costumbres y tradiciones foráneas tanto en Suramérica como en México. No obstante, muchos de estos indicadores han perdido su vigencia y son pocos los trabajos actuales que retoman sin una actitud crítica los postulados de esta generación de investigadores. El Pacífico se mostró para estos autores como la vía de comunicación privilegiada entre los pueblos al sur y al norte del continente, a pesar de que nunca establecieron rutas o vías en los que estos contactos pudieron darse.

La siguiente generación de investigadores que se preocupó por los contactos oceánicos entre Suramérica y Mesoamérica fue integrada por latinoamericanos o extranjeros que hicieron carrera en estos países. A diferencia de sus predecesores, este grupo sí hizo un esfuerzo por delinear rutas, formas de intercambio y de puntualizar la tecnología necesaria para realizar los viajes a larga distancia. La mayoría de los textos de estos investigadores fue publicada a partir de los años ochenta del siglo XX y muchos de ellos siguen investigando y publicando sobre este tema. Algunas de las figuras más emblemáticas de esta corriente son Dorothy Hosler (1988; 2005), Jorge Marcos (2005) y Anne Marie Hocquenghem (1993; 2009a; 2009b), pero pueden citarse otros investigadores

como Alcina Franch (Alcina Franch *et al* 1987); Smith (1997-1998); Núñez Calderón de la Barca (s.f.); Beltrán (2001) entre otros. Mención aparte merece el artículo de reciente aparición de Patricia Carot y Marie-Areti Hers (2016); este trabajo es una excelente ejemplo de que el análisis comparado de contextos arqueológicos en diferentes partes del continente sugieren contactos interculturales poco entendidos.

Más recientemente, los arqueólogos que terminaron su formación a finales del siglo XX o principios del siglo XXI se han mostrado más escépticos sobre la posibilidad de un contacto directo entre las costas pacíficas de Suramérica y Mesoamérica. En su mayoría, exigen una mayor rigurosidad en el tratamiento de los datos y un mayor número de evidencias que prueben la hipótesis de viajes a larga distancia (Pollard, 1993; Carter 2008; 2011; Albiez-Wieck, 2011; Salazar, 2012). A estas objeciones no les falta razón y es un reto importante aplicar la rigurosidad metodológica sobre todo en casos donde no hay consenso y se presentan hipótesis arriesgadas.

En la actualidad existe un interés renovado por los contactos oceánicos entre Suramérica y Mesoamérica. No sólo basta citar mis trabajos (Jaramillo Arango 2015a; 2015b), sino los trabajos de colegas aún más jóvenes que yo. Hazael Alvarado Hernández (2014), por ejemplo, ha hecho un excelente trabajo de recopilación crítica de autores y teorías sobre el tema. A su vez, en una tesis de licenciatura de reciente finalización en la Universidad Veracruzana, David Gárate (2017) analiza cómo pudieron ser los contactos entre pueblos que tuvieron como costumbre enterrar a sus difuntos en tumbas de tiro o pozo. Todos estos trabajos demuestran que existen intereses renovados en el tema que pronto darán sus resultados más palpables.

Esta tesis intenta inscribirse en estas dos tradiciones de investigación de manera complementaria (la de los estudios sobre materialidad y la de las interacciones entre Suramérica y Mesoamérica en tiempos prehispánicos). Por un lado, considero que el caso de la arqueología prehispanista tiene mucho que decir en los debates sobre materialidad. Desde una disciplina cuyas fuentes principales son los restos materiales, existen muchas reflexiones que enriquecen las nociones sobre materialidad y objetos. Por el otro lado, tomar como inspiración creativa los estudios sobre la materialidad surgidos de otros contextos y otras realidades, da la oportunidad de repensar los análisis sobre casos

históricos específicos de la América precolonial, muchas veces con explicaciones encerradas en terminologías específicas y supuestos que se tienen por ciertos.

Esta tesis se centra en una extensa región que abarca desde la Costa Norte del Perú hasta el Occidente mexicano, un territorio al que bauticé el Corredor Pacífico. La historia prehispánica del Corredor Pacífico es un ejemplo excepcional para hacer coincidir estos dos intereses de investigación. Los pueblos que han ocupado esta extensa región han sido comprendidos pobremente desde los supuestos teórico-metodológicos imperantes y generalmente son tenidos como excepciones de las “áreas culturales” a las que pertenecen. Renovar las miradas desde las que nos acercamos a esta región ayudará a comprenderla mejor. Pero también, debido a que la realidad de esta región se presenta rebelde ante los intentos de aprehensión desde la arqueología académica, es una oportunidad única para pensar en la validez de nuestras propias herramientas teórico-metodológicas. Prestar atención a los datos de esta parte del mundo y adaptar nuestros supuestos a esta información y no al revés, da la oportunidad de repensar ciertas maneras de proceder de la disciplina.

El objetivo principal de esta tesis es responder a una pregunta que surge de una aparente paradoja que existe en la arqueología de la región. Si bien existen suficientes indicadores arqueológicos de que los pueblos de la cuenca del Pacífico desde la Costa Norte del Perú hasta el Occidente de México estuvieron en contacto directo y constante, estas mismas comunidades nunca homogenizaron sus patrones culturales. Para responder a esta pregunta seguí una metodología rigurosa que se ve reflejada en la estructura capitular del texto.

Como primer paso me vi obligado a repensar dos de las herramientas teórico-metodológicas más en boga de la disciplina arqueológica actual: el “área cultural” y el “sistema mundo”. La revisión de estos conceptos no se hizo con el fin de desacreditarlos, sino para ver cómo fueron formados y qué consecuencias tiene entender el pasado precolombino en estos términos. Luego de ponderar estas herramientas teórico-metodológicas, propongo una propia para entender el pasado del Corredor Pacífico: la “unidad diversa”. Los pueblos pertenecientes a una “unidad diversa” se definen por que debido a su diversidad cultural interactúan y, luego de su puesta en contacto, las diferencias no se atenúan, sino que se potencian. Más que una unidad en términos culturales, los

pueblos de una “unidad diversa” deben su agrupamiento a estar en interacción constante. Para pensar la arqueología del Corredor Pacífico en términos de una unidad diversa, hay que repensar también las nociones que tenemos sobre los objetos. En el primer capítulo se propone dejar de pensar a los objetos como indicadores de una identidad de sus creadores y pasar a entenderlos como relaciones sociales.

En el segundo capítulo se revisan los indicadores más certeros que indican de alguna manera interacción entre los pueblos del Corredor Pacífico en época precolombina. Estos son expuestos siguiendo un orden geográfico, de sur a norte y dentro de éste, respetando la cronología. Los datos presentados se agrupan en acápite dentro del capítulo y son, en orden: *Spondylus* spp. arqueológico fuera de las costas de Ecuador y del extremo norte del Perú; *Strombus galeatus* y *Spondylus* spp. en la cultura Valdivia y sus vínculos con el Perú; representaciones de recolección de *Spondylus* spp. en la costa norte del Perú; mujeres norandinas en Lambayeque; aleación entre cobre y arsénico en la costa ecuatoriana; Área Intermedia Sur; pintura iridiscente en Ecuador y Guatemala; estilo internacional en Panamá: introducción por el Pacífico; tumbas de tiro; perro sin pelo; cerámica Capacha; vestido; pesas de buceo en Punta Mita, Nayarit; introducción de la metalurgia y la carta de Rodrigo de Albornoz.

Luego de la atenta revisión de los indicadores presentados en el segundo capítulo se hace claro que existieron dos momentos de interacción entre los pueblos del Corredor Pacífico, uno muy antiguo coincidente con el Preclásico mesoamericano, el Horizonte Temprano en los Andes Centrales y el desarrollo Valdivia y Machalilla en la costa ecuatoriana, y otro que comienza en el 600/800 d.C. y finaliza con la invasión hispánica a América. El tercer capítulo se encarga de analizar los mecanismos de interacción usados en el Corredor Pacífico en su segundo momento de interacción. Estos mecanismos de interacción son dos: la navegación con balsas que contaban con vela triangular y timones/quillas, y el intercambio basado en hachas-moneda.

El cuarto y último capítulo mide el impacto de la interacción entre los pueblos del Corredor Pacífico a partir del 600/800 d.C. y hasta el final del periodo prehispánico. Este impacto fue desigual precisamente porque los pueblos que entraron en contacto gozaban de una gran diversidad cultural. Mediante diversas fuentes prehispánicas y coloniales tempranas se analiza como chimús, lambayeques, manteño-huancavilcas, purépechas y



demás pueblos pertenecientes al imperio del *cazonci*, y los diferentes pueblos de Oaxaca, modelaron algunos de sus comportamientos debido a la interacción con pueblos diferentes.

A través de los cuatro capítulos que comprende esta tesis se procura dar cuenta de cómo, gracias a los mecanismos de interacción que se desarrollaron en el Corredor Pacífico, diferentes pueblos mantuvieron interacción constante sin comprometer su diversidad cultural. Los argumentos están presentados en extenso a lo largo del texto, no sobra decir que intenté ser lo más riguroso posible según las fuentes disponibles, y cualquier error se debe a un descuido metodológico, no a una estrategia con el fin de engañar al lector. Muchas de mis ideas han cambiado en estos seis años de investigación, y esto se debe a que muchas veces las fuentes mismas han rebatido gran parte de los planteamientos con los que comencé este trabajo.

\*

Además del objetivo y preocupaciones académicas, existe una serie de motivaciones personales que fueron igualmente determinantes a la hora de realizar esta investigación. No es mi intención presentarme como un académico despersonalizado que sólo se rige por intereses estrictamente académicos, por el contrario considero necesario explicitar mis condicionantes personales para que mi trabajo pueda ser ponderado con mayor justicia.

Mi formación académica como historiador se desarrolló casi en su totalidad en Colombia. Este país, aunque con una disciplina arqueológica plenamente desarrollada y con profesionales reconocidos mundialmente por su trabajo, ha ocupado un lugar más o menos marginal dentro de las reflexiones académicas clásicas sobre arqueología, que procuran desentrañar el origen de los estados prístinos o el surgimiento y decadencia de las “grandes civilizaciones”. La poca existencia de arquitectura monumental ha obligado a los especialistas a enfocarse en otros indicadores y a desviar su atención a organizaciones sociales que no contaron con estados e imperios plenamente desarrollados. El trabajo de los metales, compartido por varias comunidades, ha sido sin duda el rasgo más estudiado de los pueblos que ocuparon el territorio colombiano en época prehispánica. Es tal vez por influencia de mis profesores y colegas que trabajan en Colombia que mi interés se ha

enfocado más en la coexistencia y relación de diferentes pueblos que en el análisis de un sólo pueblo o la admiración por obras de ingeniería de gran dimensión.

Luego de un breve periodo de intercambio académico en México, decidí continuar mi formación en este país. En México he aprendido casi todo lo que sé sobre el pasado precolombino del continente. Aquí, y en especial en la Universidad Nacional Autónoma de México, he encontrado un lugar privilegiado desde donde se puede pensar sobre América Latina. La cantidad y calidad de los académicos dedicados a estos temas hacen que las discusiones y conversaciones complementen una ya de por sí bastante completa formación que ofrece la universidad. Estudiar en México me dio la oportunidad de estar cerca de muchos de los materiales que analizaba y estar en contacto con los mejores especialistas sobre el tema. Sin embargo, la experiencia de trabajo en México que más atesoro es el contacto con los pueblos indígenas. Por cerca de un año he tenido la fortuna de estar cerca de la comunidad nahua de Yahualica, Hidalgo. Los pobladores de este lugar me han abierto el camino a entender que la realidad es tan múltiple como los pueblos que la crean; gracias a los habitantes de Yahualica estoy convencido que no se puede des-indigenizar el pasado prehispánico y que un acto de justicia histórica con estos pueblos es darle capacidad de acción sobre su propio devenir histórico.

Gracias al carácter regional de mi tesis he conocido de cerca varios países de América Latina y a arqueólogos, antropólogos e historiadores trabajando en estos lugares. Guatemala, Ecuador y Perú fueron lugares que tuve la fortuna de conocer de cerca, pero sobre todo de estar en contacto con el trabajo de especialistas residentes allí. De estos, sin duda fue Perú el que dejó una impronta más fuerte en mi formación. En la Costa Norte del Perú existe una generación de arqueólogos locales que trabaja de manera sorprendente, gracias a la excelencia de su trabajo y a su calidad humana pude conocer la historia precolombina de esta región de manera muy cercana.

Mi formación, que se debe a las academias y poblaciones de estos países, responde a la necesidad de diálogo con todos ellos. He procurado de manera explícita no escribir un texto híper especializado al que sólo puedan acceder especialistas de una u otra región. Es claro un trabajo riguroso que pretende cumplir con los más altos estándares académicos, pero que también busca hacer posible que expertos de todos estos lugares puedan comprender fenómenos fuera de su campo de trabajo. Por eso, también procuré hacer una

tesis corta; he incluido toda la información que considero necesaria, pero no me enfrasco en discusiones que podrían aumentar el número de páginas de manera forzada, lo que llevaría necesariamente a restringir el número de mis lectores.

Al igual que la historia del Corredor Pacífico, esta es una tesis que busca dar cuenta de una red de pueblos distantes y diversos unidos por el Océano. La voluntad de reunir esta diversidad en un solo texto obedece a respetar un pasado que encuentro igualmente múltiple y, como no, a una experiencia vital propia producto de la maravillosa oportunidad de conocer tan valiosos y plurales pueblos.

## I

### Una necesaria revisión teórico metodológica

La presente investigación versa sobre los mecanismos de interacción en una amplia zona de la América precolombina: el Corredor Pacífico, definido geográficamente desde la Costa Norte del Perú hasta el Occidente mesoamericano. Lo que a primera instancia hubiera podido ser una revisión de fuentes que atendiera objetos de un pueblo en contextos arqueológicos de otro, se fue transformando. A lo largo de la investigación me vi obligado a hacerme preguntas teórico-metodológicas, pues los datos que iba recolectando no encajaban en las camisas teóricas que yo tenía como ciertas y se resistían a hacer sentido desde los abordajes metodológicos que había aprendido en mi formación universitaria. Este hecho obligó a que la investigación tomara tintes teóricos, sin convertirse, por supuesto, en una “tesis teórica”. La teoría, como se apreciará a lo largo de la tesis, está contenida en el caso que estudio, mi único mérito es ajustar las teorías a los datos y no al revés.

Mi intención no es apelar a un empirismo ingenuo. En mi formación académica, y alimentado por numerosos autores, he aprendido a ver que los objetos son más que rasgos que definen una identidad: son relaciones sociales. Sin embargo el convencimiento de que los objetos son relaciones no es una perspectiva teórica que pretendo aplicar a un caso histórico. Esta postura fue obligada por las circunstancias del caso de estudio, ya que sin ver las relaciones condensadas en los objetos no es posible abordar un estudio como el que esta tesis representa.

Más allá de lanzar críticas abstractas a un aparato teórico metodológico específico, consideré necesario hacer una reflexión sobre el origen de algunas nociones teórico-metodológicas muy en boga en la arqueología académica actual (sin olvidar las demás disciplinas que se ocupan del pasado prehispánico, como la historia o la historia del arte), para conocer desde qué paradigmas fueron construidas y, sobre todo, qué consecuencias traen en el estudio de casos específicos. De manera deliberada hago un esfuerzo por no dividir teoría y metodología. Estoy convencido que la teoría trae consigo unas herramientas metodológicas que le son consistentes; asimismo, no creo que existan metodologías neutras, sino que todo modo de proceder trae una concepción teórica que lo sustenta. Por ese motivo considero que las nociones que reviso son teóricas y metodológicas al mismo

tiempo. No se trata de una forma de ambigüedad o un intento por confundir al lector, sino de ver las consecuencias metodológicas de ciertas teorías y al mismo tiempo el sustento teórico de ciertas herramientas metodológicas. Es por esta razón a lo largo de este capítulo denomino herramientas teórico-metodológicas a una serie de nociones que otros autores deciden separar en dos rubros diferentes.

Con esta idea en mente me voy a limitar a revisar dos herramientas teórico-metodológicas específicas sobre la noción de cultura e interacción cultural en arqueología: el “área cultural” y el “sistema mundo”.

Estas revisiones me darán la oportunidad de plantear una alternativa que no se basa en objeciones teóricas a los ya mencionados conceptos, sino que derive de un atento acercamiento a los datos. Con esto busco hacer una “arqueología recursiva”, en la que aprendamos mucho más de los contextos arqueológicos que se obtienen en campo de lo que intentamos explicar sobre estos (Jaramillo Arango, 2016a; Somohano en prensa). No me refiero solamente a erigir una nueva teoría basada en el estudio de unos casos específicos, sino a la apuesta a que los casos llevan consigo su propia teoría, a la que, desde este tipo de arqueología, debemos atender sin la pretensión de poderla abstraer y volverla aplicable a cualquier contexto. No pretendo invalidar ningún acercamiento teórico en esta tesis, solamente señalar un fenómeno que no cuadra bien con las expectativas formadas desde ciertas perspectivas. Lo anterior no quiere decir que las ambiciones teóricas de esta investigación sean limitadas, muy por el contrario, sostengo que una metodología que permita atender a la teoría derivada del trabajo con los datos es mucho más fructífera en el futuro de la arqueología que la discusión de unos acercamientos puntuales. Hecha esta primera advertencia, comenzaré con el análisis de uno de los planteamientos más presentes en la arqueología americanista actual: el concepto de “Área Cultural”.

### **“Área cultural”**

A comienzos del siglo XX y tomando la herencia intelectual de la Escuela Alemana de Antropología, el difusionismo estadounidense se dio a la tarea de circunscribir las culturas americanas (del pasado y del presente) en áreas geográficas delimitadas (Harris, 2009: 323). Para entender este proceso, debemos primero comprender cómo definían los difusionistas la “cultura”.

Alfred Louis Kroeber, una de las figuras centrales del difusionismo estadounidense, escribía en 1939 que “[...] la Cultura ocurre en la naturaleza como un todo; y estos todos nunca pueden ser completamente formulados mediante la consideración de sus elementos” (Kroeber, 1939: 4). A esto se le llamó “todos culturales”, uno de los conceptos más fuertes de los difusionistas al conceptualizar la “cultura”. En un libro posterior, el mismo Kroeber, en coautoría con Clyde Kluckhohn, señalaba la imposibilidad de entender la cultura como una “fuerza mística actuando a distancia”, sino que esta debería forzosamente circunscribirse en el tiempo y en el espacio (Kroeber y Kluckhohn, 1952: 367- 368). Si en los todos culturales se tomaban en cuenta aspectos de organización social, materiales y medioambientales, era absolutamente necesario delimitarlos en un tiempo y en un espacio específicos. A esta delimitación se le conoce como “áreas culturales”; en palabras de Kroeber: “el concepto de Área Cultural intenta dar cuenta de tales todos culturales” (1939: 4).

Basándose en esta definición de “todos culturales”, resulta bastante consecuente buscar de manera insistente el medio geográfico en el que estos se desarrollaron; desde épocas muy tempranas los difusionistas estadounidenses buscaron definir áreas culturales en todo el continente americano. El primer esfuerzo de este tipo lo hizo Otis T. Manson en 1895, identificando dieciocho “áreas o entornos culturales” en toda América (Harris, 2009: 323). Uno de los trabajos tempranos más influyentes que siguió esta tendencia es el de Clark Wissler (Pérez, 2003: 17; Harris, 2009: 324),<sup>1</sup> quien en 1917 clasificó las áreas culturales según la base alimenticia y la lengua contenidas en ellas. Este autor siguió utilizando este criterio en sus trabajos más puntuales sobre los grupos indígenas de los Estados Unidos (Wissler, 1993: 87-92). En esta línea, prácticamente todos los trabajos difusionistas enmarcaron sus investigaciones según los parámetros de las áreas culturales, siendo una de las características que une a toda esta escuela (Harris, 2009: 324); el mismo Kroeber hizo una división tentativa de áreas culturales que contaba con nueve divisiones en Norteamérica y cuatro en Suramérica (López Austin y López Luján, 2001: 61).

---

<sup>1</sup> Tomás Pérez (2003) referencia el texto de Wissler *The American Indian* para 1922, sin embargo fue publicado por primera vez en 1917.

<sup>2</sup> Existe un antecedente notable de un estudio que abarca la misma región con fronteras geográficas similares: los trabajos de Oliveros Morales (2000) quien define la zona como el “occidente intertropical americano”. Sin embargo este autor se basa en que los pueblos de esta amplia región comparten algunos rasgos, el más notable

Uno de los trabajos que mejor aplicó el concepto de “Área Cultural” específicamente a la arqueología (y que es uno de los que más atañe a esta tesis), fue la construcción de “Mesoamérica”. Como producto de un trabajo conjunto de Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Weitlaner y Paul Kirchhoff que conformaron la Comisión Internacional para el Estudio y Distribuciones Culturales de América en el marco del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, se planteó el concepto de “Mesoamérica” (García Capistrán, 2010: 12). Paul Kirchhoff publicó en 1948 las conclusiones de dicha comisión en el ensayo intitulado "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". Este texto termina con un listado de rasgos culturales (de organización social, materiales y medioambientales), para definir cuáles eran compartidos por los pueblos “mesoamericanos” y cuáles podían ser excluidos de esta área cultural (Kirchhoff, 2009: 8-13). Esfuerzos similares fueron realizados en las otras dos áreas culturales de la llamada “América nuclear”: los “Andes Centrales” fueron definidos (y construidos) en el clásico trabajo *Andean Culture History* de Wendell Bennett y Junius Bird (1949) y el Área Intermedia tuvo su momento fundacional con los trabajos de Wolfgang Haberland en 1954 (Haberland, 1974: 8; Constenla, 1991: 5).

Dos de los trabajos más importantes que se dieron a la tarea de unificar y aglomerar las diferentes definiciones de áreas culturales en el continente fue la inmensa compilación intitulada *Handbook of South American Indians* (1940-1947), *Handbook of Middle American Indians* (1964-1976) y *Handbook of North American Indians* (1978- ), editados a partir de 1940 por Julian H. Stewart, Robert Wauchope y William C. Sturtevant respectivamente, y los dos tomos del libro *An Introduction to American Archaeology* de Gordon Willey (1971). Podrían reseñarse también muchos trabajos actuales muy influyentes que han venido trabajando bajo los parámetros de la áreas culturales (Lumbreras, 1969; López Austin y López Luján, 2001; González (comp.), 2012), lo que demostraría lo vigente del uso del concepto, sin embargo considero que sería extenderse demasiado en este punto. Podría concluirse que la herramienta teórico-metodológica de las áreas culturales sigue siendo una de las formas más vigentes en las que, desde la arqueología, se aprehende el pasado prehispánico americano. Mantener esta herramienta teórico-metodológica ha tenido ciertas consecuencias en nuestra visión del pasado que me gustaría señalar.

## **Objetos y cultura**

Desde muy temprano los trabajos de los difusionistas, y después de ellos los de quienes siguieron usando las áreas culturales para definir sus estudios, permitieron percibir ciertos riesgos metodológicos unidos a este concepto. El propio Kroeber ya decía que las áreas culturales pueden dar la impresión de una cultura estática y poco dinámica. Asimismo, este mismo autor señala la dificultad de delimitar fronteras claras donde termina un “todo cultural” y comienza otro (Kroeber, 1939: 4-6). Kirchhoff también advierte que la sola enumeración de rasgos culturales no da cuenta de la totalidad de la cultura de un pueblo y se queja que sus postulados se han adoptado muy rápidamente sin la debida discusión (Kirchhoff, 2009: 1). Más recientemente Alfredo López Austin y Leonardo López Luján señalan que la continua discusión en la construcción de Mesoamérica ha permitido la superación de algunas de las críticas iniciales, pero resaltan la importancia de seguir refinando dicha herramienta para la comprensión del pasado y el presente de la región (López Austin y López Luján, 2001: 62).

Como ya adelanté, no pretendo desprestigiar o atacar el concepto de Área Cultural; mi intención es, teniendo en cuenta que las áreas culturales no son una realidad histórica sino una forma de aprehensión del pasado (Pérez, 2003: 17), evidenciar qué consecuencias tiene esta herramienta en la relación que hemos tenido con este pasado.

De los “todos culturales” de las sociedades de las que guardamos sólo restos arqueológicos no podemos acceder sino a una pequeña porción. Evidentemente, los rasgos no materiales de la organización cultural se han perdido totalmente. Del “medio ambiente”, sólo podemos hacer algunas pocas inferencias acerca de cómo cambió el clima, la fauna o la flora de un lugar, pero la apropiación de estos elementos con frecuencia se nos escapa; tal vez los estudios de paleobotánica nos abran una ventana más prometedora en este campo. De los restos materiales, se conservan únicamente aquellos que fueron hechos en materiales duraderos, lo que evidentemente desvía nuestra atención hacia las capas de la población que tenían acceso a tales materias primas. De este modo, parece que los representantes más importantes de las culturas precolombinas americanas son los objetos que estas produjeron (esto es especialmente verdad cuanto más antiguo sea el pueblo). Por esta razón, desde la perspectiva difusionista, con frecuencia se confunden los objetos con todos culturales y, en ese sentido, con la cultura. Esta confusión está tan patente que



muchos objetos se presentan con identidad étnica y cultural: estelas mayas, canoas muiscas o cuencos mochicas, por ejemplo.

En esta asimilación entre objetos y cultura juega un papel fundamental la noción de estilo. Con la idea de delimitar temporal y geográficamente un objeto, se parte de la presunción de que un estilo artístico expresa las ideas y concepciones de un pueblo (Gell, 1998: 155-159). Es importante agregar que no sólo se está englobando en un tiempo y un espacio a una serie de objetos, sino también en el pueblo que los creó. La noción de estilo, así como la necesidad académica de ordenar los pueblos en coordenadas espaciotemporales, ha llevado a la confusión entre objetos e identidad étnica que ya se ha señalado. Con tal confusión patente y operando en la arqueología académica difusionista, muchas fronteras de áreas culturales se reafirmaron siguiendo la clasificación tipológica (estilística) de los objetos encontrados en contextos arqueológicos, una tendencia que prevalece aún después de ser criticadas las bases teóricas difusionistas.

La escuela procesualista basó sus fundamentos metodológicos en una crítica pormenorizada de los postulados difusionistas, entre estos el de confundir cultura con materialidad. Para esta escuela la cultura no podía ser reducida a una lista de rasgos al modo de los “todos culturales”, sino que eran los procesos sociales los que la definían; los objetos no serían sino una expresión entre otras de dichos procesos (Renfrew y Bahn, 1993: 469-478). Sin embargo, a pesar de la crítica procesualista, no se logró consolidar una herramienta teórico-metodológica alternativa que reemplazara a la de las áreas culturales. Aunque se intentó establecer una distancia entre objetos y procesos, el tratamiento ontológico de los objetos siguió siendo el mismo: el de fuentes de los procesos culturales humanos (Joyce y Gillespie, 2012; Jaramillo Arango, 2016a). En la medida que los objetos representaban los procesos sociales de sus creadores y usuarios, la confusión entre objetos y culturas arqueológicas (procesuales) fue mantenida en la *praxis*, pues se tenían pocas fuentes alternativas para contrastar y contextualizar las arqueológicas.

Aunque actualmente existen alternativas que plantean teórica y metodológicamente que los objetos arqueológicos son más que fuentes de la acción humana y que, por ende, “cultura” y objetos no pueden seguir siendo sinónimos en arqueología (Gell, 1998; Bray, 2004; Hodder, 2012; Hendon, 2012; Joyce y Gillespie 2012; Jaramillo Arango, 2014; 2016a; Jaramillo Arango y Borrero Londoño, 2015; Somohano 2015; en prensa),

actualmente la tendencia generalizada es la de encasillar los objetos como pertenecientes a una cultura. La consecuencia de esto es que “áreas culturales”, zonas que consideramos ocupadas por una sola cultura, se definen precisamente por la homogeneidad de sus rasgos culturales; como ya hemos visto, principalmente de los objetos. Estas áreas culturales homogéneas en la “cultura material” se nos presentan como la unidad epistemológica más lógica para estudiar el pasado arqueológico prehispánico de una región.

La tendencia a asociar homogeneidad cultural con unidad epistemológica es una consecuencia de utilizar la herramienta teórico-metodológica de las áreas culturales. El resultado de esta postura es considerar que cualquier objeto que rompa con la homogeneidad, es visto como proveniente de otra cultura, una intrusión provisional de otro pueblo, y consecuentemente ha de ser entendido como una fuente de interacción intercultural. Teniendo en cuenta el impacto que esta perspectiva ha tenido en el análisis de la región que comprende el estudio de esta tesis, vale la pena hacer una revisión sobre la relación entre interacción social y áreas culturales desde la perspectiva arqueológica.

### **Interacción y homogenización cultural**

Pareciera una cuestión de sentido común: los pueblos que tuvieron mucha interacción comparten más pautas culturales que aquellos que no tuvieron ningún tipo de comunicación. Este axioma, tan repetido e interiorizado que hoy en día nos parece “natural”, esta siempre presente de manera implícita o explícita en los estudios sobre arqueología. A su vez, este paradigma tiene una contracara lógica: pueblos que tienen diversidad en sus pautas culturales no mantuvieron ni mantienen una prolongada interacción.

Pareciera que la tabla de medida de la interacción entre pueblos fuera precisamente su grado de homogenización cultural. En la arqueología americanista esto es a veces presentado como conclusión espontánea de un caso específico, en el que se juzga la interacción entre pueblos diferentes según el grado de “aculturación” de uno que es dominante sobre otro que resulta dominado (Rivera Dorado, 1973; Zeidler, 1986). Para el caso de Mesoamérica específicamente, el concepto de área cultural se ha presentado como una unidad de interacción, en el que pueblos diferentes entran en contacto (demostrado en el hallazgo de objetos intercambiados) y por eso comparten una “cultura” (Litvak, 1975).

Además de estas posturas, algunos autores han hecho el esfuerzo por emplear una teoría sistemática que de cuenta de la interacción entre pueblos diferentes de manera general.

Uno de los pocos planteamientos que integra este postulado, y que lo desarrolla teóricamente, es el llamado “sistema mundo” propuesto y desarrollado por Immanuel Wallerstein (2005). De sustrato economicista reconocido por el mismo autor, los sistemas mundo son una construcción resultado de la unión de las ideas de economía-mundo de Fernand Braudel (2002: 33) y del desarrollismo planteado por la Comisión Económica Para América Latina de las Naciones Unidas –CEPAL– (Wallerstein, 2005: 15). Según esta teoría, los sistemas económicos crean un “mundo” a través de la división del trabajo en el que diferentes regiones se integran mediante el intercambio; esto se hace gracias al impulso de centros que van cooptando a diferentes periferias dentro de su sistema (Wallerstein, 2005: 19). Aunque Wallerstein (2005, 23-24; 49-62) anuncia que esta interacción no debe generar necesariamente patrones culturales comunes, lo que él mismo llama una “geocultura”, en el caso que él estudia, el sistema-mundo moderno, el capitalismo sí tiene como objetivo crear una geocultura dentro de sus fronteras de interacción.

Han existido múltiples esfuerzos para aplicar este concepto del sistema-mundo a la realidad americana precolonial. Por ejemplo, la controversial división entre centros difusores y periferias (Schortman y Urban, 1994) ha intentado ser matizado incluyendo varios centros, diferentes tipos de periferias y la posibilidad de influencias diversas de varios centros sobre las periferias (Blanton, Kowalewski y Feinman, 1992; Berdan y Smith, 2004; Filini, 2007). Sin embargo, no me gustaría enfrascarme en las formas en las que desde diferentes perspectivas se ha intentado adaptar la teoría del sistema-mundo a la realidad precolombina, sino en las consecuencias inesperadas que este proceso ha tenido.

Si bien Wallerstein advertía que un sistema-mundo no generaría una geocultura, en la práctica de la arqueología americanista del siglo XX no es tan claro que esta distinción sea posible de realizar. Para entender esto a cabalidad, es necesario enlazar esto con la discusión previa acerca de la confusión entre objetos arqueológicos y cultura. Si los objetos fueron los representantes de los pueblos con pautas compartidas que definieron las fronteras de las áreas culturales, y si el intercambio entre regiones lo conocemos por la distribución de objetos, el resultado lógico es que la distinción entre contacto comercial constante y frontera cultural desaparezca en el registro arqueológico. Me explico, si los objetos son los

representantes de la cultura y, a su vez los sistemas mundo se reconocen por el intercambio de objetos, las fronteras de las áreas culturales y de los sistemas mundo tienden a coincidir. Esto llevó a que los trabajos que aplican el concepto de sistema-mundo a la realidad prehispánica de América identifiquen los límites de dichos sistemas con los límites de regiones donde se estableció una cultura homogénea, pues los indicadores son los mismos: los objetos. Los ejemplos de esta equiparación son diversos, pero si nos limitamos a Mesoamérica vemos que los sistemas-mundo (redes de interacción) han coincidido con las áreas culturales (unidades culturales) a lo largo de más de 20 años de estudios por una razón, como ya expuse, metodológica (Filini, 2007: 3).

Desde posturas intuitivas hasta la sólida argumentación teórica de quienes usan, aplican y adaptan proposiciones como la del sistema-mundo, la noción de que la constante interacción genera unidad cultural es un supuesto que pocas veces es cuestionado en la arqueología americanista. Este supuesto se desdobra, como la imagen de un espejo frente a otro, en una variedad de presunciones asumidas que operan como realidades en las interpretaciones sobre sociedades arqueológicas: la constante interacción generó áreas culturales, las áreas culturales se forjaron por la interacción constante de los pueblos a su interior, el contacto entre áreas culturales fue mínimo y la interacción constante entre pueblos al interior de la áreas culturales generó pautas culturales compartidas (principalmente en su cultura material).

Con esta breve caracterización no quiero desechar de un brochazo los rigurosos trabajos sobre interacción intercultural en la América prehispánica que se han hecho utilizando o no el concepto de “sistema mundo”. Existen trabajos excelentes que definen escalas, intensidades, volumen y naturaleza de la interacción a los cuáles no les hago justicia en este escueto apartado (p.e. Hirt y Pillsbury (eds.), 2013). Precisamente, es gracias a este tipo de trabajos que se pueden vislumbrar alternativas a la noción muy pocas veces controvertida que la constante interacción genera homogenización de las pautas culturales. Considero que esta concepción sí es ampliamente compartida explícita o implícitamente y se refleja en muchos estudios académicos. Mi objetivo en este punto fue develar sus orígenes teóricos y metodológicos y, sobre todo, sus consecuencias en el entendimiento del pasado del continente.

Este supuesto, el que la constante interacción genera homogenización en las pautas culturales, no se ajusta a los datos de mi investigación. A lo largo de la costa del Pacífico desde el norte del Perú hasta el Occidente de México, a la que los estudiosos han adjudicado tres áreas culturales diferentes (Andes Centrales, Área Intermedia y Mesoamérica), he encontrado algunas unidades de interacción que incluían a pueblos diversos en la época prehispánica que hacen sentido sin apelar a la homogeneidad de “cultura material”. Por ende esta región resulta difícilmente definible a partir de las “áreas culturales” al estilo difusionista o a partir de los sistemas-mundo al estilo de Wallerstein y quienes aplican sus ideas. La alternativa a estos supuestos surgió de los datos mismos.

### **Una alternativa: objetos como relaciones**

El primer postulado que hay que reevaluar para pensar en una alternativa para comprender las fronteras culturales y la interacción es la fuerte identificación que se tiene entre objetos y cultura. Es necesario desligarse del supuesto difusionista y procesualista de que los objetos son solamente un reflejo de la acción humana y que su único análisis posible es como fuente de información sobre quienes los produjeron, usaron y desecharon. No es fácil desapegarse de esta idea, pues ha sido parte constitutiva de la arqueología académica, al punto de parecer natural.

En antropología, los estudios sobre materialidad en la sociedad euroamericana contemporánea presentan un modelo alternativo bastante sugerente. Basados en la búsqueda de la abolición de la separación tajante entre sujeto y objeto, esta corriente de estudio toma como apuesta superar el antropocentrismo propio del análisis sobre los objetos. Más que un sujeto separado y alienado que construye objetos para su beneficio, se busca entender que “sujetos” y “objetos” son co-constitutivos (Miller 2005). No es posible entender a los sujetos en sociedad sin los objetos que forman parte de sus relaciones y que del mismo modo ayudan a tejer las relaciones al sujeto.

Además de los trabajos sobre materialidad en las grandes ciudades contemporáneas, existen muchos trabajos que intentan acercarse a las materialidades de pueblos fuera de la tradición euroamericana. Con el convencimiento de que lo que llamamos “objetos” son más que un actante paciente de una acción llevada a cabo por un sujeto, diversos trabajos se han dado a la labor de comprender los “objetos” en la construcción de realidad propia de las

relaciones sociales de las que fueron parte. Los regímenes objetuales (es decir las diferentes maneras de ser objeto en las diversas tradiciones) han mostrado “objetos” que son seres vivos (Barcelos Neto, 2012), vías de comunicación con espíritus y ancestros (Taylor, 2005), partes constitutivas de la persona (Weiner, 1992), miembros de grupos de parentesco (Battaglia, 1990), creadores de realidad (Strathern, 2014 [1990]) y un largo etcétera.

En la arqueología este reto se ha tomado de diferentes modos. Existen trabajos específicos sobre objetos que se configuran de manera diferente en las tradiciones de las que formar parte (Navarrete, 2011; Joyce y Gillespie (eds.) 2012; Jaramillo Arango 2016a). Estos análisis llaman la atención sobre las diversas formas de concebir los objetos y sobre el hecho de que la tradición euroamericana es una más dentro de un abanico de posibilidades.

Otros trabajos deciden acercarse a los objetos desde otra postura metodológica. Uno de los más influyentes ha sido el trabajo de Ian Hodder (2012). Para este arqueólogo las cosas (diferenciando cosas de objetos) están “enredadas” (*entagled*) en la vida social y los análisis deberían tomar en cuenta todos estos vínculos. Los humanos, como una cosa más, forman también parte de este maraña de relaciones y así deben ser analizados. Otros arqueólogos deciden tomar los objetos como condensadores de relaciones. En un excelente volumen conjunto, una serie de arqueólogos que trabajan en diferentes partes del mundo analizan los “itinerarios” de ciertos objetos, desplegando todas las relaciones de las que formaron parte en el pasado y en el presente (Joyce y Gillespie (eds.) 2012).

Retomando todos estos esfuerzos me gustaría señalar mi propia apuesta del análisis de los objetos. Como se verá a continuación, a lo largo de la investigación me encontré con objetos que no eran ni el patrimonio material de un pueblo ni los diferenciaban de sus vecinos. Muy por el contrario, muchos de los objetos se manufacturaban con el fin de servir de relación entre poblaciones. En ese sentido, estos objetos no podían ser entendidos como clasificadores de la pertenencia cultural o étnica de sus usuarios, sino como expresiones y posibilitadores de relaciones sociales. En este punto es que se conjugan los materiales con los que he trabajado y la tradición de estudios sobre materialidad que he venido reseñando: desde la perspectiva de estos estudios era mucho más ajustado entender los objetos producto de un pasado que no se basó en la diferenciación cultural identitaria, sino por el

contrario, en la conexión de diferentes tradiciones cuya diversidad fue mantenida y potenciada a través de su puesta en contacto.

### **Unidades diversas**

Si el entendimiento de los objetos se vio modificado, lo fueron también las nociones sobre unidad cultural e interacción. Mi investigación se ha centrado en una región específica: la costa pacífica desde la Costa Norte del Perú hasta el Occidente mesoamericano, lo que he llamado el Corredor Pacífico. Los pueblos asentados en esta zona tuvieron una constante interacción entre sí, sin embargo nunca generaron un área cultural, es decir, nunca homogenizaron sus patrones culturales.

La apuesta es entender que la interacción generada por los pueblos asentados en esta amplia zona se dio precisamente por su diversidad cultural y que esta heterogeneidad fue mantenida y potenciada por dichos vínculos. Esto se hace más fácil de explicar si se toma a los objetos como condensadores de relaciones sociales que generan interacción entre pueblos. Como intentaré demostrar, los indicadores arqueológicos de interacción son concluyentes en demostrar que existió comunicación constante entre los pueblos de esta región, sin embargo la realidad socio-cultural no coincide con las expectativas formadas desde la academia en situaciones de este tipo. El paso a seguir no será desacreditar los hallazgos como ya se ha hecho (Albiez-Wieck 2011), o exigir más indicadores (Salazar 2012), situación que no sucedería en zonas abarcadas por una misma área cultural, sino adecuar las expectativas teórico-metodológicas a los vestigios existentes.

Para esto es necesario adoptar como unidad metodológica la interacción: los límites del estudio se regirán por los indicadores que vinculan pueblos al norte y al sur del continente. La diversidad cultural entre estos límites geográficos no será vista como un obstáculo para la interpretación, sino por el contrario, será tomada en cuenta como factor fundamental de la explicación de las relaciones sociales establecidas en el pasado. Es por esto que he adoptado el término de “unidad diversa” que expresa la unión entre pueblos vinculados por su diversidad y no por su homogeneidad en las pautas culturales. El caso

que nos ocupa en esta tesis es la unidad diversa del Corredor Pacífico, definida desde la Costa Norte del Perú hasta el Occidente de Mesoamérica.<sup>2</sup>

No es casualidad que la unidad diversa del Corredor Pacífico se articulara alrededor de un gran cuerpo de agua: el océano Pacífico. Más que concentrarme en un pueblo específico, la verdadera protagonista de esta tesis es la interacción entre pueblos; mares y océanos se presentan así como vías de comunicación privilegiada que alientan un tipo de interacción particular.

Intentaré demostrar que el Corredor Pacífico fue una unidad de interacción entre pueblos diversos, que justifican su agrupamiento en el estudio no por pertenecer a una sola cultura, sino por compartir un proceso histórico en el que estuvieron relacionados. El impacto de dichas relaciones fue desigual en las diferentes sociedades que entraron en contacto, dependiendo del grado, intensidad y naturaleza de la relación, sin embargo esto no afecta la posibilidad de tratar a todos los pueblos de esta zona como grupo. Es una unidad, pero no una unidad homogénea en términos culturales, sino por el contrario, lo que la define es su diversidad en las pautas culturales. No sólo son pueblos diferentes los que entran en contacto, su diversidad es mantenida e incluso potenciada luego de siglos de interacción. Por esta razón es que considero pertinente llamar a esta zona una “unidad diversa” en contraposición a las áreas culturales, con los supuestos y consecuencias con las que se construyen este tipo de herramientas teórico-metodológicas que ya he analizado.

### **Mecanismos de interacción**

No hace falta tan sólo mencionar un cambio de herramientas teórico-metodológicas para afirmar un cambio en la perspectiva en el análisis, hace falta explicar cómo hacerlo. Desde la disciplina arqueológica pareciera que la única forma de aportar conocimiento novedoso es desde una excavación, descubriendo al mundo académico un artefacto, un edificio o unos restos humanos que habían permanecido bajo tierra durante siglos. Esto ha hecho que se acumulen un gran número de hallazgos aislados sin posibilidad de articulación ni dinamización, y que los hallazgos que se consideran antiguos en la fecha de su publicación

---

<sup>2</sup> Existe un antecedente notable de un estudio que abarca la misma región con fronteras geográficas similares: los trabajos de Oliveros Morales (2000) quien define la zona como el “occidente intertropical americano”. Sin embargo este autor se basa en que los pueblos de esta amplia región comparten algunos rasgos, el más notable el de la tradición de tumbas de tiro o pozo. Aunque el resultado es coincidente, la ruta teórica y metodológica para llegar a la definición de esta zona es diametralmente opuesta.



vayan perdiendo vigencia y reconocimiento. Este fenómeno se hace más grave cuando se nota que los proyectos de investigación son planteados, apoyados y financiados si tienen objetivos reducidos y puntuales, es decir, que se dediquen a explorar un solo aspecto de un solo sitio. Los esfuerzos generales y abarcales son perjudicados institucional y monetariamente.

Mi objetivo para aportar conocimiento novedoso no se basa únicamente en descubrir materiales que no eran conocidos por la comunidad académica. Se trata de compilar el mayor número de fuentes desconocidas, trabajadas, públicas e inéditas que permitan afirmar una interacción constante por el Corredor Pacífico y dinamizarlas al ser integradas en un proceso histórico identificable. En ese sentido, aunque va a ser muy importante la identificación de indicadores arqueológicos que muestren la interacción por el océano Pacífico, el peso argumentativo estará en lo que he decidido llamar “mecanismos de interacción”, es decir en los objetos que posibilitaron los procesos necesarios para vincular a pueblos diferentes por todo lo largo del Corredor Pacífico.<sup>3</sup> Los mecanismos de interacción que analizaré serán dos: la navegación a vela triangular y las hachas moneda. Estos objetos no serán analizados con el fin de delimitar la identidad étnica o cultural de sus creadores, sino precisamente, viendo las relaciones que posibilitaron y alentaron. Sin la comprensión de estos objetos, pero sobre todo de su contexto de uso y de las relaciones que expresan y posibilitan, no se entiende cómo se puede generar la interacción que dio origen al Corredor Pacífico.

El análisis de estos mecanismos de interacción y la explicación de cómo estos generaron la posibilidad de que pueblos diferentes entraran en contacto manteniendo su diversidad, es mi forma de dinamizar en un proceso histórico, una serie de fuentes arqueológicas que parecen inconexas y aisladas.

---

<sup>3</sup> En este punto debo indicar un notable antecedente, aunque no refiere a la disciplina arqueológica o únicamente al pasado precolombino: se trata del libro de Fernando Santos Granero (1992), *Etnohistoria en la Alta Amazonía: siglos XV-XVII*, sobre la interacción de pueblos amazónicos a lo largo del tiempo. En este excelente texto el autor identifica los mecanismos de interacción entre diferentes pueblos de la Amazonía que los llevó en algunas ocasiones a conservar la diversidad cultural, y en otras a acoplarse a otras pautas culturales.

## II

### Corredor Pacífico

Desde la Costa Norte del Perú, en los Andes Centrales, hasta el Occidente mesoamericano (región que incluye los actuales estados mexicanos de Colima, Nayarit, Jalisco y Michoacán) se encuentran ciertos indicios de interacción entre pueblos diferentes en época precolombina, a través de la costa pacífica del continente americano (imágenes 1 y 2). A continuación repasaré dichas evidencias; el orden expositivo será tomar las interacciones de sur a norte, comenzando desde el Perú hasta llegar al Occidente mesoamericano y, dentro de este orden general, seguiré una secuencia cronológica. En este capítulo abordaré esta temática de la forma más general posible para transmitir la idea de que, desde épocas muy tempranas hasta la invasión europea, en este territorio se vivió una intensa interacción. Voy a dividir la exposición en tres acápites por comodidad narrativa:

1. La Costa Norte del Perú y la costa ecuatoriana
2. La costa pacífica ecuatoriana, colombiana, del sur de Centroamérica y del sur de Mesoamérica
3. La costa ecuatoriana y el Occidente de Mesoamérica.

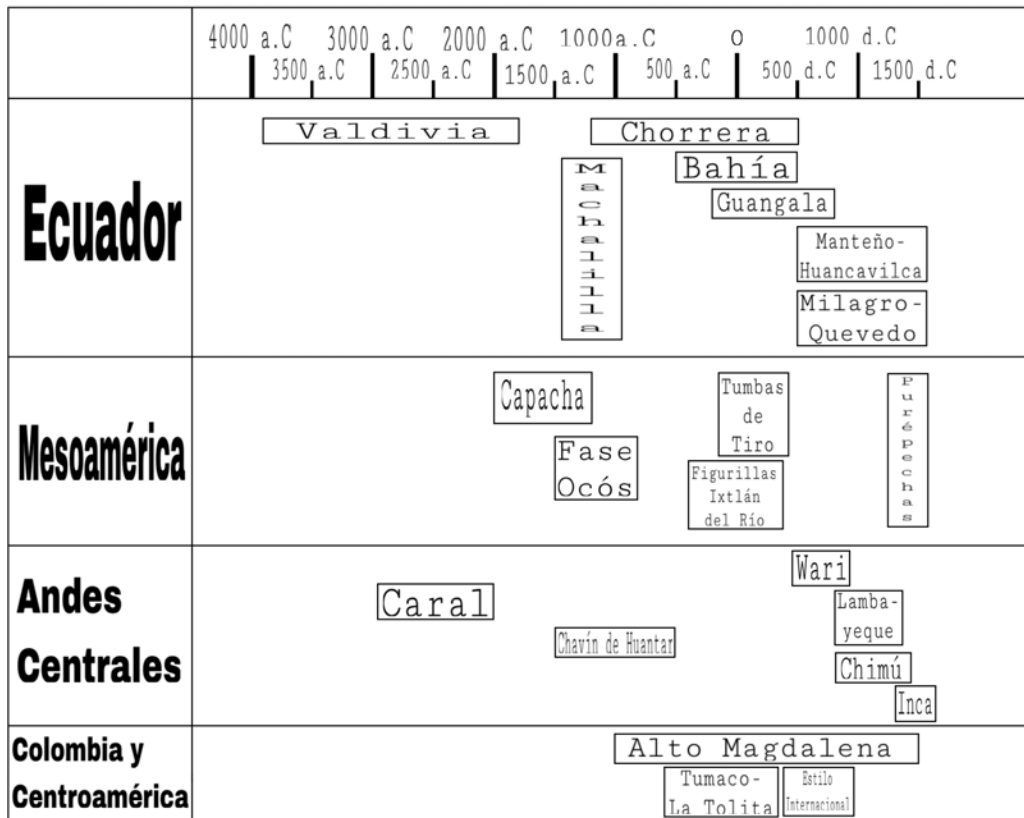


Imagen 1. Cuadro cronológico de pueblos y estilos artísticos más relevantes mencionados en el texto. Elaborado por el autor.

□



Imagen 2. Mapa de regiones y estilos artísticos más relevantes mencionados en el texto. Elaborado por el autor.

## La Costa Norte del Perú y la costa ecuatoriana

La costa ecuatoriana es uno de los lugares de la América precolombina que con más frecuencia se ha caracterizado como centro de interacción (Topic, 2013: 347). Existe registro arqueológico comprobado de vínculos con sus vecinos septentrionales y australes, así como con poblaciones asentadas en la sierra andina y en la selva amazónica. Dentro de las muchas conexiones prehispánicas que establecieron las sociedades asentadas en esta región, los contactos con la Costa Norte peruana están bien documentados y constituyen uno de los ejemplos más claros de interacción constante que, tras siglos de relación, no generó una unidad cultural. Con frecuencia estas dos regiones son divididas por una supuesta frontera cultural que divide el Área Intermedia y los Andes Centrales (Topic, 2013: 335). A continuación presento los indicadores arqueológicos más aceptados sobre esta interacción.

- ***Spondylus* spp.<sup>4</sup> arqueológico fuera de las costas de Ecuador y del extremo norte del Perú**

La presencia de la concha *Spondylus* spp. en contextos arqueológicos en regiones fuera de su hábitat natural revela una necesaria interacción entre las poblaciones que explotaron esta concha y aquellos pueblos que la usaron y finalmente depositaron en estos lugares. Por la importancia del *Spondylus* spp. en esta tesis vale la pena hacer un recuento de las características biológicas de este animal.

El *Spondylus* spp., cuenta con una clasificación biológica bastante exacta. Se ha clasificado dentro de los pelecípodos de la provincia Panámica, de la familia *Spondylidae*, el género *Spondylus* y que cuenta con tres especies, *princeps*, *calcifer* y *leucacanthus* (Suárez, 2007: 235). Para las personas no especializadas en fauna marina, como es mi caso, esta clasificación merece una explicación.

“Pelecípodo”, o *pelecypodea* (Suárez, 1977: 11), es una “clase” dentro del reino animal y se refiere a la estructura triangular de la concha, comprimida en su pie en forma de hacha (proveniente del término griego “peleku”, que significa hacha). También se ha

---

<sup>4</sup> Fueron dos las especies de *Spondylus* de la provincia malacológica panámica usadas en épocas precolombinas tanto en los Andes Centrales como en Mesoamérica: la *princeps* y la *calcifer*. Ambas comparten el mismo hábitat y con frecuencia se encuentran en los mismos contextos arqueológicos. A partir de ahora usaré la contracción *Spondylus* spp. para referirme a las dos especies del género cuando no sea necesaria su distinción.

llamado a esta “clase” bivalva, por tener con dos valvas casi simétricas, pero una más convexa que la otra; lamelibranquianos, por tener branquias formadas de láminas; o acéfalo por no poseer cerebro, y en consecuencia, sistema nervioso central (López y Urcuyo, 2008: 10).

Decir que este pelecípodo pertenece a la provincia Panámica nos habla de su hábitat natural. De las provincias malacológicas, es decir, las diferentes zonas en las que viven los moluscos (la malacología es la rama de la biología encargada del estudio de los moluscos), nos interesa aquella que se extiende desde la península de Baja California hasta Cabo Blanco en Perú.

Gracias a sus corrientes cálidas y a la concentración de sal de sus aguas, en esta región malacológica viven más de 3.000 especies de moluscos (Suárez, 2007: 36). Las fronteras de esta región están dadas por las corrientes marinas que hacen variar la temperatura del agua. Al sur el agua fría de la Corriente de Humboldt hace que la temperatura sea muy baja para que especies como (precisamente) el *Spondylus* spp. puedan vivir, mientras que al norte la Corriente fría de California hace lo mismo. La cálida Contracorriente Ecuatorial, que llega de frente a la provincia Panámica, es la responsable de subir la temperatura en esta región del Pacífico americano. No obstante, cabe mencionar que gran parte de la costa de la provincia Panámica no es rocosa; la costa norte de Ecuador, la costa pacífica colombiana y el sur de Panamá están habitadas por numerosos manglares, por lo que el *Spondylus* spp. no pueden vivir en estas costas, pues no cuenta con un sustrato rocoso al que aferrarse. Los lugares en donde actualmente vive este animal son la costa ecuatoriana cercana a la desembocadura del río Guayas, la costa norte de Panamá, Costa Rica, Nicaragua y algunas partes del Occidente mesoamericano.

Una comparación entre los mapas de la provincia Panámica (imagen 3) y de las corrientes marinas americanas de la Universidad de Texas (1943) (imagen 4), puede dar una idea más precisa sobre esta relación entre la temperatura del agua y la fauna marina.

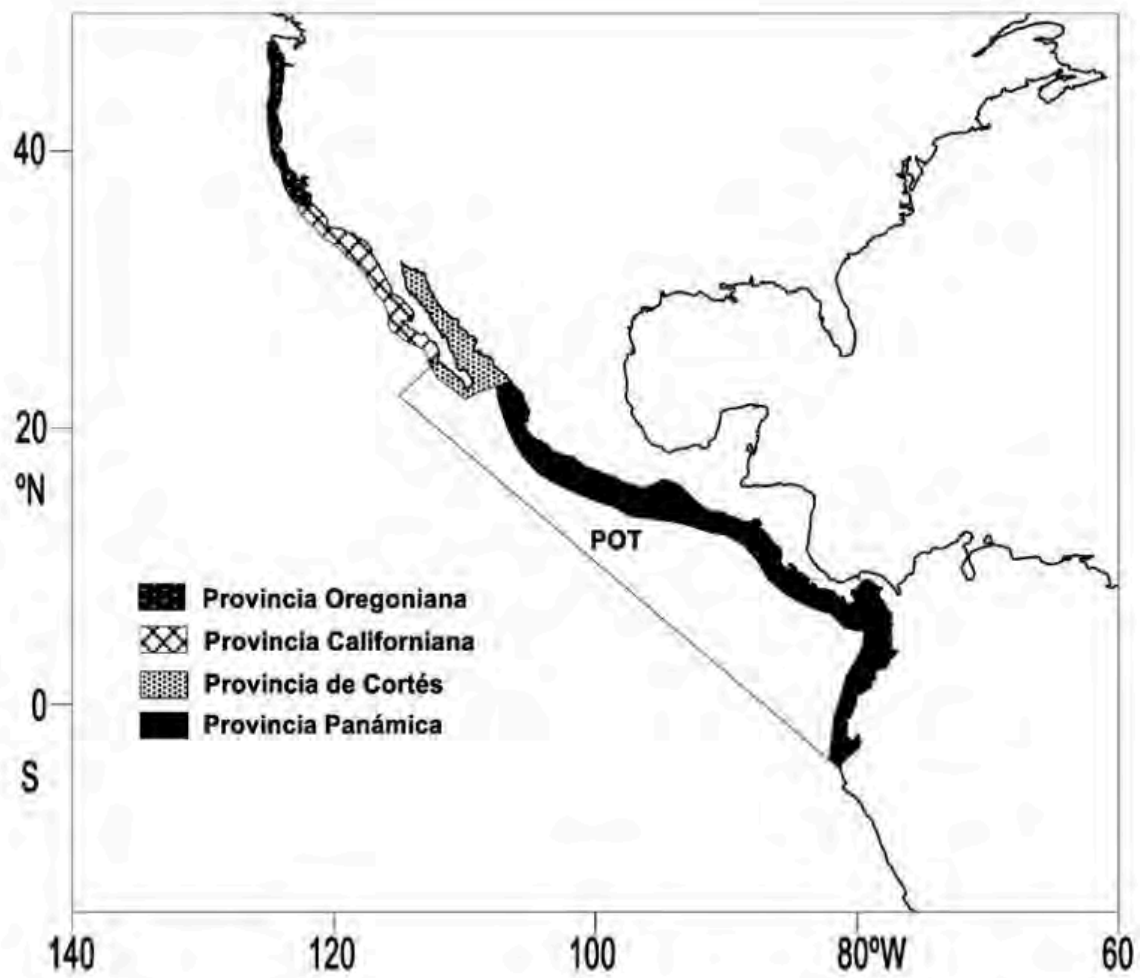


Imagen 3: Provincia malacológica Panámica. Tomado de Padilla-Serrato et. al. 2016: 88.

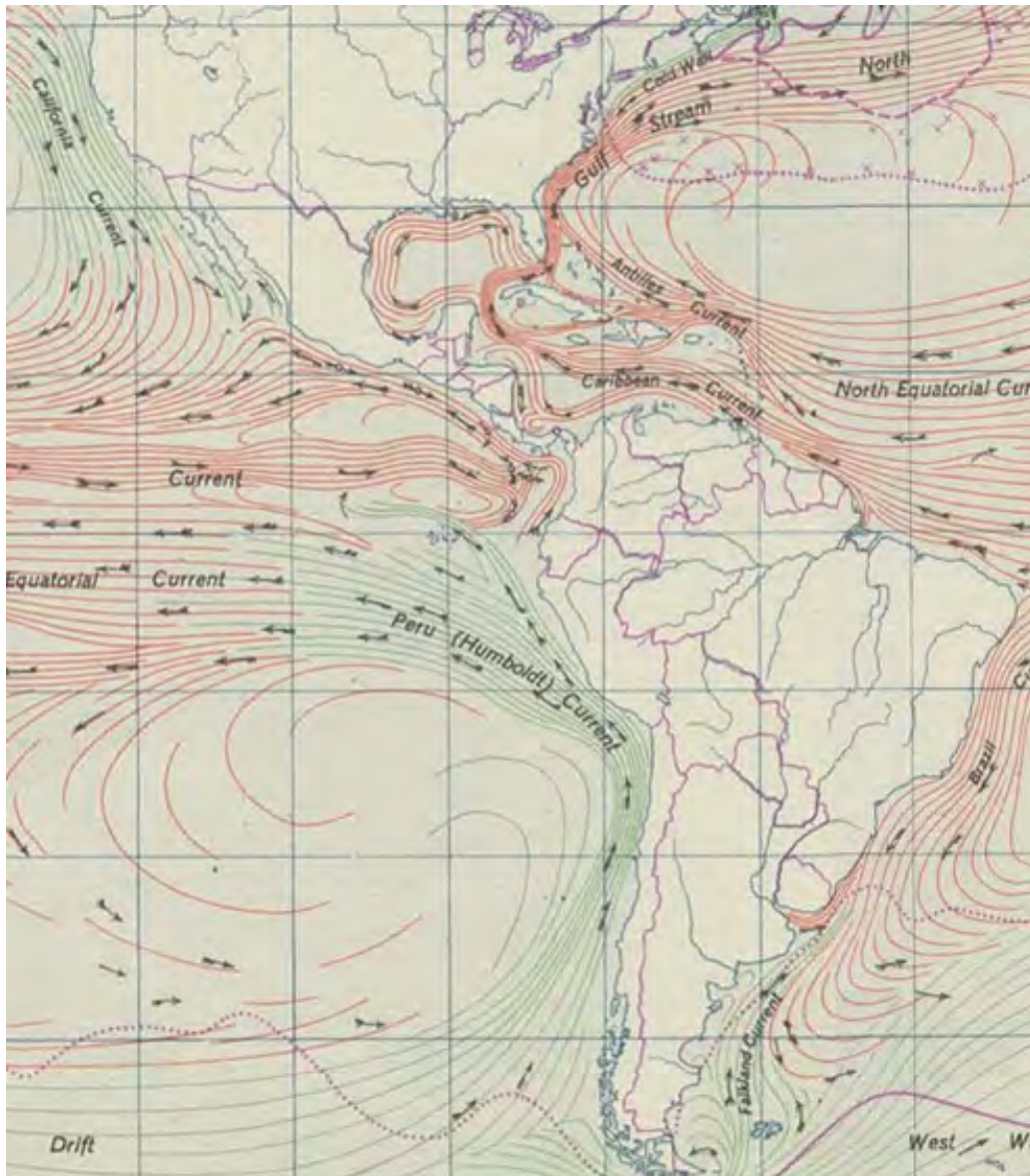


Imagen 4: Detalle de mapa de corrientes marinas. Tomado de Universidad de Texas, 1943.

Sigamos, por ahora, resolviendo esta suerte de ecuación biológica. De la familia *Spondylidae* podemos decir que se caracteriza por tener una concha grande con costillas radiales y espinas de diferentes tamaños (Villalejo y Muñetón, 2002) y se mantienen fuertemente pegados al sustrato donde residen por medio de una de sus valvas (López y Urcuyo, 2008: 27).

De esta familia se desprende el género *Spondylus*, que a su vez se divide, dentro de la provincia Panámica, en las especies *leucacanthus*, *calcifer* y *princeps* (Villalejo y Muñetón, 2002). Existen dudas sobre la posibilidad de que el *Spondylus leucacanthus*



hubiera podido ser extraído y utilizado en época precolonial porque su hábitat es muy profundo y difícilmente un buzo se puede mantener prolongados periodos de tiempo a tales profundidades sin aparatos modernos; además, el tono de la conchas es similar a la del *princeps* y *calcifer*, por lo que su identificación no es segura en objetos manufacturados (Carter, 2011: 64).

De estas las otras dos especies, es la *princeps* de mayor volumen que la *calcifer*, alcanza tonos más rojizos y es la más buscada para hacer ornatos y joyas. El *Spondylus calcifer* es ampliamente utilizado pero menos valorado que el *princeps* y recibe su nombre gracias a que, en tiempos de la colonia española en Centroamérica, la concha de este animal fue utilizada como materia prima del cemento (López y Urcuyo, 2008: 27). Aunque existen otras especies de *Spondylus* en América, como el *Spondylus americanus* e *icterycus*, no pertenecen a la provincia Panámica, sino a la Caribe (Suarez, 2007: 235).

Al ir desovillando la retahíla biológica, hemos obtenido gran cantidad de información sobre el pelecípodo de la provincia Panámica, de la familia *Spondylidae*, del género *Spondylus* y de las especies *princeps*, *calcifer* y *leucacanthus*. Sin embargo hay alguna información básica específica del *Spondylus* spp. que ha quedado sin mencionar. El color de la concha de este animal varía desde el blanco hasta el rojo oscuro, pasando por tonos naranjas y amarillentos (el *princeps*) y tonos violáceos (el *calcifer*). A medida que el animal va creciendo, va recolectando pequeños organismos que van dañando su concha, y con los cuales vive simbióticamente (Velázquez et al, 2011: 219). Se encuentra entre dos y treinta metros de profundidad adherido a sustratos rocosos (García Domínguez et al, 2010: 25), aunque actualmente, debido a la depredación humana, su hábitat se ha vuelto de mayor profundidad (Velázquez et al, 2011: 215). Para dar al lector una idea más precisa de cómo es el *Spondylus* spp., presento una foto de una bivalva de la especie *princeps* que está expuesta en la sala de Occidente del Museo Nacional de Antropología de México (imagen 5).

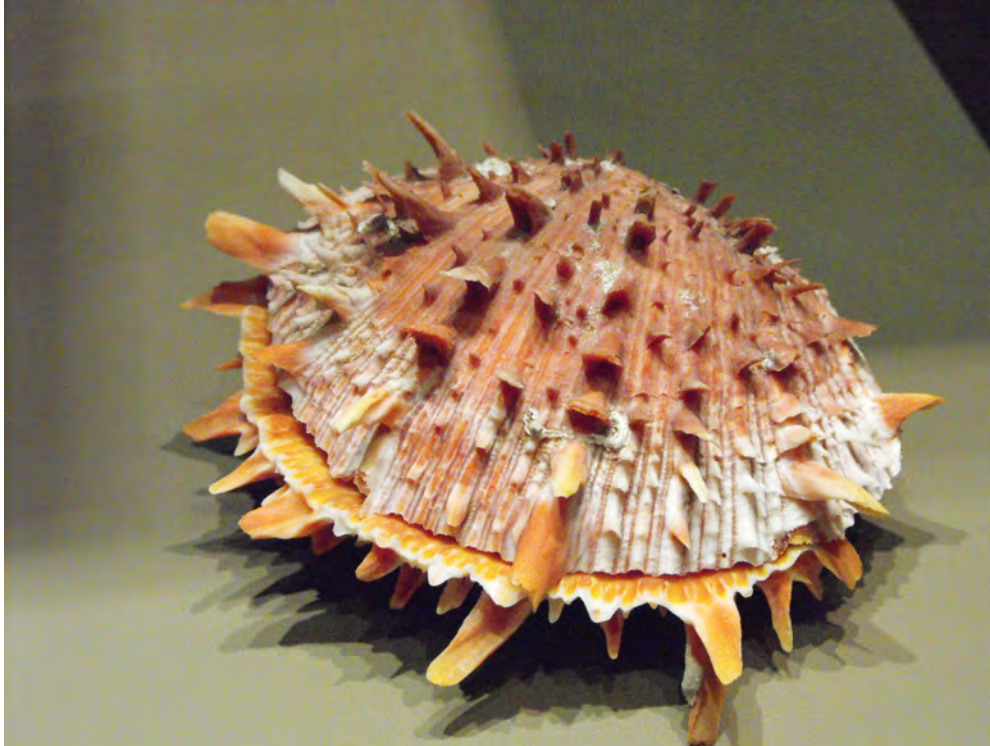


Imagen 5: *Spondylus princeps*. Sala de Occidente. Museo Nacional de Antropología, México. Foto del autor, 2012.

Ya que conocemos las características biológicas del *Spondylus* spp. podemos estar seguros que estas conchas encontradas en contextos arqueológicos de los Andes Centrales revelan una necesaria interacción de sus habitantes con poblaciones de las costas norandinas (que incluyen el litoral ecuatoriano y del extremo norte del Perú). Tanto el *Spondylus princeps* como el *Spondylus calcifer* viven y se reproducen en aguas cálidas: la Contracorriente Ecuatorial que corre frente a la costa ecuatoriana y del extremo norte del Perú permite que estas conchas puedan vivir allí. Sin embargo, la Contracorriente Ecuatorial desvía su curso en la Costa Norte peruana por la fuerza de la fría corriente de Humboldt que viene del sur;<sup>5</sup> esta es la causa por la que el límite meridional del hábitat del *Spondylus* spp. es Cabo Blanco, en el departamento peruano de Piura (Carter, 2011: 67). Debido a esto se puede asegurar que todo el material malacológico de esta concha encontrado más al sur de este lugar fue producto de importación humana.

---

<sup>5</sup> Aquí tomo en cuenta la fuerza de las corrientes marinas principales. Sin embargo existen muchas corrientes marinas de menor intensidad, que si bien son significativas en la subida o bajada de la temperatura del agua, no modifican el fenómeno en este caso específico.

Vale la pena señalar que algunos autores señalan la posibilidad de que el *Spondylus* spp. pueda expandir su distribución más al sur de Cabo Blanco de manera momentánea durante el Fenómeno de El Niño, cuando la temperatura del océano frente a la Costa Norte del Perú sube por el cambio de correlación de fuerzas de las corrientes marinas (Craig y Shimada, 1986). Sin embargo, esta suposición es rebatida por datos paleobotánicos que no encuentran restos antiguos de *Spondylus* spp. frente a las costas peruanas, como sí de otras especies de agua cálida (Díaz y Ortlieb, 1993: 171). Datos biológicos actuales también llevan a pensar que el *Spondylus* spp. no puede expandir su distribución incluso en los momentos del Fenómeno El Niño (Carter, 2011).

La interacción generada por la explotación, intercambio y uso de esta concha fue muy prolongada, ya que la presencia de *Spondylus* spp. en los Andes Centrales ha sido documentada desde la época de Caral (2900-2000 a.C) (Shady, 2005: 110)<sup>6</sup> hasta la época inca (1438-1532 d.C) (Relación de Huarochirí, 1991: 114-116).<sup>7</sup> Gracias a la interacción entre las poblaciones de la costa norandina y de los Andes Centrales, es posible encontrar *Spondylus* spp. fuera de su hábitat natural en sitios arqueológicos de los Andes Centrales y septentrionales datados desde el 2000 a.C hasta la llegada europea al territorio (imágenes 6, 7 y 8). Incluso en época colonial se tiene registro de la importancia de esta concha para las poblaciones indígenas en el Perú (Blower, 1996: 41-43), lo que atestigua una interacción constante durante siglos entre estas dos regiones.

---

<sup>6</sup> Las dataciones de Ruth Shady y su equipo para Caral 2900-2000 a.C, son polémicas. Shady anota la existencia de un taller de *Spondylus* spp. en el núcleo urbano de Caral, lo que indica un uso prolongado de este material. Sin embargo en otros sitios precerámicos del Perú se han encontrado restos arqueológicos de *Spondylus* spp., por lo que el argumento no depende únicamente de las fechas del valle del Supe.

<sup>7</sup> En la crónica de Huarochirí se anota el uso del *mullo*. Aunque el *Spondylus* spp. hace parte de lo que denominaba como *mullo*, no es el único elemento, pues también se incluían huesos y piedras entre otros materiales (Blower, 1996: 19-21)

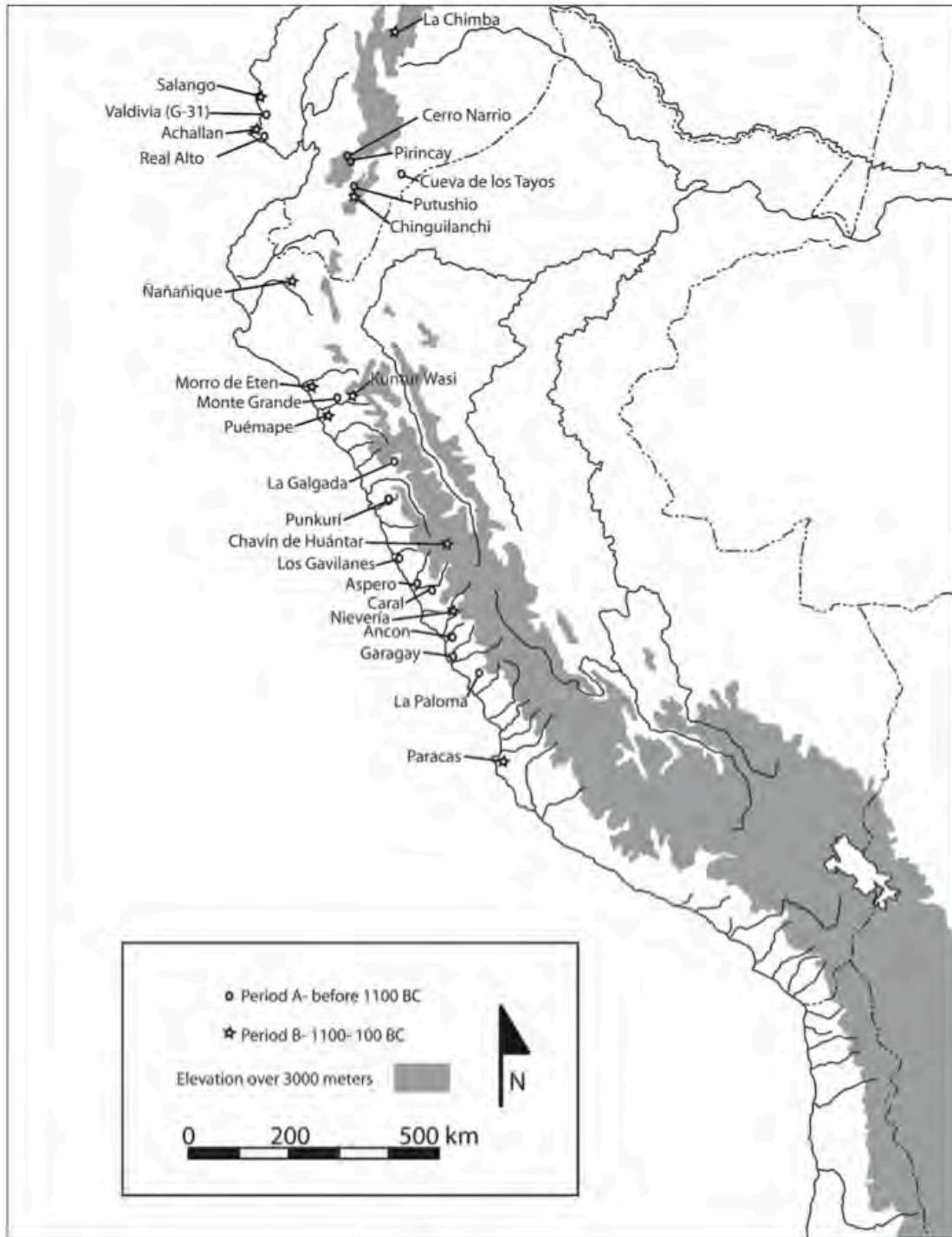


Imagen 6. Mapa con sitios arqueológicos con *Spondylus* spp. registrado hasta el 100 a.C. Tomado de Carter, 2011: 70.

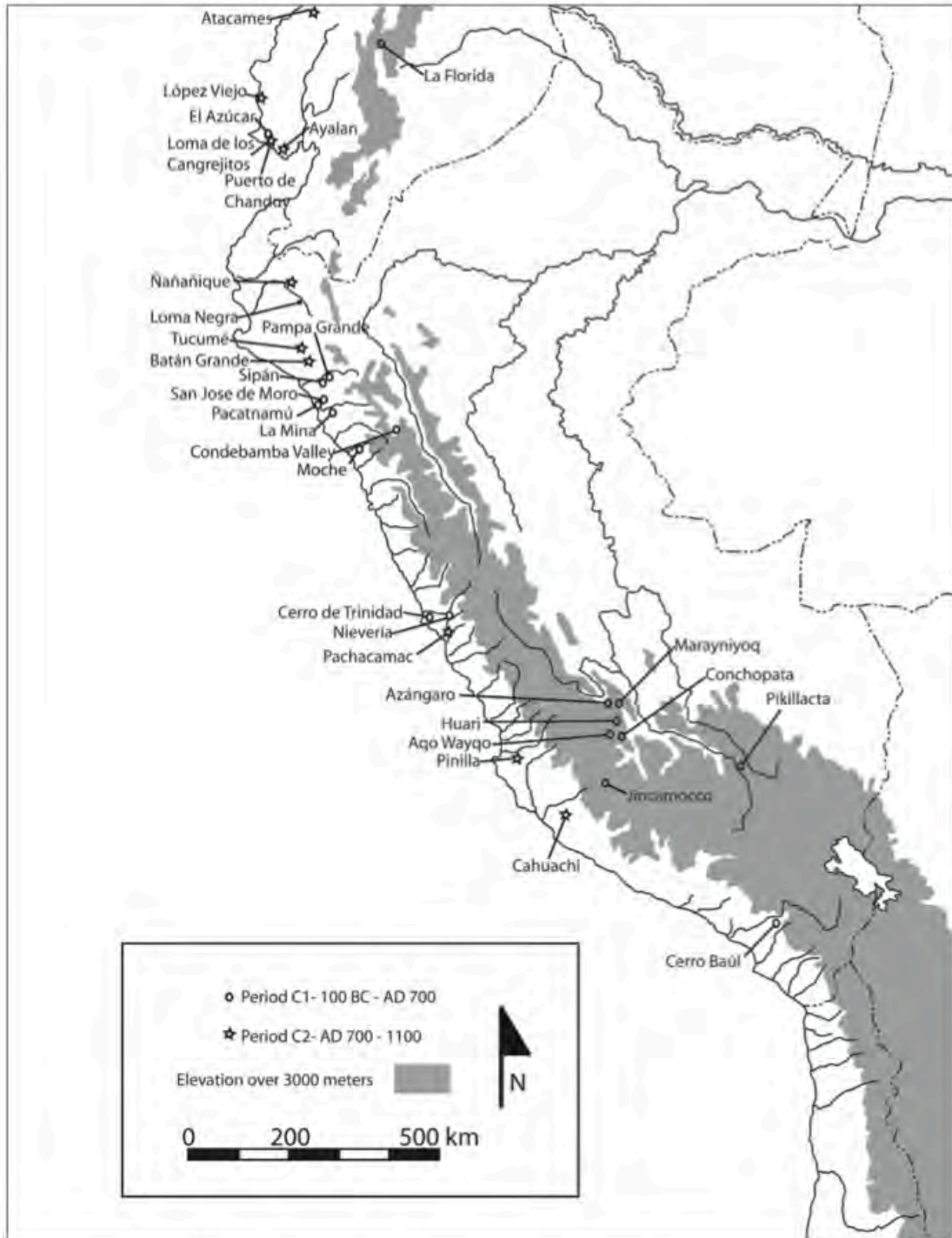


Imagen 7. Mapa con sitios arqueológicos con *Spondylus* spp. registrado desde 100 a.C hasta el 1.100 d.C.

Tomado de Carter, 2011: 72.

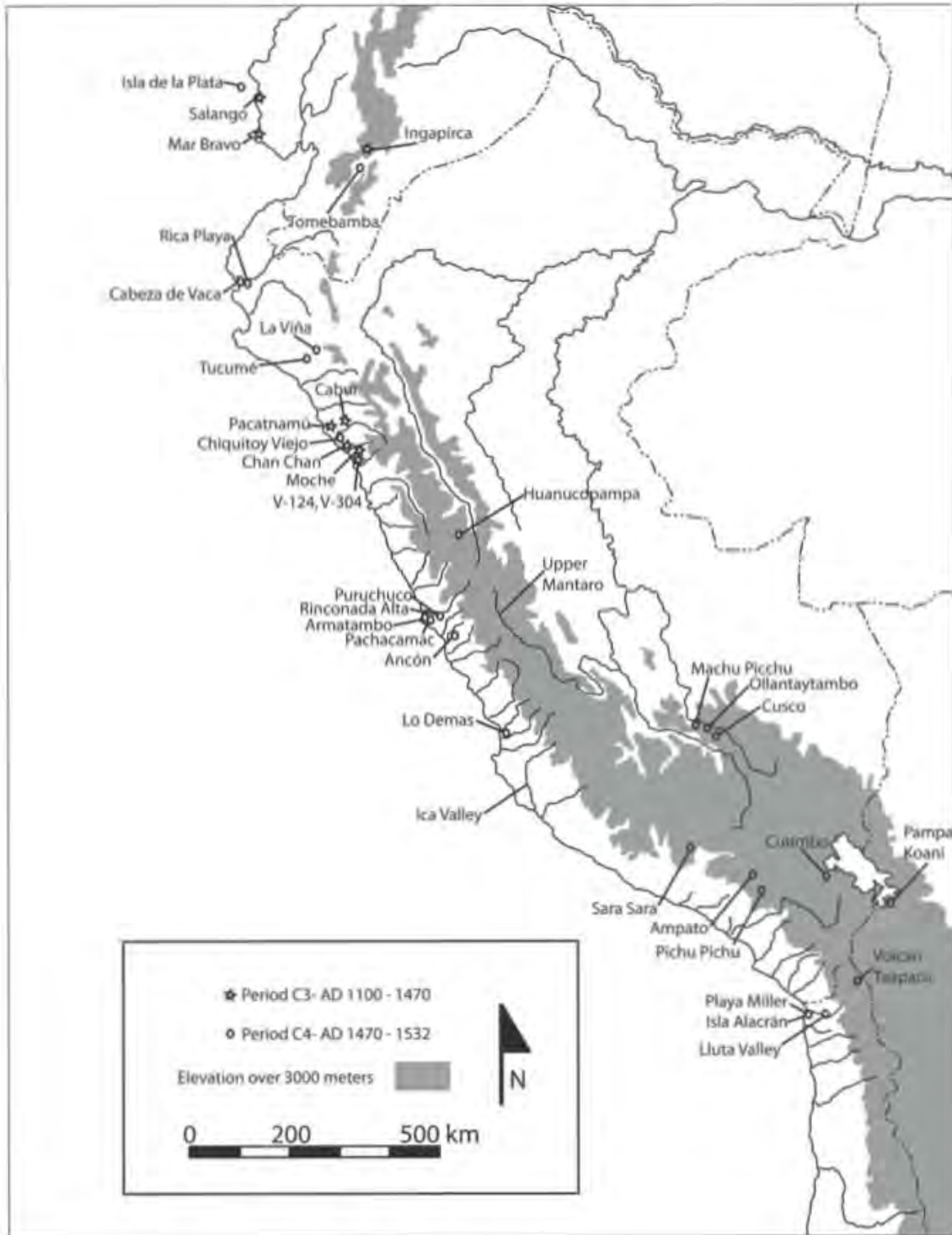


Imagen 8. Mapa con sitios arqueológicos con *Spondylus* spp. registrado desde 1.100 d.C hasta el 1.532 d.C.

Tomado de Carter, 2011: 72.

- ***Strombus galeatus* y *Spondylus* spp. en la cultura Valdivia y sus vínculos con el Perú**

Además de la aparición del *Spondylus* spp. en contextos arqueológicos fuera de su hábitat natural, llama la atención que la costumbre de asociar *Strombus galeatus* con *Spondylus princeps* surgida en Ecuador, fuera adaptada muy tempranamente por sociedades de los Andes Centrales.

La cultura Valdivia de la costa ecuatoriana fue una de las primeras en producir cerámica en el continente. Las dataciones más tempranas de cerámica Valdivia (fases I y II) arrojan un rango de 3800 a 2760 a.C.<sup>8</sup>; estas fechas tan antiguas contrastan con lo complejo de sus diseños y manufactura, lo que hace pensar en un desarrollo aún más antiguo de este tipo de cerámica (Bischof, 1973). En contextos arqueológicos de las fases II y III (3200-3000 a.C.)<sup>9</sup> aparecen asociados ejemplares de *Strombus galeatus* con conchas de *Spondylus princeps* (Gutiérrez Usillos, 2002: 44-49; Marcos, 2005: 120).

Esta asociación entre las dos conchas se arraigó fuertemente en los Andes Centrales y tuvo un desarrollo posterior en esta región, por lo menos desde el Horizonte Temprano – que corresponde con el apogeo de la ciudad de Chavín de Huantar y su influencia en gran parte de los Andes Centrales– (1500-500 a.C.). En este centro se han encontrado representaciones de personajes no humanos manipulando la díada de *Spondylus princeps* y *Strombus galeatus* (Imágenes 9, 10 y 11). A reserva de atribuirle un significado cultural (dualismo, opuestos complementarios, fertilidad, etcétera, planteados por otros autores (p.e. Pillsbury, 1996; Cordy-Collins, 1999), lo más posible es que la costumbre de asociar el *Spondylus princeps* y el *Strombus galeatus* (que perduró hasta el final de la época precolombina en los Andes Centrales bajo la expresión quechua *mullo-pututo*) haya sido apropiada en los Andes Centrales de una tradición mucho más antigua presente en la costa ecuatoriana.

---

<sup>8</sup> Diferentes autores dan fechas de inicio ligeramente diferentes para el inicio de las fases más tempranas del desarrollo alfarero Valdivia, de 3305-2760 a.C según Henin Bischof y Julio Viteri Gamboa (2006: 371), 3200 a.C según Betty J. Meggers (1998: 126), 3300 a.C según Andrés Gutiérrez Usillos (2002: 43) y 3800 a.C según Jorge Marcos (2005: 118).

<sup>9</sup> En este punto, de nuevo, los diferentes autores dan diferentes fechas. Acá sigo la propuesta de Jorge Marcos (2005: 119)



Imagen 9. Relieve del Templo Nuevo de Chavín de Huántar, datado para el 900-200 a.C. Personaje no humano con un *Strombus* spp. en su mano derecha y un *Spondylus* spp. en su mano izquierda. Tomado de Burguer 1992: 274.

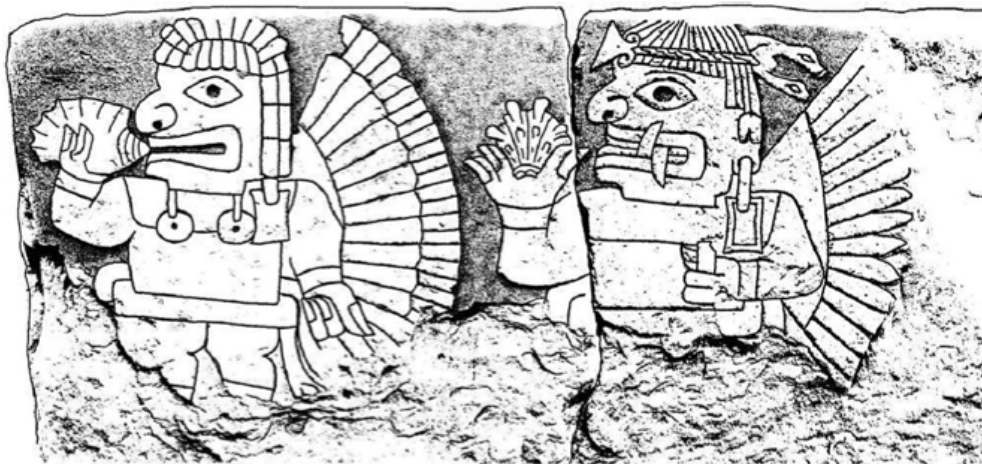


Imagen 10. Cornisa del lado este del edificio A de Chavín de Huántar. Procesión de personajes antropomorfos con atributos animales, el primero con un *Strombus* spp. siendo usado como trompeta y el segundo con un *Spondylus* spp. en su mano. Tomado de Rick, 2004: 85.



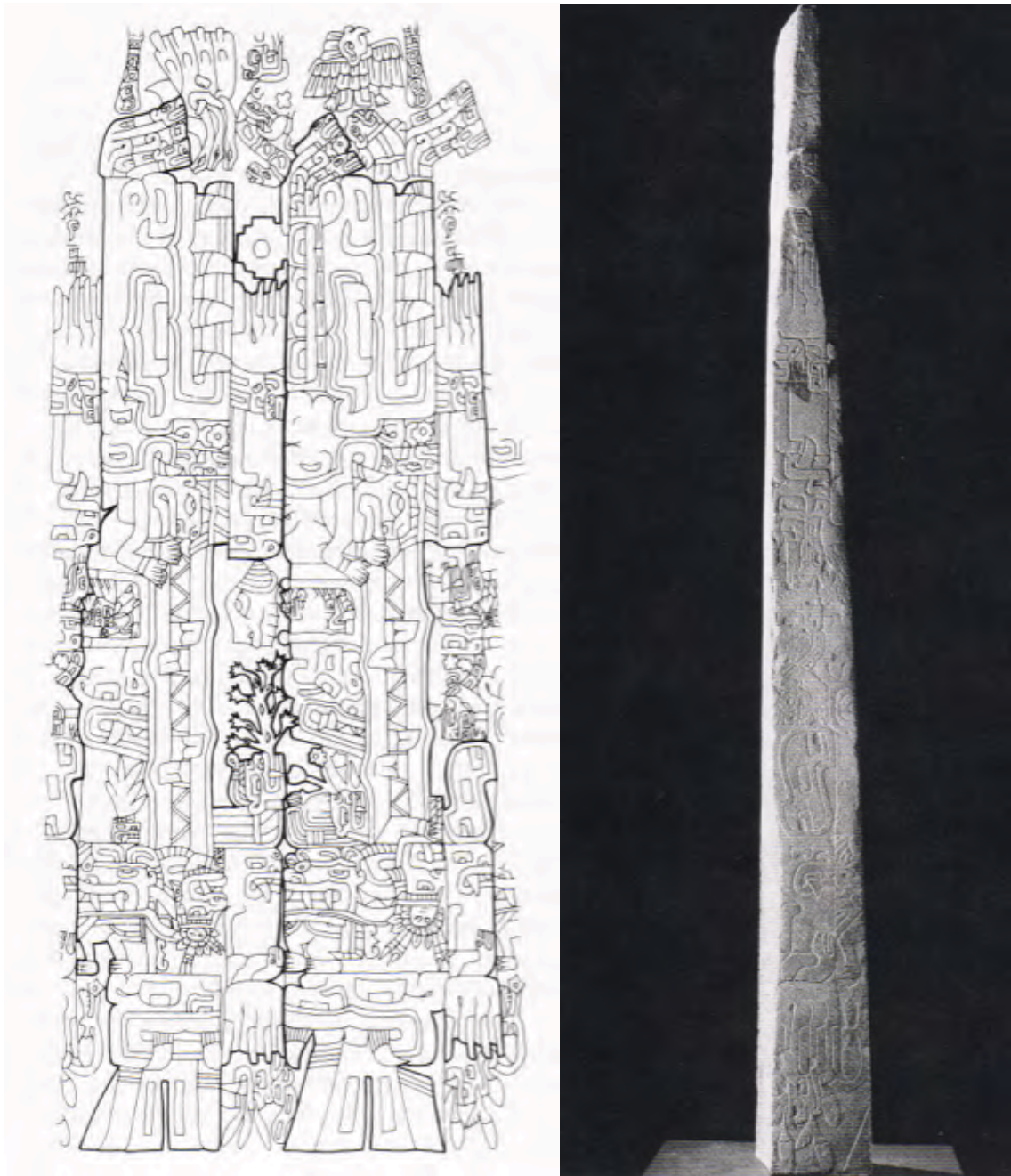


Imagen 11. Escultura conocida como el obelisco de Tello de la ciudad Chavín de Huántar datada para el 900-200 a.C. En esta compleja escena que incluye animales, plantas y seres antropomorfos, aparece un *Strombus* spp. en medio de la composición y un *Spondylus* spp. en la parte superior. Tomado de Burguer, 1992: 268.

- **Figuraciones plásticas de recolección de *Spondylus* spp. en la Costa Norte del Perú**

Además de la aparición de *Spondylus* spp. en contextos arqueológicos fuera de las costas que son su hábitat, llama la atención una serie de figuraciones iconográficas de estilos

Chimú y Lambayeque<sup>10</sup> sobre la recolección de *Spondylus* spp., actividad que necesariamente se desarrolló lejos de su territorio.

Existieron en tiempos precolombinos, dos técnicas que pudieron ser utilizadas para sacar esta concha de las profundidades en las que se refugiaba: el arrastre y el buceo apnea. El arrastre se basa en la instalación de redes desde canoas en el fondo mar, y su posterior extracción del lecho marino. Con esto los pescadores prehispánicos obtenían gran cantidad de especies marinas (Rostworowski, 2005:146-147). Entre ellas se podía contar *Spondylus princeps* y *calcifer*, pero sólo individuos muy pequeños que no estuvieran fuertemente asidas al fondo rocoso, o valvas separadas de animales ya muertos (Hoquenghem, 1999: 59).

Con la segunda técnica, el buceo apnea, se podían obtener ejemplares más grandes y completos de *Spondylus* spp. Sin embargo investigaciones experimentales han demostrado las limitaciones de esta técnica (Hoquenghem, 1999: 59-60). La fuerza con la que se adhiere al fondo rocoso, hace que en el momento de la extracción pocas veces se pueda obtener la bivalva entero y se hace necesario el uso de herramientas para el corte o para ejercer palanca sobre las conchas (Hoquenghem, 1999: 59). Los ejemplos arqueológicos que tenemos de las dos valvas de un mismo animal son muy escasos y los artesanos no las trabajaban precisamente por su valor. La turbidez del agua en la región de recolección de *Spondylus* en Ecuador y Tumbes dificulta la tarea de identificación de la bivalva sobre el fondo del océano, y el tanteo necesario para la identificación total de animal sobre el lecho marino debía reducir notablemente la efectividad en la obtención de cada bivalva y, como consecuencia, reducir también las profundidades alcanzadas. Por otro lado, los *Spondylus* spp. alojan en sus valvas gran número de organismos (cuando el animal es de avanzada edad éstos dañan la misma concha) y que a simple vista ocultan el color y el estado de preservación de las valvas. Sólo después de extraídas y limpiadas las conchas se puede apreciar el estado del material con el que se cuenta (Velázquez et al, 2011: 219).

La técnica del buceo apnea con la que se extraía el *Spondylus* spp. del fondo marino fue la que se muestra en las figuraciones plásticas del norte del Perú. En un relieve de un muro de la Huaca Las Balsas de la ciudad Túcume se encuentra una compleja escena de

---

<sup>10</sup> Gracias a que chimús y lambayeques comparten un antecedente común, el arte moche, y a que la región de Lambayeque fue conquistada por el estado chimú en el 1375 d.C, ambos estilos son muy similares y tienen múltiples rasgos compartidos. Debido a esto en ocasiones se torna difícil su separación diáfana.

recolección de *Spondylus* spp. desde una balsa (Imagen 12); este recinto pertenece a la época Lambayeque del lugar (1000-1370 d.C). En la ciudad de Chan Chan, en el conjunto Xllangchic An (anteriormente conocido como la ciudadela Uhle), para un periodo entre el 900 y el 1200 d.C, también se encuentra una escena de buceadores recolectando *Spondylus* spp. (Imagen 13) (Pillsbury, 1996: 329).

Sumado a estas manifestaciones plásticas en la arquitectura, existe una gran cantidad de objetos portables de estos estilos provenientes de la Costa Norte del Perú que plasman escenas de recolección de *Spondylus* spp. (Imágenes 14 y 15). Joanne Pillsbury (1996) propone que estas escenas demuestran que el control sobre la distribución del *Spondylus* spp. fue una de las bases de la expansión del estado chimú. Reforzando esta hipótesis se ha reportado cerámica negra de molde chimú asociada a *Spondylus* spp. en la Isla de la Plata, Ecuador, lo que indicaría un contacto directo entre chimús y las poblaciones de la costa ecuatoriana (Marcos y Norton, 1981: 146 ).

El litoral cercano a Túcume y a Chan Chan se encuentra más al sur de Cabo Blanco (que es donde termina la distribución de la concha *Spondylus* spp.), por lo que estas escenas están representando una actividad que necesariamente tuvo que haberse desarrollado más al norte. El conocimiento de las técnicas de buceo para la recolección de *Spondylus* spp. por parte de los chimús de Chan Chan y de los lambayeques de Túcume, y el hecho de que las hayan figurado plásticamente, demuestra una relación cercana con sus vecinos septentrionales.

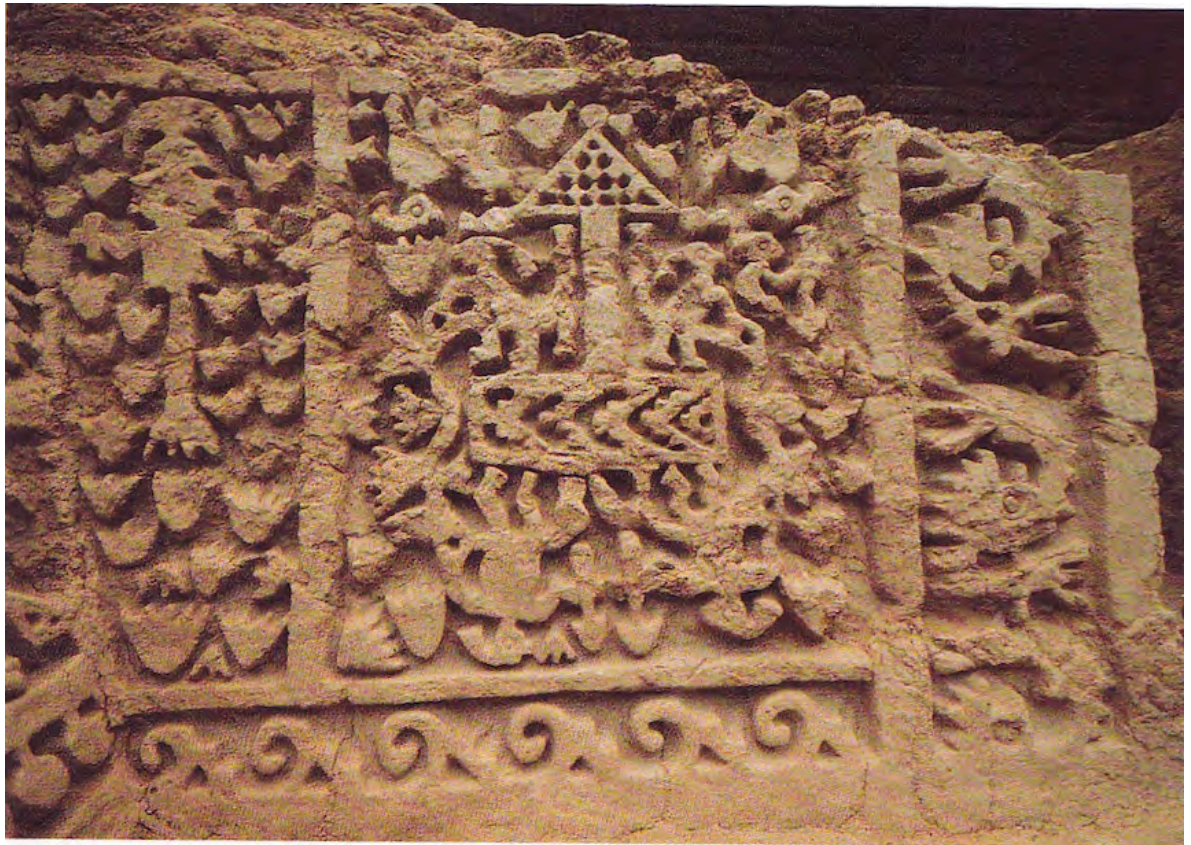


Imagen 12. Mural de Huaca Las Balsas en Túcume donde se aprecia la recolección de *Spondylus* spp. desde una embarcación de fondo plano y vela. Tomado de Narváez 2011.

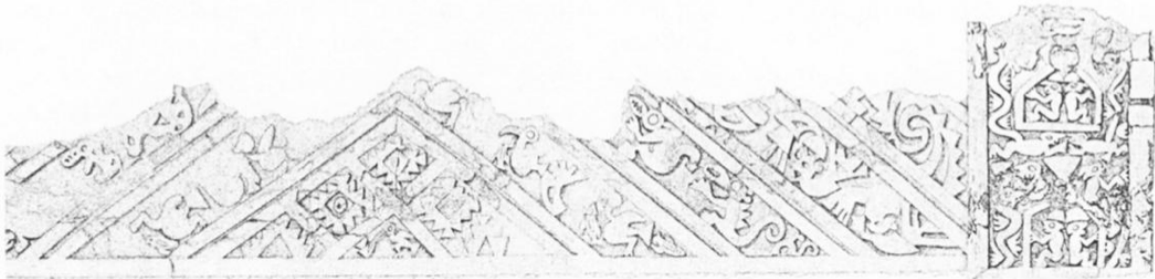


Imagen 13. Relieve de los buceadores. Conjunto Xllangchic An, Chan Chan. Tomado de Pillsbury, 1996: 317.

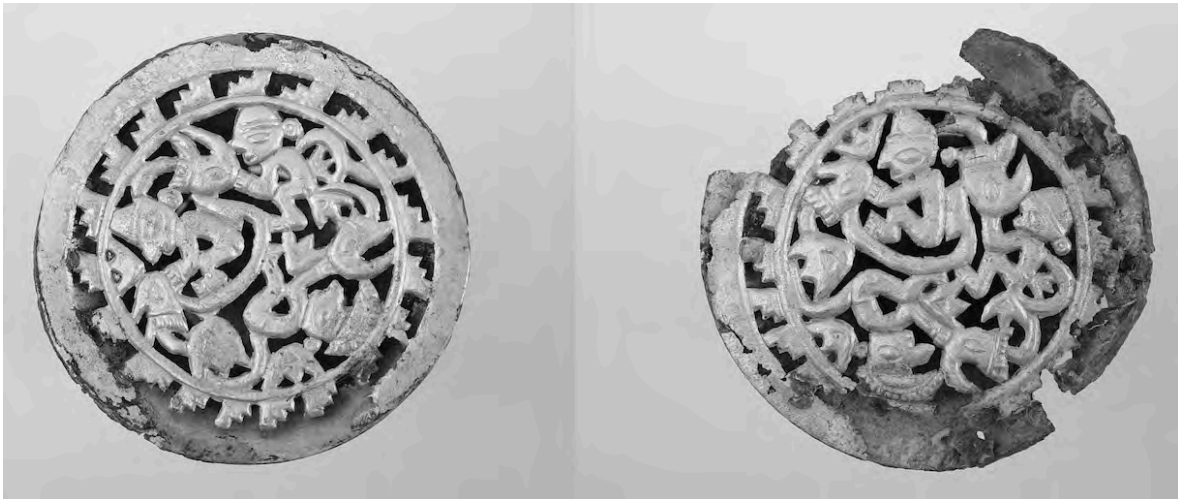


Imagen 14. Orejeras de plata con escena de recolección de *Spondylus* spp. resguardadas actualmente en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (ML100764 y ML100765).

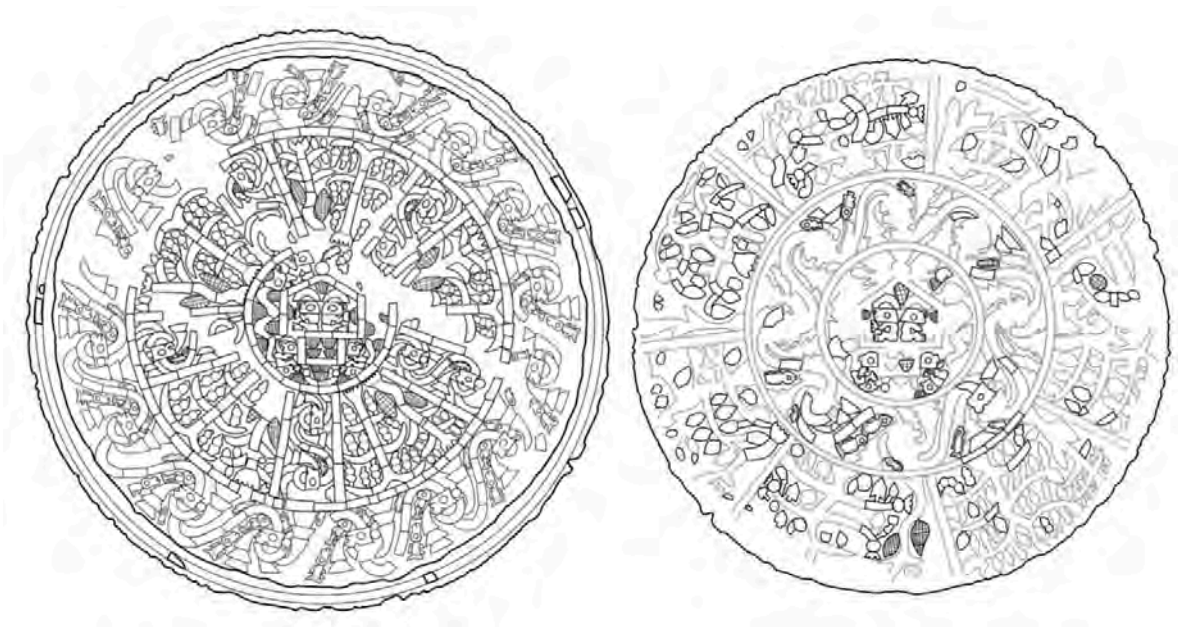


Imagen 15. Dibujo del plato de madera con incrustaciones de concha y piedra verde con escena de recolección de *Spondylus* spp. en medio. Colección del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima (MO4430). Elaborado por el autor.

- **Mujeres norandinas en Lambayeque**

Además de las escenas de recolección de *Spondylus* spp. en contextos chimús y lambayecanos, un análisis de contextos arqueológicos de la Costa Norte del Perú revela una relación estrecha entre las mujeres y los contactos de esta zona con el Ecuador y Tumbes.

Por ejemplo, Huaca Las Balsas en Túcume, donde se encontró la escena de recolección de *Spondylus* spp., es una residencia exclusivamente femenina (Narváez y Delgado, 2011). Esto demuestra que eran las mujeres quienes se mostraban públicamente como quienes tenían el contacto necesario con pueblos foráneos para proveer de *Spondylus* spp. a su ciudad.

De manera análoga, en la ciudad de Chornancap en Lambayeque, Perú, se encontró un enterramiento de un personaje femenino que, por sus ornamentos personales, ha sido llamado la “sacerdotisa de Chornancap”. Acompañando al cuerpo de esta mujer se encontraron objetos foráneos, tanto de la sierra peruana como de la costa ecuatoriana (Imagen 16) (Wester, 2012). La tumba de la sacerdotisa estaba ubicada de manera intencional justo sobre el enterramiento de un personaje masculino localizado sobre el manto freático rodeado de decenas de valvas de *Spondylus* spp. Este personaje además, tenía dos acompañantes masculinos jóvenes que contaban con bivalvas de *Spondylus* spp. en sus manos (Wester, 2016a: 71). La coincidencia de las tumbas denota un vínculo estrecho entre la mujer y el hombre y, el contexto de este último –sobre el agua y con material malacológico– demuestra su relación con el mar y con el aprovisionamiento de *Spondylus* spp. en Chornancap. Cabe señalar que en esta ciudad se encontró una tapa de orejera de palo de balsa con una figuración de la recolección de *Spondylus* spp., una de las pocas que se conocen con contexto arqueológico seguro (Imagen 17) (Wester, 2012).

Finalmente, en Huaca Loro, en Batán Grande, sitio arqueológico ubicado en Pómac, Lambayeque, se encontraron dos tumbas de la élite lambayecana con objetos de gran riqueza. En una de ellas, la este, un personaje masculino se enterró con 22 mujeres y un guardián. Las mujeres estaban dispuestas en dos grupos según su ubicación al norte y al sur dentro de la tumba. Estos grupos coincidían con características genéticas que también las diferenciaban. Lo interesante en este punto es que las mujeres enterradas al norte pertenecían al haplogrupo B según su ADN mitocondrial, más común en los Andes Septentrionales que en los Centrales, mientras que las mujeres del sur pertenecían a haplogrupos más extendidos en la zona centroandina (Shimada et. al. 2005, 77). Esto indica que mientras las mujeres del sur de la tumba eran locales, las del norte eran extranjeras, específicamente de los andes septentrionales.

La información de todas estas evidencias reunidas y combinada demuestra que existieron grupos de mujeres norandinas viviendo de manera permanente en asentamientos de Lambayeque y que, además, estas mujeres eran el puente de suministro de *Spondylus* spp. de las sociedades de la Costa Norte peruana. Por esta razón fueron las mujeres las que establecieron el vínculo social entre dos poblaciones diferentes culturalmente: los de la costa del extremo norte del Perú y de Ecuador y Tumbes (dónde se extraía el *Spondylus* spp.) y los lambayeques de los Andes Centrales.



Imagen 16. Dibujo de un objeto de origen ecuatoriano encontrado en la tumba de la sacerdotisa de Chornancap. Museo Nacional Hans Heinrich Brüning, Lambayeque, Perú. Elaborado por el autor.



Imagen 17. Orejera manufacturada con palo de balsa con escena de recolección de *Spondylus* spp. encontrada en Chornancap. Tomado de Wester, 2016a: 139.

- **Aleación entre cobre y arsénico en la costa ecuatoriana**

No es tan claro qué productos llegaron a la costa ecuatoriana provenientes de sitios lejanos del sur en fechas tempranas. Una sugerente propuesta son unas pequeñas hachas de andesita, conocidas como hachas “T” encontradas en sitios Valdivia aparentemente acumuladas a manera de tesoro (Marcos, 2005: 177-178). Sin embargo a partir del 800 d.C se da un cambio notable en el material en el que este tipo de hachas era manufacturado.

Para este periodo, las sociedades del norte del Perú utilizaron de manera masiva la aleación de cobre y arsénico para la construcción de herramientas. En el sitio de Batán Grande en Lambayeque, Perú, se han encontrado grandes cantidades de herramientas y



otros objetos no utilitarios como los “naipes”<sup>11</sup> manufacturados en cobre y arsénico (Hocquenghem 2009a: 153-157; 2009b: 6-11). Para el periodo de Integración de la costa ecuatoriana –coincidente con el desarrollo de los pueblos Manteño-Huancavilca y Milagro Quevedo– (500-1532 d.C), se introduce esta tecnología metalúrgica proveniente del norte peruano, y ocurre un gran aumento en la producción de objetos de cobre-arsénico, aunque sin llegar a los niveles de la Costa Norte del Perú (Imagen 18) (Hosler 2005: 176). La fabricación de herramientas y de los objetos no utilitarios conocidos como “hachas moneda” en esta aleación, derivadas del diseño de las “hachas T” manufacturadas anteriormente en piedra verde, crecieron en el periodo de Integración y fue disminuyendo paulatinamente la fabricación de ornamentos (Hosler, 2005: 178).

La coincidencia del hallazgo de objetos, pero sobre todo la similitud de las tecnologías para elaborarlos, entre estas dos regiones refiere a un contacto entre ambas. Sin embargo, el mayor desarrollo de esta metalurgia en sitios de la Costa Norte del Perú, indica un flujo desde esta región hacia la costa ecuatoriana; este flujo se da aproximadamente desde el 800 d.C hasta el final del periodo precolonial (las fechas coinciden con las de las escenas de recolección de *Spondylus* spp. de origen chimú y lambayeque en la Costa Norte peruana), lo que podría indicar que en estas fechas la metalurgia en cobre-arsénico funcionó como posible contraprestación al comercio de *Spondylus* spp.

---

<sup>11</sup> Se conoce como “naipes” a una serie de láminas de la aleación de cobre y arsénico con bordes divergentes con utilidad no evidente. Su nombre se debe a que con frecuencia se encuentran apilados en grupo y su apariencia asemeja al de un mazo de cartas.



Imagen 18. Mapa de la costa del sur del Ecuador con los sitios arqueológicos donde se han encontrado objetos de metal. Resaltan para el periodo de Integración Loma de los Cangrejos, Salango y Ayalán, pues de las muestras provienen de excavaciones controladas. Los artefactos allí encontrados son en su mayoría de la aleación de cobre y arsénico. Tomado de Hosler, 2005: 148.

### **La costa pacífica ecuatoriana, colombiana, del sur de Centroamérica y del sur de Mesoamérica**

La interacción entre pueblos de la costa del Ecuador, Colombia, el sur de Centroamérica y el sur de Mesoamérica cuenta con algunos indicadores, aunque estos son menos abundantes y, en general, menos aceptados que aquellos que vinculan la costa ecuatoriana con los

Andes Centrales. Acá presento algunos de los que considero mejor fundamentados y llevan a pensar en una interacción entre los pueblos de esta extensa región.

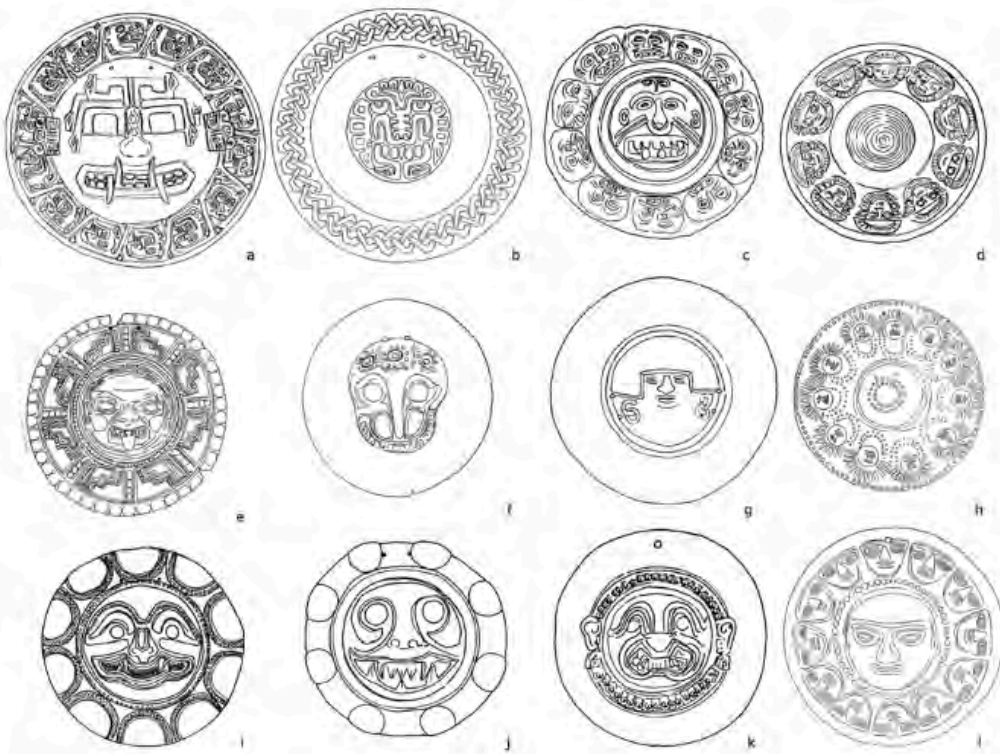
- **Área Intermedia Sur**

Las similitudes en la metalurgia de la costa del Pacífico del sur de Colombia y Ecuador ha llevado a la investigadora Clemencia Plazas a proponer que existe un área metalúrgica que abarcó desde el sur de Colombia hasta el norte del Perú, producto de una constante interacción de los pueblos asentados en esta zona por la costa del océano Pacífico: el Área Intermedia Sur (Plazas, 2007a, 2007b). Esta investigadora pone énfasis en el desarrollo metalúrgico en la frontera entre Colombia y Ecuador sobre la costa, específicamente de la cultura Tumaco-La Tolita (600 a.C- 400 d.C.), que incluso logró manufacturar piezas con pequeñas cantidades de platino; algunos objetos similares a los realizados por este pueblo fueron incautados en el norte del Perú como parte de un ajuar funerario saqueado a mediados del siglo XX (Plazas, 2007a: 36). Para fechas más tardías, Plazas menciona la expansión de la metalurgia de la aleación entre cobre y arsénico que ya ha sido analizada en el acápite anterior. Esta investigadora da ocho motivos que caracterizarían al Área Intermedia Sur como provincia metalúrgica:

- 1) Diademas en “H”, con o sin figuras antropomorfas.
- 2) Adornos laminares en forma de plumas para el tocado, las orejeras laminares en forma de carrete de grandes dimensiones.
- 3) Colgantes de orejera circulares llamados “tinculpas”, generalmente repujados con una figura central, hombre o jaguar, rodeada por múltiples caras en círculo hacia los bordes del colgante. En algunas regiones estas formas se aplican a pectorales o adornos de cinturón (Imagen 19).
- 4) Caracoles laminares en forma de *Strombus gigas*.
- 5) Figurinas humanas o de animales elaboradas mediante el ensamble de distintas láminas.
- 6) Recipientes semiesféricos de oro martillado.
- 7) Máscaras funerarias de oro de tamaño natural.

8) Narigueras laminares que tapan la boca, con adornos laterales y placas colgante. (Plazas, 2007a: 37-38).

Todos estos motivos, aislados o de manera conjunta están presentes en toda la región que abarca el Área Intermedia Sur, es decir desde el sur de Colombia hasta el norte peruano. Ello demuestra que la gran diversidad de pueblos que habitaron este extenso territorio compartieron técnicas y objetos que los hacían pertenecer a una misma tradición metalúrgica.



**Figura 3.** Objetos circulares de metal conocidos como "tinculpas": Pectorales (a,b,e,g,h,i,j), colgantes de orejera (d,k,l) y hebillas de cinturón (f). Presentan, en el centro, caras humanas o de jaguar rodeadas de caminos serpentinicos, círculos o múltiples rostros de hombre o felino. El volumen de la cara central y la disposición excéntrica de las figuras auxiliares recuerdan la imagen solar con rayos irradiantes. Estas piezas se encuentran, desde los primeros siglos de nuestra era, en la costa norte del Perú (c), con influencia Chavín (a y b); en la costa norte de Ecuador, La Tolita-Tumaco (e); el suroccidente colombiano, Malagana (i y j). Ejemplares posteriores del estilo Capuli en el altiplano Carchi-Nariño (k y l) han sido fechados entre 800-1200 d.C., y del estilo manteño (f y g) entre 1000-1500 d.C. La permanencia de este icono durante por lo menos quince siglos en el área comprendida entre el suroccidente de Colombia y el Norte del Perú nos habla de símbolos compartidos a pesar de su diversidad tecnológica.

Imagen 19. Tinculpas de diferentes lugares del Área Intermedia Sur. Tomado de Plazas, 2007a: fig 3.

- **Pintura iridiscente en Ecuador y Guatemala**

Betty Meggers centró gran parte de sus investigaciones en procurar vínculos de la cerámica ecuatoriana con otras cerámicas a nivel mundial. Sus comparaciones de la cerámica de la

costa suramericana con Japón y Mesoamérica con frecuencia tienen bases poco sólidas y se fundamentan en parecidos estilísticos que podrían ser compartidos por varias cerámicas tempranas sin necesidad de tener un origen común, como es por ejemplo el diseño de marcado con uña.

Sin embargo, hay una coincidencia que sí llama poderosamente la atención por la complejidad de producción que esta involucra: la cerámica con pintura iridiscente (Imagen 20). Este tipo de pintura, que ilumina colores desde gris hasta rosado dependiendo de la espesura de la mezcla, ha sido reportada hasta ahora en Ecuador, durante el desarrollo Chorrera (1200 a.C- 500 d.C) y en la costa pacífica guatemalteca, en la fase cerámica conocida como Ocos (1500- 800 a.C) (Coe, 1960; Meggers, 1998: 145-146; Demarest *et al.*, 1991).<sup>12</sup>

Las técnicas utilizadas para realizar la pintura iridiscente son realmente complejas, y merecen una mención especial para explicar su singularidad. Investigaciones de arqueología experimental y etnoarqueología en Ecuador han propuesto que la materia prima de este tipo de pintura resulta de la mezcla entre hematita especular y hematita terrosa con agua (Klumpp, 2014). Luego de preparar la pintura, es necesario realizar una cocción a bajas temperaturas del cuenco a ser decorado; después de la aplicación de la decoración con la mezcla, se hace necesario un bruñido suave para que la pintura adquiriera su tono iridiscente. Finalmente se realiza una segunda cocción en la que la pieza cerámica adquiere el color definitivo, y se consolida la decoración toma tonos plateados y rosados característicos de este tipo cerámico (Klumpp, 2014). Como se puede apreciar esta es una técnica que necesita no sólo un conocimiento amplio del manejo de las materias primas, sobre todo en la mezcla de óxidos ferrosos, sino también de una aplicación especializada que incluye varios pasos decorativos. No parece coincidencia que dos cerámicas de la costa pacífica hayan adquirido esta decoración de manera independiente. Michael Coe refiere que luego de examinar las cerámicas de Ocos y de Chorrera, está convencido de que se trata exactamente de la misma técnica decorativa con pintura iridiscente (Coe, 1960: 368)

---

<sup>12</sup> La fase Ocos tiene una distribución por las planicies costeras del Pacífico de El Salvador, Guatemala y Chiapas y llega incluso hasta Veracruz. Dentro de esta amplia distribución, que revela un contacto entre las poblaciones de estos lugares, la pintura iridiscente ha sido reportada únicamente para la costa sur de Guatemala (Demarest *et al.*, 1991).

Lamentablemente, no es mucho más lo que se puede afirmar de esta coincidencia, estos estilos cerámicos no cuentan con tradiciones comparables o con contextos arqueológicos similares. Las comparaciones de otras fases cerámicas de la costa guatemalteca y mexicana con la ecuatoriana llevada a cabo por Meggers (1998) y Coe (1960) son menos convincentes, pues no cuentan con una técnica tan peculiar y característica como la la decoración con pintura iridiscente. Aunque lo aislado de estos dos hallazgos no permite determinar o siquiera proponer una ruta de intercambio, la abundancia de este tipo de cerámica en Ecuador y lo restringido de su aparición en Mesoamérica indica una distribución sur-norte (Coe, 1960: 369). Vale la pena apuntar que el uso de una compleja técnica en dos puntos de la costa pacífica americana sugiere fuertemente algún tipo de contacto.

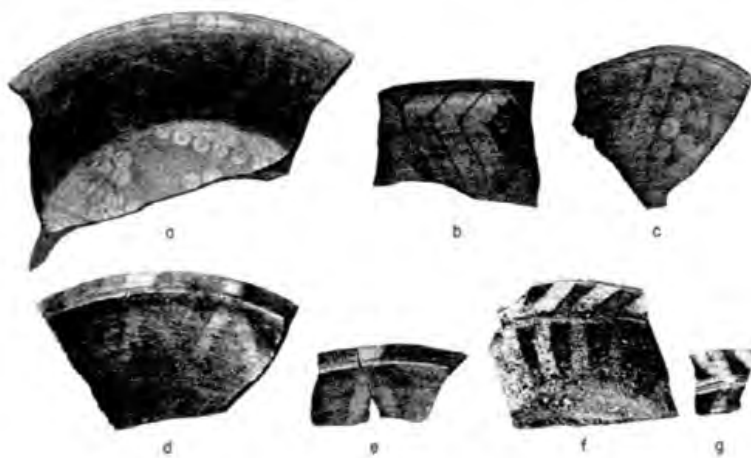


Imagen 20. Cerámica con pintura iridiscente. a-c desarrollo Chorrera, Ecuador, d-g Fase Ocós, Guatemala.

Tomado de Meggers, 1998: 143

- **Estilo internacional en Panamá: introducción por el Pacífico**

Warwik Bray acuñó el término de “Estilo Internacional” –caracterizado por usar diseños que reproducían animales y plantas– para denominar una serie de figuraciones plásticas en metal que se usaron en el proceso de introducción de la metalurgia en el sur centroamericano desde el actual territorio de Colombia. El mismo Bray señala que aunque restringe el Estilo Internacional del 400 al 900 d.C, este es un periodo artificial y que el

proceso de introducción de la metalurgia comienza 400 años antes de este periodo, siendo visible durante las fechas señaladas (Bray, 1992: 39).

El proceso que implicó el uso del Estilo Internacional se caracteriza por la importación de algunas piezas y la copia masiva de estas con la fusión de diseños locales. Aunque es claro que algunas de las piezas que se importan y copian en Centroamérica provienen de la región del Caribe colombiano, la introducción se dio en sitios panameños sobre la costa del Pacífico como Playa Venado, El Cafetal, La India y Las Huacas. Los colgantes Darién, por ejemplo, que fueron unas de las piezas más prominentes del Estilo Internacional, llegaron al Istmo panameño vía el Pacífico (Imagen 21) (Falchetti, 2008: 56-59). En el istmo panameño, donde la distancia entre el mar Caribe y el Océano Pacífico es la más corta de todo el continente, la comunicación entre poblaciones en época precolombina se dio por el Pacífico.



Imagen 21. Colgante Darién de la costa pacífica panameña. Tomado de Falchetti, 2008: 58.

### **La costa ecuatoriana y el Occidente de Mesoamérica**

Las relaciones entre el norte de Suramérica y el Occidente mesoamericano han sido fuertemente cuestionadas y el sólo hecho de que hubiera podido existir interacción directa entre los pueblos de estas dos regiones divide la opinión de los investigadores. Sin mediar en estas discusiones, voy a revisar cuáles son los datos arqueológicos más certeros por los que se podría pensar en una comunicación entre estas dos zonas.

- **Tumbas de tiro**

La costumbre funeraria de acomodar un cuerpo humano y sus ofrendas en una o varias cámaras conectadas a la superficie mediante un tiro o pozo de longitud variable es uno de los rasgos que comparten el Occidente de Mesoamérica con el sur de Centroamérica y el norte de Suramérica (Imagen 22) (Cabrerero y López, 1997; Smith, 1997-1998; Oliveros Morales, 2000).

Estas construcciones funerarias, conocidas como tumbas de tiro en México y como tumbas de pozo, de bota o de chimenea en Suramérica, tienen fechas diferentes en cada una de las regiones citadas. Los hallazgos en los estados mexicanos de Colima, Jalisco, Nayarit y Zacatecas<sup>13</sup> se concentran en el período que va del 135 a.C al 440 d.C (Imagen 23) (Cabrerero y López, 1997). Por su parte, en Colombia se ha encontrado la tumba de tiro más antigua, en la región del Alto Magdalena, con fechas de radiocarbono que datan del 500 a.C. En esta región de Colombia, sin embargo, se registran tumbas de tiro hasta el 1500 d. C, incluso hasta la actualidad (Imagen 24) (Smith, 1997-1998: 186). Es en Colombia, y específicamente en la región citada, el Atlo Magdalena, que se han descubierto las tumbas de tiro de mayor magnitud y complejidad. Para las culturas que habitaron esta zona y que son conocidas arqueológicamente como San Agustín y Tierradentro (que vivieron su apogeo entre el inicio de la era cristiana y el año 900 d.C), la convivencia con tumbas y sus ocupantes era parte de su cotidianidad, fenómeno atestiguado por la construcción de las tumbas como montículos visibles o con entradas para descender bajo la tierra, y su ubicación en lugares públicos para ser accesibles a las visitas constantes (Velandia, 1999: 193; Sevilla, 2009: 376).

Habría que distinguir dos tipos de tumbas de tiro que fueron realizadas por los habitantes del Alto Magdalena con funciones diferentes: aquellas que contienen entierros primarios y las que albergan enterramientos secundarios. Existen casos en los que se han registrado tumbas de tiro bajo estructuras habitacionales con enterramientos primarios. La evidencia sugiere que en algunas partes de San Agustín las casas eran abandonadas luego del deceso de su ocupante principal, y este era enterrado en la tumba de tiro bajo su antigua

---

<sup>13</sup> Es importante señalar que mientras Colima, Jalisco y Nayarit son clasificados como “Occidente de Mesoamérica”, el estado de Zacatecas estaría incluido en el zona norte de México. Esta diferencia deja en evidencia que muchas de estas fronteras no son fijas y que fluctúan dependiendo del indicador que se escoja.



residencia (Chávez, 1986: 56). Esto indica que este tipo de enterramiento estaba reservado para personajes influyentes de las comunidades. En Tierradentro, por su parte, las tumbas de tiro secundarias más elaboradas, conocidas como hipogeos (bajo tierra), recrean la decoración del interior de una casa. A diferencia de las tumbas primarias como la referenciada anteriormente para San Agustín, los hipogeos de Tierradentro se encuentran agrupadas en necrópolis especiales en la cima de las colinas y excavadas en la roca viva. Estas tumbas secundarias fueron construidas para poder acceder a los restos allí depositados gracias a escaleras y entradas accesibles (Sevilla, 2009: 376). Que estos hipogeos fueran tumbas secundarias refiere a que para llegar a ser enterrado allí tenía que pasarse por un proceso previo, por lo que no todos tenían el privilegio de ocuparlos.

En Ecuador las fechas varían del 500/700 d.C al 1500 d.C y también hay registros de esta práctica hoy en día. En Perú las dataciones van del 100 a.C al 800 d.C, resaltando las tumbas de la tradición Paracas-Cavernas en la costa sur de este país, que contienen fardos funerarios con un excelente grado de conservación; se podrían agregar dos tumbas en el Cuzco inca fechadas para el 1500 d.C (Olsen, 1999: 368). En Panamá los registros oscilan del 300 a.C al 300 d.C y en Venezuela se ha encontrado una sola tumba datada para después del año 1000 de nuestra era (Smith, 1997-1998: 189). Esto sugeriría una adopción de una costumbre suramericana muy antigua por parte de las poblaciones del Occidente de México, misma que en América del sur se mantuvo durante siglos y fue llevada a su máxima expresión en lugares como el departamento de Nariño, Colombia, donde el tiro de las tumbas podía alcanzar hasta 40 metros de profundidad (Museo del Oro de Bogotá, 2008: 41).

Un dato muy interesante que liga las tumbas del Occidente de Mesoamérica con la interacción a larga distancia con pueblos lejanos es que en la tumba 1 de Las Cebollas se encontraron 120 ejemplares del caracol *Turbellina angulata* (antes conocido como *Xancus angulatus*), especie de la provincia caribeña, estando muy cerca de la costa del Pacífico. Michael E. Smith (1997-1998: 192) propone que es más probable que estos caracoles provengan del Caribe importados desde el sur, por ejemplo de Panamá, que de las costas de Yucatán o del Golfo de México mesoamericanas, pues no existe evidencia de contactos con los pueblos asentados en estas regiones para dicha época.



Imagen 22. Mapa de América con la distribución de tumbas de tiro. Tomado de Cabrero y López, 1997: 11.



Imagen 23. Tumbas de tiro números 1 y 2 de la Florida, Zacatecas. Tomado de Cabrero y López, 1997: 13.

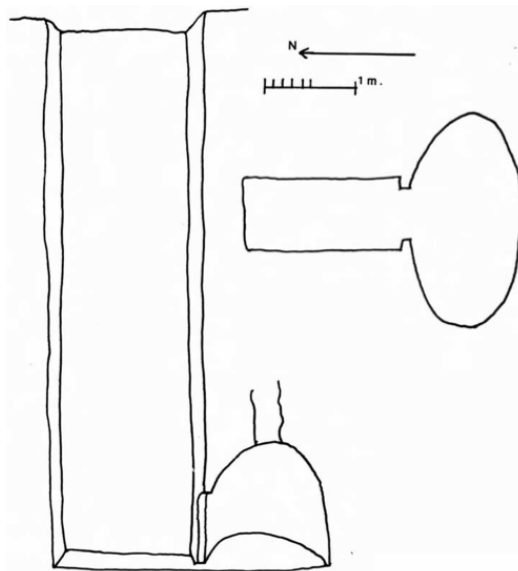


Imagen 24. Tumba II de El Dorado, Colombia. Tomado de Smith 1997-1998: 181.

- **Perro sin pelo**

Más que una raza de perro pelón, la falta de pelo en los *Canis familiaris* es una característica genética. Esta condición es producto de una mutación denominada “displasia ectodérmica autosómica dominante” que afecta al gen FOXI 3, que hace que los perros tengan una descendencia mixta, la mitad con pelo y la mitad sin este, y que los ejemplares pelones posean una dentición más simple, sin premolares. Esta última característica permite su reconocimiento arqueológicamente (Blanco, Rodríguez y Valadez, 2009: 146-147; Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 25-30). Esta mutación es muy específica, por lo que es prácticamente imposible que se diera simultáneamente en varios lugares; en cambio, es mas plausible un solo origen y una difusión de esta condición a otros perros en otras regiones.

Aunque existieron en época prehispánica *Canis familiaris* con la condición pelona en toda Mesoamérica, el ejemplar más antiguo que se ha encontrado en esta área pertenece al Occidente de México, específicamente en el sitio “Guadalupe”, Michoacán, que data del periodo entre el siglo VI al X d.C (Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 36-37).<sup>14</sup> Sin embargo evidencia iconográfica de perros con arrugas en su piel (lo que se ha interpretado como exposición de la piel producto de la condición pelona), aparecen en el Occidente mesoamericano desde el 50 a.C hasta el año 900 d.C (Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 49).

<sup>14</sup> El hallazgo de perros que se puedan caracterizar con la condición pelona son en cierta medida excepcionales, pues se necesita de la preservación de gran parte de su dentadura.

Por estas razones se plantea que el origen de esta condición se dio en el Occidente de Mesoamérica (Valadez, 2003: 96) y de allí se expandió al resto de esta área cultural, específicamente a la cuenca central y el área maya, donde se han encontrado restos arqueológicos y representaciones iconográficas de perros con esta condición para fechas posteriores (Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 36-49).

Existen por lo menos dos casos de perros pelones encontrados en excavaciones arqueológicas en contextos andinos; uno en el llamado Templo Viejo de Chavín de Huantar (1500-500 a.C) (Carot y Hers, 2016)<sup>15</sup> y el otro se trata de una momia de un perro con condición pelona fechado para los siglos XII-XV d.C en Carangas, Bolivia (Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 43-44). Además de estos dos casos se encuentran representaciones iconográficas de lo que parecen perros sin pelo en la costa ecuatoriana y peruana coincidentes en cronología con los más antiguos del Occidente mesoamericano (Valadez, Götz y Mendoza, 2010: 62). Más allá de proponer un lugar de origen, la evidencia zooarqueológica demuestra una relación entre los perros de Mesoamérica y los de Suramérica que compartían la displasia ectodérmica autosómica dominante.

Es importante señalar que existen perros con condición pelona en Asia. Este tipo de cánidos fue introducido vía Filipinas desde México después de la conquista española de ambos territorios. Con la ruta del Galeón de Manila el contacto entre La Nueva España y las Filipinas fue constante y resultado de esto fue la introducción en territorio asiático de perros con displasia ectodérmica autosómica dominante (Valadez, Götz y Mendoza, 2010).

- **Cerámica Capacha**

La cerámica Capacha proveniente de Colima guarda cierta similitud con la cerámica Valdivia en Ecuador (3800-1800 a.C). Isabel Kelly apunta estas similitudes incluyendo la boca abierta, la amplia incisión decorativa, la forma errática de sus puntas y la superficie pulida (Kelly, 1980: 35). Sin embargo, ambas cerámicas no son contemporáneas (las fechas más tempranas de Capacha son de 1870-1720 a.C y su desarrollo llega hasta el 1200 a.C), por lo que Kelly asocia la cerámica Capacha también con otra fase cerámica de la costa del Ecuador: la Machalilla (1500-1000 a.C).

---

<sup>15</sup> Es importante notar que el ejemplar de Chavín de Huantar es más antiguo que el del sitio Guadalupe. Este caso peruano no es tenido en cuenta por Valadez, Götz y Mendoza (2010) al proponer el origen de la condición pelona en los perros.

Interesantemente, esta autora encuentra que la cerámica Capacha y la Machalilla se encuentran asociadas a cuerpos con la misma deformación craneana: la *tabula erecta* (Kelly, 1980: 35).

Más allá de las asociaciones directas con secuencias cerámicas suramericanas, sí vale la pena notar que algunas cerámicas tempranas de Mesoamérica, como la Capacha, Tlatilco y el Opeño, todas pertenecientes al Preclásico tienen poca relación con sus vecinas mesoamericanas contemporáneas. Contrastando con el aparente aislamiento de esta cerámica en Mesoamérica, algunos motivos de la Capacha sí recuerdan a la llamada “asa-estribo” muy presente en la cerámica del norte del Suramérica y en los Andes Centrales (Imagen 25).

El motivo del asa-estribo fue utilizado en el Occidente mesoamericano desde Chupícuaro (600-100 a.C) hasta el Posclásico purépecha, mientras que en el resto de esta área cultural está prácticamente ausente (Imagen 26) (Carot y Hers, 2016: 49). La especificidad de este diseño, su restringida distribución en Mesoamérica y su amplia aparición en Suramérica sugieren algún tipo de contacto entre estas regiones desde épocas muy tempranas.



Imagen 25. Vasija Capacha monocroma. Su forma de “dos tubos” (existen variantes con tres) recuerdan fuertemente al asa-estribo suramericano. Tomado de (Kelly, 1980: 72)



20. Vasijas con asa de estribo: a) Tlatilco, Museo Nacional de Antropología. Foto: Marie-Areti Hers; b) tradición Chupícuaro, Colección Natalie Wood. Tomada de *The Natalie Wood Collection* (vid supra n. 65), pieza núm. 119; c) tradición Chupícuaro, Museo Regional Michoacano. Tomada de Eduard Williams, “Los tarascos y sus antepasados; una perspectiva antropológica”, en *El Michoacán antiguo*, coord. Brigitte Boehm de Lameiras (Zamora: El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1994), 168; d) Posclásico tarasco. Bodega del Museo Nacional de Antropología. Foto: Marie-Areti Hers. Secretaría de Cultura- INAH-Méx. “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

Imagen 26. Ejemplos de asa-estribo del Occidente mesoamericano. Tomado de Carot y Hers 2016: 49.

- **Vestido**

Patricia Rieff Anawalt (1992; 1997; 1998) ha venido argumentando que la peculiaridad del vestido de los pueblos del Occidente de Mesoamérica con respecto a sus vecinos se debe a un contacto prolongado con personas provenientes de Suramérica. Aunque la autora parte de las láminas de la *Relación de Michoacán* para desarrollar su argumento, su punto más fuerte es sin duda el análisis de las figurillas de Ixtlán del Río, datadas para el periodo que va desde el 400 a.C hasta el 400 d.C. (Imagen 27).

Estas figurillas, que por cierto han sido halladas en tumbas de tiro, aparecen vestidas de manera similar a otras encontradas en Ecuador pertenecientes al desarrollo Guangala,

datadas para el 200 a.C-800 d.C. (Imagen 28). Cabe anotar que los vestidos de las figurillas Guangala tienen una cercana relación con textiles encontrados en los Andes Centrales en fechas posteriores, sobre todo de la tradición Wari (700-1200 d.C) (Imagen 29), lo que sugeriría que esta tradición en el vestido se expandió posteriormente más al sur. Se ha criticado a Anawalt que utilice a los purépechas como ejemplo de esta tradición de vestido, pues sus otras evidencias (sobre todo del lado ecuatoriano) son más tempranas y la diversidad del vestido entre los purépecha en particular, y en Occidente en general, es tan grande que esta coincidencia no es generalizable (Pollard, 1993). También se ha argumentado que los diseños geométricos son comunes y que la coincidencia sin necesidad de contacto es posible (Albiez-Wieck, 2011: 424-425).

Quisiera anotar, en defensa de Anawalt, que los diseños geométricos a manera de escalas con un color oscuro y otro claro, y de ganchos sobre un fondo de otro color marcando el contraste, no son comunes ni intuitivos, y más allá de quererlo generalizar a todo el Occidente mesoamericano, sí es sugerente la notable coincidencia (por no decir total correspondencia), entre el vestido de las figurillas de Ixtlán del Río y las de la costa ecuatoriana. Además de esto cabe decir que aunque Ixtlán del Río se encuentra en el interior, cerámica del tipo Ixtlán blanco ha sido encontrada en la costa de Nayarit (González y Beltrán, 2010: 125), evidenciando un contacto de este sitio con la costa del Pacífico.





Imagen 27. Figurillas Ixtlán del Río. Tomado de Anawalt, 1997: 51.



Imagen 28. Figurilla de la fase Guangala/Manteño, Ecuador. Tomado de Anawalt, 1992: 123.



Imagen 29. Textil Wari. Tomado de Sinclair, 2006: 54.

- **Pesas de buceo en Punta Mita, Nayarit**

Al igual que en la costa ecuatoriana, en el Occidente mesoamericano se explotó la concha del *Spondylus* spp. desde épocas muy tempranas. Sin embargo el uso de esta concha no fue el mismo, por lo que parece responder a dos tradiciones diferentes. En Punta Mita, Nayarit, para el periodo que va desde el 900 d.C hasta la llegada de los europeos a la región, el arqueólogo José Carlos Beltrán encontró unas “pesas grandes de buceo en forma de torpedo de buen tamaño, trabajadas en piedra pulida con acanalados transversales para amarrar la cuerda” (Beltrán, 2001: 57). Estas pesas de buceo no están aisladas, sino que en el sitio de Punta Mita, Beltrán ha encontrado cerámica que este arqueólogo vincula estilísticamente con Suramérica, talleres de concha y hornos metalúrgicos, pero sobre todo, objetos de metal como agujas y anzuelos; como se verá en el apartado siguiente, la metalurgia es de los indicios más fuertes de la interacción entre poblaciones del Occidente de México y

Ecuador. No es de sorprender el hallazgo de pesas de buceo en una región que explotaba las conchas marinas, muchas de ellas encontradas a profundidades considerables y adheridas al sustrato rocoso. Para la recolección del *Spondylus* spp., aunque esta concha se pueda encontrar a una profundidad mínima de dos metros, la fuerza de las corrientes marinas, los elementos que se le pegan a la concha que la camuflan en el fondo marino y la fuerza con la que estas se pegan al sustrato, hacen que sea necesaria una inmersión prolongada para poder identificar y retirar el material (Carter, 2011: 63).

Estas pesas llaman la atención por no tener antecedentes en la región del Occidente de México y, en cambio, tener una forma idéntica a las encontradas en la costa ecuatoriana para la época de Integración (500-1500 d.C) las cuales tienen una tradición y una evolución centenaria en esta zona. Marcos y Norton encuentran varias de estas pesas en la Isla de la Plata, en Guayas, Ecuador, lugar dónde también se encontraron grandes cantidades de valvas de *Spondylus* spp. y (como ya se mencionó) cerámica negra de origen chimú (Marcos y Norton, 1981, p. 146).

La existencia de estas pesas de buceo demuestra que la interacción no sólo generó intercambio de objetos, sino también de tecnologías y técnicas, aunque este tipo de tráfico quede grabado en el registro arqueológico de manera marginal.

- **Introducción de la metalurgia**

Uno de los aspectos que más ha llamado la atención con respecto a los posibles contactos entre el Occidente de México y Suramérica es la introducción de la metalurgia en Mesoamérica desde la costa ecuatoriana. Prácticamente sin antecedentes tecnológicos en el Occidente mesoamericano aparece una metalurgia bastante desarrollada alrededor del año 600 d.C.

Dorothy Hosler (2005) ha sido quien más y mejor ha estudiado este fenómeno y propone que las técnicas metalúrgicas del Occidente de México tienen su origen en la costa pacífica Suramericana. Ella establece dos periodos para esta introducción. El primero se desarrolló entre 600/800 a 1200/1300 d.C. Consta de unas pocas importaciones de objetos (en específico unos ornamentos en espiral muy comunes en Ecuador y con tan sólo dos hallados arqueológicamente en Tomatlán, Jalisco) (imagen 30), una extensa adopción de técnicas provenientes de la costa ecuatoriana como la cera perdida y el martillado en frío, y

copia de diseños en objetos como argollas, agujas, pinzas, anzuelos y cascabeles. Cabe señalar que la mayoría de los objetos del primer periodo no sólo tienen una similitud estilística con sus contrapartes ecuatorianas, sino que también la técnica en la que fueron manufacturados, la función para la que fueron hechos y los contextos arqueológicos en que fueron encontrados son igualmente comparables (tumbas, escondites y talleres). También existió una adaptación e innovación local del conocimiento metalúrgico que provenía del sur, por ejemplo, los cascabeles en el Occidente de México se hacían totalmente con la técnica de cera perdida, mientras que en Ecuador se recurría al martillado en frío (Hosler, 2005: 155).

El segundo periodo que parte desde 1200/1300 d.C hasta la llegada de los europeos, es un desarrollo del primero y se caracteriza por la llegada de una extensa gama de aleaciones en la que destacan aquellas hechas de cobre y arsénico. Del mismo modo que en el periodo anterior, son muy pocos los objetos manufacturados suramericanos que llegan, se adaptan las técnicas metalúrgicas pero no los diseños. Resaltan los discos de lámina, que sí fueron realizados con técnicas de origen suramericano y contienen diseños muy similares a los de la Costa Norte peruana, en específico seres con colmillos y pelo de serpientes (imagen 31); estos objetos podrían ser importados directamente de Suramérica. Entre los objetos manufacturados con cobre y arsénico destacan las hechas-moneda no utilitarias. Estas hachuelas, tanto en constitución como en forma son idénticas a las encontradas en la costa y la sierra ecuatoriana y en el extremo norte del Perú.

El trabajo de Hosler es sin duda pionero no tanto por el tema que abarca, sino por la contundencia de sus datos y la muestra que recoge. Aunque las fechas exactas puedan ser matizadas y la distinción entre dos momentos distinguibles (a mi juicio una herramienta epistemológica elaborada por la investigadora por comodidad analítica más que con voluntad de dividir un solo proceso) pueda ser puesta en duda,<sup>16</sup> sus argumentos sobre la introducción de la metalurgia en el Occidente de México por parte de poblaciones

---

<sup>16</sup> Parece más prudente identificar un solo proceso de adopción de la metalurgia que se va complejizando en sus formas y técnicas. Esto se debe a que muy probablemente no hubo un momento o dos de la introducción de técnicas metalúrgicas desde el sur al Occidente mesoamericano, sino que el contacto directo con maestros metalúrgicos del sur fue dando forma a un proceso de transmisión de técnicas y tecnología que se desarrolló en un extenso periodo de tiempo. Retomo las fechas de inicio del periodo I de Hosler 600/800 d.C para delimitar temporalmente mi propia investigación, sin embargo, considero que la interacción desde esta fecha fue constante y no en “episodios”.

ecuatorianas es tan fuerte que ha convencido a algunos de los más escépticos de los intercambios a larga distancia (Hirt, 1997).

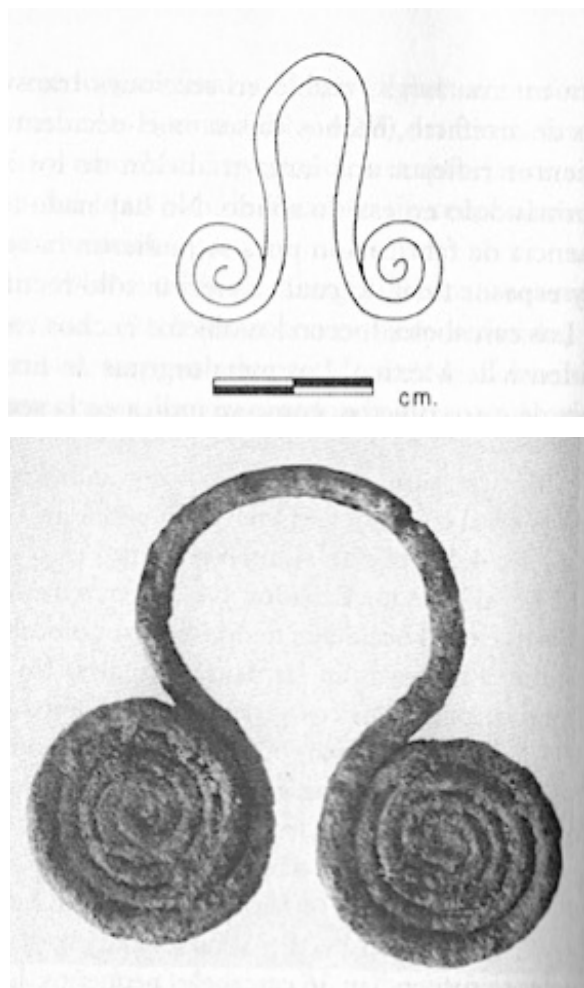


Imagen 30. Dibujo de un ornamento metálico en espiral proveniente de Tomatlán, Jalisco, uno de los pocos objetos importados directamente desde Ecuador perteneciente al primer periodo, 600/800 a 1200/1300 d.C (Arriba). Ornamento en espiral proveniente del Museo Arqueológico de Guayaquil (Abajo). Tomado de Hosler 2005 fig. 4.15 y 4.16



Imagen 31. Disco de lámina con diseños andinos: ser con colmillos y pelo de serpientes. Museo Regional de Guadalajara. Tomado de Hosler 2005: fig. 6.15.

- **La carta de Rodrigo de Albornoz**

Uno de los pocos documentos escritos que parece sugerir la llegada de navegantes sureños a las costas del Pacífico mexicano es una carta enviada al rey de España por el contador Rodrigo de Albornoz en 1525. Estando en Zacatula, actual estado de Guerrero, uno de los puertos sobre el Pacífico de la Nueva España más importantes en la primera mitad del siglo XVI antes de que fuera reemplazado por Acapulco, este funcionario virreinal informa lo siguiente:

y hay nuevas de Indios que dicen que en el camino hay islas ricas de perlas y piedras; y siendo a la parte del Sur ha de haber, según razón, oro en abundancia; y preguntando a los Indios de aquella costa de Zacatula, cómo saben que debe haber por allí islas, dicen que muchas veces oyeron a sus padres y abuelos, que de cierto en cierto tiempo solían venir a aquella costa Indios de ciertas islas hacia el Sur, que señalan; y que venían en unas grandes piraguas, y les traían allí cosas gentiles de rescate y llevaban ellos otras de la tierra; y que algunas veces cuando la mar andaba brava, que suele haber grandes olas en aquella parte del Sur más que en otra parte ninguna, se quedaban los que

venían acá cinco o seis meses, hasta que venía el buen tiempo e sosegaba la mar e se tornaban a ir (Albornoz, 1525).

La información de la fuente nos hace pensar que estos personajes que “venían en unas grandes piraguas” eran suramericanos, pues tenían que esperar a que se calmara la mar para volver. Lo más probable es que aquí se esté refiriendo a la época de ciclones sobre el Pacífico que afecta a las costas del sur de México y de Centroamérica, que dura precisamente entre cinco y seis meses. Si estos navegantes tenían que esperar a que pasara este periodo deberían provenir de más al sur, posiblemente Suramérica.

La fuente también señala que no era común que estos navegantes tuvieran que esperar largos periodos antes de regresar. Afirma que “algunas veces” sucedía esto, pero no que era habitual que sucediera. Esto lo explicito porque con frecuencia se usa esta carta para argumentar que algunos navegantes suramericanos pasaban largas temporadas en tierras mesoamericanas (Anawalt, 1998); no obstante, aunque esto pudiera ocurrir, según la información de la carta, este hecho no era frecuente.

### III

#### Algunas consideraciones sobre la interacción en el Corredor Pacífico

Después de exponer los datos arqueológicos sobre interacción a lo largo del Corredor Pacífico es bueno resaltar algunos aspectos relevantes. Al integrarlos en un proceso histórico identificable, los datos arqueológicos toman una dimensión nueva y se logra obtener mucha más información de fuentes que se consideraban ya conocidas. El objetivo de esta tesis no es hacer un recuento de publicaciones arqueológicas, sino dinamizar estos datos a la luz de un trabajo comparativo. Dentro de la disciplina arqueológica algunas veces se es de la opinión que las investigaciones deben provenir exclusivamente de trabajos en excavaciones para ser consideradas novedosas. Afortunadamente la colaboración con historiadores y antropólogos ha mostrado que los mismos datos arqueológicos pueden ofrecer información valiosa y novedosa al dinamizar lo que, desde la excavación, parece estático. Hecha esta salvedad paso a indicar qué aspectos me parecen relevantes luego de haber hecho un recuento de los datos arqueológicos más aceptados.

Lo primero en lo que me gustaría volver a insistir es que, pese a que hay datos suficientes para pensar en una interacción a lo largo de la costa Pacífica desde el norte del Perú hasta el Occidente de México, no existe una homogeneidad cultural en esta área, incluso en los lugares donde la interacción está mejor documentada, es más aceptada por los especialistas y fue constante durante milenios (sobre todo las relaciones entre la costa de Ecuador y los Andes Centrales). Un segundo punto que parece evidente es que los pueblos de la costa norandina (Ecuador y Tumbes) aparecen como un pivote en las relaciones de interacción en todo el Corredor Pacífico; de las interacciones revisadas la gran mayoría involucran directa o indirectamente a esta región.

Aunque muchos autores (Anawalt, 1998; Oliveros Morales, 2000; entre otros) engloben todos los indicios de vínculos entre Suramérica con el occidente de México como si pertenecieran a un solo proceso, habría que separar dos periodos claves de interacción: uno muy antiguo, coincidente con el Preclásico mesoamericano, el Horizonte Temprano en los Andes Centrales y el desarrollo Valdivia y Machalilla en la costa ecuatoriana. En él se incluye la introducción de la díada *Strombus-Spondylus* spp. en los Andes Centrales, la cerámica iridiscente y el complejo (si se le puede llamar así) que incluye las tumbas de tiro,



los perros sin pelo, la cerámica Capacha y el vestido –sin sugerir una dirección del flujo de estos elementos–. Otro periodo de interacción tendría su comienzo entre el año 600 y el 800 d.C e incluiría la expansión de la metalurgia de la aleación entre cobre y arsénico en el Área Intermedia Sur, el Estilo Internacional, la introducción de la metalurgia en el Occidente de Mesoamérica, el uso generalizado de hachas-moneda y la transmisión de la tecnología de la recolección del *Spondylus* spp.; esta tesis se centrará en este segundo periodo de interacción.<sup>17</sup>

A pesar de la abundancia de indicadores arqueológicos de interacción, quienes se oponen a la existencia de los contactos a larga distancia en el Corredor Pacífico lo hacen exigiendo una mayor cantidad de pruebas documentales (Olsen, 1999; Albiez-Wieck, 2011; Salazar, 2012: 291-293, entre otros). Los datos expuestos (como la recopilación hecha aquí) les parece insuficiente debido a que los indicadores están aislados y no hay, para ellos, un *corpus* suficiente. Ni lo habrá. Esto se debe a que estos investigadores esperan que en momentos de interacción entre pueblos diferentes se genere una homogenización cultural; como ya he argumentado, desde la disciplina arqueológica, sea intuitiva o teóricamente desde posturas como “el sistema mundo”, se asimila interacción con unidad cultural. Este deber ser se presenta tan natural como el sentido común entre algunos arqueólogos, sin embargo, no hay razón ni teórica ni metodológica para esperar que la interacción entre pueblos diferentes genere homogenización cultural en todos los casos, no hay por qué exigir a los datos que cumplan este preconcepto. Los casos que no cumplen las expectativas son rápidamente tachados de excepciones y se excluyen del análisis; sin embargo estas supuestas excepciones se presentan con recurrencia a lo largo del Corredor Pacífico y merecen una explicación que los comprenda como una unidad.

El hecho de que la costa ecuatoriana funcione como pivote y que las interacciones en el Corredor Pacífico hayan generado una unidad diversa y no una área cultural, se explica por los mecanismos para la interacción que funcionaron para establecer los contactos en el segundo periodo propuesto, es decir, después de 600/800 d.C. El análisis de estos mecanismos será la parte central del estudio del Corredor Pacífico y es, en este

---

<sup>17</sup> A diferencia de los dos periodos propuestos por Hosler (2005) (el primero de 600/800 a 1200/1300 d.C y el segundo a partir de esta última fecha hasta la llegada de los españoles al territorio) para la introducción de la metalurgia en el Occidente mesoamericano, estos dos procesos de interacción en el Corredor Pacífico no tuvieron relación causal y se distancian el uno del otro por siglos.

sentido, mi forma de dinamizar los datos arqueológicos expuestos en un proceso histórico. En el presente capítulo analizaré los mecanismos de interacción y en el siguiente su relación con las fuentes presentadas en el capítulo 2.

### **Mecanismos para la interacción en el Corredor Pacífico**

Con la fórmula “mecanismos para la interacción” me refiero a los dispositivos que involucran medios materiales y comportamentales con los que los pueblos se relacionaron entre sí, es por esto que no fueron exclusivos de un solo pueblo, sino que funcionaron para la puesta en contacto entre colectividades. Estos mecanismos son producto de la interacción, pero a la vez la moldean en un proceso recursivo de mutua configuración. Para el caso del Corredor Pacífico voy a analizar dos mecanismos específicos: la navegación con vela triangular y *guares*, y las hachas-moneda. Considero que estos dos mecanismos combinados le dieron forma al Corredor Pacífico en su segundo periodo de interacción (600/800 d.C hasta la invasión europea). Analizar estos dos mecanismos y entender su funcionamiento se presenta como un paso previo ineludible para, en el capítulo siguiente, poder evaluar los indicios de interacción en el Corredor Pacífico desde una nueva perspectiva.

### **La navegación con vela triangular y *guares***

Antes de que los españoles vieran con sus propios ojos el Pacífico americano, les llegó información sobre la existencia de una gran masa de agua en donde era común ver embarcaciones con vela. Fray Bartolomé de las Casas señala que estando en el Darién Vasco Núñez de Balboa, el “descubridor” español de lo que llamó la Mar del Sur, fue informado de lo siguiente:

... dista desta nuestra tierra, de andadura, obra de seis soles (que son seis días), y señalaba entonces hacia la mar del Sur, que es al Mediodía, con el dedo, la cual decía que verían pasando ciertas sierras, donde navegaban otras gentes con navíos o barcos poco menos que los nuestros, con velas y remos  
(De las Casas, 1986: Cap. 41, p. 154)

Las embarcaciones de las que tuvo noticia Nuñez de Balboa eran utilizadas de manera frecuente en la costa del Pacífico suramericano desde el Darién hasta la Costa Norte del Perú aunque eran, no obstante, originarias de la costa ecuatoriana y del extremo norte del

Perú (Tumbes). Uno de los aspectos que más impresionó a los europeos de los pueblos que habitaban la costa ecuatoriana y de Tumbes en la época del contacto (Manteño-Huancavilcas) fue su capacidad de navegación. Esta navegación fue extensamente descrita en diferentes crónicas e incluso sus naves fueron dibujadas por diferentes exploradores y cronistas. Voy a exponer la navegación practicada en las costas norandinas basado en las fuentes coloniales que tocan el tema<sup>18</sup>.

- **Vela Triangular**

Uno de los primeros aspectos que llamó la atención de los europeos sobre las embarcaciones norandinas fueron sus velas. El primer encuentro físico que tuvieron españoles con embarcaciones con velas americanas más allá de la información recibida por Nuñez de Balboa, fue en 1526, durante el segundo viaje de Pizarro a Suramérica, mientras el piloto Bartolomé Ruiz exploraba las costas continentales del Pacífico colombiano y ecuatoriano. Este encuentro ha dejado cuatro testimonios, aunque uno es copia de otro, así que contamos con tres versiones en donde queda clara la sorpresa de los españoles al ver velas triangulares en aguas americanas:

Este navío que digo que tomó, tenía parecer de cabida de hasta treinta toneles; era hecho por el plan y quilla de unas cañas tan gruesas como postes, ligadas con las dichas sogas de uno que dicen eneguen, que es como cáñamo, y los altos de otras cañas mas delgadas, ligadas con las dichas sogas, adonde venian sus personas y la mercadería en enjunto porque lo bajo se bañaba. Traía sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodón del mismo talle, de manera que los nuestros navíos...  
(Anónimo, 1844: 193-201)

Lo que el autor anónimo de la relación conocida como “Sámano-Xerez” quiso decir con “de manera de nuestros navíos” es aclarado con las otras versiones sobre este encuentro:

---

<sup>18</sup> Algunos investigadores insisten en remarcar que las embarcaciones que voy a describir eran usadas por pueblos centroandinos (peruanos) y no norandinos (ecuatorianos y tumbesinos) basados en algunas fuentes coloniales. Anne Marie Hocquenghem (2009b: 15), por ejemplo, basada en la crónica de Pedro Cieza de León remarca que el origen de una de estas embarcaciones es peruano. Sin embargo mucho antes Adam Szászdi (1978) ya había explicado por qué este cronista confunde el lugar de origen de esta embarcación. La insistencia de María Rostworowski (1999: 40) sobre que las balsas con velas vienen de Chincha está basada en inferencias secundarias y contradice todas las fuentes primarias disponibles al respecto que sí son explícitas.

É vido venir del bordo de la mar un navio que haçia muy grand bulto, que paresçia vela latina, y el maestre é los que con él yban se aparejaron para pelear, si fuesse menester; é arribó sobrel navio é le tomaron, é hallaron que era un navio de tractantes de aquellas partes, que venian á haçer sus rescates (Fernández de Oviedo y Valdés, 2007: libro xliii, cap. iii)

La confirmación de que se trataba de una nave con vela latina o triangular está en la crónica de Pedro Cieza de León y en la de Antonio de Herrera (en este punto la segunda copia a la primera): "...reconocieron en alta mar venía una vela latina tan gran bulto, que creyeron ser carabela, cosa que tuvieron por muy extraña, y como no parase el navío se conoció ser balsa, y arribando sobre ella la tomaron" (Cieza de León 2004, caps IX y X) "... reconoció por Alta Mar una Vela Latina, de tan gran bulto, que les pareció Caravela, cosa que tuvieron por mui estraña, i al fin hallaron, que era Balsa, i la tomaron" (Herrera, 1726: Década III, Libro VIII, Cap. XII).

Existe otro hecho que confirma que la vela que vieron Bartolomé Ruiz y su tripulación se trata de una vela latina: nombraron el sitio en dónde la encontraron como "Punta Galera". Las galeras, embarcaciones que usaban una pequeña vela triangular ayudada de una batería de remos, fueron usadas en el Mediterráneo durante la Antigüedad Clásica. Un navegante experto como Ruiz no debió poner este nombre al azar y debió hacer referencia precisamente al tipo de embarcación que encontró (Smith *et al.*, 2008: 47-59).

La sorpresa por parte de los españoles al encontrar una vela latina o triangular en aguas americanas es bastante comprensible. La carabela, embarcación moderna que usaba este tipo de velas, era una innovación reciente en la navegación europea, introducida durante el siglo XV por la escuela de Sagres de Enrique el navegante, rey de Portugal. Gracias a estas embarcaciones, que eran ligeras, rápidas, resistentes y de corto calado, se podía explorar las costas con mucha mayor eficiencia que con los pesados galeones de vela cuadrada (Browlee 1991: 6-7). La sorpresa de los españoles es comprensible al encontrar una tecnología de navegación tan sofisticada en aguas americanas.

Luego de este primer encuentro son múltiples las crónicas que describen balsas con velas en la costa ecuatoriana y tumbesina. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (2007: libro xliii, cap. iii.), Miguel Estete (1918: 318), Pedro Gutiérrez de Santa Clara (2004, capítulo LXVI), Agustín de Zárate (1577: cap. VI), Girolamo Benzoni, (1985: 112), las Relaciones Geográficas de Guayaquil (Jiménez de la Espada, 1965), Jorge Juan y Antonio

de Ulloa (1748: Libro IV, Cap. IX) y Alejandro Malaspina (Jaramillo, en prensa); todas estas fuentes describen la navegación con velas en esta zona desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XVIII. Vale la pena señalar que algunos de estos autores dejaron dibujos. Ciertas de estas imágenes muestran velas cuadradas, incluso cuando en el texto se describen velas triangulares (por ejemplo ver Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX). Sin embargo sí existen dibujos de estas embarcaciones con velas triangulares (imágenes 32, 33 y 34). Esto sugiere que los navegantes norandinos tenían dos tipos de embarcaciones, unas más sencillas con velas cuadradas para navegar por sus costas, y otras más complejas, con velas triangulares, para realizar viajes a larga distancia.

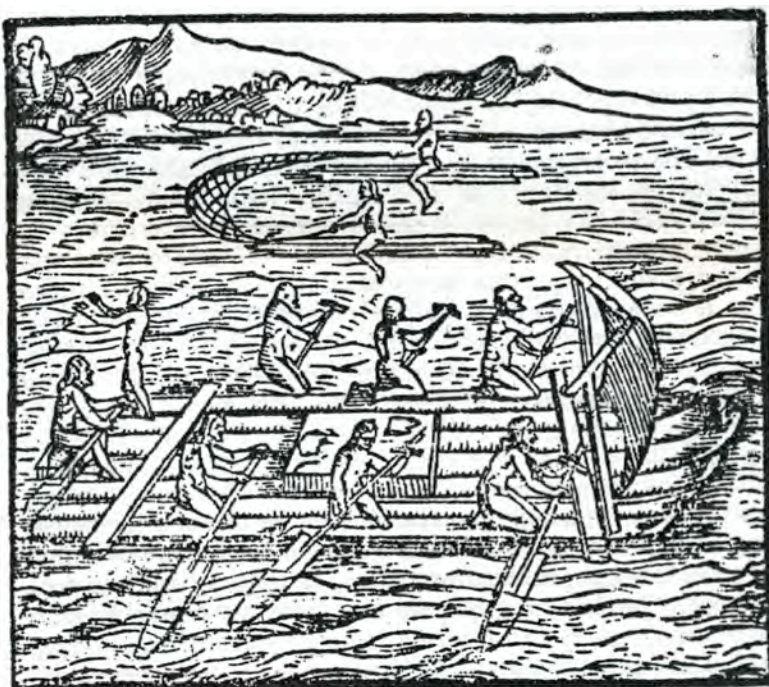


Imagen 32. Dibujo de Girolamo Benzoni de balsas con velas en la costa ecuatoriana. Tomado de Benzoni, 1985: 112.

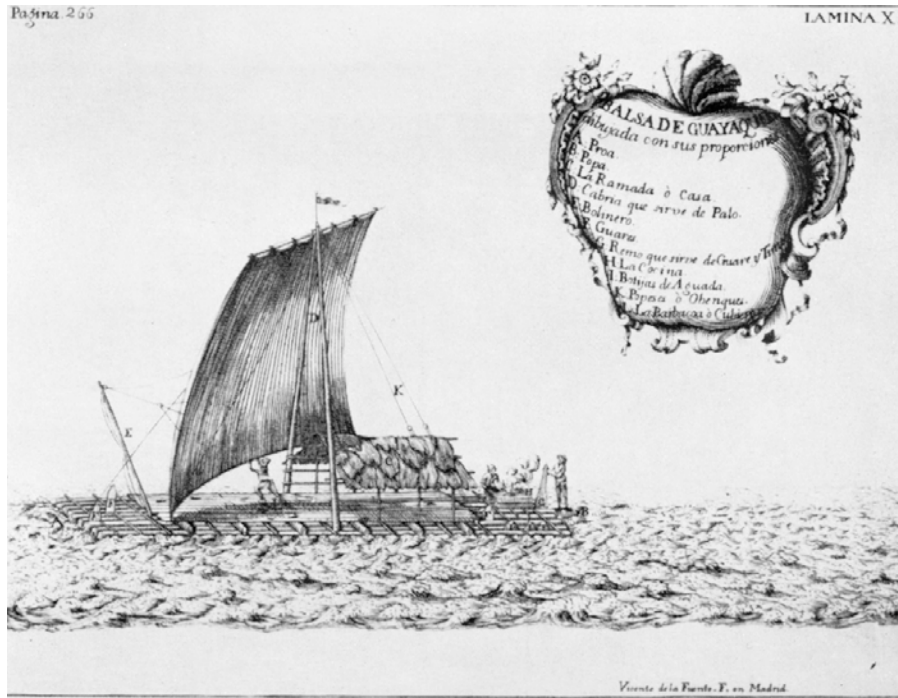


Imagen 33. Dibujo de Jorge Juan y Antonio de Ulloa de una balsa con vela en la costa ecuatoriana. Resalta que el dibujo ilustra una vela cuadrada mientras ellos describen una vela latina. Tomado de Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX, 266.



Imagen 34. Dibujo de la desembocadura del río Guayas con el Chimborazo de fondo. Atribuido a Fernando Bambrilla, expedición de Malaspina. Museo de América en Madrid.

- **Sistema de *guares***

Además de las velas, las balsas poseían un sistema de *guares* que se disponía a lo largo de la embarcación y que se introducía o sacaba del agua cuando era necesario. Estos *guares* funcionaban a la vez como quilla y como timón de la embarcación. Esto ayudaba a aprovechar la fuerza de las corrientes marinas para propulsión o para corregir el rumbo del impulso de la vela. Tal vez una referencia a este sistema de *guares* sean las “muelas de barbero” descritas en la relación “Sámano-Xerez” (Anónimo, 1844: 193-201) o las “piedras de barbero, que sirven en lugar de áncoras” de Fernández de Oviedo y Valdés (2007: libro xliii, cap. iii). Sin embargo, son Juan y Ulloa quienes más explícitamente describen estos *guares*:

[...] el del timón, y se reduce á unos tablones de 3 á 4 varas de largo y media de ancho que llaman *guares*, los cuales se acomodan verticalmente en la parte posterior ó popa y en la anterior ó proa entre los palos principales de ella, por cuyo medio y el de ahondar unos en el agua y sacar alguna cosa otros consiguen que orse, arribe, bire de borda por delante ó en redondo y se mantenga á la capa segun conviene la faena para el intento [...]

(Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX)

Los timones o *guares* descritos servían para aprovechar la resistencia del agua y hacer cambiar de rumbo a la embarcación. En el dibujo de Joris van Speilbergen en donde se representa una balsa con velas triangulares aparecen unos personajes manipulando estos *guares* (imagen 35).



Imagen 35. Detalle del dibujo de Joris van Speilbergen donde se alcanzan a apreciar unos personajes manipulando en sistema de timones de la embarcación. Tomado de Speilbergen, 1906: 84-85.

- **Antigüedad y procedencia de la navegación con balsas**

Aunque la mayoría de las fuentes de las que me sirvo para caracterizar la navegación norandina son de la época colonial, esto no quiere decir que esta tecnología sólo existiera a partir del siglo XVI. Lamentablemente los materiales con los que fueron realizadas las embarcaciones (maderas ligeras, algodón, henequén) se degradan muy rápidamente en ambientes tropicales como la costa ecuatoriana. La mayoría de las figuraciones plásticas prehispánicas que se conservan de la zona costera del Ecuador son de canoas y remeros (Alcina Franch *et al.*, 1987: 52). Existe una sola figuración escultórica manufacturada en plata de una balsa de troncos, sin velas y con remeros, clasificada como perteneciente a la cultura Bahía de la costa ecuatoriana (500 a.C-500 d.C) (imagen 36). Este es el antecedente más antiguo que se conoce de las balsas en territorio ecuatoriano o peruano.



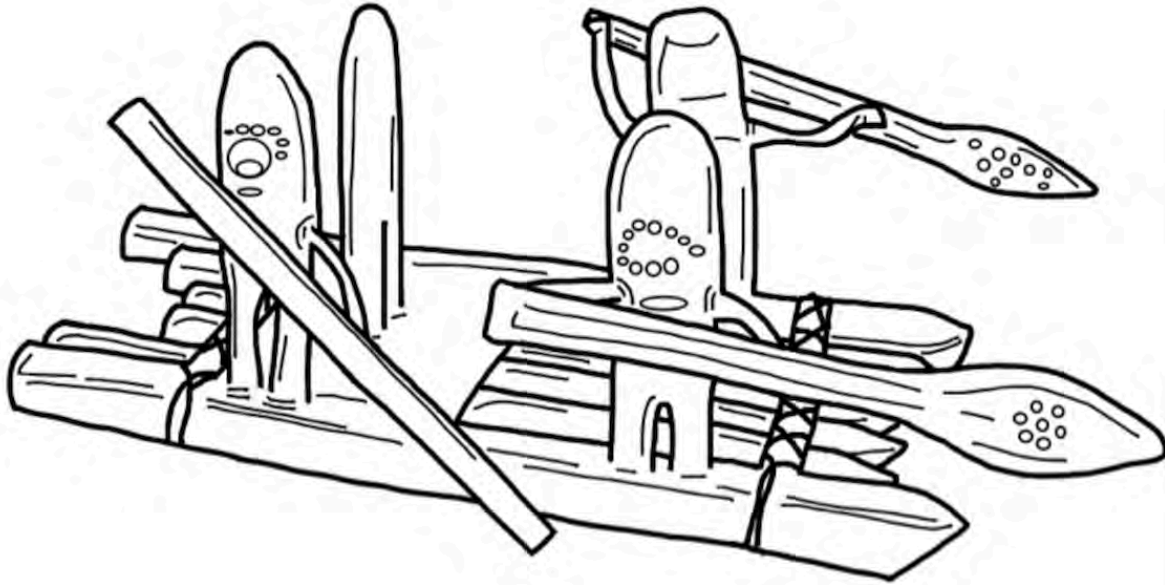


Imagen 36. Figuración escultórica de una balsa de troncos de la cultura Bahía. Actualmente resguardada en el Museo Nacional del Banco Central del Ecuador, Quito. Elaborado por el autor.

Existe un ejemplo arqueológico de una balsa de estas características hallado en Chan Chan, Trujillo, para la época Chimú (800-1450 d.C) (imagen 37) (Uceda, Cornejo y Hoyle, 1980). Esto no quiere decir que las balsas fueran originarias del norte del Perú, sino que hasta este punto llegaban embarcaciones de este tipo. En la misma Costa Norte peruana se marcaba iconográficamente que este tipo de embarcaciones provenían del norte, como se verá a continuación.

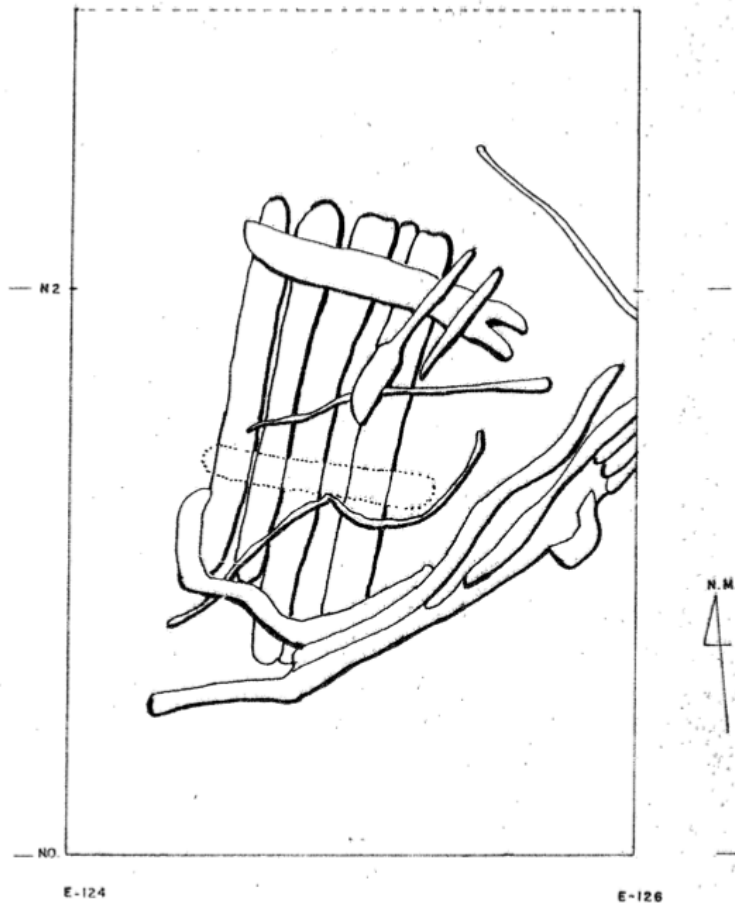


Imagen 37. Dibujo de la balsa encontrada en contexto arqueológico en Chan-Chan, La Libertad, Perú. Dibujo de Miguel Cornejo tomado de Uceda, Cornejo y Hoyle, 1980.

Ya referí anteriormente a que en la Costa Norte del Perú se encuentran varias representaciones iconográficas de recolección de *Spondylus* spp. datadas aproximadamente para un periodo que abarca del 800 a 1450 d.C. de origen Chimú o Lambayeque. No cabe duda que estas representaciones refieren a la costa ecuatoriana o al extremo norte de la costa peruana, pues este es el hábitat natural del *Spondylus* spp.

Existen por lo menos seis representaciones que combinan recolección de *Spondylus* spp. con embarcaciones de vela triangular (imágenes 38, 39, 40, 41, 42, 43 y 44) . Así, aunque el hallazgo de Chan Chan ubica una embarcación de troncos y vela en la Costa Norte peruana, la comparación con la iconografía del lugar demuestra que para los habitantes de la Costa Norte peruana la recolección de *Spondylus* spp. y este tipo de embarcaciones eran inseparables, pues no existe ninguna figuración plástica de balsas de

este tipo en la que esta concha estuviera ausente. Gracias a estas escenas y a la embarcación arqueológica hallada en Chan Chan, podemos ubicar la costumbre de la navegación a larga distancia entre Ecuador y la Costa Norte del Perú con vela triangular por lo menos desde el 800 d.C..



Imagen 38. Dibujo de vaso de plata del Museo del Oro de Lima con una escena de recolección de *Spondylus* spp. en una balsa con vela triangular. Tomado de Carcedo 2014: 122.

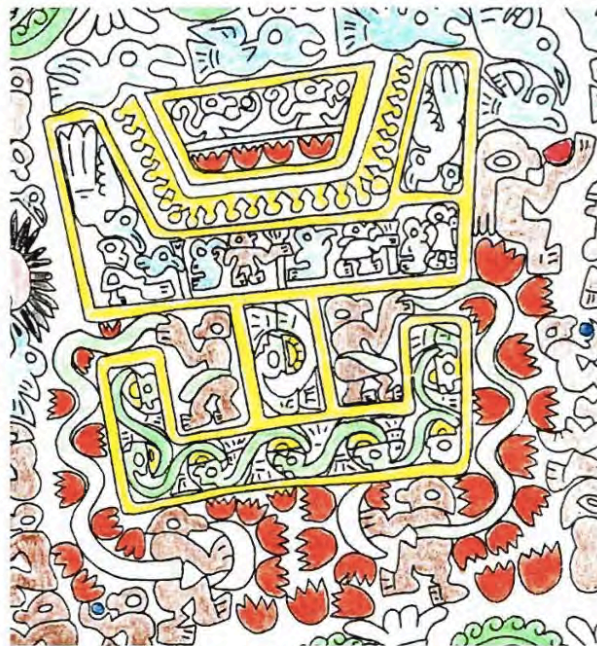


Imagen 39. Dibujo de detalle de la escena del vaso de plata del Museo del Oro de Lima. Tomado de Hocquenghem 2009b. Coloreado en el original.

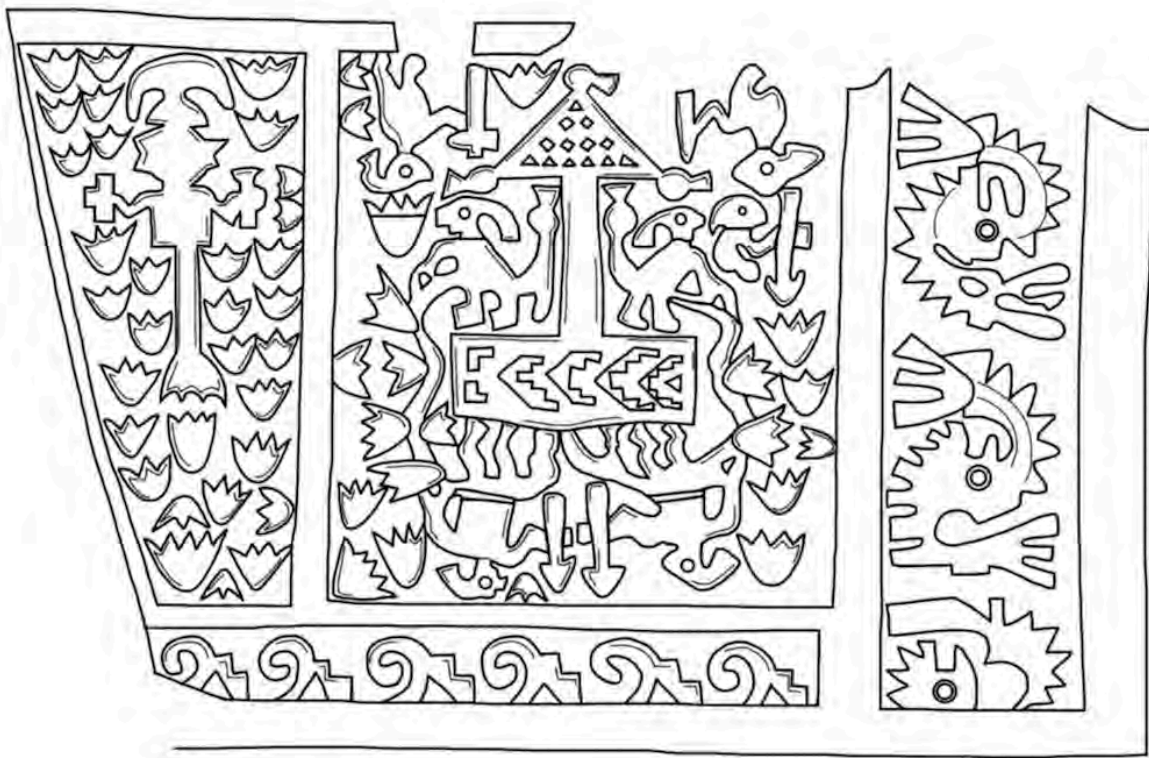


Imagen 40. Dibujo de mural de Huaca de las Balsas, Túcume, Perú. Elaborado por el autor.



Imagen 41. Dibujo de orejera con escena de recolección de *Spondylus* spp. sobre balsa con vela triangular. Posiblemente provenga del Cerro Sapamé, Lambayeque. Tomado de Blower, 1996: 157.



Imagen 42. Dibujo de orejera con escena de recolección de *Spondylus* spp. Actualmente resguardada en el *Museum of the American Indian* en Nueva York. Tomado de Blower, 1996: 156.



Imagen 43. Dibujo de orejera resguardada actualmente en el Museo Larco de Lima (ML 100429). Elaborado por el autor.

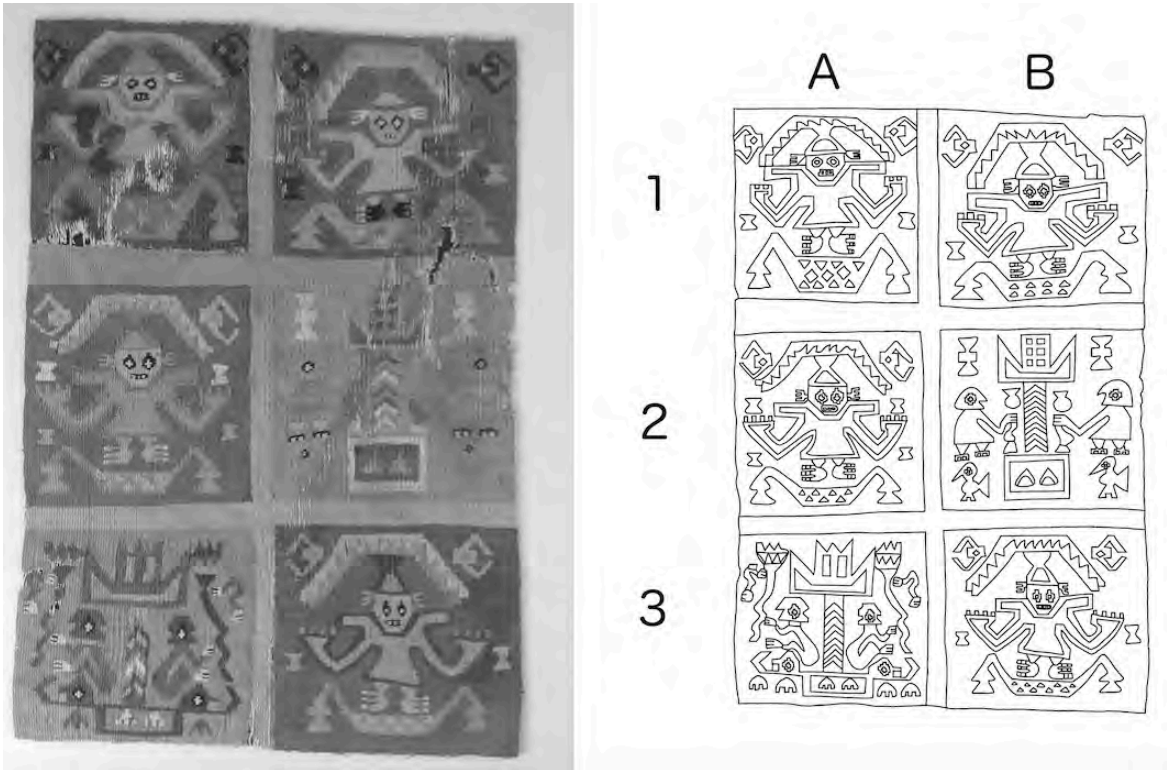


Imagen 44. Textil con compleja escena marina. En el recuadro A3 se muestra una recolección de *Spondylus* spp. desde una balsa con vela. Resguardado en el Museo Larco (ML 600063). Fotografía y dibujo del autor.

Sumado a lo anterior, los materiales para manufacturar este tipo de embarcaciones, sobre todo el palo de balsa, no se dan en las costas áridas de los Andes Centrales, sino únicamente en el ambiente tropical norandino. Los balseros que seguían manufacturando las balsas en el Perú hasta mediados del siglo XX tenían que viajar hasta Guayaquil, en Ecuador, para comprar los materiales necesarios para la balsa (Andritzky, 1987).

Algunas fuentes coloniales reportan la aparición de este tipo de balsas en aguas de la Costa Norte del Perú; lo que indica que ya para época colonial, en puertos peruanos se había adoptado la costumbre de navegación de los andes norteños. Juan y Ulloa describen que algunas balsas hacían la travesía desde el río Guayas hasta los puertos de Tumbes y Paita en Perú:

Las balsas no solo navegan en aquel río [Guayas] sino también en la mar, por donde hacen la travesía hasta Paita [...] Toda la unión de los palos que componen esta especie de embarcaciones se hace por medio de bejucos, con los cuales se amarran unos contra otros y con los atravesajos que cruzan por

arriba tan fuertemente que resisten á las gruesas marejadas en las travesías á la costa de Tumbes y Paita (Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Capítuo IX.)

Precisamente en la bahía de Paita fue que Joris van Speilbergen en el siglo XVII encuentra una de estas balsas con velas triangulares y le llama tanto la atención que la incluye en su dibujo descriptivo del lugar (imagen 45). Antes que ellos, en 1582, Richard Madox también había dibujado una de estas balsas en el Perú (imagen 46).



Imagen 45. Dibujo de de Joris van Speilbergen de la Bahía de Paita, Perú. Resalta una balsa con velas triangulares. Tomado de Speilbergen, 1906: 84-85.



Imagen 46. Dibujo de Richard Madox de una balsa con vela triangular. Se alcanza a leer la palabra Perú al final de las anotaciones en un costado. Tomado de Smith y Haslett, 2000.

Ya para el siglo XVIII la navegación con balsas a vela fue una costumbre generalizada en la caleta de San Lucas de Colán, el pueblo de indios contiguo al puerto español de Paita, Perú. En el documento de la caja 43, expediente número 0891 del fondo de Causas Ordinarias Corregimiento, folios 5r y 5v del Archivo Regional de Piura, se registra cómo los indígenas de Colán proveían de agua dulce al puerto español y a los barcos de la bahía en 1707 d.C. (ARP, Corregimiento, Caja 43, Exp. N.0891). Incluso hoy en día algunos pescadores de esta caleta utilizan las balsas de troncos para realizar su faena (imagen 47).





Imagen 47. Foto de la caleta de San Lucas de Colán en la que se muestra una embarcación de palos de balsa actualmente en uso. Foto del autor, 2015.

Cerca de Paita, en Sechura, a mediados del siglo XX se hacían aún travesías comerciales hasta Guayaquil en embarcaciones de troncos y velas. Por los costos que implicaban y las trabas legales de realizar viajes internacionales, estas travesías ya no se realizan en la actualidad (Andritzky, 1987).

- **Funcionamiento de las balsas**

La vela latina o triangular combinada con el sistema de *guares* es una tecnología sofisticada que causó gran sorpresa entre los expedicionarios europeos, ya que da a las embarcaciones la posibilidad de navegar de manera eficiente incluso en “contra” de la fuerza del viento (en realidad no totalmente en contra, sino en ceñida, es decir, ligeramente en diagonal). Esto es explicado de diferentes maneras desde la práctica de la navegación y desde la disciplina de la física.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa tuvieron en el siglo XVIII la posibilidad de navegar en las balsas norandinas y su conocimiento de navegación en la tradición europea hizo que dejaran una excelente descripción de cómo, gracias a los sistemas de vela latina y *guares*

combinados, las balsas norandinas eran tan eficientes. Voy a presentar su explicación en extenso para luego presentar las explicaciones más actuales sobre el funcionamiento de las velas latinas.

Pero falta que explicar la mayor particularidad de esta embarcacion, y es que navega y bordea quando tiene viento contrario lo mismo que cualquiera de quilla y vá tan segura en la direccion del rumbo que se la quiere dar que discrepa muy poco de el. Esto lo logra con distinto artificio que el del timón, y se reduce á unos tablones de 3 á 4 varas de largo y media de ancho que llaman guares, los quales se acomodan verticalmente en la parte posterior ó popa y en la anterior ó proa entre los palos principales de ella, por cuyo medio y el de ahondar unos en el agua y sacar alguna cosa otros consiguen que orse, arribe, bire de borda por delante ó en redondo y se mantenga á la capa segun conviene la faena para el intento, invencion que hasta ahora se ha ignorado en las mas cultas naciones de Europa y que, descubierta entre los indios solo su maniobra, los fundamentos de ella no fueron penetrados de sus incultos entendimientos ni los han concebido todavia; si su noticia se huviera divulgado antes en Europa, muchos naufragios havrian sido menos lastimosos, salvando las vidas por medio de este recurso los que las han perdido en ellos por su falta, como sucedió el año de 1730 con la fragata del rey la Genovesa, que naufragó en la Vibora, y los que se embarcaron en una jangada que havian fabricado para salvarse no lo consiguieron por haverse entregado á la voluntad de las olas sin mas gobierno que el de las corrientes ni otra sujecion que la de los vientos. La atencion de exemplares tan lastimosos me ha animado á dar el fundamento y conclusion de este gobierno para que puedan servirse de él los que lo necessitaren, y, para hacerlo con mas acierto, extractaré una pequeña memoria que Don Jorge Juan hizo á este assunto.

La determinacion, dice, en que se mueve una embarcacion impelida del viento es en una linea perpendicular á la vela, como lo demuestran M. M. Renau en la Theorica de maniobras, cap. 2 art. 1, Bernoulli, cap. 1 art. 4 y Pitot sec. 2 art. 13, y, como la reaccion sea igual y contraria á la accion, será la fuerza con que se opone el agua al movimiento de la embarcacion en una perpendicular á la vela que vá de sotavento á barlovento, impeliendo con mas fuerza el cuerpo mayor que el menor, en razon compuesta de sus superficies y de los quadrados de los senos de los angulos de incidencia, esto es, en la suposicion de velocidades iguales; con que, se sigue que, siempre que se sumerja un guare en la proa de la embarcacion, orsará y, por el contrario, arribará si se saca. De la misma suerte, sumergiendole en popa, arribará y, sacandole, orsará. Este es el methodo que siguen aquellos naturales para gobernar las balzas, aumentando el numero de ellos hasta quatro, cinco ó seis para que se mantenga á barlovento, pues, está claro que, cuantos mas se sumergieren, será mayor la resistencia que encontrará la embarcacion á romper el agua por el costado por hacer el oficio de orsas, de que usan los marineros en embarcaciones menores. El manejo de estos guares es tan facil que, una vez puesta la embarcacion en su rumbo, solo uno es el que se maneja, sacandolo ó metiendolo quando es

necesario uno ó dos pies, con cuyo corto intervalo tienen suficiente para mantenerla á camino. (Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX).

- **El efecto Venturi: la explicación práctica**

La explicación que ofrecen quienes navegan con vela latina de por qué la forma triangular de la vela ayuda a las embarcaciones a propulsarse en “contra” (en ceñida) del viento es la siguiente: la vela latina no sólo funciona para ser empujada por el viento (como una de forma cuadrada), sino que funciona más como el ala de un avión. Al poner la vela en el ángulo de ataque indicado, casi paralela al viento, esta divide el flujo de aire en dos. La vela debe doblarse ligeramente hacia donde la empuja la fuerza del viento; esta forma de la vela hace que la parte “exterior” obligue al viento a hacer un recorrido más extenso y a aumentar su velocidad, por lo que habría menos aire que en la parte “interior”. Esto hace que se cree un canal de baja presión en la parte “exterior” de la vela que literalmente jala la embarcación; esta fuerza es mayor que el empuje del viento y es en realidad la que hace mover la nave (imagen 48).<sup>19</sup>

Esto es lo que conocemos como efecto Venturi (basado en el principio Bernoulli que mencionan Juan y Ulloa) y es la forma tradicional como comúnmente se explica el funcionamiento de las alas de un avión. Desde esta perspectiva se explica que una embarcación pueda ir más rápido que el viento al lograr crear un canal de baja presión que tiene un poder de succión más fuerte que el empuje del viento que corre de manera natural.

Los *guares* funcionarían para aprovechar la resistencia del agua para poder corregir el rumbo y no estar a merced de la fuerza del viento. Con más resistencia, es decir, introduciendo más *guares*, se puede viajar menos en “ceñida” y, con menos resistencia, quitando *guares*, se da más autonomía a la vela.

---

<sup>19</sup> Para una explicación sencilla de este principio aplicado a las velas consultar la página de la Escuela de Ingeniería de Antioquia (sf). <http://fluidos.eia.edu.co/hidraulica/articulosos/conceptosbasicosmfluidos/DEPORTES/PAGINAS/navegación%20con%20vela.htm> (01.04.2015)

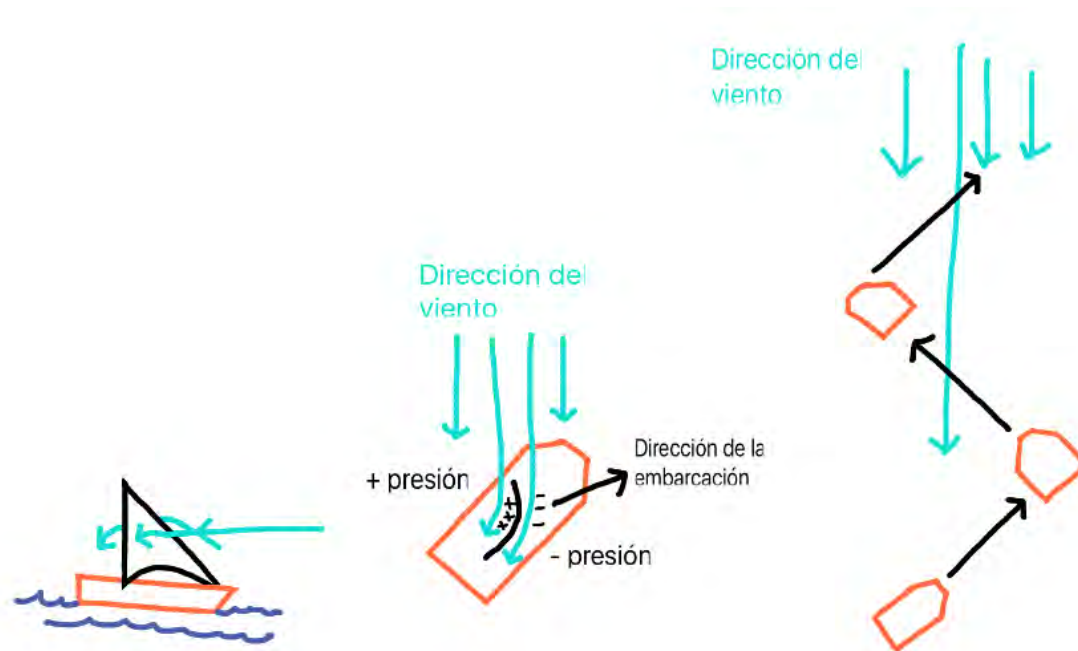


Imagen 48. Dibujos explicativos del efecto Venturi aplicado a las velas latinas. División del aire en dos corrientes. Creación de la baja presión que jala la embarcación. Navegación en ceñida con respecto a la dirección del viento. Elaborado por el autor.

Aunque la explicación del funcionamiento de la vela triangular es perfectamente funcional en la práctica, desde la disciplina de la Física existen varias objeciones a esta argumentación. Si los aviones tan sólo dependieran del efecto Venturi para volar, no se explicaría que ciertas naves de exhibición volaran de cabeza; además algunos aviones de madera y tela, como el de los hermanos Wright, tenían las velas planas e igual conseguían volar. Por eso es que desde la Física se propone una explicación alternativa algo más complicada.

- **La explicación física: la analogía de los engranes**

Esta explicación parte de la comprobación de que en el caso de las alas y las velas, los flujos de aire separados no llegan al final al mismo tiempo: lo hace antes el flujo que toma la vía corta.<sup>20</sup> Esto hace que se cree un pequeño remolino atrás de la vela, que a la vez crea

<sup>20</sup> Una explicación accesible a esta explicación se encuentra en el Blog especializado en barcos de vela Wit Blits (s.f.): <http://www.witblits.eu/fc/01-sustentacion/> (01.04.2015)

un remolino más grande en torno a la vela. Por esta razón se dice que la vela “crea” su propio viento. Así, el pequeño remolino de atrás de la vela es retroalimentado por el viento del remolino grande y se crea una suerte de “engranajes”; el engrane grande es en realidad el que proporciona el viento para la propulsión de la vela (imagen 49). Desde esta perspectiva se explica que a veces una embarcación pueda ir más rápido que el viento, pues el viento que su misma vela ha generado puede ser más fuerte que el que corre naturalmente. De igual manera, los *guares* sirven para corregir el rumbo de la embarcación aprovechando la resistencia y la fuerza de las corrientes marinas.

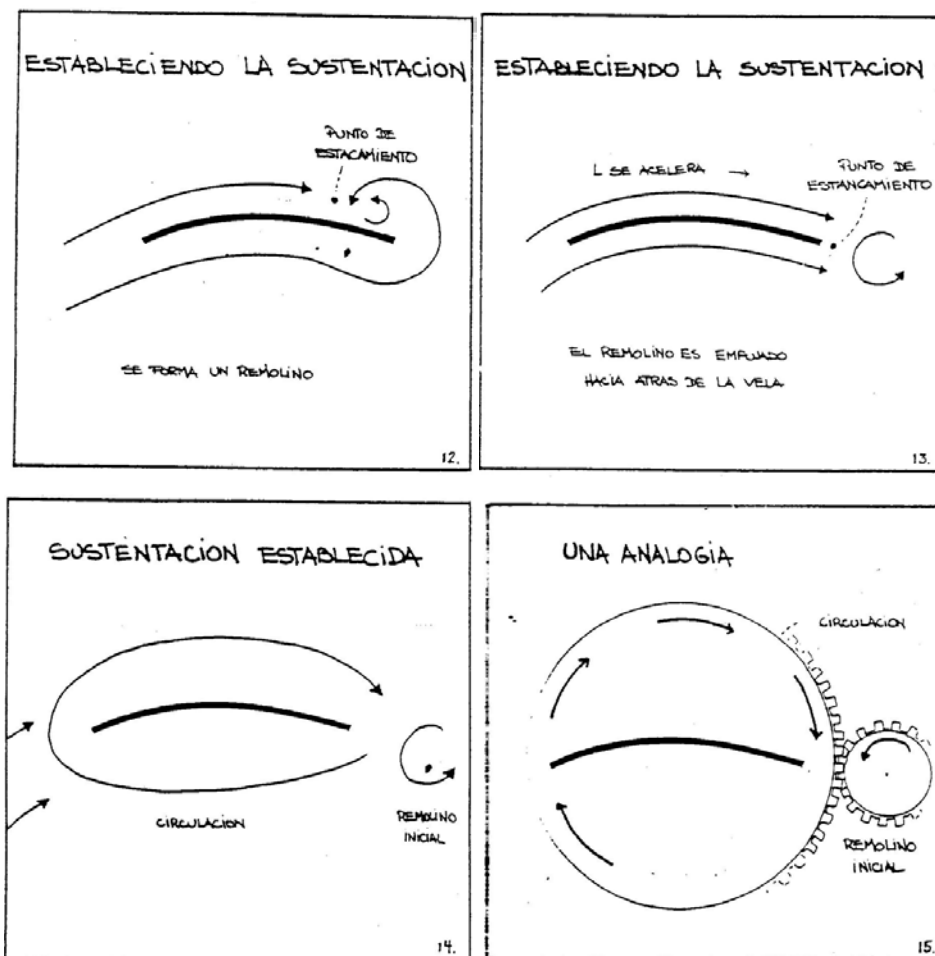


Imagen 49. Dibujos explicativos de la analogía de los engranes. Tomado de <<http://www.witblits.eu/fc/01-sustentacion/>>

- **Simulaciones por computador, cálculos ingenieriles y arqueología experimental**

Se ha especulado mucho sobre la posibilidad que tenían las embarcaciones manteño-huancavilcas de llegar hasta el Pacífico mexicano. Se han hecho múltiples intentos de probar este postulado, pero tres son los estudios que, por vías bastante diferentes, comprueban que sí era posible tal viaje.

Richard Callaghan (2003) realizó una serie de simulaciones por computador tomando en cuenta las corrientes marinas y la fuerza de los vientos en diferentes épocas del año. Retomando los clásicos estudios de Clinton Edwards (1965) sobre las balsas y su capacidad de navegación a vela, los resultados de Callaghan son bastante precisos y sorprendentes: no sólo era posible la navegación por mar abierto y a larga distancia en balsas norandinas, sino que el recorrido no era excesivamente largo. Partiendo de Manabí, Ecuador, en abril, y siguiendo una ruta mixta entre cabotaje costero y navegación en mar abierto, el viaje de ida sería de tan sólo 47 días para llegar hasta las costas de Jalisco. Este autor cuenta con una estancia de seis meses en tierras mesoamericanas, e iniciar la vuelta en abril, para estar de vuelta en Ecuador 97 días después (Callaghan, 2003: 802-803).

Algunos años después, y teniendo en cuenta las simulaciones de Callaghan, Leslie Dewan y Dorothy Hosler (Dewan, 2007; Dewan y Hosler, 2008) realizaron varios cálculos ingenieriles sobre la navegación de las balsas. Basadas en crónicas coloniales, principalmente en la información del dibujo de Joris van Speilbergen, estas autoras crearon un modelo cercano a lo que podría ser una balsa de este tipo en época prehispánica (imagen 47). Los resultados son bastante reveladores con respecto a la posibilidad de navegación y alcance de estas embarcaciones: una balsa hecha con troncos de palo de balsa que midiera entre seis y once metros de largo y con 0.9 metros de diámetro, podría tener una capacidad de entre diez y treinta toneladas de carga. Para que las velas pudieran mover esta cantidad de peso tendrían que tener dos mástiles de entre cinco y siete metros de altura. La balsa necesitaría tres filas de cuatro *guares* dispuestas a lo largo de la embarcación, lo que deriva en la necesidad de una tripulación de seis personas: dos en cada una de las velas y una en cada fila de *guares*. Teniendo en cuenta la fuerza de las corrientes y los vientos durante varias épocas del año en la costa del Pacífico, con estas características de peso, velas y *guares*, las balsas podrían navegar de sur a norte y de norte a sur sin mayor problema. A una velocidad media de 4 nudos y navegando doce horas al día, una de estas embarcaciones

podría recorrer 3.000 kilómetros (lo que separa las costa de Ecuador de las del Occidente de Mesoamérica) en un periodo de entre seis y ocho semanas (Dewan, 2007; Dewan y Hosler, 2008).

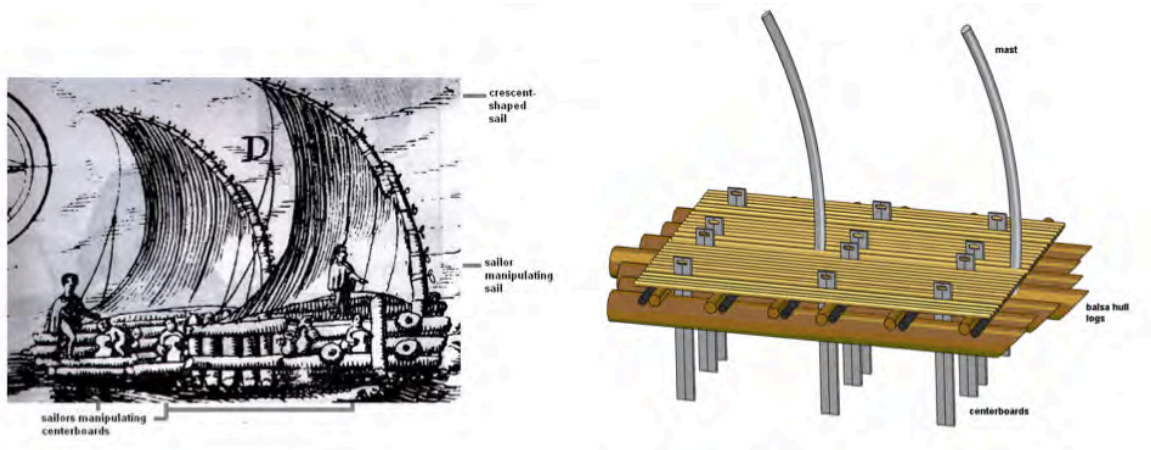


Imagen 50. Dibujo de Joris van Speilbergen y su comparación con el modelo realizado en el laboratorio.

Tomado de Dewan, 2007: 6.

Sin embargo todas los cálculos, simulaciones y modelos estarían incompletos sin la experimentación real en campo. John Haslett realizó dos expediciones con réplicas de estas embarcaciones (la primera con una vela cuadrada y la segunda con dos velas latinas) (Smith y Haslett, 2000; Haslett, 2006). Junto con Cameron Smith y una tripulación de cuatro personas más, la balsa de la segunda expedición logró navegar desde la costa de Manabí, Ecuador, hasta las costas del norte de Colombia (imágenes 51 y 52). Allí tuvieron que manufacturar otra balsa que los llevaría hasta Costa Rica. Una tercera balsa tuvo que ser abandonada por el mal clima en las costas costarricenses. Aunque las expediciones de Haslett y su equipo fallaron en su propósito manifiesto de llegar hasta México, sí demostraron que estas embarcaciones estaban preparadas para viajes de miles de kilómetros y a larga distancia por el Pacífico tropical.

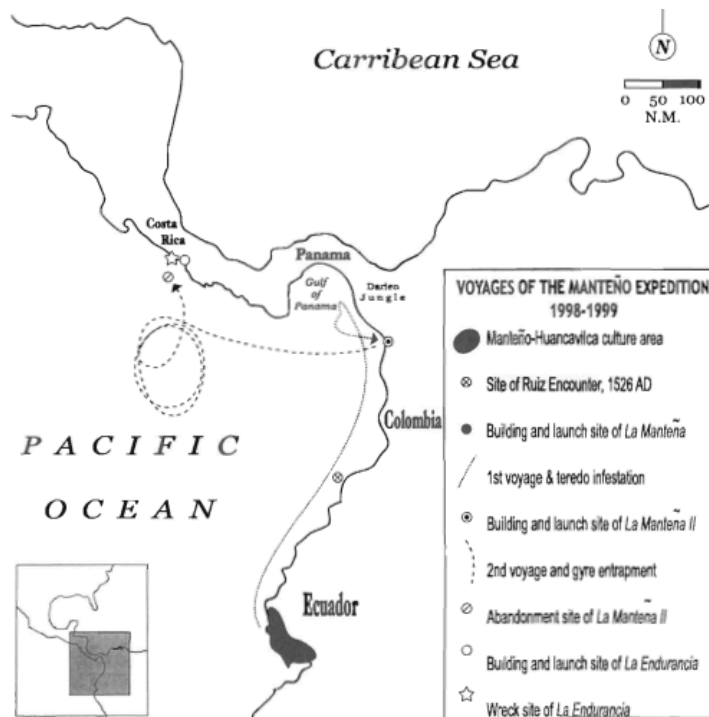


Imagen 51. Mapa que indica las rutas de las expediciones de Haslett, Smith y su equipo. Tomado de Smith y Haslett, 2000: 14.

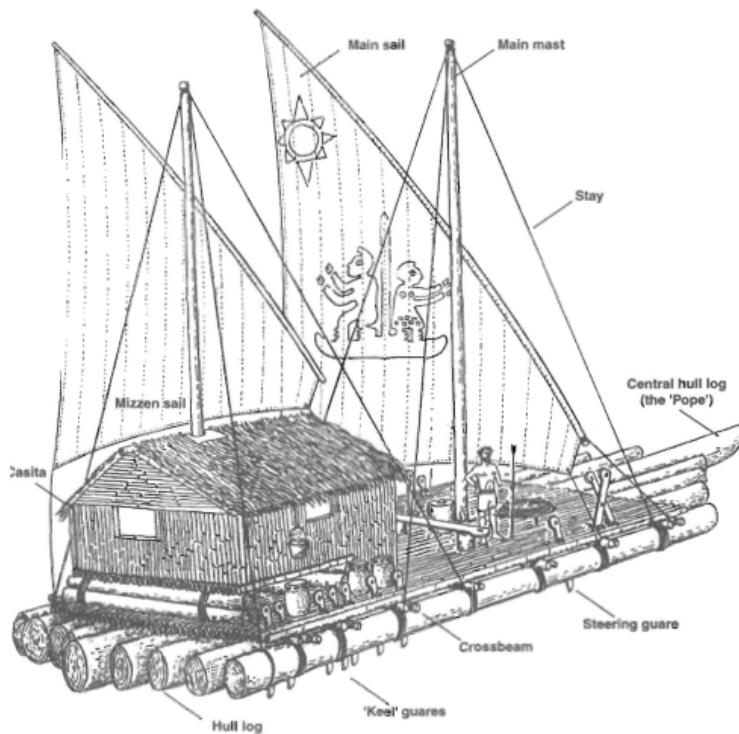


Imagen 52. Dibujo esquemático de la réplica de la balsa usada por Haslett, Smith y su equipo. Tomado de Smith y Haslett, 2000: 18.



- **El problema del *Teredo navalis***

En aguas tropicales, el gusano marino llamado *Teredo navalis*, y otros organismos, degradan la madera a una gran velocidad y hacen que este tipo de embarcaciones tenga una vida útil muy corta. John Haslett anota que desde un primer momento el principal problema de las embarcaciones es el *Teredo navalis* (Haslett, 2006: 120); luego de intentar varias técnicas que estuvieran acorde al contexto histórico y geográfico de las poblaciones norandinas precolombinas, Halett y su equipo se vieron obligados a usar algunas pinturas modernas para prevenir el daño (Smith y Haslett, 2000: 24; Haslett, 2006: 152).

La balsa de la segunda expedición que logró llegar hasta las costas del norte de Colombia tuvo que ser reparada, pues algunos troncos se encontraban ya muy deteriorados por el *Teredo navalis*. Luego, la expedición tuvo menos suerte; en Panamá tuvieron un problema con las corrientes y los vientos; finalmente fabricaron otra balsa, la *Endurancia*, pero esta se estrelló y destruyó en Costa Rica. Aún con los tratamientos modernos a los troncos de palo de balsa, los cálculos de Dewan y Hosler apuntan a que después de cuatro meses en el agua (el equivalente de un viaje de ida y vuelta desde Ecuador hasta el Occidente mesoamericano), las balsas perderían un tercio de su capacidad de carga. Ocho meses después de fabricada y sometida a la exposición constante de *Teredo navalis*, una balsa sólo podría cargar cinco toneladas, por lo que muy posiblemente ya era descartada (Dewan y Hosler, 2008: 36).

Cameron Smith y John Haslett proponen que, además de un tratamiento previo con alguna sustancia, por ejemplo brea, podía pensarse en que los troncos pudieran ser limpiados con agua dulce y, una vez estuvieran muy deteriorados, reemplazarse (Smith y Haslett, 2000: 20). Esto es perfectamente plausible; los tratamientos de la madera tuvieron que ser utilizados en época prehispánica, los navegantes europeos se dieron cuenta rápidamente que el problema de los organismos como el *Teredo navalis* era peor en aguas tropicales que en Europa y utilizaron varios tratamientos para sus barcos.

Existe un testimonio que podría dar luces sobre los posibles tratamientos que recibían los troncos de palo de balsa. En los años 90 del siglo XX un grupo de profesionales de la ex compañía Administradora del Guano a la Isla Lobos de Tierra (Perú) encontró en dicho lugar, bajo el guano, una balsa que consideraron que pertenecía a alguna época preinca. En su informe al museo naval, señalan que en el interior encontraron

cerámica no pulida con restos de un líquido oleinoso con color y olor de asfalto que serviría para calafatear la nave (Mc Kay y Arana 1999: 409). Este líquido, probablemente brea, fue utilizado para el tratamiento de los troncos de palo de balsa y su continua reparación en los viajes. Desafortunadamente los restos de la balsa ya no existen y este hallazgo fortuito no contó con una excavación profesional, por lo que más allá de la impresión de sus descubridores, no se puede estar seguro de la época a la que perteneció la embarcación. Como las balsas fueron usadas hasta el siglo XX, no podemos estar seguros de que el tratamiento con brea fuera una técnica prehispánica o si su uso se debe a una adopción de las costumbres españolas.

Otra técnica posible de tratamiento de los troncos de palo de balsa, fue introducirlos en agua dulce. Las balsas manteño-huancavilcas fueron usadas tanto para navegación marítima como fluvial. Existen diversos testimonios coloniales que describen el uso cotidiano de estas balsas en ríos (Jiménez de la Espada, 1965; Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX). Introducir una balsa a un río exponía los troncos a agua dulce, donde no puede sobrevivir el *Teredo navalis*, y así ayudar a detener el deterioro de los troncos.

Finalmente se tiene evidencia de que el palo de balsa era usado en tiempos prehispánicos en la costa pacífica más al norte, en el actual territorio del Darién (Juan y Ulloa, 1748: Libro IV, Cap. IX), por lo que reemplazar los troncos allí era perfectamente probable. Esto explicaría el carácter modular del fondo de la embarcación: se podía reemplazar un tronco sin tener que reconstruir totalmente una nueva balsa.

Aunque el *Teredo navalis* se presenta como un problema mayúsculo, también existen soluciones posibles. No obstante, este problema sí pone en duda que se puedan hacer viajes durante meses sin escalas. Las paradas se hacen necesarias para reparar y adecuar la embarcación lo que indica algunas de las condiciones en las que fueron realizados estos viajes.

- **Tiempo y distancia**

La navegación con este tipo de embarcaciones permitió a los pueblos de la costa ecuatoriana no sólo recorrer grandes distancias, sino hacerlo en poco tiempo. Por las características técnicas, los largos viajes deberían tener varias escalas y además, deberían

ser realizados en un corto lapso de tiempo. Un viaje que durara un año significaría la ruina material de una embarcación y el fracaso de la expedición.

Este límite de tiempo hace pensar en la información de la carta de Rodrigo de Albornoz, sobre todo la parte en la que indica:

algunas veces cuando la mar andaba brava, que suele haber grandes olas en aquella parte del Sur más que en otra parte ninguna, se quedaban los que venían acá cinco o seis meses, hasta que venía el buen tiempo e sosegaba la mar e se tornaban a ir (Albornoz 1525)

Como ya indiqué en el capítulo anterior, lo más probable es que la referencia al mal tiempo esté haciendo alusión a la temporada ciclónica sobre el Pacífico. Quedarse tanto tiempo en un lugar dónde no podían reparar sus balsas por falta de materiales era un riesgo bastante grande para los navegantes norandinos. Tan sólo podían realizar procesos paliativos como mantener las balsas en agua dulce, pero no reemplazar algún tronco que estuviera especialmente comprometido por el simple hecho de no encontrar madera de balsa en la costa del Pacífico en México. Por este hecho considero que para los navegantes lo más deseable era realizar el viaje de ida y vuelta en menos de seis meses, evitando navegar por la zona ciclónica intertropical desde junio hasta principios de diciembre.

La sofisticación de las balsas nos hace pensar que la distancia no era un problema, pero el tiempo sí; las interacciones pudieron haberse dado a larga distancia, pero en un tiempo reducido. Habría que preguntarse qué clase de interacciones podían efectuarse bajo estas características: transacciones rápidas que no involucraran estancias prolongadas o complicados rituales de intercambio eran necesarias para poder realizar largos viajes. Sin embargo, también era necesario poder crear vínculos que duraran mucho tiempo, pues se tenía que poder mantener las redes comerciales para el intercambio de productos aún cuando los viajes no se realizaran todos los años. Este tipo de interacciones necesitan un mecanismo de intercambio específico; este mecanismo es el que analizaré a continuación: las hachas-moneda.

### **Las hachas-moneda y objetos relacionados**

Las hachas-moneda son un tipo de objeto no utilitario que aunque tienen forma de hacha, por su constitución física, no pudieron ser utilizadas para cortar ni presentan huellas de desgaste de uso de tal actividad, por lo que se propone que fueron usadas como moneda

(Marcos, 2005; Jaramillo Arango, 2015a). La presencia de estos objetos en la Costa Norte del Perú, la costa y la sierra ecuatoriana, Oaxaca, Guerrero y el Occidente de México, denotan algún tipo de vínculo entre estas regiones. La mayoría de estos objetos son hechos de aleaciones de cobre y arsénico, y su forma, peso y tamaño son comparables. Otros objetos que no encajan exactamente bajo la denominación de “hachas-moneda” tienen algunas características que lo engloban dentro de la categoría más amplia de “objetos relacionados” (Hosler, Lechtman y Holm, 1990); los más importantes de estos últimos son los llamados “naipes” de la Costa Norte del Perú. Considero que tomar las hachas-moneda como un mecanismo de interacción, al igual que la navegación, abre posibilidades para pensar en el tipo de relaciones que se dieron en el Corredor Pacífico. A continuación reviso qué conocemos sobre estas hachuelas, sobre todo, porque podemos afirmar que se usaban como monedas al sur y al norte del continente.

- **Dónde se encuentran**

De manera general se puede decir que las hachas-moneda se encuentran en el norte del Perú, Ecuador, y México; sin embargo en este punto vale la pena ser un poco más específico. En la costa de Ecuador estos objetos han sido encontrados en las provincias de El Oro, Manabí, Los Ríos y Guayas, lugares que ocuparon desde la época de Integración los pueblos Manteño-Huancavilca y Milagro-Quevedo (500-1500 d.C) (imágenes 53 y 54). En la sierra ecuatoriana se han reportado para las provincias de Azuay y Cañar en épocas cercanas a la conquista europea. En Perú han sido encontrados en los departamentos de Tumbes y Piura<sup>21</sup>, en el extremo norte del país para fechas posteriores al año 800 d.C. los naipes son encontrados con frecuencia en el complejo del valle de Lambayeque que agrupa a los ríos Lambayeque, La Leche y Reque y en otros contextos lambayecanos (800-1375 d.C) (imagen 55). Sobre la costa del Pacífico en México se han encontrado hachas-moneda en los estados Guerrero y Oaxaca y en el llamado Occidente mesoamericano (Nayarit, Colima, Jalisco y Michoacán) para el segundo periodo de introducción de la metalurgia propuesto por Dorothy Hosler (2005) (después de 1200/1300 d.C) (imagen 56). Sin embargo, en estos últimos lugares muy pocos objetos de este tipo provienen de excavaciones controladas (Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 15-18; Hosler, 2005: 254).

---

<sup>21</sup> Cabo Blanco, en Piura es la frontera entre la Costa Norte del Perú y el extremo norte de este país.



Fig. 13 Map of the north Andean coastal zone, including Ecuador and the extreme north coast of Peru. The sites where axe-monies have been found fall within the Milagro-Quevedo and Huancavilca-Manteño culture areas. 1. Jaramijo 2. Cerro Jaboncillo 3. El Barro 4. Plagosa 5. Pedro Pablo Gomez 6. Manglaralto; Olon 7. Cerro de Paco 8. La Libertad; Salinas 9. Cangrejito 10.

Ayala (Anlulla) 11. Puna 12. Quevedo; San Camilo 13. Babahoyo 14. Milagro 15. Las Palmas 16. Churute 17. Hda. Los Alamos 18. Balao Chico 19. Hda. El Retiro 20. Guapan 21. Balao 22. Machala 23. Cambio del Guabo 24. Arenillas 25. Tumbes (Peru) 26. Garbanzal (Peru) 27. Talara (Peru).

Imagen 53. Mapa donde indica hallazgos de hachas-moneda en Ecuador y el extremo norte del Perú. Tomado de Hosler, Lechtman y Holm, 1990:28.



Imagen 54. Hacha-moneda del Ecuador. Tomado de Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 5.



Imagen 55. Naipes de Lambayeque. Tomado de Hocquenghem, 2009b: 9



Imagen 56. Hacha-moneda de Oaxaca. Tomado de Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 11.

- **Contexto**

De las hachas que provienen de excavaciones controladas varias fueron encontradas siendo parte de un ajuar funerario y otras enterradas agrupadas en escondites de manera independiente y sin más objetos asociados. Hay algunas razones para pensar que estos objetos fueron almacenados como tesoros: los naipes, por ejemplo, se encuentran regularmente atados en grupos de 5, 10 o 30 unidades (Merkel y Velarde, 1998: 57). También han sido encontrados en grandes cantidades; en el sitio de Batán Grande, específicamente en Huaca Menor, en una sola tumba se encontraron miles de naipes agrupados en grupos de hasta quinientas unidades (Bertazoni, 2001: 29). En la zona de la costa ecuatoriana donde estaba asentado el pueblo conocido como Milagro-Quevedo, Olaf Holm encontró varios sitios con enormes cantidades de hachas-moneda: en un sitio encontró 30 kilogramos, en otro 700 kilogramos correspondientes a 3.000 hachas y, en el más grande de todos, encontró 13.000 hacha-monedas (Szászdi, 1982: 94).

En la zona del Cañar, en la sierra del Ecuador, en 1565, Juan de Salazar Villasante, oidor de la audiencia de Quito, organizó una expedición para saquear tumbas prehispánicas. Luego de varios intentos infructuosos, encontró un enterramiento con objetos de gran valor. Entre ellos destacan hachas monedas; varios testigos oculares están de acuerdo en la gran cantidad de hachas encontradas, aunque sin ponerse de acuerdo en la cantidad exacta: los testimonios varían desde 600 hasta 2.300 (Salomon, 2013: 18). En un cerro cerca de Xagaa,

en Oaxaca, se encontraron 120 unidades de estas hachas agrupadas en pares, y en el sitio de Naranjo en Guerrero, en un reconocimiento superficial, se encontró un paquete con 13 unidades de estas hachuelas (Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 18). Esta necesidad de atesorar grandes montos de objetos estandarizados, en cantidades regulares y en lugares seguros como escondites bajo tierra, indica una intención de acumular valor a través de estos objetos.

La falta de contexto parece el denominador común de muchas de las hachas-moneda halladas en la costa pacífica mexicana. En el Soconusco, las franja costera de Chiapas, sólo han sido reportadas hachas-moneda por parte de los saqueadores. Una situación similar sucede en el paredón, Oaxaca, en el Istmo de Tehuantepec, una región en la que conocemos por fuentes coloniales que las hachuelas fueron usadas como moneda (ver siguiente apartado). Allí, las excavaciones ilegales han revelado la existencia de hachas-moneda pero han destruido por completo el contexto (Hosler, 1998: 327-329). Lamentablemente la situación es peor en la región conocida como el Occidente de México. La gran mayoría de las hachuelas que actualmente se encuentran en colecciones de esta región no tienen contexto ni lugar de procedencia, por lo que es poco lo que se puede decir sobre éstas. No obstante lo anterior, análisis metalúrgicos de las hachas-moneda del Soconusco y del istmo de Tehuantepec revelan que su material fue extraído de minas de Michoacán, por lo que muy probablemente en esta última región se manufacturaban y exportaban este tipo de objetos (Hosler, 1998: 329).

Uno de los datos más importantes del contexto arqueológico de estas piezas es que con frecuencia las hachas-moneda se encuentran agrupadas en paquetes de diferentes unidades. En la costa ecuatoriana es bastante consistente: en contextos funerarios y de escondites bajo tierra se encuentran con frecuencia en paquetes de 5, 10, 15 y 20 unidades y en varios tamaños, sugiriendo que cinco de un tamaño menor equivaldrían a un hacha-moneda de mayor tamaño. Holm recolecta varias hachas de gran tamaño de hasta 20 kilogramos, que según los cálculos de peso, equivaldrían a 100.000 de las hachas más pequeñas (Holm, 1983: 13; Szászsi, 1982: 95; Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 52).

Existe un hecho que hay que explicar: el por qué se encuentran hachas-moneda en contextos funerarios. Parecería una contradicción retirar de circulación para siempre un objeto que sirve precisamente en transacciones comerciales y que no sólo seguiría siendo



útil después de la muerte de su poseedor, sino que, al haber escasez de moneda, se afectarían los precios de las mercancías. El encontrar hachuelas en tumbas parecería ir en contra de su catalogación como moneda. Sin embargo, no lo considero así, pues existen suficientes razones para pensar en situaciones en las que era posible y deseable enterrar a una persona con dinero. Es muy conocida la costumbre de la antigüedad clásica de enterrar individuos con monedas bajo su lengua. Estas servirían para que, en la otra vida, el difunto pagara a Caronte, el barquero que ayudaría a las almas a atravesar el río Aqueronte en el inframundo. Los contextos funerarios de la antigüedad clásica tenían objetos que eran utilizados como monedas en transacciones comerciales, y ello no suponía una contradicción.

En publicaciones recientes (Jaramillo Arango y Borrero Londoño 2015; Jaramillo Arango 2016a; 2016b) he venido insistiendo en la necesidad de analizar los contextos funerarios desde una perspectiva relacional. Me explico, más allá de la información sobre la estratificación social y sobre las ideas de la muerte de un pueblo, las tumbas nos refieren también a la concepción de persona que tiene una sociedad. En la América indígena, el cuerpo personal se construía a través de relaciones sociales y los objetos condensaban dichas conexiones. Al morir una persona, esta se enterraba con su cuerpo humano y con su cuerpo personal construido relacionamente, es decir, con los objetos que remitían a las relaciones sociales que lo configuraban. Las monedas son un objeto que condensa de manera singular una multiplicidad de relaciones sociales: no sólo son resultado del trabajo propio, sino que también son la posibilidad de comprar más objetos y trabajo de los demás, es decir, son producto de relaciones sociales pasadas y auspiciadoras de relaciones sociales futuras. Enterrar una persona con hachas-moneda es una forma de enterrar no sólo su cuerpo humano ya fallecido, sino también de enterrar las relaciones sociales a través de las cuales ese mismo humano se configuraba como persona. Por esta razón no encuentro contradicción en señalar que las hachuelas fueron monedas incluso si son encontradas en contextos funerarios.

- **Su uso en los documentos**

Aunque algunos aspectos arqueológicos de estas hachas como su almacenamiento en escondites, su agrupamiento en paquetes regulares y su equivalencia de peso y tamaño

hacen pensar que estas hachuelas fueron utilizadas como moneda, son los documentos escritos los que despejan cualquier duda. Uno de los testimonios que mejor demuestra la importancia de las hachas-moneda en tiempos prehispánicos pertenece al área de Quito y fue elaborado entre 1572 y 1575. Un padre de familia se queja amargamente de que antes podía recibir dos hachuelas de cobre como dote por su hija. Este personaje lamenta, sin embargo, que estos objetos han perdido su valor desde la llegada de los españoles y no va a recibir compensación alguna por el matrimonio (Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 52).

En Oaxaca, las Relaciones Geográficas del siglo XVI de Tetiquipa y Cozauhtepic cuenta que "... fueron sujetos del señorío de Tutepeque... y el tributo que les daban eran hachuelas de cobre y barretas del dicho cobre..." (Acuña, 1982: 180). Más adelante, en la misma relación se especifica: "...las hachas de cobre que solían tributar, era moneda que corría y se vendía en los tianguis y mercados que hacían en todos los dichos pueblos" (Acuña, 1982: 183).

Un memorial dirigido al consejo de Indias el 31 de Octubre de 1548 por parte del vecino de la ciudad de Antequera (Oaxaca) llamado Francisco López Tenorio contiene la siguiente descripción: "En la provincia de la cibdad sobredicha é provincias comarcanas se usan é tratan entre los naturales en moneda de metal en muy gran cantidad..." (Medina, 1912: 57). A esta descripción, López Tenorio adjunta un dibujo con anotaciones del que aquí reproduzco la copia que del documento hizo José Toribio Medina (imagen 57).

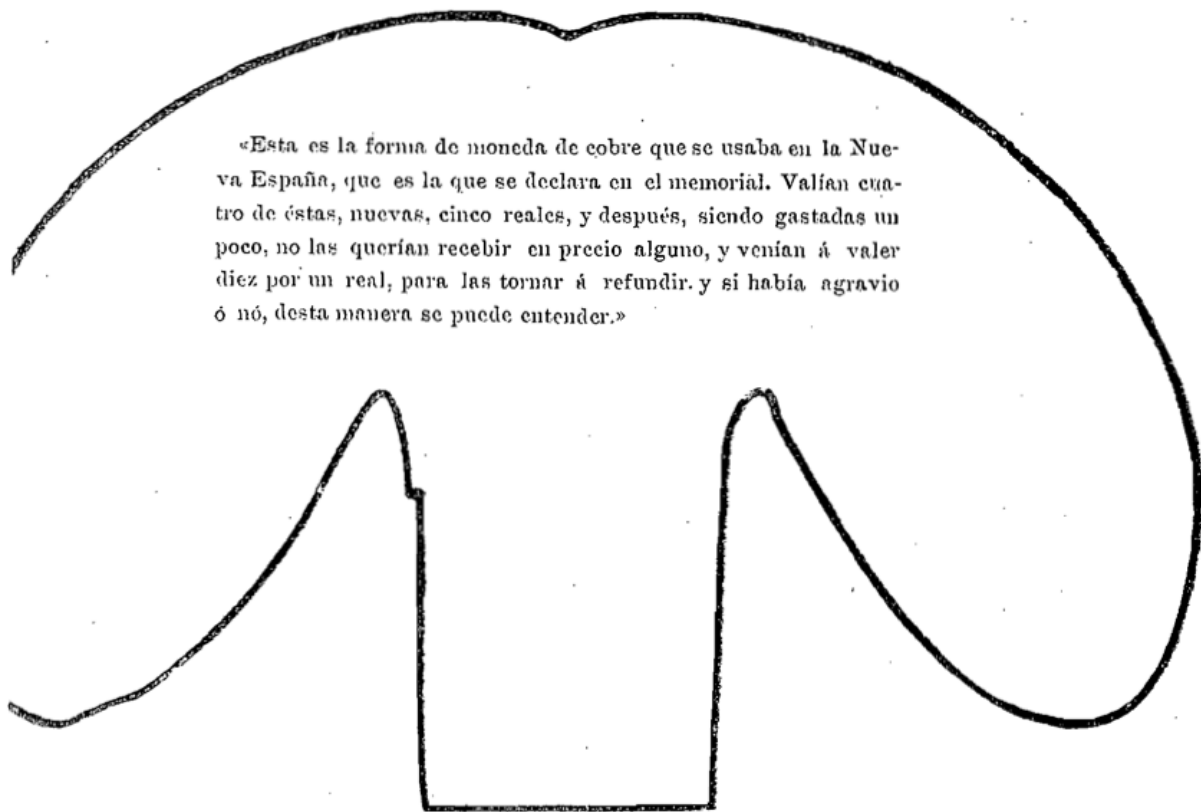


Imagen 57. Dibujo que acompaña la descripción de la moneda indígena en la ciudad de Oaxaca. Tomado de Medina, 1912: 57.

Es importante señalar de esta última fuente una posible equivalencia: cuatro hachuelas por un Real español, y cuando estaban más gastadas, 10 hachuelas por Real.

En Tehuantepec, ubicado en el istmo que lleva su nombre, Magdalena de Zúñiga, la esposa del primer cacique colonial del lugar, don Juan Cortés, inicia un juicio para que le sean reconocidas las posesiones de su marido como bienes patrimoniales, sobre todo las salinas del actual pueblo costero de Salina Cruz, Oaxaca. Dicho juicio se llevó a cabo entre 1567 y 1572 y dejó documentos excepcionales que atestiguan mucha de la vida económica de la región. En el documento que sigue el caso, actualmente resguardado en el Archivo General de Indias, en Sevilla, en el fondo de Escribanía catalogado con el número 106b,<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Expreso mi enorme gratitud a Michel Oudijk quien me facilitó la versión paleográfica de este documento.

se detalla, entre muchas otras cosas, el uso de hachuelas de cobre como moneda. Por ejemplo en el folio 51v dice lo siguiente:

[...] tenia sus mayordomos que tenian cuidado de guardar estas d[ic]has salinas e recoger la sal dellas e venderla y este t[estig]o vio algunas vezes e le vino [...] los d[ic]hos mayordomos le trayan hachuelas y oro e piedras e mantas e cueros de tigre que hera rresgate de la sal q[ue] vendian (AGI, Escibanía, 106b, f. 51v).

Se obtenían hachuelas de la venta de la sal. También, al igual que las relaciones geográficas antes mencionadas, en el folio 379r se menciona que don Juan Cortés recibía hachuelas como tributo de los habitantes de las provincias y de los barrios de Tehuantepec sujetos a su autoridad:

[...]don Juo[n] cortes señor y caçique de toda la provinçia generalmente y el tributo que le davan al d[ic]ho don Juan cortes los naturales de la d[ic]ha villa y los demas sus barrios hera diferente del que le davan los yndios de los d[ic]hos barrios porque le tributavan unas hachuelas de cobre e mantas e mayz (AGI, Escibanía, 106b, f. 379r)

Sin embargo es en el folio 276v cuando uno de los testigos del caso es explícito en decir que estas hachuelas que recibía don Juan Cortés como tributo eran consideradas moneda por los habitantes de la región de Tehuantepec:

[...] don Juan cortes cobro como tal señor los trib[ut]os de todos los naturales de la d[ic]ha villa e de todos los barrios y estançias de las sujetos unas hachueles que a la sazón hera moneda y este trib[u]to y otros serviçios vio este q[ue] declara que cobrava [...] (AGI, Escibanía, 106b, f. 276v)

De todos los documentos citados, tal vez el más contundente en demostrar que las hachuelas de cobre eran monedas en Oaxaca proviene de un libro de contaduría de 1529 también resguardado actualmente en el Archivo General de Indias, fondo Contaduría, 662.<sup>23</sup> En este documento, específicamente en el folio 256v en el que se habla de Oaxaca y

---

<sup>23</sup> De nuevo, la versión paleográfica de este documento llegó a mi gracias a la enorme generosidad de Michel Oudijk. Sin embargo, y a diferencia del documento anterior el cuál yo le solicité expresamente, Michel me mostró este otro documento al enterarse de mi investigación. Es difícil expresar el enorme agradecimiento que siento con este investigador por su interés y respaldo.

Cuilapa en los valles centrales, se hace una relación de cuántos almudes y hanegas – fanegas–, (ambas medidas de capacidad usadas en la época) de cal se vendían por cuantas hachuelas. Al final de la cita se observa como estos valores de las hanegas de cal en hachuelas tienen una equivalencia en moneda española:

e por quanto el d[ic]ho françisco de herrera declaro que entre los yndios de aquella prouinciã se vende cantidad de un almud de cal por tres achuelas de las de la tierra y que la cal es muy buena y limpia y çienida Para cozer el mayz y la q[ue] los d[ic]hos yndios dieron al d[ic]ho Jhoan de berrio no tal y alguna della tierra se le quita la terçia parte del valor y se apresa a cada almud a dos achuelas por manera q[ue] una hanega al rrespeto valdra beynte y quatro achuelos q[ue] en çient achuelas ay para comprar quatro hanegas de cal el çiento de las quales el d[ic]ho herrera juro auer comprado de yndios algunas vezes a diez rreales de t[ipuzque] e menos por manera que a este Respeto valiendo quatro hanegas de cal çient achuelas y çient achuelas diez R[e]ales montan e valen las d[ic]has trezientas e treynta e siete hanegas e m[edi]a çinq[uen]ta e dos p[es]os e ducado de oro comun q[ue] rreduzidos a oro de mi[n]as a çinq[uen]ta y çinco por çiento son treynta y quatro p[es]os e q[ua]tro granos de q[ue] se le haze cargo [...] (AGI, Contaduría, 662, f. 256v).

La información contenida en este documento es invaluable. No sólo expresa que las hachuelas fueron usadas como moneda, sino que señala su valor en medidas de cal y su equivalencia con la moneda española.

- **Estandarización**

Más allá de lo que nos sugiere el contexto arqueológico de su agrupamiento en paquetes y su ubicación en escondites y tumbas, así como lo que nos relatan las fuentes escritas, las hachas-moneda tienen todas las características para poder ser consideradas como monedas desde la disciplina económica (Jaramillo Arango, 2015a). Una que me gustaría resaltar es su alto grado de estandarización en la manufactura.

En Ecuador las hachas-moneda se encuentran generalmente en cuatro tamaños: Diminuto (1.2-4.5 cm), Pequeño (6.5-6.9 cm), Normal (7.7-8.9 cm) y Gigante como las hachas-moneda de 20 kgs. halladas por Holm en la zona Milagro-Quevedo. Aunque la aleación es la misma en todas los tamaños (cobre y arsénico con una concentración de este

último entre 1.1% y 3.8% -bronce arsenical-),<sup>24</sup> la manufactura no es igual: la mayoría de las más pequeñas fue hecha con una lámina previa, las de tamaño normal y algunas de tamaño pequeño fueron martilladas hasta adelgazar el objeto (Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 50-53), mientras que las gigantes fueron fundidas probablemente en un molde (Holm, 1983: 12-13). Aunque se tuvieran que emplear técnicas diferentes, había una intención de que todos estos objetos tuvieran exactamente la misma aleación.

Lo más sorprendente es que esta estandarización se mantiene con respecto a las hachas-moneda de México. En este lugar solo hay un tamaño, de 14-20 cm, y el 83% de las muestras analizadas por Dorothy Hosler fueron hechos con la aleación entre cobre y arsénico, aunque con una variación mayor que las de Ecuador, pero nunca mayor a 6.35% -bronce arsenical- (Hosler, 2005: 254). En dicha área estos objetos se realizaban fundiendo una plancha, luego trabajándola en frío y finalmente con un recocido (Hosler, 2005: 254). Al compararlas con otros objetos metalúrgicos de la región Hosler, Lechtman y Holm (1990: 42) llegan a la conclusión de que en tamaño, forma, peso y constitución, las hachas-moneda mexicanas fueron manufacturadas con la intención de que estuvieran estandarizadas.

Estos estándares están lejos de ser una coincidencia. Es evidente una preocupación porque todas las hachas-moneda estuvieran elaboradas en bronce arsenical aunque su manufactura fuera diferente (con menos del 10% de concentración de arsénico la aleación mantiene las mismas características físicas, por lo que las variaciones en las piezas mexicanas no son significativas) (Hosler, 2005: 82). Esto se hace más evidente al notar que la preparación de la aleación fue diferente en las dos regiones: en Ecuador y Perú se utilizaron menas de enargita, un mineral que contiene cobre y arsénico juntos de manera natural (Villa Montoya, 2012: 157), mientras que la presencia de antimonio en las piezas mexicanas refleja un proceso diferente. Para lograr esto, los maestros metalúrgicos mesoamericanos tuvieron que hacer la aleación con calcopirita asociada a arsenopirita o fundiendo arsenopirita con una mena no sulfurosa de cobre (procesos que dejan rastros de antimonio en las piezas) (Hosler, 2005: 75).

---

<sup>24</sup> Existen diferentes terminologías para denominar a las aleaciones entre cobre y arsénico dependiendo de las concentraciones de sus metales. Hosler (2005: 82.) sigue la siguiente: cobre arsenical a las que tienen menos de 0.1% de concentración de arsénico. Cobre-arsénico en aleaciones con concentraciones arsenicales entre 0.1 y 0.5% y bronce arsenical entre a las 0.5 y 10 % de arsénico. A partir de este punto señalaré las aleaciones según esta clasificación.

- **Estrías de legitimación**

El hecho de que las hachas-moneda se hicieran de la aleación entre cobre y arsénico de manera estandarizada para crear bronce arsenical intencionalmente lo refuerza el hecho de que muchas de estas piezas (sobre todo las halladas en Ecuador) tienen unas pequeñas estrías en su superficie que no eran necesarias para su manufactura e incluso fueron hechas posteriormente (ver imagen 51). Esto se ha interpretado, a mi juicio acertadamente, como una forma de legitimar y comprobar el material de la pieza (Hosler, Lechtman y Holm, 1990: 51; Stemper, 1993: 50). Es conocido que las técnicas metalúrgicas prehispánicas incluían sofisticados procedimientos de “dorado” que consistían en que una pieza tuviera un metal en su superficie, mientras que el interior, era de otro. Para prevenir esto, quienes usaban las hachas-moneda (y no tenían monopolio de su producción) comprobaban el material de la pieza realizando estas estrías en su superficie.

- **Hachas-moneda en Mesoamérica fuera de la costa del Pacífico**

Si bien las hachas-moneda fueron manufacturadas y usadas como moneda en la costa pacífica mexicana, en otras partes de Mesoamérica también se encuentran pequeñas cantidades de estos objetos. Es frecuente encontrar la afirmación de que las hachuelas fueron usadas como moneda en otras partes de Mesoamérica, sin embargo los documentos que sustentan tal suposición provienen exclusivamente de Oaxaca. Por esta razón es necesario entender que las hachuelas de cobre fuera de la costa del Pacífico generan un contexto diferente.

Es bastante conocido que la lámina 20 de la Matrícula de Tributos señala que Tenochtitlan exige a la provincia de Yohualtepec (San Juan Igualtepec, Oaxaca) 80 “hachuelas de cobre” (imagen 58) (Sepúlveda 2003: 60). Artículos de cobre provenientes de minas del Occidente de México se han encontrado en regiones nahuas como Morelos, la Huasteca Tamaulipeca, Oaxaca, Chiapas e incluso en Lamanai, Belice, en el oriente del área maya (Hosler, 1998: 326). Esto indica que el cobre que los habitantes de la costa pacífica de Mesoamérica aprendieron a trabajar usando técnicas provenientes de Suramérica, fue exportado a otras regiones, ya sea como material o como objetos ya manufacturados. Las hachuelas de cobre, ya no siendo utilizadas como moneda, fueron una de las formas en las que se transportó el material, pues tenían la ventaja de ser livianas,

transportables y cuantificables. También hay que señalar que la importación y exposición de bienes foráneos fue una de las formas en las que las élites mesoamericanas construían su poder, reafirmando relaciones lejanas con poblaciones y personas poderosas. En ese sentido la importación de objetos fuertemente relacionados con la costa del Pacífico, como las hachuelas de cobre, funcionó en la propia construcción de poder de otros pueblos de la zona.



Imagen 58. Lámina 20 de la matrícula de tributos. En la parte superior se observa una hachuela de cobre junto con el numeral 80 (cuatro banderas blancas, cada una siendo 20 unidades). La glosa señala: *nauhtecpantli tepoztli* (80 “metales”)



- **Un solo sistema comercial**

Es difícil determinar el alcance de las hachas-moneda en Suramérica y en Mesoamérica, sin embargo, reuniendo todas las evidencias presentadas: similitud formal, diferencia de manufactura pero estandarización en la creación del material, uso similar registrado en las fuentes históricas y contextos arqueológicos comparables, podría pensarse que la presencia de las hachas-moneda en estos lugares es evidencia de que pertenecieron a un solo sistema comercial. Las diferencias culturales, sociales y económicas de estos lugares es evidente, pero también lo es un esfuerzo por crear un tipo de objeto que tuviera la misma función en contextos disímiles. Si existió el concepto de la moneda y estos objetos funcionaron como medida de cambio en transacciones específicas, se entendería el por qué de la importancia de crear un mecanismo de interacción que fuera comúnmente aceptado por varios pueblos. No es posible entender este mecanismo de interacción aislado del que ya he expuesto, la navegación con vela triangular y *guares*, por lo que se hace necesario un análisis tomando en cuenta estos dos conjuntos. El siguiente capítulo tomará en cuenta el funcionamiento de estos mecanismos de interacción para el análisis de las diferentes fuentes arqueológicas que refieren a la interacción a lo largo del Corredor Pacífico.

#### **IV** **Interacción y diversidad**

Los pueblos del Corredor Pacífico tenían a su disposición una serie de objetos con equivalencias de valor, por lo que su monto se podía dividir en objetos más chicos o acumular en objetos más grandes, almacenar, comprobar su autenticidad y ser durable (características de una moneda (Jaramillo Arango, 2015a)). Esto llevó a que las hachas-moneda se utilizaran como medio en las transacciones en el Corredor Pacífico restringiendo muchas de las interacciones al ámbito “comercial” y de esta manera propiciar un intercambio rápido de objetos. Esto se hacía especialmente necesario en los intercambios llevados a cabo a larga distancia, pues si bien la tecnología de la navegación norandina era muy eficiente en recorrer grandes distancias, como ya señalé, esto debía hacerse en corto tiempo.

Existe una función de la moneda que es determinante en este caso: la posibilidad de generación de deuda. Algunos economistas sugieren que la razón principal para el surgimiento de la moneda es precisamente la capacidad de creación de deuda (Jaramillo González, ms). Gracias a la moneda, se puede cuantificar el valor de una mercancía –como de hecho se hacía con las hachas-moneda según los testimonios coloniales tempranos–, y así no tener que esperar a finalizar la producción de una mercancía para el intercambio por otra. Se puede generar un vínculo comercial al dar una mercancía bajo la promesa de que su valor fuera pagado posteriormente. Para esto es necesario un medio de transacción que fuera durable, estable y cuantificable, como las hachas-moneda.

Esta característica, la de tener la posibilidad de crear deuda, también era indispensable en el caso de la navegación a larga distancia por el Corredor Pacífico. Los navegantes manteño-huancavilcas no tenían mucho tiempo en tierras mesoamericanas, por lo que, si no encontraban alguna mercancía, no podían esperar a su extracción, manufactura o traslado. Al poder generar deuda podían agilizar ciertas transacciones. De la misma manera, la creación de deuda generaba relaciones que, a pesar de lo rápido de las transacciones, eran durables en el tiempo. Volver años después y tener deudas reactivaba una serie de relaciones construidas en el pasado y, a la vez, posibilitaba la generación de relaciones comerciales duraderas a futuro. Que la deuda se expresara en el mismo objeto

del pasado, vigente en el presente y estable en el futuro, hacía que los vínculos entre regiones lejanas fueran posibles y productivos.

No es de extrañar, entonces, que las evidencias arqueológicas estén “aisladas” o “inconexas”, pues precisamente estos mecanismos de interacción permiten que haya intercambio de objetos “aislados” durante unos cientos de años sin que se de un involucramiento social profundo. Existen casos documentados en Mesoamérica y los Andes Centrales, donde, para acceder a los productos de una zona específica, se tenían que tejer alianzas mediante matrimonios, crear puestos de avanzada militar y comercial, conquistar militarmente o realizar complicados rituales prolongados en los que se incluía el intercambio de objetos. Todos estos mecanismos de interacción llevaron a relacionamientos sociales profundos de los pueblos en contacto y generaron amplias zonas de homogenización cultural; los indicadores arqueológicos de estas regiones están acordes con estos mecanismos.

En el Corredor Pacífico este no fue el caso; con los mecanismos de la navegación con vela latina y *guares*, así como el uso de hachas-moneda, se tenía la posibilidad de establecer relaciones de intercambio más eficientes teniendo en cuenta el tiempo limitado con el que se contaba y la estabilidad de un sistema comercial basado en la llegada esporádica de navegantes. No quiero dejar la sensación de que confundo posibilidad (de interacción) con lo que podemos comprobar que sucedió en el pasado; mi intención es subrayar que los indicadores arqueológicos de interacción en el Corredor Pacífico son consecuentes con los mecanismos con los que se contaban, así como son consecuentes otros indicadores con otros mecanismos.

Pareciera sucumbir ante una tentación difusionista el subrayar los intercambios a larga distancia sobre otro tipo de interacciones entre pueblos más cercanos. Se presenta más prudente presentar un intercambio en cadena de pueblos vecinos que pudieron movilizar objetos a través de grandes distancias sin el traslado físico de sus productores o consumidores finales.<sup>25</sup> En el caso del Corredor Pacífico estas dos opciones no se contradicen. Existieron intercambios en cadenas, como la expansión de la metalurgia hacia

---

<sup>25</sup> Yo mismo he argumentado a favor de un tipo de intercambio de este tipo que unió el norte de Colombia con la península de Yucatán en tiempos prehispánicos. A través del intercambio de un colgante Darién de mano en mano hasta llegar a Chichén Itzá reconstruyo redes de interacción entre vecinos que cubrieron esta amplia zona (Jaramillo Arango 2016c).

el sur de Centroamérica con el “estilo internacional” y también comercio a larga distancia basado en hachas-moneda. Existen evidencias de ambos movimientos, no habría que desechar uno por el otro en nombre de la prudencia.

Teniendo en cuenta lo anterior, pueden explicarse algunos fenómenos que se perciben en el registro arqueológico. La ausencia de hachas-moneda en Colombia y el sur de Centroamérica se explica porque allí los navegantes mateño-huancavilcas podían llegar de manera recurrente y no era necesario establecer un objeto como equivalencia en las transacciones, por esta razón podían usarse métodos diferentes. Al llegar a Mesoamérica la cuestión cambia. Para arribar a esta región, los navegantes de Ecuador tenían que pasar por la zona de ciclones de Centroamérica; una temporada especialmente larga de mal tiempo podía durar hasta seis meses, por lo que cualquier retraso en el viaje podía significar un deterioro máximo de las embarcaciones. Los pocos casos de estancias prolongadas de suramericanos en el Occidente de México debieron ser excepcionales.

Así se explica que la metalurgia sea el indicador más fuerte y mejor documentado de la relación Ecuador-Mesoamérica. Para los navegantes sí fue imperioso transmitir sus técnicas metalúrgicas en las costas del Pacífico mexicano para establecer las hachas-moneda de bronce arsenical como medio de intercambio y deuda. Esta transmisión de tecnología tuvo que llevar un tiempo prolongado, tal vez con la residencia permanente de algunos especialistas metalúrgicos provenientes del Ecuador en territorio mesoamericano. Luego de la adopción de la metalurgia por parte de las poblaciones del occidente de México, y que en este lugar se empezaran a fabricar hachas-moneda (en el segundo periodo propuesto por Hosler, es decir a partir del 1200/1300) las estancias tuvieron que haber sido de corta duración, si las estancias hubieran sido prolongadas y se hubieran dado relaciones sociales de gran involucramiento, existirían más evidencias arqueológicas de una interacción de este tipo.

### **Impacto de la interacción en las sociedades involucradas**

El impacto que tuvo la interacción en el Corredor Pacífico a partir del 600/800 d.C fue desigual para las diferentes sociedades que estuvieron involucradas. En este apartado evaluaré estos impactos desiguales en las diferentes sociedades teniendo en cuenta su organización política, sus esquemas culturales y su composición social. Empezaré de sur a

norte, comenzando con las sociedades de la Costa Norte del Perú, luego con la costa norandina de Ecuador y Tumbes y finalizaré con las sociedades mesoamericanas del Occidente, Oaxaca y Guerrero. No considero conveniente ajustar todos los impactos a un solo modelo de “comercio generalizado” o “vínculo entre élites”, pues como se verá su impacto fue bastante desigual en cada una de las regiones y en cada una de las poblaciones involucradas. Muchos de los datos acá presentados ya fueron expuestos en el capítulo 2 y en el capítulo 3, pero se hace necesaria su reiteración para la construcción del argumento.

### **Costa Norte del Perú durante el Intermedio Tardío (800-1450 d.C)**

Luego de la hegemonía Moche en la Costa Norte peruana (100-700 d.C) se vive en este territorio el desarrollo paralelo de dos sociedades profundamente relacionadas pero diferentes: los chimús al sur, con capital en Chan Chan y con un estado fuertemente centralizado; y los lambayeques al norte, con una serie de asentamientos de gran importancia que alternaron momentos de apogeo y abandono: Chotuna-Chornancap, Úcupe, Batán Grande y Túcume, entre otros. Ambas sociedades se vieron profundamente involucradas en la relación con las costas norandinas.

La relación más fuerte de las sociedades de la Costa Norte del Perú con los pueblos de la costa norandina fue a través de la importación y uso del *Spondylus* spp. Como ya se ha revisado en el capítulo 2, este bivalvo sólo puede vivir donde las corrientes marinas son cálidas, es decir, al norte de Cabo Blanco, Piura, Perú (Carter 2011). Aunque ya los moches importaban el *Spondylus* spp. y manufacturaban grandiosos objetos en esta concha como los encontrados en las muchas tumbas de Huaca Rajada, al parecer no participaban directamente en su extracción. Son pocas la figuraciones plásticas de esta concha en el realista arte moche y su identificación no es muy segura (Cordy-Collins 1999; Narváez 2011, 114). Además, no se han encontrado escenas que muestren la recolección de *Spondylus* spp. desde el fondo marino.

Este hecho cambiaría para el Intermedio Tardío (800-1450 d.C). En contextos arqueológicos chimús y lambayeques se encuentra no solo más cantidad de material malacológico, sino que también la valvas son más grandes y de mejor calidad que en el pasado, lo que revela un control mayor sobre la extracción e importación del material malacológico. Además de lo anterior, tanto chimús como lambayeques figuraron varias

escenas de recolección de la concha, lo que indica que las sociedades del norte peruano conocían la técnica de la obtención de los bivalvos y participaban en esta actividad (Cordy-Collins 1990). La participación activa de chimús y lambayeques cambiaría no sólo la configuración política y social, sino las pautas cosmológicas de estos pueblos.

- **Política en el estado Chimú**

Para un sector de la ciudad de Chan Chan, capital del estado Chimú, fue tan importante mostrarse como el proveedor de la concha *Spondylus* spp. que uno de los muros decorados de uno de los complejos más importantes de la ciudad, el Xllangchic An (antes conocido como ciudadela Uhle), muestra la recolección de la concha mediante buceo apnea (imagen 56). En esta figuración plástica se muestran dos buzos amarrados mediante sogas a otros dos personajes sobre la cabina de una embarcación. Las partes decoradas de los conjuntos eran aquellas que tenían plazas, estancias y pasadizos, y en consecuencia eran las más propicias para los ritos y ceremonias en los que se reunía parte de la población de la ciudad (Campana, 2012: 71), por lo que podemos estar seguros que esta figuración plástica estaba pensada para ser expuesta públicamente. Mostrarse como los proveedores de conchas dentro de la ciudad daba una posición de privilegio a un sector específico de los habitantes de Chan Chan.



Imagen 59. Friso de los buceadores en Chan Chan. Fotografía de Cesar Gálvez Mora.

No obstante, el hecho de que obtuvieran y repartieran el *Spondylus* spp., al tiempo que se mostraban como los proveedores de este material desde el momento de su recolección, no fue sólo una estrategia de los chimús al interior de su capital, también fue una de las estrategias de la expansión militar e ideológica del estado chimú fuera de sus fronteras (Pillsbury, 1996). Esto lo demuestra muy bien un bello plato de algarrobo con incrustaciones de *Spondylus* spp., madre perla y crisocola que muestra una compleja escena cosmológica que tiene en el centro una figuración de recolección de *Spondylus* spp. (imágenes 15, 60 y 61) Por comparación formal (sobre todo su parecido al friso de los buceadores de Xllangchic An) y su técnica de incrustación, se puede determinar su origen chimú. Sin embargo, el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, en donde se encuentra resguardada esta pieza, reporta que fue encontrada en el valle del Huarney o en el del Supe, en la costa central de Perú, fuera de los límites tradicionales atribuidos al estado chimú.



Imagen 60. Interior del plato de madera con incrustaciones resguardado en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MO 4430). Fotografía del autor.





Imagen 61. Exterior del plato de madera con incrustaciones resguardado en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MO 4430). Fotografía del autor.

Esto indica que mediante objetos portátiles los chimús se mostraban como los proveedores de esta concha incluso en sociedades fuera de su control político y militar, ejerciendo una influencia ideológica más allá de sus fronteras. Más adelante volveré a examinar la escena contenida en el plato y cómo esta muestra la importancia cosmológica del *Spondylus* spp. en las sociedades de la Costa Norte.

- **Composición social en Lambayeque**

En territorio lambayecano, menos centralizado políticamente que su vecino, el estado chimú, la situación cambia ligeramente. De manera paralela a las muestras públicas en Chan Chan, en Túcume existió un mural en Huaca las Balsas que figuraba la recolección de *Spondylus* spp. desde una embarcación con fondo plano y vela (imágenes 12 y 40). Aunque las escenas figuran la misma acción, los contextos son diferentes. Las fechas de ambos murales son coincidentes, mientras que la figuración de Xllangchic An está datada para 1300 a 1350 d.C (Campana 2012, 38), el mural del Túcume pertenece a la fase lambayeque del lugar: 1000 al 1375 d.C (Narváez 2011, 105-129). Por esta razón podemos estar seguros que tanto chimús como lambayeqes tenían conexiones con sociedades norandinas (probablemente con los manteño-huancavilcas) de manera independiente, pues no sólo conocían su territorio (las aguas dónde vive el *Spondylus* spp.), sino que estaban al tanto de sus técnicas de navegación y buceo.

Sin embargo, a diferencia de Xllangchic An que era un edificio estatal administrativo, Huaca las Balsas era un edificio de residencia femenina (Narváez y Delgado, 2011). Este tipo de residencias femeninas no eran extrañas en los asentamientos lambayeqes. En San José del Moro se encontró una residencia femenina muy parecida estructuralmente a la de Huaca las Balsas y aunque tenía pintura mural, esta no se ha conservado lo suficiente como para poder apreciar la escena (Prieto, 2010). Esta conexión entre mujeres y las escenas de recolección de *Spondylus* spp. que se puede apreciar en Túcume es detectable también en otros contextos lambayecanos.

En Chornancap se encontró uno de los ajuares funerarios más ricos y completos de la época lambayeque. Por sus insignias de poder político y cosmogónico, ha sido llamada la “sacerdotisa de Chornancap”. Justo debajo de este enterramiento se encontró otra tumba, esta vez de un personaje masculino. Ubicado en el manto freático, este hombre estaba acompañado, entre otras cosas, por más de diez ejemplares de *Spondylus* spp. (Wester, 2016a: 269) y dos hombres jóvenes con bivalvas de esta misma concha en sus manos (Wester 2016b: 71). Hay que recalcar que las conchas bivalvas son las más preciadas, pues tuvieron que ser arrancadas con maestría del fondo marino mientras el animal estaba en vida, de otra forma sólo se obtiene una de las dos valvas. Por la ubicación de la tumba sobre el agua freática, su asociación con las bivalvas de *Spondylus* spp. y los acompañantes

sosteniendo las conchas enteras, los arqueólogos del lugar catalogan a este personaje como uno de los buzos que participaron en la extracción de la concha y fue bautizado como “el personaje de los *Spondylus*” (imagen 62) (Wester, 2012; 2016b). No hay que olvidar que luego del rito que significó el enterramiento de este buzo, y en un episodio diferente pero relacionado, se enterró un personaje femenino mucho más rico y con un ajuar más abundante (Wester, 2016b: 72). La sacerdotisa de Chornancap parece ser el foco de este lugar y de los ritos que se realizaron allí, y seguramente el “personaje de los *Spóndylus*” pertenecía al séquito de la sacerdotisa.<sup>26</sup>



Imagen 62. Enterramiento masculino conocido como “el personaje de los *Spondylus*” en Chornancap. Tomado de Wester, 2016a: 216

En la parte noroeste de Chornancap (al otro extremo de donde fueron encontrados los enterramientos) está la zona público-administrativa del asentamiento. Allí, en lo que se ha

---

<sup>26</sup> Cabe señalar que Carlos Wester, al comprobar que la sacerdotisa y el personaje de los *Spondylus* no estuvieron relacionados familiarmente, propone que pudieron ser esposos (Wester, 2016b: 75). Tomando esta opción como una posibilidad, y a pesar de la riqueza que acompaña al personaje de los *Spondylus*, prefiero tomar a este señor como parte del séquito de la sacerdotisa por la preeminencia de la tumba de esta última.

denominado “el trono”, se encuentra un espacio destinado a que el señor principal recibiera a sus visitantes y allegados. En ese lugar se encontró una orejera que figura una recolección de *Spondylus* spp. (ver imagen 17). El material de la orejera es palo de balsa, madera típica de la zona tropical, y ausente en la costa árida peruana, es decir, este objeto no sólo muestra una escena llevada a cabo en los andes norteños, sino que fue hecha de material norandino (Wester, 2016a: 138). Esta evidencia combinada muestra que señoras de mucha importancia dentro de Chornancap tenían en su séquito a personajes que estaban involucrados directamente en la recolección de *Spondylus* spp. y que estos últimos usaban insignias de su actividad como buzos en los lugares en los que se ejercía el poder político-administrativo.

El último dato que vincula a las mujeres en asentamientos lambayequés con la costa norandina proviene de Batán Grande. En este lugar un solo señor se enterró con 22 acompañantes femeninas y un guardián. Las mujeres estaban divididas en dos grupos dependiendo de su procedencia: 11 de ellas estaban vinculadas genéticamente con poblaciones norandinas, mientras que la otra mitad era parte de la población local.<sup>27</sup> Este dato esclarece la relación entre mujeres y *Spondylus* spp.: en los asentamientos lambayecanos existía población femenina permanente venida de los Andes Septentrionales. Mediante alianzas matrimoniales, se creaba parentesco que unía a las dos poblaciones y era gracias a estos vínculos, auspiciados y mantenidos por las mujeres, que los lambayequés tenían acceso a la concha.

Como vemos, la interacción con los pueblos norandinos trajo un profundo impacto no sólo en la política sino también en la composición social de Lambayeque. Para asegurarse un abasto directo del *Spondylus* spp., los lambayequés crearon alianzas matrimoniales con los manteños-huancavilcas de los andes septentrionales y permitieron que mujeres de este pueblo vivieran de manera permanente en sus comunidades.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Algunos arqueólogos del proyecto Sicán que excava actualmente Batán Grande interpretan la variabilidad genética de las muestras del sitio como la existencia de tres grupos étnicos: los sicanes (élite diferenciada genéticamente del pueblo común y de posible origen norteño), los muchik (locales) y los tallanes (provenientes del norte) (Shimada, 2014, p. 66; Klaus et al, 2014). Sin embargo, considero más pertinente identificar las muestras del haplogrupo B (frecuente en los andes norteños y el sur de Centroamérica) con poblaciones de las costas de Ecuador y de Tumbes y no con la élite “Sicán”. El 28% de la población muestreada en este sitio presenta el haplogrupo B, lo que indica un gran peso de la multiétnicidad en este lugar (Shimada et al, 2005, p. 76-77).

<sup>28</sup> En un artículo reciente, Carlos Wester (2016b) argumenta que la élite de Lambayeque se configuraba como los proveedores del agua en sus comunidades. Esto lo hacían mediante canales para el riego y de manera

- **Importancia cosmológica del *Spondylus* spp.**

Aunque sin subestimar los profundos impactos políticos y sociales que tuvo en la Costa Norte del Perú la interacción con sociedades de la costa norandina durante el Intermedio Tardío, se puede afirmar que el impacto más fuerte fue el cosmológico. El *Spondylus* spp. fue en esta época uno de los materiales rituales más poderosos con los que contaban chimús y lambayeques.

Las escenas de recolección de *Spondylus* spp. muestran que para alcanzar la concha en el fondo marino, los humanos necesitaban de la ayuda de los dioses. Las cuerdas con las que aparecen amarrados los buzos no son cuerdas ordinarias, sino que presentan rasgos zoomorfos, específicamente de ofidio y felino (imagen 63). En algunas figuraciones plásticas, como la copa ML100755 del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, se hace evidente que estas cuerdas realmente son las extremidades de un dios, el cual se mantiene en una balsa de fondo plano manteniendo a los buzos seguros y con vida (imagen 64). Para que los chimús y lambayeques tuvieran acceso al *Spondylus* spp. tenían que hacer un doble viaje: tenían que ir a un lugar lejano geográficamente, las costas norandinas, y además debían ir a un lugar liminal ontológicamente, allí donde la conexión con los dioses era posible y necesaria.



Imagen 63. Dibujo de orejeras ML100764 y ML100765. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se notan las cuerdas que unen a los buzos con cabezas zoomorfas. Elaborado por el autor.

---

“simbólica”, con la obtención de *Spondylus* spp. Wester también señala la importancia de las mujeres y de los pactos matrimoniales en este despliegue de poder.



Imagen 64. Dibujo de detalle de la copa ML100755. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se aprecia cómo las extremidades del ser principal se convierten en las cuerdas que sostienen a los buzos. Dibujo Alberto Ayarza.

El dios que mantiene a los buzos amarrados, y a quien Alfredo Narváez llama “el dios de los *Spondylus*” (Narváez, 2014), siempre aparece en una embarcación de fondo plano. Es importante volver a resaltar que este tipo de embarcaciones no se usaban en la Costa Norte del Perú originalmente, sino que fueron una introducción desde los Andes Septentrionales. En escenas complejas en donde aparecen varios dioses, como el Vaso B de Denver,<sup>29</sup> de origen lambayeque, otros dioses aparecen sobre caballos de totora, embarcaciones habituales de la Costa Norte peruana, sin embargo la figuración plástica realza que este dios navega con una tecnología diferente, en este caso perteneciente a la costa norandina; en pocas palabras, es un dios extranjero (imagen 65).

<sup>29</sup> Hay dos estudios sobre este vaso, el de Mackey y Pillsbury (2013) y el de Alfredo Narváez (2014, 64-110). Narváez da el nombre de “el Vaso B de Denver”, para diferenciarlo de otro vaso (el A) con manufactura similar y resguardado en el mismo museo.



Imagen 65. Dibujo de detalle del Vaso B de Denver. Se ven varios dioses sobre caballos de totora, menos “el dios de los *Spondylus*” que está sobre una embarcación de fondo plano. Tomado de Wester, 2016a: 342.

La comunión entre dioses y humanos necesaria para la recolección del *Spondylus* spp. es condensada en el material malacológico y desplegada en momentos controlados ritualmente. En las narigueras ML 100431 y ML 100432 resguardadas en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera en Lima, Perú, cuyo origen es de la Costa Norte peruana en el Intermedio Tardío, se ven dos personajes humanos dentro de sendas estructuras arquitectónicas (reconocidas por el arreglo de los techos igual al de ejemplos arqueológicos) con *Spondylus* spp. en sus manos (imágenes 66 y 67). Estos personajes tienen una postura corporal igual a la de los buzos en el momento de la recolección: con las piernas y los brazos flexionados, una postura corporal que recuerda a la fetal y que está remitiendo a momentos liminales como el nacimiento. En el centro de la composición aparece un dios (reconocido por tener extremidades-cuerda) y en una de estas narigueras, la ML 100431, el dios está recibiendo el *Spondylus* spp. en sus propias manos. En estas escenas se ve cómo en momentos rituales, dentro de espacios especiales y llevando a cabo una acción que involucra movimientos corporales (en específico con el cuerpo flexionado adoptando una posición parecida a la fetal) y la concha, humanos y dioses podían reestablecer la relación que tuvieron en el momento de la recolección mediante buceo apnea.

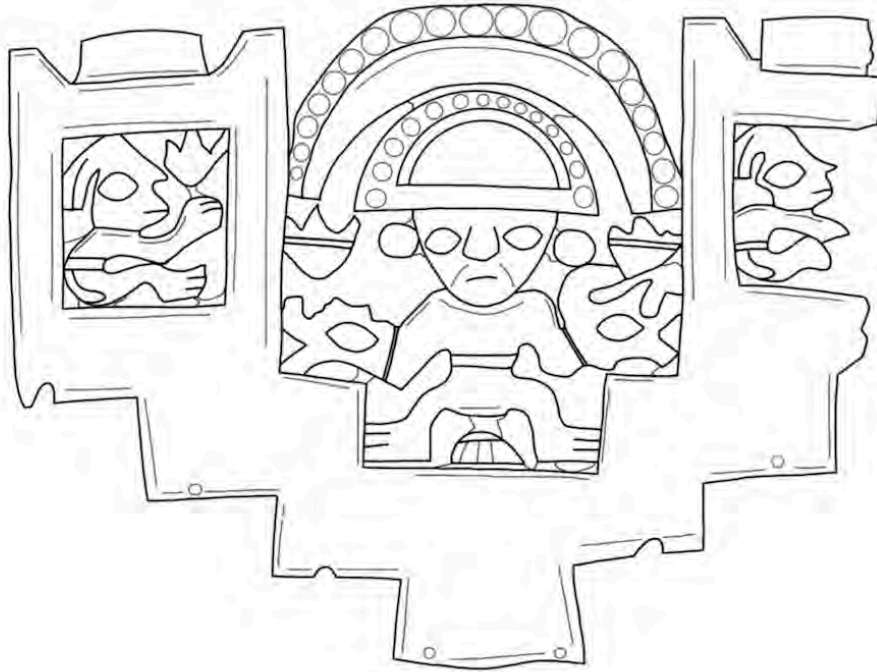


Imagen 66. Dibujo de nariguera ML 100431. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Se aprecia como dos humanos, en posición de piernas y brazos flexionados, y que están dentro de estructuras arquitectónicas tienen *Spondylus* spp. en sus manos. La concha es recibida por el dios que tiene manos-cuerda al centro de la composición. Elaborado por el autor.



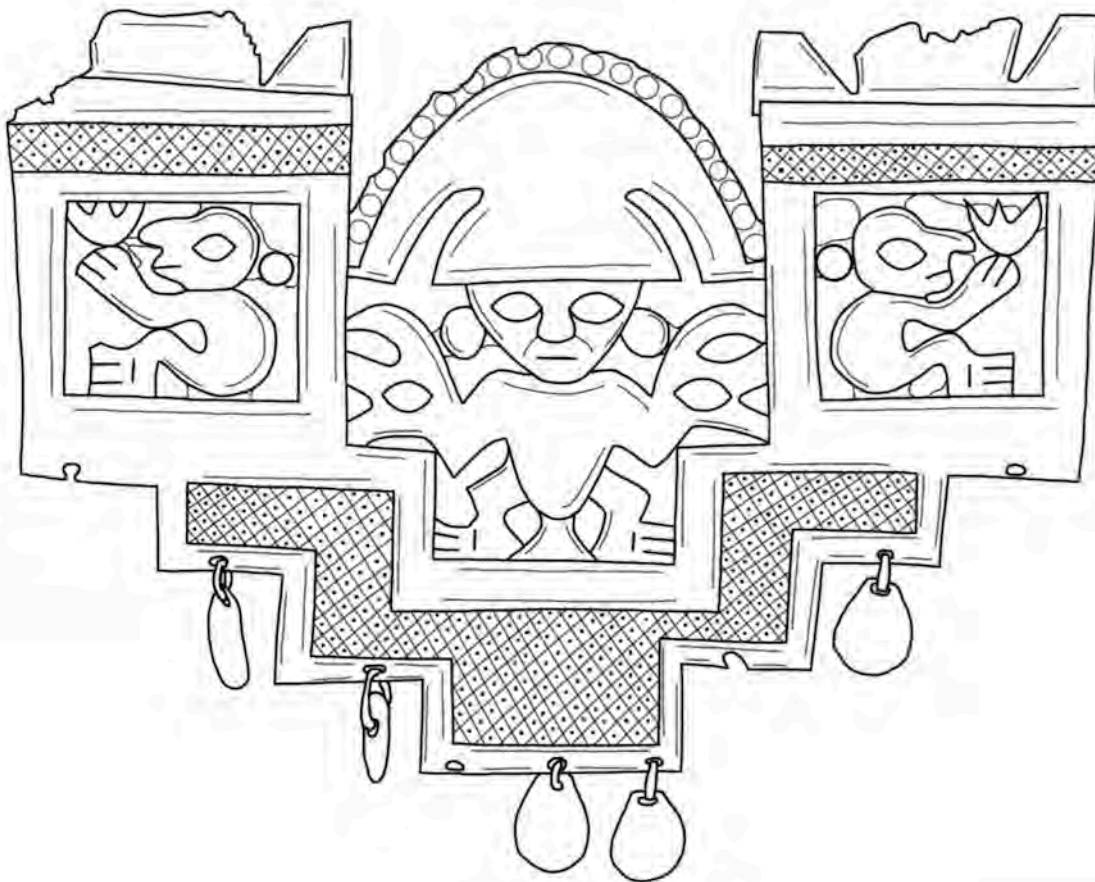


Imagen 67. Dibujo de nariguera ML 100432. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Escena muy parecida a la de ML 100431, en esta no se aprecia la concha siendo recibida por el dios del centro. Elaborado por el autor.

Existe otro indicador iconográfico que señala que el *Spondylus* spp. refiere a momentos y lugares liminales. Generalmente, cuando aparece esta concha, la composición tiene como telón de fondo una decoración en red. Esto, generalmente analizado como un satinado para realzar la figura tiene, a mi parecer, un sentido. En el Vaso B de Denver las puertas se muestran como redes, señalando el paso entre dos espacios distintos (imagen 68). La red, como señalamiento de un límite, aparece en momentos en los que humanos y dioses interactúan con la concha, ubicándolos en una intersección (imagen 69).



Imagen 68. Dibujo de detalle del Vaso B de Denver en donde se aprecia las entradas a los recintos con decoración en red. Tomado de Wester, 2016a: 355.



Imagen 69. Orejera resguardada en el Museo Laraco (ML101525). Se observa un ser con cuerdas zoomorfas alrededor de su cuello y rodeado de *Spondylus* spp. Al fondo la decoración en red que ubica la escena en un espacio liminal. Elaborado por el autor.

Volviendo al Vaso B de Denver, la escena principal de la composición muestra una procesión de humanos que porta bolsas y cabezas-trofeo. La procesión termina en una estructura arquitectónica en donde un especialista ritual recibe el contenido de las bolsas: *Spondylus* spp. Luego de pasar por varios ambientes, la ofrenda de concha llega hasta la parte superior de la escena, el lugar reservado para los dioses. Allí, una mujer recién fallecida (aparece su cuerpo siendo enterrado) recibe el *Spondylus* spp. y gracias a esto puede acceder a este lugar superior, es decir, se deifica gracias al uso ritual del material malacológico (imagen 70).

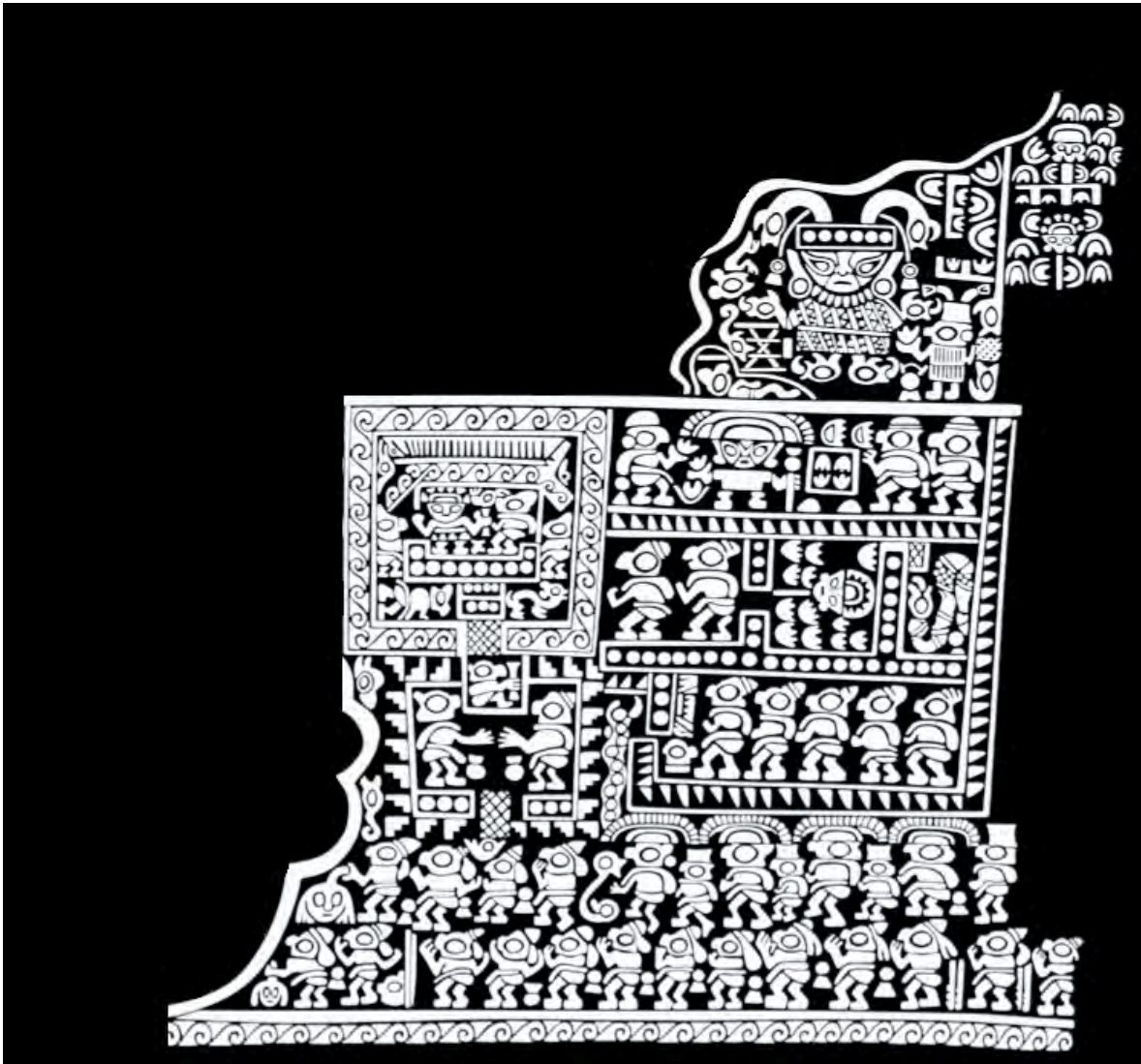


Imagen 70. Dibujo de detalle del Vaso B de Denver. En la parte inferior se aprecia la procesión con bolsas y cabezas trofeo. Luego de pasar por varios recintos arquitectónicos se hace evidente que el contenido de las bolsas era *Spondylus* spp. La concha es entregada a la mujer recién fallecida en la parte superior para su deificación. Tomado de Wester, 2016a: 343.

La escena que mejor ejemplifica la comunión entre humanos y dioses es el plato de algarrobo con incrustaciones de estilo chimú que ya ha sido descrito anteriormente (ver imágenes 12, 53 y 54). En el interior del plato, la escena presenta un plano humano: en el centro se encuentra una recolección de *Spondylus* spp., luego una serie de sembradíos de maíz y frijol regados por canales y ríos; finalmente todo está rodeado por el mar. En el exterior del plato se muestra un plano diferente: en el centro vuelve a estar la recolección de *Spondylus* spp., pero esta vez seguido por el mar y en la periferia se encuentran unas

plantaciones de plantas extrañas (ni maíz ni frijol). Este plato está mostrando dos planos que hacen parte de una realidad con dos caras: un lado humano, a la vista del usuario, que presenta la tierra sembrada y regada rodeada por el mar; y otro plano, extraño al orden conocido por los humanos, que presenta unas plantas desconocidas más allá del mar. Estos dos planos, el humano y el más que humano, están conectados por la recolección de *Spondylus* spp.

No hay que olvidar que el plato no sólo representa al *Spondylus* spp., sino que está manufacturado en este material. Es decir, no sólo figura dos planos de existencia vinculados por el *Spondylus* spp., sino que el uso mismo del plato genera este vínculo y, en situaciones controladas ritualmente, despliega la comunión entre dioses y humanos condensada en el momento de la recolección de la concha.

No cabe duda que la interacción por el Corredor Pacífico trajo a las sociedades de la Costa Norte del Perú profundas implicaciones en su cosmología.

### **Los manteño-huancavilcas**

El contexto político, social y cosmológico de los manteño-huancavilcas es mucho menos conocido por la arqueología académica que el de las sociedades de la Costa Norte del Perú. Por ende, el impacto que generó en este pueblo la interacción por el Corredor Pacífico es mucho más difícil de ponderar. Sin embargo, se puede apreciar la manera en cómo los manteño-huancavilcas manejaron la interacción con poblaciones foráneas.

- **Relación y alejamiento**

Aunque con frecuencia se caracteriza a los señoríos manteño-huancavilcas como una liga de mercaderes (p.e. Marcos, 2005: 172) basados en la idea de una confederación de pueblos navegantes que basaban su subsistencia en el comercio, los asentamientos más grandes y con mayor peso en la región se encontraban tierra adentro, en las montañas cercanas a la costa (imagen 68) (Marcos, 2005: 167). Al parecer los señoríos manteño-huancavilcas, aunque tenían algunas posesiones en la costa y contaban con puertos activos, situaban sus centros político-administrativos lejanos al mar. Por ejemplo, el señorío de Salangome, de donde dicen venir expresamente los navegantes que encontró Bartolomé Ruiz (Anónimo, 1844: 193-201), tenía su centro administrativo en la actual zona arqueológica de Agua

Blanca en un terreno elevado en el cantón de Puerto López, Manabí, Ecuador (Mc Ewan, 2003: 132-133). (Ver imagen 71).

En los centros más importantes de los manteño-huancavilcas se manufacturaban asientos escultóricos con figuraciones antropomorfas (imágenes 72 y 73). La alta concentración de este tipo de asientos en centros de importancia hace pensar en un grupo de dirigentes regionales que se reunían bajo la tutela de un sitio principal; cada señor tendría su asiento y se reunirían periódicamente. En Agua Blanca, por ejemplo, muchos de estos asientos se encontraron en una estructura bastante grande con capacidad de reunión de decenas de personas (Mc Ewan, 2003: 262-264).

Es importante reseñar que, recientemente, Andrés Gutiérrez Usillos (2016) ha propuesto que lo que se denominan “sillas”, realmente no lo son. Según la interpretación de este autor se tratan de soportes para fardos funerarios que le darían soporte ideológico y religioso a los diferentes linajes de la sociedad manteño-huancavilca. Los análisis de Gutiérrez Usillos son bastante sugerentes y convincentes, pero en definitiva, menos alejados de la interpretación original de lo que el autor señala. Sean sillas para vivos o para muertos, están cumpliendo una función política clara. Separar ámbitos religiosos y políticos no parece conveniente en las sociedades andinas en donde los difuntos están presentes permanentemente en la vida social y política. Siguiendo las interpretaciones sobre sillas de Mc Ewan (2003) y sobre soportes funerarios de Gutiérrez Usillos (2016), podría pensarse en concejos políticos integrados por señores (y señoras) vivos y difuntos, que tomaban las decisiones de un amplio territorio conjuntamente.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> No es mi intención extenderme en este punto, tan sólo señalar que existe evidencia clara que para chimús, wari e incas, por tomar los ejemplos más conocidos, los gobernantes muertos seguían ejerciendo una función política activa. Por esta razón denominar el espacio de los difuntos como “religioso” y el de los vivos como “político” es trasladar ideas contemporáneas al pasado. Parece mas conveniente entender la política andina como el resultado de decisiones tomadas por vivos y muertos conjuntamente.



Imagen 71. Señoríos manteño-huancavilcas de Salangome (actual Agua Blanca), Picoazá y Jocay en la costa ecuatoriana. Tomado de Mc Ewan, 2003: 129.



Imagen 72. Asiento manteño-huancavilca. Tomado de Gutiérrez Usillos, 2016: fig. 1 a y b



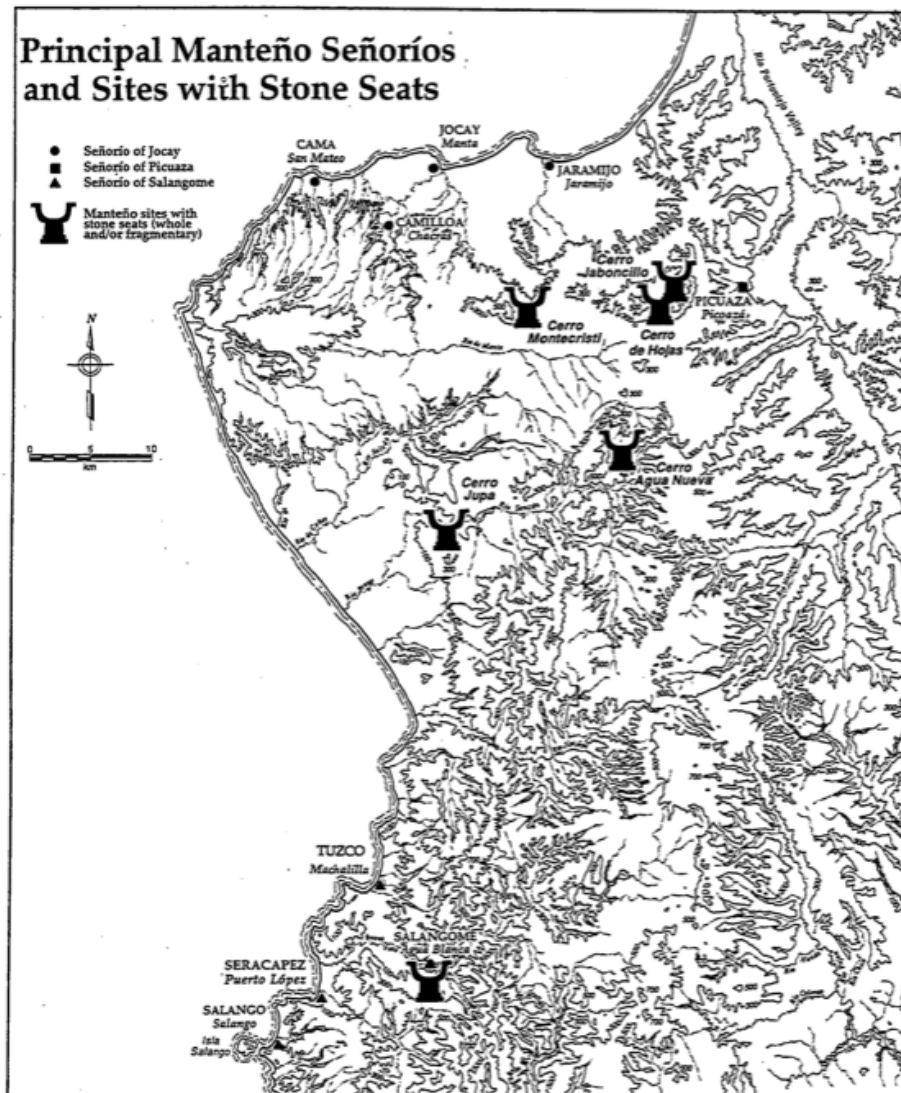


Imagen 73. Principales sitios con asientos de piedra manteño-huancavilcas con asientos de piedra. Tomado de Mc Ewan 2003: 130.

El impacto que tuvo la interacción en estos asentamientos, como ya expresé, es difícil de ponderar. Esto no sólo se debe a una particularidad del registro arqueológico de la región, sino, como demostraré, a un esfuerzo de los manteño-huancavilcas por mantener las interacciones con pueblos foráneos en lugares fuera de sus asentamientos. En los sitios principales de tierra adentro, los materiales foráneos son muy escasos. Algunos restos de cerámica inca en Agua Blanca –un arivalo o *urpu*– llevó a proponer a Mc Ewan (2003: 177-178) algún tipo de injerencia militar incáica en este sitio (imagen 74). Sin embargo este mismo autor señala que es necesaria una exploración mayor (Mc Ewan, 2003: 178) y lo poco del material no permite asegurar tal afirmación. En el sitio más grande de los

manteño-huancavilcas, Cerro Hojas-Jaboncillo –cercano a la actual ciudad de Portoviejo, Ecuador–, en donde se han encontrado el mayor número de asientos de piedra, el material centroandino es prácticamente inexistente, incluso en la época inca, cuando este imperio llegó a dominar la sierra ecuatoriana y estuvo interesado en expandir sus fronteras hacia la costa norandina (com. pers. Stefan Bohorquez 2016).

Uno de los indicadores más fuertes de interacción con sociedades centroandinas es la metalurgia en cobre, que conocemos comenzó su experimentación y expansión en los asentamientos chimús y lambayeques en la Costa Norte del Perú (Hocquenghem, 2009a; 2009b).<sup>31</sup> Son muy pocos los objetos de cobre y arsénico encontrados en estos grandes sitios. En Cerro Hojas-Jaboncillo se encontró un pendiente de cobre con imaginiería manteño-huancavilca (Mc Ewan, 2003: 278), lo que revela una apropiación de esta tecnología para manufacturar objetos propios (imagen 75).

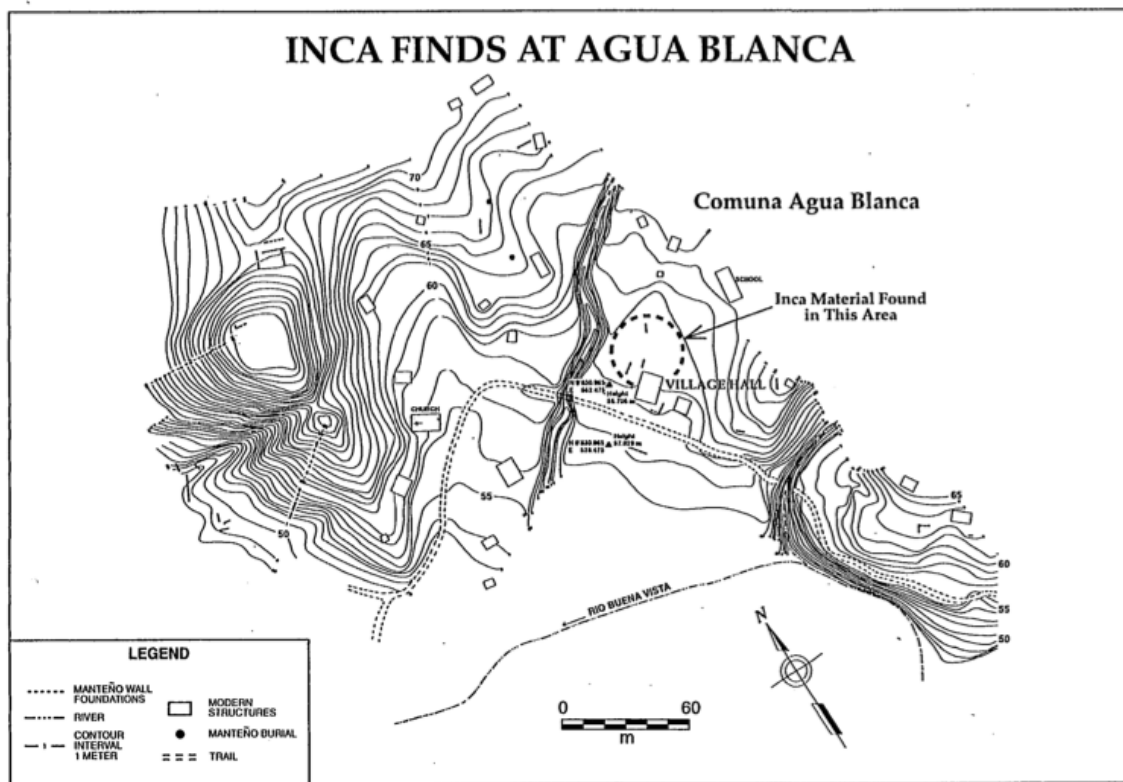


Imagen 74. Lugar dónde se encontró material inca en Agua Blanca. Tomado de Mc Ewan 2003: 217

<sup>31</sup> Cabe señalar que también existe contacto con la metalurgia del sur de Colombia, sin embargo, en específico la experimentación con cobre tiene su lugar de origen en el norte peruano.

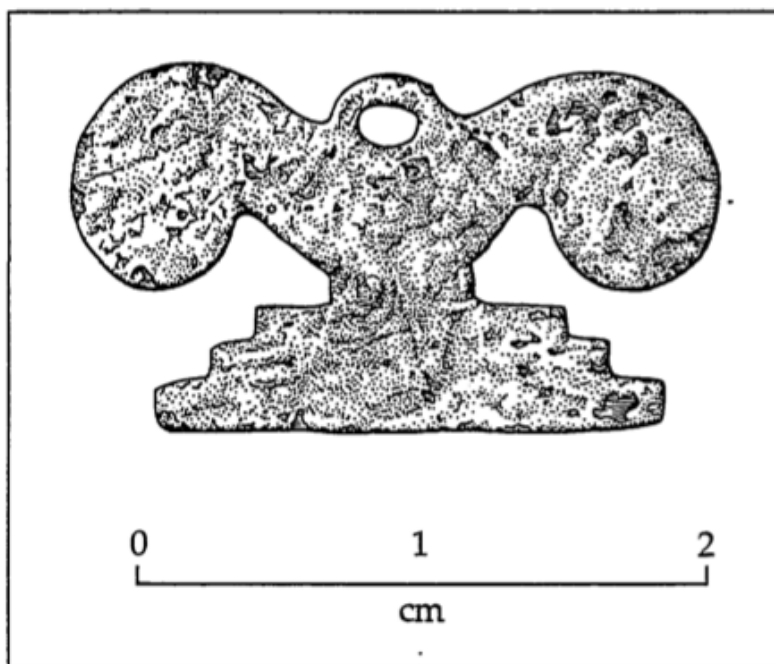


Imagen 75. Dibujo de pendiente de Cobre hallado en Cerro Hojas-Jaboncillo. Tomado de Mc Ewan, 2003:

278

La situación cambia en los sitios costeros. En esta región existía una antigua tradición de navegación marítima con balsas para el transporte y la pesca. Esto lo demuestra la balsa escultórica de origen Bahía (500 a.C- 500 d.C) resguardada en el Museo Arqueológico del Banco Central del Ecuador en Quito (ver imagen 36). En Salango, uno de los puertos más importantes de los mateños-huancavilcas, se han encontrado grandes anclas de piedra bajo postes de construcción también para épocas Bahía, lo que remite a la actividad balsera que practicaban estas poblaciones (Lunniss, 2001: 91; 201; 2013). Los manteño-huancavilcas retoman esta tradición y la enriquecen como lo indican las fuentes etnohistóricas ya presentadas en extenso en el capítulo 3.

Resalta que, siendo esta la región de extracción y explotación del *Spondylus* spp., se han encontrado relativamente pocos objetos manufacturados en esta concha. Sí se han hallado algunos talleres en Salango para la época manteño-huancavilca e incluso anteriores (Lunniss, 2016: 6) y se han logrado identificar dos técnicas de manufactura de objetos malacológicos en la costa ecuatoriana (Carter, 2008). Sin embargo esta evidencia sigue

siendo poca si la comparamos con la inmensa cantidad de material que está llegando a los Andes Centrales, sobre todo a la Costa Norte, durante el Intermedio Tardío. Este hecho no ha de extrañar, existen múltiples evidencias de sociedades que explotan un producto y lo destinan casi exclusivamente para la exportación, pues su rentabilidad es muy alta. Un caso bastante similar ocurre en el Caribe hondureño, en donde los asentamientos costeros explotan las conchas marinas, pero en sus contextos arqueológicos se encuentra muy poco material malacológico comparado con los sitios de tierra adentro (Schortman y Urban, 1994).

Objetos de cobre son mucho más frecuentes en estos sitios costeros que en los centros político-administrativos como Agua Blanca o Cerro Hojas-Jaboncillo. En Salango se han encontrado numerosos objetos de metal, siendo más de la mitad herramientas (Hosler, 2005: 174), lo que señala la utilidad que le dieron a la metalurgia los manteño-huancavilcas. Los objetos de metal también transformaron muchas de las concepciones sobre la persona en estos sitios costeros. En Ayalán, un cementerio de la época manteño-huancavilca ubicado en el sur de Guayaquil, y en Loma de los Cangrejitos, un montículo ceremonial que cuenta también con numerosas tumbas, se han encontrado gran cantidad de objetos metálicos en contextos funerarios, entre los que resaltan las hachas-moneda de bronce arsenical (Hosler, 2005: 174-176).

La metalurgia de cobre, traída de la Costa Norte peruana, sí significó un cambio radical de las sociedades costeras manteño-huancavilcas. No sólo se lograron hacer utensilios de este material más durables y eficientes en medios tropicales que los realizados en piedra, sino que se introdujo un medio de intercambio como las hachas-moneda que les dio la posibilidad de expandir sus redes comerciales. Las hachas-moneda les servían para el contacto por mar con la Costa Norte peruana y también por tierra, con pueblos como los Milagro-Quevedo, con metalurgia avanzada (Hosler, 2005: 176) y que también usaban las hachas-moneda como medio de intercambio.

Esta posibilidad de interacción también impactó en la construcción personal de los manteño-huancavilcas. Como ya señalé en el capítulo 3, considero que los contextos funerarios están expresando a una persona compleja, es decir, identificada no sólo por su cuerpo humano, sino por las relaciones que la constituían socialmente y que eran condensadas en objetos. Al morir se enterraba la complejidad de la persona: su cuerpo

humano y sus relaciones condensadas en objetos (Jaramillo Arango y Borrero Londoño 2015; Jaramillo Arango 2016a; 2016b). Las personas, ahora definidas por relaciones con posibilidad de ser más lejanas gracias a las hachas-moneda, se enterraban con objetos de metal para expresar su vínculos con pueblos foráneos, como ya fue indicado en el capítulo anterior.

Sin embargo la mayor evidencia de contacto de manteño-huancavilcas con sociedades foráneas se encuentra en las islas cercanas a las costas. La Isla de la Plata, ubicada frente a las costas manabitas y muy cerca de Salango, es el mejor ejemplo de este fenómeno. Allí se ha encontrado gran cantidad de material de *Spondylus* spp. y pesas de buceo para su extracción (Marcos y Norton, 1981), lo que indica que en este lugar se llevaba a cabo la recolección de estas conchas. También es allí donde se ha encontrado la mayor cantidad de evidencia directa de presencia centroandina; se encuentra cerámica negra de molde chimú (Marcos y Norton, 1981) y cerámica imperial, objetos de metal y entierros incas de élite (imagen 76) (Dorsey, 1901; Mc Ewan 2003: 219). Esto lleva a pensar que los manteño-huancavilcas extraían el *Spondylus* spp. en las islas, y en estos mismos lugares empacaban y transportaban el material hacia los Andes Centrales y, a partir del Intermedio Tardío, recibían comisiones centroandinas para quienes, como ya he analizado en el acápite anterior, era muy importante el momento de la extracción de la concha. Como método para mantener su independencia, restringir la interacciones a las islas y mantener sus centros administrativos tierra adentro, permitía a los manteño-huancavilcas mantener a los forasteros (y los posibles peligros que implicaba el relacionamiento con ellos) fuera de sus asentamientos para restringir los vínculos a momentos y personas específicos.

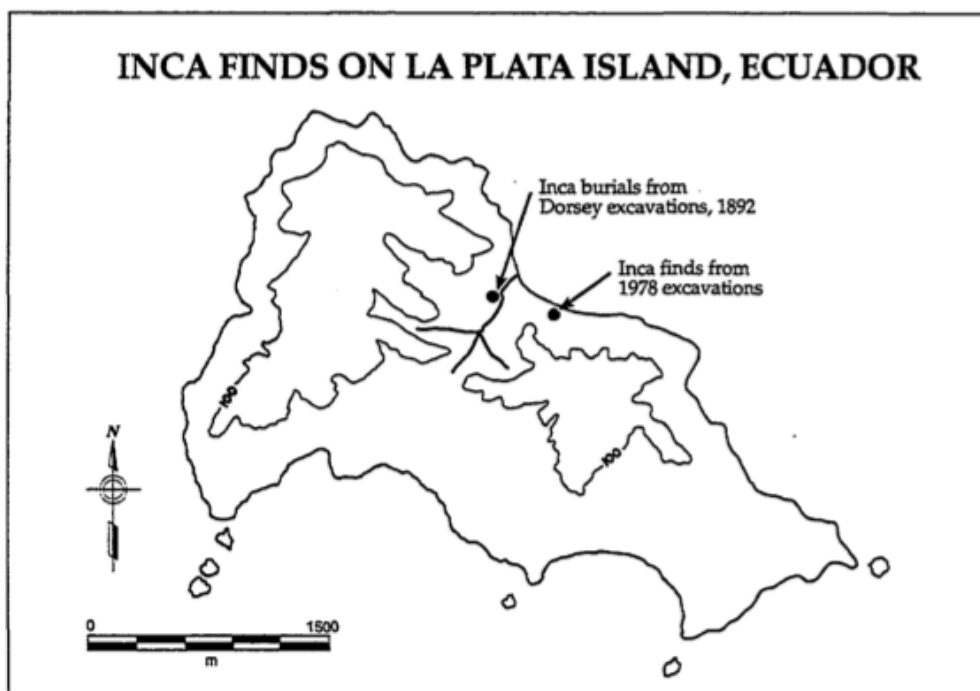


Imagen 76. Hallazgos incas en la Isla de la Plata, Manabí, Ecuador. Tomado de Mc Ewan, 2003: 2019.

El recelo de los manteño-huancavilcas con respecto a las intrusiones foráneas estaba bien fundamentado. Poco antes de la llegada de los españoles a la región, gran parte del territorio de Tumbes, de posible filiación manteño-huancavilca, había sido conquistada por los incas. Los cronistas españoles registran una fuerte enemistad entre los manteño-huancavilcas de la isla de Puná, en la desembocadura del río Guayas, con los tumbesinos, ahora parte del Tahuantinsuyo: “Respondieron que ellos eran de Túmbez, que salían a dar guerra a los de la Puná, que eran sus enemigos; y así lo afirmaron las lenguas que traían.” (Cieza de León 2004: cap. XIX). Agustín de Zárate, por su parte, anota: “[...] (la) isla llaman la Puna, [...] solía estar poblada de mucha gente, y tenían guerras con todos los pueblos comarcanos, especialmente con los de Tumbes que están doze leguas de allí.” (Zárate 1577: cap. VI, p. 4).

De Tumbes los incas extraían la mayor parte del *Spondylus* spp. que consumían. Allí se han documentado grandes talleres de trabajo de material malacológico (Hocquenghem y Peña Ruiz, 1994; Moore y Vílchez, 2016) y se ha propuesto una vía de introducción a los Andes Centrales de esta concha por tierra desde Tumbes (Hocquenghem,

1993). No hay que olvidar que Pizarro y sus huestes entraron precisamente por Tumbes hacia el resto del Perú siguiendo una ruta local conocida.

La presencia de los grandes estados centroandinos (en específico el inca, el chimú y el lambayeque) debió haber sido visto, con razón, como un peligro para su independencia por parte de los manteño-huancavilcas. Por esta razón restringir las interacciones marítimas a las islas fue una acción deliberada por parte de los grandes señoríos que se refugiaban en las montañas manabitas como Agua Blanca (Salangome) y Cerro Hojas-Jaboncillo.

### **Costa del Pacífico en Mesoamérica**

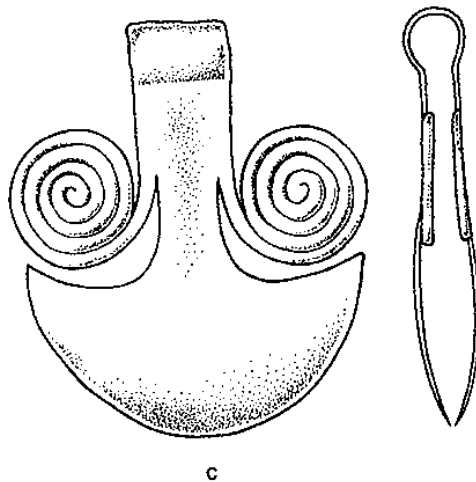
De esta región es de dónde tenemos más datos sobre el impacto que causó la comunicación a larga distancia con poblaciones suramericanas. Esto sobre todo porque la introducción de la metalurgia trajo profundos cambios en la política, la economía y en la cosmología locales. Los pueblos que se vieron impactados por estas relaciones no fueron homogéneos, y vale la pena por lo menos hacer dos distinciones claras: el Occidente de México, en específico los purépechas y demás súbditos del *cazonci*, y la región de Oaxaca en dónde convivían diferentes identidades étnicas.

- **La política Purépecha**

El uso de la metalurgia no fue un hecho que impactara a toda la población del Occidente de México por igual sino que, por el contrario, fue una tecnología fuertemente controlada por las élites. Lo anterior es demostrado, por ejemplo, en el hecho de que el cobre, utilizado en Suramérica mayoritariamente para manufacturar herramientas de trabajo o armas, en el Occidente mesoamericano fue utilizado casi en su totalidad para realizar ornamentos y atavíos (Hosler, 2005: 342). En específico la élite purépecha se mostraba utilizando objetos de cobre como pinzas; en varias láminas de la *Relación de Michoacán* aparecen personajes principales portando en su pecho una pinza a manera de pendiente. La lámina 19 es especialmente explícita en esto, pues aparece un personaje principal (la glosa dice “sacerdote mayor”), en una escena de impartición de justicia. El “sacerdote mayor” porta una pinza en su pecho y está indicando el castigo a un infractor (imágenes 77 y 78).



Imagen 77. Lámina 19 de La Relación de Michoacán. “Administración general de justicia”. Resalta el “sacerdote mayor” con una pinza en su pecho. Tomado de Hosler 2005: fig 3.19.



c

Imagen 78. Dibujo de una pinza como la que porta “el sacerdote mayor” en la lámina 19 de la *Relación de Michoacán*. Diseño frecuente en Michoacán y Guerrero. Tomado de Hosler 2005: fig. 5.6.

Una de las características de los objetos metalúrgicos que explotó la élite purépecha fue su color. Más que el oro y la plata, el dorado y el plateado fueron colores de especial



importancia durante el Posclásico purépecha (Hosler, 2005). Para alcanzar estos colores sin usar siempre el oro y la plata, los maestros metalúrgicos del Occidente de México procuraron hacer aleaciones de diferentes metales: el dorado lo conseguían de la aleación Cobre-Estaño con una concentración de este último metal de más del 10%, mientras que el plateado lo hacían con la aleación entre cobre y arsénico con altas cantidades arsenicales o directamente mezclando cobre y plata (Hosler, 2005: 345). Además de esto conocemos una variedad extensa de técnicas de “dorado” de piezas, que consisten en que una pieza esté manufacturada en un metal en su interior y que en su exterior se muestre otro; esto con el fin de aprovechar al máximo los metales más brillantes y que estos estuvieran presentes sólo en el exterior visible de los objetos (Ruvalcaba Sil et. al. 2009). Por lo tanto más que la pureza de los materiales como el oro o la plata, lo importante para los purépechas era sus características físicas, en especial su color, para poder ser exhibidos públicamente. Además, gracias a la mayor dureza de las aleaciones, podían hacer objetos con diseños más detallados sin la preocupación de que se quebraran, hecho que ocurre con frecuencia con las piezas de metales puros.

Los metales dorados y plateados en Mesoamérica se concebían como el excremento del sol y la luna. En náhuatl sus nombres son bastante explícitos en esto: para el oro y en general los metales amarillos, *cuztic teocuitlatl* (el divino excremento amarillo) y para la plata y los metales blancos *iztac teocuitlatl* (el divino excremento blanco) (Hosler, 2005: 343). En la relación de Michoacán hay un fragmento que confirma que este concepto existía entre los purépechas: “...dijo Hirípan: Mirá, hermanos, que esto amarillo debe ser estiércol del sol que echa de sí; y aquel metal blanco estiércol de la luna, que echa de sí ... (Relación de Michoacán, 2002: 171 cap. XXXI). Era privilegio de los señores portar los excrementos del sol y la luna, no por ser solamente materiales raros y lujosos, sino porque al portar objetos metálicos, establecían una relación con los dioses solares y lunares. La relación con las deidades es también la causa del gran valor que los purépechas le daban a otra característica del metal: su sonido.

Los cascabeles fueron unos de los objetos más y mejor producidos por los maestros metalúrgicos purépechas. Gracias a los cascabeles, en realidad al sonido que producían, los humanos llamaban a los dioses a presentarse. De nuevo la *Relación de Michoacán* nos da una muestra de esto:

[...] estuvieron componiendo los cativos dos días, y emplumarónlos y pusieronlos las mitras de plata, y unas tortas de plata al cuello, como soles: y unos cabellos largos a las espaldas, y al señor también dellos, llamado Hiuacha, y pusieronles cascabeles en las piernas, y velaron con todos ellos en las casas de los papas una noche, y bailaron con ellos y a la media noche tañeron las trompetas para que descendiesen los dioses del cielo [...] (Relación de Michoacán, 2002: 168 Cap. XXX)

Es a través del sonido que se relacionan humanos y dioses, por lo cual, desde esta perspectiva, es entendible restringir el uso de objetos de metal a ciertas personas que sepan lidiar con el poder de los dioses.

Considero que el aspecto relacional es la clave para entender el por qué las élites purépechas incluían en su atavío objetos de metal. Además de su conexión con los dioses, la metalurgia condensaba la relación con otros grupos distantes. Recibida la tecnología por extranjeros sureños, el Occidente de México funcionó como pivote de la expansión de la metalurgia al resto de Mesoamérica. Ya se ha mencionado, pero no sobra repetir, que objetos de cobre encontrados en la región nahua de Morelos, la Huasteca, el área maya, Oaxaca y la costa chiapaneca fueron manufacturados con materia prima extraída de minas del Occidente (Hosler, 1998: 326). Como se ve en la lámina 20 de la matrícula de tributos, el cobre era transportado en hachuelas y este eran las unidades en las que se contaba y transportaba el material (ver imagen 58); aunque el ejemplo de la matrícula de tributos es un caso de transporte de cobre de Oaxaca a Tenochtitlan, considero que es ilustrativo de este punto. Las élites purépechas, a través de usar en su atavío e incorporar a su persona social objetos de metal, se mostraban ante su pueblo como los garantes de las relaciones con pueblos distantes por mar y tierra y, además, como los interlocutores ante sus dioses.

No quisiera terminar este apartado sin una cita de la Relación de Michoacán que resume todas las implicaciones que he mencionado. En esta se muestra cómo se usaban las hachas de cobre (¿hachuelas?) como medidas de material para realizar cascabeles para los dioses. Además de esto, la fuente es explícita en mostrar el valor que le daban los purépechas al color amarillo: “ Y llamó Tariácuri a sus viejos [...] y díjoles: Tomad una carga de hachas de cobre bañado muy amarillo, y llevadlo a Urendequauécara, dios de Curíguaro, para que destas hachas le haga cascabeles para sus atavíos [...]” (Relación de Michoacán, 2002: 104 cap. XVIII).

- **La cosmología del Occidente mesoamericano**

Existe un documento excepcional que narra hasta qué punto la introducción de la metalurgia en el Occidente Mesoamericano por el Corredor Pacífico impactó en la cosmología de los pueblos de esta región. Se trata de la relación geográfica del siglo XVI de Ajuchitlán, en el norte del actual estado de Guerrero, México, en la frontera con Michoacán. Aunque Ajuchitlán fuera un pueblo de habla cuitlateca, estaba bajo el dominio del *cazonci* purépecha y se localizaba muy cerca de la frontera con las posesiones de la triple alianza (Acuña 1987: 37). En esta región existen numerosos depósitos naturales de cobre (Hosler, 2005: 373) y, seguramente, su vida social se vio fuertemente impactada por la aparición de la metalurgia.

Diferentes narraciones de diversos pueblos mesoamericanos narran la creación sucesiva de diferentes humanidades hechas de materiales diversos. El *Popol Vuh*, documento k'iche' del siglo XVI, a pesar de que la copia que ha sobrevivido es la de Francisco Ximénez hecha en el siglo XVIII (Craveri 2012: 15-16), narra la creación de dos humanidades anteriores: la de lodo y la de madera, las cuales fracasaron por múltiples causas. Finalmente la humanidad hecha de maíz satisface las expectativas de los dioses y es la humanidad verdadera, la actual (Popol Vuh, 2012: 111-126; 292-293).

La leyenda de los soles, documento escrito en náhuatl a mediados del siglo XVI (Tena, 2002: 11), también narra una serie de creaciones de humanidades anteriores perecidas o transformadas en cataclismos sucesivos. La verdadera humanidad, la actual, fue creada y mantenida gracias a Quetzalcóatl, quien les ofrece el sustento alimenticio al darles el maíz (La Leyenda de los Soles, 2002: 175-181).

La narración contenida en la relación geográfica de Ajuchitlán da un testimonio más de creaciones de humanidades sucesivas, pero esta tiene una particularidad especial bastante interesante:

Y dicen que entendían [que] había un Dios Principal que estaba en el cielo y lo había criado todo, y que ha de haber juicio final; y que el mundo tuvo principio, y que hizo Dios un hombre y una mujer de barro, y q[ue] se fueron a bañar y se deshicieron en el agua; y que los volvió a hacer, de ceniza y [de] ciertos metales, y los envió al río a bañar, y que no se deshicieron; y q[ue] de aquellos empezó el mundo (Acuña 1987: 36).

El Dios creador se presenta único, posiblemente resultado una negociación con el catolicismo, pero sobre todo es un maestro metalúrgico. A diferencia del *Popol Vuh* o de *La Leyenda de los Soles*, en los que el maíz es el diacrítico principal para que la humanidad se configure como verdadera, en esta región fueron los metales.

A pesar que el conocimiento de la metalurgia y la posesión de objetos metálicos estaba restringido a la élite, la circulación y manufactura de objetos de metal impactó profundamente en la cosmología del Occidente de México, por lo menos en Ajuchitlán, un pueblo metalúrgico.

- **La economía de Oaxaca**

A diferencia del control elitista de la metalurgia entre los purépechas, en Oaxaca la metalurgia, y más específicamente las hachuelas de cobre, sí transformaron la vida económica de las comunidades. Numerosos documentos del siglo XVI detallan cómo eran utilizadas estas piezas en la economía. Aunque estos documentos ya han sido presentados en el capítulo anterior, vale la pena retomarlos para entender el impacto de la llegada de estos objetos a la región.

En la Mixteca de la Costa el señorío de Tututepec (Tututepeque) exigía tributo a sus sujetos en “hachuelas de cobre”. Así lo confirma Las Relaciones Geográficas del siglo XVI de Tetiquipa y Cozauhtepec: “... fueron sujetos del señorío de Tutepeque... y el tributo que les daban eran hachuelas de cobre y barretas del dicho cobre...” (Acuña, 1982: 180).

Del mismo modo, Tehuantepec, esta vez un señorío zapoteco, también recibía tributo en forma de hachuelas. Esto lo confirman los testimonios sobre don Juan Cortés, el primer cacique colonial de este pueblo:

[...]don Juo[n] cortes señor y caçique de toda la provinçia generalmente y el tributo que le davan al d[ic]ho don Juan cortes los naturales de la d[ic]ha villa y los demas sus barrios hera diferente del que le davan los yndios de los d[ic]hos barrios porque le tributavan unas hachuelas de cobre e mantas e mayz. (AGI, Escribanía, 106b. f. 379r).

[...] don Juan cortes cobro como tal señor los trib[ut]os de todos los naturales de la d[ic]ha villa e de todos los barrios y estançias de las subjetos unas hachueles que a la sazón hera moneda y este trib[u]to y otros serviçios vio este q[ue] declara que cobrava [...] (AGI, Escribanía, 106b. f. 276v).

Pero los pueblos de Oaxaca no sólo cobraban tributo en forma de hachuelas de cobre, también tenían que ofrecerlo de esta forma. La lámina 20 de la Matrícula de Tributos, señala cómo la provincia de Yohualtepec, actualmente San Juan Igualtepec en Oaxaca, tenía que tributar 80 hachuelas de cobre a Tenochtitlan (ver imagen 51).

Pero no sólo era en forma de tributo que la aparición de hachuelas de cobre impactó en la economía de Oaxaca. En los mercados de las comunidades se utilizaba como medio de cambio estas monedas y eran utilizadas por una gran parte de la población. En la misma Relación Geográfica del siglo XVI citada anteriormente, la de Tetiquipa y Cozauhtepec, se dice que : “...las hachas de cobre que solían tributar, era moneda que corría y se vendía en los tianguiz y mercados que hacían en todos los dichos pueblos” (Acuña, 1982: 183). Ya para los valles centrales, y en específico para la ciudad de Antequera y sus alrededores, en 1548, un memorial dirigido al consejo de Indias por un vecino llamado Francisco López Tenorio dice que: “En la provincia de la cibdad sobredicha é provincias comarcanas se usan é tratan entre los naturales en moneda de metal en muy gran cantidad...” y termina dibujando una hachuela en forma de “T” para ilustrar el tipo de moneda que se usaba (imagen 57) (Medina, 1912: 57).

Vemos que las hachuelas no sólo eran tributos, sino que también monedas de uso corriente en los mercados de las comunidades de Oaxaca. Tan en uso estaban en el momento de la llegada de los españoles, que también contamos con documentos que detallan el valor de las hachuelas comparándolo con los productos que se podían comprar con ellas e incluso el cambio que se hacía con la moneda castellana. El mismo memorial de Francisco López Tenorio dice que: “Valía cuatro de estas [hachuelas], nuevas, cinco reales, y después, siendo gastadas un poco [...] venían a valer diez por un real [...] (Medina, 1912: 57). También de los valles centrales encontramos un libro de contadurías de 1529 (nótese lo temprano del documento) en el que especifica la cantidad de cal que se podía comprar con las hachuelas. Del mismo modo se ofrece la “tasa de cambio” con la moneda castellana basada en la misma cantidad de cal que se podría comprar con pesos:

e por quanto el d[ic]ho françisco de herrera declaro que entre los yndios de aquella prou[inci]a se vende cantidad de un almud de cal por tres achuelas de las de la tierra y que la cal es muy buena y limpia y çienida Para cozer el mayz y la q[ue] los d[ic]hos yndios dieron al d[ic]ho Jhoan de berrio

no tal y alguna della tierra se le quita la terçia parte del valor y se apresa a cada almud a dos achuelas por manera q[ue] una hanega al rrespeto valdra beynte y quatro achuelos q[ue] en çient achuelas ay para comprar quatro hanegas de cal el çiento de las quales el d[ic]ho herrera juro auer comprado de yndios algunas vezes a diez rreales de t[ipuzqu]e e menos por manera que a este Respeto valiendo quatro hanegas de cal çient achuelas y çient achuelas diez R[ea]les montan e valen las d[ic]has trezientas e treynta e siete hanegas e m[edi]a çinq[uen]ta e dos p[es]os e ducado de oro comun q[ue] rreduzidos a oro de mi[n]as a çinq[uen]ta y çinco por çiento son treynta y quatro p[es]os e q[ua]tro granos de q[ue] se le haze cargo [...] (AGI, Contaduría, 662. f. 256v).

Las hachas-moneda transformaron radicalmente la economía de las comunidades oaxaqueñas. Eran objetos muy pedidos en los tributos por sus condiciones físicas: ligeros, portables, durables y con alto valor concentrado, pero también, por funcionar como moneda (con las características de poder facilitar los intercambios y crear deudas) eran transadas en los mercados populares de las comunidades para comprar los bienes de subsistencia básica.

### **El desarrollo histórico**

Como ya había adelantado, los datos arqueológicos dicen poco si no pueden introducirse en un desarrollo histórico que los dote de sentido. Aquí voy a relatar de manera cronológica cómo entiendo yo, basado en lo que ya he expuesto, que sucedieron los hechos que dieron origen a estas evidencias arqueológicas.

La costa ecuatoriana desde épocas muy tempranas funcionó como lugar de interacción: en un primer periodo de contacto, las poblaciones allí asentadas exportaban hacia los Andes Centrales *Spondylus* spp. e incluso el uso de esta concha en asociación con el caracol *Strombus galeatus*. De sus vecinos australes recibían hachas de andesita que atesoraban en grandes depósitos. En algún punto de estas fechas tempranas, empezaron a tener contacto con poblaciones del norte o llegadas desde el norte. Allí se intercambiaron muchos objetos y prácticas, lo que revelaría una interacción intensa y profunda. La distribución en el Occidente de Mesoamérica y Ecuador de las tumbas de tiro, perro sin pelo, cerámica, deformación craneana y algunas costumbres en el vestido, da cuenta de la relación entre estos dos lugares. Esta relación con el norte lejano cesó, pero se mantuvo un estrecho vínculo con el sur, con los Andes Centrales.

En el segundo periodo de interacción que comienza entre el 600 al 800 d.C, en la costa ecuatoriana, la importación de objetos y técnicas metalúrgicas desde la Costa Norte

del Perú generó un cambio notable en las condiciones de vida de ambas poblaciones. Si para los manteño-huancavilcas significó la oportunidad de adoptar técnicas metalúrgicas para la manufactura de armas, herramientas y monedas, para las sociedades del norte del Perú dio la posibilidad de obtener el *Spondylus* spp. directamente de su fuente. Esto hizo que esta concha tuviera una importancia cosmológica de primer orden y se hicieran alianzas matrimoniales con las sociedades costeras norandinas con tal de mantener este suministro. Además de la importancia cosmológica, la redistribución del *Spondylus* spp. sirvió al estado Chimú para expandir su influencia política, militar e ideológica.

Acostumbrados a mantener relaciones de interacción (comerciales, culturales, sociales, etcétera) con pueblos distantes mediante la navegación, las poblaciones de la costa de Ecuador expandieron sus horizontes hacia el norte. Muchos de los debates se centran en el resorte que llevó a estas poblaciones a crear expediciones comerciales a larga distancia; hasta hace muy poco era ampliamente aceptado que para esta época se había dado una sobreexplotación del *Spondylus* spp. en las costas ecuatorianas y que, obligados a mantener el comercio de esta concha con los Andes Centrales para proveerse de metales, los manteño-huancavilcas tuvieron que buscar otros bancos hacia el norte. Esta propuesta se basaba en una escasez relativa del *Spondylus princeps* con respecto al *calcifer* que no sería entendible sin la intervención de la mano humana; además, un cambio en el hábitat de *Spondylus* spp. hacia aguas más profundas, como se aprecia actualmente en la costa de Ecuador, explicaría por qué los ejemplares más someros habrían sido totalmente aniquilados por la recolección humana (Hocquenghem, 2009b: 12). Sin embargo Benjamin Carter (2011: 67) duda de la veracidad de estas pruebas y no considera que haya suficiente evidencia de tal sobreexplotación. A mi juicio podríamos estar buscando un eslabón perdido que pudiera no existir. Aunque la evidencia de una supuesta escasez de *Spondylus* spp. calme nuestras ansias epistemológicas por un tiempo, lo cierto es que puede que haya razones que no son tan concretas como para aparecer en el registro arqueológico. Las sociedades acostumbradas al comercio con frecuencia necesitan expandir sus posibilidades económicas para mantener su estilo de vida y por dinámica del mismo sistema de intercambio, sin que se necesite una causa coyuntural identificable para dicha expansión.

Sea que podamos identificar la causa o no, el hecho es que los manteño-huancavilcas de la costa ecuatoriana tenían la tecnología de navegación para expandir sus

horizontes de interacción hacia el norte y lo hicieron. Una buena muestra de los objetos que intercambiaban puede ser la lista de objetos que enumeran las crónicas que relatan el encuentro de Bartolomé Ruiz con una balsa ecuatoriana: hay *Spondylus* spp. (la mercancía de la que más estaba llena el barco), piedras preciosas, textiles y objetos de metales comunes y preciosos (Anónimo, 1844: 193-201; Fernández de Oviedo y Valdés, 2007: libro xliii, cap. iii). Llama la atención la importancia que dan los cronistas a algunos instrumentos con los que los navegantes de esta balsa pesaban los objetos de metal. Aparte de los metales, es difícil que los demás objetos sean indicadores arqueológicos de interacción, pues los textiles en las costas pacíficas colombianas, panameñas o ecuatorianas se degradan rápidamente, y piedras preciosas tan singulares como las esmeraldas son comunes en Ecuador y Colombia.

Eventualmente y, gracias a un movimiento recíproco, las embarcaciones se fueron sofisticando más gracias a los viajes largos y permitieron, a su vez, viajes de mayor envergadura; los navegantes manteño-huancavilcas llegaron a las costas de Oaxaca, Guerrero y el Occidente de Mesoamérica. Allí, su tecnología de navegación mostró sus límites: no podían durar mucho tiempo pues sus embarcaciones se deterioraban rápidamente. Cualquier retraso en los intercambios dejaría a los navegantes “atrapados” más allá de la zona de ciclones y tendrían que esperar seis meses a que el clima mejorara. Estos viajes se debieron hacer con alguna frecuencia pero no eran del todo comunes. Se ha especulado cuál era la mejor época del año para realizar las travesías desde Ecuador hasta el Occidente de México. Confiadas en la capacidad de las balsas para aprovechar la fuerza de las corrientes y los vientos, Leslie Dewan y Dorothy Hosler (2008: 36) proponen que la mejor época del año para viajar desde Ecuador hasta México es salir a principios de diciembre para llegar a finales de enero. La vuelta debía hacerse en marzo para llegar de nuevo a Ecuador después de mayo, que es cuando finaliza la época de lluvias en Ecuador. Vemos que las fechas de vuelta anteceden al inicio de la temporada de huracanes (de junio a octubre) en dos meses. Un retraso en la expedición o un inicio precoz de dicha temporada traería consecuencias nefastas.

Por el tiempo limitado con el que contaban los navegantes ecuatorianos en México, lo primero que introdujeron fue la metalurgia. La metalurgia sirvió a las élites del Occidente de México, en específico las purépechas, para mostrarse como el vínculo



necesario con pueblos lejanos y como los interlocutores ante sus dioses. Una vez desarrolladas allí técnicas metalúrgicas complejas, es decir luego del 1200/1300 d.C, los manteño-huancavilcas pudieron compartir el tipo de objeto que usaban para el intercambio con el norte del Perú: las hachas-moneda. Estos objetos traerían un cambio radical en la economía de Oaxaca. Muchos tributos pasaron a pagarse en estas piezas y los mercados populares tasaban el valor de las mercancías con ellas.

Posiblemente la costumbre de atesorar valor en forma de hacha era una tradición antigua en la costa de Ecuador desde tiempos de la cultura Valdivia, cuando lo hacían con hachas hechas de andesita. El bronce arsenical reemplazó a la andesita y fueron las hachas-moneda de este material las que llegaron a Mesoamérica. Una vez dominada la aleación entre cobre y arsénico (aunque con otras técnicas), por parte de los orfebres mesoamericanos y extendida la institución del uso de las hachas-moneda como medios de intercambio, los navegantes ecuatorianos podían llegar a las costas del Pacífico de Mesoamérica, realizar intercambios de *Spondylus* spp. por ejemplo (del que introducirían algunas técnicas para su recolección), pero también de otras conchas, perlas, metales, piedras y mantas, y volver a Suramérica antes del inicio de la temporada de huracanes y el deterioro de sus embarcaciones. Los navegantes tenían las técnicas para, a través de la realización de estrías y con la posibilidad de pesar las piezas, comprobar que estas hachas-moneda fueran manufacturadas completamente del material convenido.

Puede que para algunos esta narración resulte superflua o fantasiosa; no obstante está basada en las fuentes expuestas en extenso anteriormente. Como ya advertí, si las fuentes arqueológicas no logran ser dinámicas y ser entendidas en un proceso histórico pierden mucho de su valor como documentos. El Corredor Pacífico como realidad cultural, unidad diversa para el estudio del pasado arqueológico, y como proceso histórico, con dos de sus mecanismos de interacción que aquí he analizado, se presenta como una oportunidad valiosa para atender a los datos que un grupo numeroso de investigadores ya ha recopilado y así, replantearnos nuestras ideas de interacción y sus consecuencias culturales.

## Conclusiones

El caso del Corredor Pacífico se presenta como una magnífica oportunidad de reevaluar muchos de los supuestos que desde la arqueología académica se han naturalizado, sobretodo aquellos referentes a las unidades culturales y a la interacción entre pueblos. Atender a los datos arqueológicos de esta extensa región nos brinda la oportunidad de apreciar un pasado complejo en el que pueblos diferentes se encontraban en constante interacción y mantuvieron su diversidad cultural en el tiempo.

A partir del 600/800 d.C y hasta la época de la invasión hispánica, lambayeques, chimús, manteño-huancavilcas, purépechas (y demás pertenecientes al imperio del *cazonci*) y los distintos pueblos de Oaxaca mantuvieron contacto directo e indirecto constante que moldeó mucho de su desarrollo político, social y cosmológico. El interés de esta tesis fue precisamente mostrar el protagonismo que la interacción tuvo en la historia de estos pueblos, antes que enfrascarse en definir la identidad o singularidad de alguno de estos colectivos. Si para los chimús, por ejemplo, mostrarse como los garantes de una relación con pueblos lejanos les ayudó a expandir el poder de su estado, para los manteño-huancavilcas fue necesaria la circunscripción de los intercambios exclusivamente a las islas, lejos de sus asentamientos principales, con el fin de mantener su independencia política y social. El impacto de la interacción es profundamente diferente aún en pueblos que son vecinos: mientras que para los purépechas la metalurgia sirvió para mantener y potenciar el poder de sus propias élites, en Oaxaca sirvió para el intercambio de objetos cotidianos en los tianguis y mercados populares.

Este impacto desigual y diverso se debió gracias al uso constante y continuado de dos mecanismos de interacción identificables, complementarios pero diferentes: la navegación a larga distancia y el intercambio basado en hachas-moneda. La compleja navegación desarrollada en la costa de Manabí, Ecuador, desde época Bahía (500 a.C-500 d.C) permitió a los manteño-huancavilcas (500-1500 d.C) establecer relaciones con pueblos lejanos desde el norte peruano hasta el Occidente de Mesoamérica. Esto fue posible gracias a que las balsas estaban equipadas con velas triangulares y timones-quillas que les permitían navegar de manera segura en mar abierto y a gran velocidad. Ya ha sido comprobado por diferentes métodos (simulaciones por computador, modelos ingenieriles y

arqueología experimental) que este tipo de embarcaciones podían llegar hasta Mesoamérica navegando por el Pacífico. No obstante, esta tecnología de navegación no daba la posibilidad de estancias prolongadas debido al deterioro de los materiales de las balsas por la exposición a organismos que degradan la madera.

Debido a este factor, se desarrolló en las zonas que tenían contacto esporádico a larga distancia un sistema de intercambio común: las hachas moneda. Estos objetos tenían una estandarización sorprendente en diseño, manufactura, tamaño, forma de almacenaje, composición metalúrgica y uso tanto en la costa ecuatoriana como en el litoral del Pacífico de Mesoamérica. Esta estandarización resalta aún más al comprobar que, debido a las características geológicas de los lugares ya citados, se usaron menas diferentes para su manufactura y que tuvieron que usarse diversas técnicas para que los objetos fueran similares. Gracias a las hachas-moneda, se podían dar intercambios que cumplieran con dos características aparentemente opuestas: por un lado se podían realizar transacciones rápidas (que permitieran el pronto regreso de los navegantes suramericanos a su lugar de origen), y por el otro, asegurar una recurrencia en el tiempo de transacciones mediante objetos que no se degradaran y pudieran generar deuda en el futuro, permitiendo que cuando los navegantes regresaran a Mesoamérica, el intercambio pudiera volver a efectuarse.

Estos mecanismos de interacción, las navegación con balsas y el intercambio basado en hachas-moneda, generó un tipo de interacción que dejó una serie de indicadores arqueológicos (revisados en extenso en el capítulo 2): la expansión de la metalurgia de la aleación entre cobre y arsénico en el Área Intermedia Sur, el Estilo Internacional, la introducción de la metalurgia en el Occidente de Mesoamérica, el uso generalizado de hachas-moneda y la transmisión de la tecnología de la recolección del *Spondylus* spp.<sup>32</sup> Estos se presentan, según muchos autores, dispersos y aislados, y debido a esto no comprobarían, en su opinión, una recurrencia en los contactos marítimos por el Pacífico. No obstante, estos indicadores son consecuentes con la manera en la que se estableció el contacto marítimo por el Corredor Pacífico (de forma esporádica y rápida) y el reto, más allá de descartar las fuentes que no encajan en las camisas teóricas imperantes, es entender

---

<sup>32</sup> Existen algunos otros indicadores también revisados en el capítulo dos (la introducción de la diáda *Strombus-Spondylus* spp. en los Andes Centrales, la cerámica iridiscente y el complejo que incluye las tumbas de tiro, los perros sin pelo, la cerámica Capacha y el vestido), pero sus fechas son mucho más tempranas y refieren a un primer periodo de interacción en el Corredor Pacífico diferente al analizado en esta tesis.

la dinámica de la relación que se dio en el pasado para ajustar nuestras perspectivas teóricas al respecto.

Por este motivo considero que estudiar el caso del Corredor Pacífico en su segundo momento de interacción, es decir desde el 600/800 d.C hasta la llegada de los españoles al territorio, nos enseña no sólo a dudar de ciertos supuestos teórico-metodológicos, como el de “área cultural” o el de “sistema mundo” sino a proponer unos nuevos, en este caso, las unidades diversas. Las unidades diversas se definen como espacios en los que pueblos culturalmente diferentes interactúan y que, luego de la puesta en contacto, la diversidad cultural no se ve comprometida sino potenciada por la interacción. Para poder apreciar y proponer la existencia de unidades diversas es necesaria una evaluación profunda de nociones que nos son muy familiares, en específico sobre lo que pensamos que es un objeto. Si entendemos a los objetos como relaciones sociales antes de como diacríticos de definición de identidades, es más fácil poder entender una región en la que la interacción y la diversidad fueron los denominadores comunes. Es más fructífero atender a la teoría contenida en los datos de campo que intentar comprobar teorías con ejemplos escogidos. Atender a cada caso en su complejidad para desestabilizar el conocimiento de nuestras disciplinas es el mejor aporte que se puede hacer desde el estudio del pasado del Corredor Pacífico.

\*

Existen diversos puntos que se han expuesto a lo largo de la tesis que merecen un análisis mayor y se debe señalar su importancia. El primero de estos es, sin duda, el uso teórico-metodológico de los objetos como relaciones. El texto se ha enfocado en el estudio pormenorizado de dos objetos específicos, las balsas de vela triangular y *guares* y las hachas-moneda, sin embargo, se ha cuidado de no asociar automáticamente estos objetos y las técnicas con las que se usaban a identidades étnicas, políticas o sociales. Es cierto que ciertas colectividades fabricaban y utilizaban estos objetos como se ha señalado insistentemente en la tesis, sin embargo, su circulación y uso no estaba restringido a un solo pueblo o región, sino que era precisamente fue mediante el empleo de estos objetos que diferentes colectividades se relacionaban e interactuaban. Espero haber demostrado que no

es posible hablar que la navegación con balsas fuera exclusivamente de manteño-huancavilcas, chimús o lambayeques, sino que era gracias a estas balsas que los pueblos mencionados entraban en contacto. Lo mismo cabe para las hachas-moneda, considero un error encasillarlas como exclusivas de comunidades zapotecas, mixtecas, purépechas, milagro-quevedo o de cualquier otra colectividad, sino que precisamente fue gracias a este tipo de objeto que una diversidad de pueblos con identidades diferentes podían relacionarse.

Esto configura un acercamiento novedoso en los análisis arqueológicos y su importancia merece ser resaltada. El entendimiento de los objetos no como indicadores de una identidad supuesta, como se hace con frecuencia al clasificar un cuenco cerámico como maya, un monolito de piedra como mexicana o un colgante de oro como calima, sino como índice de una relación en el que diferentes colectividades con identidades diversas entran en interacción, nos dibuja un panorama mucho más dinámico del pasado precolombino. No es simplemente un cambio de terminología teórico que no se ve reflejado en el acercamiento a los materiales puntuales, sino que por el contrario, comprender los objetos como relaciones cambia de manera radical las metodologías de análisis más específicos.

Un segundo punto que vale la pena desarrollar más a detalle es sobre la existencia de una moneda en época prehispánica. Existe una amplia resistencia por parte de especialistas de todo el mundo a identificar el uso de monedas en la América precolombina por considerar que esto es una perspectiva anacrónica que implica que se asumen sistemas comerciales consolidados y la atribución de (proto) capitalismo inexistentes. No obstante este tipo de prevenciones, en el caso de las hachas-moneda, los documentos son bastante contundentes para poder afirmar que se tratan de monedas en el sentido más riguroso del término. No sólo su materialidad es la idónea para haber funcionado como moneda (durabilidad, posibilidad de transporte, división y agregación de valor, escases relativa, posibilidad de autenticación, etcétera), sino que los documentos coloniales tempranos son explícitos en indicar que efectivamente eran usados en mercados indígenas como moneda. Lo anterior no quiere decir que yo considere que el capitalismo es la forma natural de organización de todas las sociedades, o que las comunidades que usaban en sus mercados las hachas-moneda tuvieran volcada su producción para el intercambio. El mercado existe en un sinnúmero de sociedades para el intercambio de productos sin necesidad que deriven

en organizaciones capitalistas, modo de producción en el que el mercado como institución se configura no sólo para el intercambio de bienes y servicios, sino como el fin último de la actividad productiva.

La adopción de las hachas-moneda como medio de intercambio permitió a las sociedades involucradas en la interacción en el Corredor Pacífico tener mercados dinámicos y posibilidad de interacción con pueblos con los que tenían contacto tan sólo por un corto periodo de tiempo, tanto por su posibilidad de permitir transacciones rápidas como por su capacidad de generar deuda. Fue en casos específicos y bajo ciertas circunstancias que las hachas-moneda fueron monedas. Cuando estas circunstancias no se presentaban, las hachas-moneda se utilizaban con otros propósitos, como se aprecia su uso entre los purépechas y demás súbditos del *cazonci*, o en otras partes de Mesoamérica, en donde, aunque se encuentran hachas-moneda, estas no funcionaban como en Oaxaca y en Guerrero.

Finalmente un punto que merece ser resaltado con más fuerza es que el intercambio a largas distancias funcionó para el establecimiento de grandes imperios (como en el caso Chimú) en algunos casos, y en otros, garantizó la independencia de algunos pueblos con respecto a estados expansionistas vecinos (por ejemplo para los manteño-huancavilcas), entre muchas otras posibilidades. Existen múltiples casos de modelos históricos y antropológicos en colectividades alrededor del mundo que muestran que en diferentes sociedades el intercambio de objetos conllevó a consecuencias cosmológicas, sociales, culturales, políticas y económicas extremadamente variables (Malinowski, 1973; Lévi-Strauss, 1989; Battaglia, 1990; Strathern 2014 [1990]; Santos Granero, 1992). No es mi intención discutir todos estos casos a profundidad, sino resaltar su diversidad y la necesidad de explorar cada caso en su propia dinámica para poder determinar qué causas y consecuencias tiene el intercambio.

Desafortunadamente en arqueología el *prestigio de las élites y el afán de expansión política y militar*, se han convertido en las explicaciones por excelencia para entender y explicar el intercambio de objetos e ideas en el mundo precolombino. No digo que en algunos casos la presencia de objetos foráneos no obedezca a estas razones, ni intento proponer otro modelo como los mencionados anteriormente para explicar el intercambio entre pueblos diferentes. Considero que debería hacerse un exámen más riguroso de los

contextos de la aparición de objetos foráneos, y sobre todo de las herramientas teórico-metodológicas que se usan para su aprehensión, para evaluar las consecuencias políticas, sociales, cosmológicas y económicas en cada caso específico.

\*

Aunque es importante, la conclusión de una tesis no debe reducirse a una enumeración de los argumentos ya presentados en extenso en el cuerpo del texto. Todo lo dicho en esta sección se puede encontrar de manera ordenada, amplia y argumentada al interior de los diferentes capítulos. Dicho esto, ahora quisiera dedicar las últimas páginas a lo que considero las fortalezas y perspectivas que me ha abierto la realización de esta tesis, así como las preguntas e investigaciones a futuro que no alcancé a resolver o desarrollar en este texto.

El principal aspecto que valoro del resultado y del proceso de realización de esta tesis es su carácter abarcante e interregional. En un mundo académico cada vez más especializado en el que se nos obliga a acotar nuestros intereses a casos puntuales, la arqueología académica ha sufrido por restringir de manera dramática sus intereses investigativos. Lograr realizar una investigación en arqueología que no se restringe a un sitio, un objeto o un motivo artístico o tecnológico específico, es una forma de pensar la disciplina de una manera diferente y renovadora. Gracias a esta tesis pude viajar por diferentes lugares de América Latina, nutrir la investigación con diferentes perspectivas y tener un conocimiento comprensivo y profundo desde puntos de vista múltiples y diversos. Esta polifonía se debe en gran parte al tema que escogí, no se puede pensar en un pasado interrelacionado y dinámico desde un presente que no tenga las mismas características.

Un segundo punto que me parece digno de resaltar es la posibilidad de repensar datos que parecen conocidos desde nuevas perspectivas y con preguntas diferentes. En el caso de la comunicación entre Suramérica y Mesoamérica, considero crucial retomar muchas de las investigaciones hechas antes de los años ochenta del siglo XX, así como tomar en serio la rigurosidad académica que le exigían sus críticos. Para la arqueología, una disciplina acostumbrada a la constante acumulación de datos primarios provenientes de

excavaciones, darse un momento de pausa para valorar e integrar lo que se considera conocido, es una posibilidad real y fértil para la innovación en el conocimiento académico.

Por último, pero no menos importante, me gustaría señalar la importancia de la interdisciplina. Parecería un tema trillado, pues ya hace décadas que los especialistas están de acuerdo con que integrar múltiples perspectivas enriquece las investigaciones. Sin embargo, en la práctica, los celos disciplinares se presentan mucho más fuertes de lo que se piensa en un primer momento. Esta investigación cae en un punto medio que parece levantar muchas discordias, si bien yo soy historiador de formación, el tema que investigo es arqueológico y muchos de los autores en los que baso mis argumentos teóricos son antropólogos. Considero que una de las mayores fortalezas de esta investigación es precisamente aglutinar diferentes perspectivas y potenciarlas al ponerlas en contacto; no obstante, esto me ha valido la desconfianza de algunos especialistas que no consideran que mi trabajo sea lo suficientemente profundo por no circunscribirse exclusivamente a la disciplina que dominan. Afortunadamente, estas reacciones son escasas y la gente con la que he tenido la fortuna de trabajar de cerca profesa y practica la interdisciplina en sus propios trabajos.

Por otro lado hay muchos aspectos que me hubiera gustado incluir en la investigación y que, por diferentes causas, no pudieron ser parte del texto final. Tal vez la más resaltante es la falta de protagonismo de los pueblos de la costa pacífica de Colombia y del sur de Centroamérica. Esta falencia no se debe a una falta de interés personal en estos pueblos, ni mucho menos al desarrollo de la arqueología como disciplina en estos lugares. Existe por supuesto un tema de conservación de materiales, en específico la costa pacífica colombiana tiene un clima tropical con abundante humedad y suelos ácidos que no permiten que muchos objetos subsistan al paso del tiempo. También es necesario remarcar que tanto en el Pacífico mesoamericano como en la costa ecuatoriana y del norte del Perú, existe una larga tradición de investigaciones enfocadas al comercio marítimo y las relaciones a larga distancia. Debido a la existencia de este trabajo ya realizado es más fácil centrar un estudio en estas zonas que en otras donde el tema ha sido inexplorado. Sin embargo, esto no excusa su exclusión y en futuras investigaciones es innegociable incluir la acción y participación de los habitantes del occidente colombiano y centroamericano en las conexiones del Corredor Pacífico.



Existe otro aspecto que, aunque no tuve la fortuna de explorarlo, se revela como un punto esencial para el entendimiento cabal de la historia del Corredor Pacífico: su desarrollo luego de la conquista europea. Existen suficientes evidencias de que la navegación con balsas siguió siendo usada en puertos ecuatorianos y peruanos durante toda la época virreinal. Del mismo modo la hachas-monedas siguieron siendo medio de intercambio común en los mercados indígenas por lo menos en la Colonia temprana. Existen trabajos excelentes sobre el Pacífico americano como parte del imperio español; entre ellos resalta el trabajo de Mariano Bonialian (2012) con una perspectiva regional bastante sugerente. Sin embargo, la acción indígena en la navegación e intercambio se ha visto opacada por su escasa aparición en los registros oficiales. Entenderla es abrir paso a un aspecto de la historia del Corredor Pacífico poco abordado en esta tesis.

Para finalizar con las conclusiones me gustaría terminar con una reflexión sobre una preocupación que aqueja a muchos historiadores de mi generación. Pareciera que al estudiar el pasado remoto se está desatendiendo el presente. Nuestros países sufren muchas necesidades y mantenerse en la torre de marfil académica ayuda poco o nada en las urgencias de nuestros pueblos. El impacto de nuestras investigaciones fuera de lo estrictamente académico es algo que nos inquieta a un gran número de colegas de áreas afines. A lo largo de la tesis no se ha hecho referencia a su posible aplicación más allá del tema académico que explícitamente abarca la investigación, sin embargo sí considero que es importante, así sea al final, escribir al respecto.

En países como Colombia, México y Perú (por citar solamente los casos que conozco más de cerca) la arqueología se configura como un discurso de poder altamente efectivo para promover sentimientos de nacionalismo y arraigo. De manera aparentemente paradójica, para que el discurso arqueológico se haya vuelto nacional, tuvo que pasar por un proceso de des-indigenización, ofreciendo un pasado conjunto a la totalidad de los ciudadanos y no sólo a grupos específicos dentro de las fronteras nacionales (Langebaek, 2009; Navarrete, 2009). Es decir, la arqueología tuvo que convertirse en un discurso abstracto, teórico, aplicable a cualquier contexto. Una arqueología recursiva pensada desde la teoría derivada de los datos en el campo y que no se fije como meta delimitar fronteras culturales e identidades étnicas identificables en el pasado sino que, por el contrario, su objetivo sea el estudio de las relaciones y la interacciones, nos ofrece la oportunidad de

pensar el presente y el futuro de nuestra región en los mismos términos. Gracias a poder analizar el pasado de una realidad en donde las diferencias, lejos de separar a los pueblos, los unen, me permito pensar ahora en una América Latina en la lo que nos hace una unidad no sea aquello que compartimos (lengua, religión, historia colonial), sino aquello que nos hace diversos.

## Bibliografía

Acuña, René

1982 *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Antequera*. Tomo II. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

1987 *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Michoacán*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Albornoz, Rodrigo de

1525 “Carta del contador Rodrigo de Albornoz, al emperador”, en *500 años de México en documentos*. <[http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1525\\_283/Carta\\_del\\_contador\\_Rodrigo\\_de\\_Albornoz\\_al\\_emperado\\_472.shtml](http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1525_283/Carta_del_contador_Rodrigo_de_Albornoz_al_emperado_472.shtml)> (14.03.2015).

Albiez-Wieck, Sarah

2011 *Contactos exteriores del Estado tarasco: Influencias desde dentro y fuera de Mesoamérica*. Tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía. Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn.

Alcina Franch, José, Alicia Alonso Sagaseta, Jean François Bouchard y Mercedes Guinea Bueno

1987 “Navegación precolombina: el caso del litoral pacífico ecuatorial: evidencias e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, No 17: 35-74.

Alvarado Hernandez, Hazael

2014 “¿Y del mar llegaron? Los contactos entre Sudamérica y el occidente de México: Balances y perspectivas en torno a un viejo problema”, en *La investigación arqueológica en Michoacán : avances, problemas y perspectivas*. Espejel Carbajal, Caludia (ed.). pp. 367-402. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Anawalt, Patricia Rieff

1992 “Ancient Cultural Contacts Between Ecuador, West Mexico and the American Southwest: Clothing Similarities”, *Latin American Antiquity*, 3 (2): 114-129.

1997 “Traders of the Ecuadorian Litoral”, *Archaeology*, Vol. 50, No 6: 48-52.

1998 “They Came to Trade Exquisite Things. Ancient West Mexican-Ecuadorian Contacts”, en *Ancient West Mexico. Art and Archaeology of the Unknown Past*. Townsend, Richard F. (ed). pp: 233-250. Chicago: The Art Institute of Chicago.

Andritzky, Walter

- 1987 “Balsas de la costa norte del Perú antiguo y actual”, *Boletín de Lima*, Año 9, No 49: 33-41.
- Anónimo.
- 1844 “Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del código número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena”, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Fernández Navarrete, D. Martín, D. Miguel Salvá y D. Pedros Sainz Baranda. pp: 193-201. Madrid: Imprenta de la viuda de Calero.
- Appadurai, Arjun (ed.)
- 1991 *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Barcelos Neto, Aristóteles
- 2012 “La (des) animalización de los objetos: ofrendas de comida y subjetivación de máscaras y flautas entre los Wauja de la Amazonía meridional”, en *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y la personificación*. Santos Granero, Fernando (ed). pp.177-206. Quito: Abya-Ayala.
- Battaglia, Debora
- 1990 *On the Bones of the Serpent: Person, Memory, and Morality in Sabarl Island Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Beltrán, José Carlos
- 2001 *La explotación de la Costa del Pacífico en el Occidente de Mesoamérica y los Contactos con Sudamérica y otras Regiones Culturales*. Tepic: Cuadernos del Seminario Nayarit, Región y Sociedad.
- Bennett, Wendell y Junius Bird.
- 1949 *Andean culture history*. Londres: Robert Hale.
- Benzoni, Girolamo
- 1985 *La Historia del Nuevo Mundo (Relatos de su viaje por el Ecuador, 1547-1550)*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador.
- Berdan, Frances F. y Michael E. Smith
- 2004 “El sistema mundial mesoamericano posclásico”, *Relaciones*, vol. XXV: 19-77.
- Bertazoni, Cristiana
- 2001 *O papel do “dinheiro primitivo” na economia inca*. Tesis de Maestría en Arqueología. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas. Universidad de São Paulo.
- Bischof, Henin y Julio Viteri Gamboa

- 2006 “Entre Vegas y Valdivia: la fase San Pedro en el suroeste de Ecuador”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 35 (3): 361-376.
- Bischof, Henin  
 1973 “Una investigación estratigráfica en Valdivia (Ecuador): Primeros resultados”, *Indiana*, 1: 157-167.
- Bonialian, Mariano  
 2012 *El Pacífico Hispanoamericano. Política y comercio asiático en el Imperio español (1680-1784). La centralidad de lo marginal*. México: El Colegio de México.
- Blanco, Alicia, Bernardo Rodríguez y Raúl Valadez  
 2009 *Estudio de los cánidos arqueológicos del México Prehispánico*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia e Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Blanton, Richard E., Stephen A. Kowalewski y Gary M. Feinman  
 1992 “The Mesoamerican World-System”, *Review*, XV, 3: 419-426.
- Blower, David  
 1996 *The Quest for Mullu: Concepts, Trade, and the Archaeological distribution, of Spondylus in the Andes*. Tesis de Maestría en arte. Trent University.
- Bray, Tamara  
 2004 “Cultura, interacción y contacto en el área intermedia”, *Revista de Arqueología del Área intermedia*, #6: 277-294.
- Bray, Warwick  
 1992 “Sitio Conte Metalwork in Its Pan-American Context”, en *River of Gold: Precolumbian Treasures from Sitio Conte*. Hearne, Pamela y Robert Sharer (eds). pp: 33-46. Filadelfia: Universidad de Pensilvania.
- Braudel, Fernand  
 2002 *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Browlee, Walter  
 1991 *La primera vuelta al mundo*. Madrid: Akal.
- Burguer, Richard L.  
 1992 “The Sacred Center of Chavín de Huantar”, en *The Ancient Americans, Art from Sacred Landscapes*. Townsend, Richard F. (ed). pp: 265-277. Munich: The Art Institute of Chicago, Prestel Verlag.
- Cabrero, María Teresa y Carlos López  
 1997 *Catálogo de las Tumbas de Tiro del Cañón de Bolaños*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

- Callaghan, Richard T.  
 2003 “Prehistoric trade between Ecuador and West Mexico: a computer simulation of coastal voyages”, *Antiquity* 77 (298): 796-804.
- Campana, Cristóbal  
 2012 *Arquitectura y Ceremonia en Chan Chan*. Trujillo: Universidad Privada Antenor Orrego.
- Carcedo, Paloma  
 2014 “Los vasos en la orfebrería Sicán”, en *Cultura Sicán: esplendor preincáico de la costa norte*. Shimada, Izumi (ed). pp: 107-46. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Carot, Patricia y Marie-Areti Hers  
 2016 “De perros pelones, buzos y *Spondylus*. Una historia continental”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas Vol. XXXVIII N. 108*: 9-50.
- Carter, Benjamin P.  
 2008 *Technology, Society and Change: Shell Artifact Production Among Manteño (A. D. 800-1532) of Coastal Ecuador*. PhD Dissertation. Department of Anthropology. Washington University.  
 2011 “*Spondylus* in South American Prehistory”, en *Spondylus in Prehistory. New Data and Approaches*. Infantidis, Fotis y Mariana Nikolaidou (eds). pp. 63-89. Londres: British Archaeological Report.
- Chávez, Álvaro  
 1985 “Vivienda Prehispánica en el Sur Occidente de Colombia”. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*. Serie Monográfica 6: 145-155.
- Cieza de León, Pedro.  
 2004 “Del señorío de los Incas. tercera parte de la crónica del Perú”, en *Cronistas coloniales* (segunda parte). Estudio, biografías y selecciones de J. Roberto Páez. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Coe, Michael D.  
 1960 “Archaeological Linkages with North and South America at La Victoria, Guatemala”. *American Anthropologist*. 62: 363-393.
- Constenla, Adolfo  
 1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Craig, Alan. K. e Izumi Shimada  
 1986 “El Niño Flood Deposits at Batán Grande, Northern Peru”. *Geoarchaeology: An International Journal*, Vol 1, No 1: 29-38.

Cordy-Collins, Alana

1990 "Fonga Sidge, Shell Purveyor to the Chimu Kings". En *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor. A Symposium at Dumbarton Oaks 12th and 13th October 1985*. Moseley, Michael E. y Alana Cordy-Collins (eds.). pp. 393-417. Washington: Dumbarton Oaks.

1999 "La sacerdotisa y la ostra: ¿queda resuelto el enigma del *Spondylus*?". En *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*, 17-33. Lima: Fundación Telefónica del Perú y Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

Craveri, Michela E.

2012 *El lenguaje del mito; voces formas y estructura del Popol Vuh*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

De las Casas, Bartolomé

1986 *Historia de las Indias. Tomo III*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Demarest, Arthur A., Mary Pye, Paul Amaroli y James Myers

1991 "Las sociedades tempranas en la Costa Sur de Guatemala", en *II Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1988*. Laporte, J.P., S. Villagrán, H. Escobedo, D. de González y J. Valdés (eds). pp: 35-40. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

Dewan, Leslie

2007 *An Analysis of Pre-Columbian Balsa Raft Design to Determine the Suitability of Such Rafts for Ancient Maritime Trade Between Ecuador and Mexico*. Tesis de licenciatura en Ciencias. Massachusetts Institute of Technology.

Dewan, Leslie y Dorothy Hosler

2008 "Ancient Maritime Trade Between Ecuador and Western Mexico on Balsa Rafts: An Engineering Analysis of Balsa Raft Functionality and Design", *Journal of Anthropological Research*, Vol. 64: 19-40.

Díaz, Amanda y Luc Ortlieb

1993 "El fenómeno "El Niño" y los moluscos de la costa peruana". *Bull. Inst. fr. Études andines* 22 (1): 159-177.

Dorsey, George A.

1901 *Archaeological Investigations on the Island of La Plata, Ecuador*. Chicago: Publications of the Field Columbian Museum. Anthropological Series, Vol 2, No 5.

Edwards, Clinton.

- 1965 *Aboriginal Watercraft on the Pacific Coast of South America*. Berkeley: University of California Press.
- Escuela de Ingeniería de Antioquia  
s.f “Navegación con vela”  
<<http://fluidos.eia.edu.co/hidraulica/articulos/conceptosbasicosmfluidos/DEPORTES/PAGINAS/navegación%20con%20vela.htm>> (01.04.2015)
- Estete, Miguel de  
1918 *Noticia del Perú (1535)*. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, tomo 1, No. 3. Quito: Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.
- Falchetti, Ana María  
2008 “The Darién Gold Pendants of Ancient Colombia and the Isthmus”, *Metropolitan Museum Journal*, Vol 43: 39-73.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo  
2007 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*. Tercera parte, Tomo IV. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Filini, Agapi  
2007 “Mesoamérica y la perspectiva del sistema-mundo: nuevos enfoques”, en *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. pp 1-11. Guadalajara: Asociación Latinoamericana de Sociología.
- Gárate, David  
2017 *Los Argonautas del Pacífico Intertropical Americano*. Tesis de licenciatura en Arqueología. Universidad Veracruzana.
- García Domínguez, Federico, Óscar Holguín-Quiñones, Esteban Félix y Marcial Arellano  
2010 “Usos actuales y conocimiento biológico de algunos moluscos con concha de importancia arqueológica de Pacífico Tropical Mexicano”, en *Ecos del pasado: los moluscos arqueológicos de México*. Suárez, Lourdes y Adrián Velázquez (coords). pp. 17-28. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- García Capistrán, Hugo  
2010 “El pasado mesoamericano”, en *Enciclopedia de conocimientos fundamentales*, vol 3. Labastida, Jaime y Rosaura Ruiz (coords). pp. 11-14. México: Universidad Nacional Autónoma de México y Siglo XXI.
- Gell, Alfred  
1998 *Art and Agency. An Anthropological Theory*. Oxford: Claredon Press.
- González, Víctor (comp.)



- 2012 *Arqueología en el Área Intermedia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- González, María Lourdes y José Carlos Beltrán  
 2010 “Materiales del Formativo y del Clásico Temprano en la costa sur de Nayarit”, en *El sistema fluvial Lerma-Santiago durante el Formativo y el Clásico Temprano: precisiones cronológicas y dinámicas culturales. Memoria del segundo Seminario-Taller sobre Problemas Regionales*. Solar Valverde, Laura (ed). pp: 109-130. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro  
 2004 “Historia de las Guerras Civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias”, en *Cronistas coloniales* (primera parte), Tomo II. Estudio, biografías y selecciones de J. Roberto Páez. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Gutiérrez Usillos, Andrés  
 2002 *Dioses, símbolos y alimentación en los Andes. Interrelación hombre-fauna en el Ecuador prehispánico*. Quito: Abya Yala.
- 2016 “Reinterpretación de una silla manteña de piedra, ¿tronos para caciques o asientos para la eternidad? En *Metáforas de linaje. Sillas manteñas del Ecuador prehispánico. Estudio, restauración y análisis de una silla de piedra en el Museo de América*. Gutiérrez Usillos, Andrés (ed.) pp.6-54. Madrid: Museo de América.
- Haberland, Wolfgang  
 1974 *Cultural de la América indígena. Mesoamérica y América Central*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harris, Marvin  
 2009 *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. México: Siglo XXI.
- Haslett, John  
 2006 *Voyage of the Manteño. The education of a Modern-Day Expeditioner*. Nueva York: St Martin’s Press.
- Henare, Amiria, Martin Holbraad y Sari Wastel  
 2007 *Thinking Through Things. Theorising Artefacts Ethnographically*. Londres: Routledge.
- Hendon, Julia  
 2012 “Objects as Persons. Integrating Maya Beliefs and Anthropological Theory”, en *Power and Identity in Archaeological Theory and Practice, Case studies*

*from Ancient Mesoamerica*. Harrison-Buck, Eleanor (ed). pp. 82-89. Salt Lake City: The University of Utah Press.

Herrera, Antonio de

1726 *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme de Mar Océano*. Madrid: Oficina Real de Nicolás Rodríguez.

Hirt, Kenneth G. y Joanne Pillsbury (eds)

2013 *Merchants, Markets, and Exchange in the Pre-Columbian World*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Hocquenghem, Anne Marie

1993 “Rutas de entrada del mullu en el extremo norte del Perú” *Bull. Inst. fr. Études andines*, 22 (3): 701-719.

1999 “En torno al mullu, manjar predilecto de los poderosos inmortales” en *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*. pp. 47- 103. Lima: Fundación Telefónica del Perú y Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

2009a “El *Spondylus princeps* y la Edad de Bronce en los Andes centrales”, *Baessler Archiv*, Band 57: 141-168.

2009b “El *Spondylus princeps* y la Edad de Bronce en los Andes centrales: las rutas de intercambios”, en *Actas del 53° Congreso Internacional de Americanistas*. México.

Hocquenghem, Anne Marie y Manuel Peña Ruiz

1994. “La talla del material malacológico en Tumbes”. *Bull. Inst. fr. Études andines*, 23 (2): 209-229.

Hodder, Ian

2012 *Entangled: An Archaeology of the Relationships Between Humans and Things*. Nueva York: Wiley-Blacwell.

Holm, Olaf

1983 *Cultura Milagro-Quevedo*. Guayaquil: Museo Antropológico y Pinacoteca, Banco Central del Ecuador.

Hosler, Dorothy

1998 “Artefactos de cobre en el Posclásico Tardío mesoamericano: yacimientos minerales, regiones productivas y uso” en *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales*. Ávila, Ricardo, Jean P. Emphoux, Luis G. Gastélum, Susana Ramirez, Otto Schöndube y Francisco Valdez (eds). pp. 319-332. Guadalajara: Universidad de Guadalajara y ORSTOM

2005 *Los sonidos y colores del poder. La tecnología metalúrgica sagrada del occidente de México*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.

Hosler, Dorothy, Heather Lechtman y Olaf Holm

1990 *Axe-monies and their Relatives*. Studies in Pre-columbian Art and Archaeology, No 30. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Hirt, Keneth

1997 "Review of The Sounds and Colors of Power: The Sacred Metallurgical Technology of Ancient West Mexico. By Dorothy Hosler", *Ethnohistory*, Vol. 44, No. 1: 178-180.

Jaramillo Arango, Antonio

2014 "La cuenca del Caribe como Unidad Diversa: el Juego de Pelota, una máquina para lidiar con la alteridad", en *Sistemas políticos, relaciones internacionales e identidades. Memorias III Congreso Internacional de Estudios Caribeños*. Romero, Raúl Román, Jorge Elías Caro y Antonino Vidal (comps.). pp. 228-254. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe.

2015a "El Sistema Comercial en el Corredor Pacífico antes de la Invasión Europea. Una perspectiva desde Ecuador" en *Memorias de las Terceras Jornadas de Historia Económica*. Kuntz, Sandra (coord.). pp. 466-485. México: Asociación Mexicana de Historia Económica, Universidad Autónoma de Sinaloa.

2015b "Culturas y pueblos precolombinos de la costa pacífica. Navegación e intercambio entre los Andes Centrales, el Área Intermedia y Mesoamérica" en *El mar: Percepciones, lecturas y contextos*. Pinzón Ríos, Guadalupe y Flor Trejo Rivera (coords.) pp. 291-316. México: UNAM e INAH.

2016a "Régimen objetual entre los mayas del periodo Clásico, una propuesta", *Estudios de Cultura Maya XLVII*: 163-191.

2016b "Lo ajeno y lo propio entre los mayas del Clásico", en *XXIX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala. Tomo I*. Arroyo, Bárbara, Luis Méndez Salinas y Gloria Ajú Álvarez (eds.). pp. 229-239. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Asociación Tikal.

2016c "Bitácora de un Colgante Darién en el "cenote sagrado" de Chichén Itzá", en *Cuevas y cenotes. Una mirada multidisciplinaria*. Romero, Roberto (ed.) pp. 173-195. México: Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

- 2017 “Comunión e interexistencia. El *Spondylus* spp. en la Costa Norte del Perú durante el Intermedio Tardío (800-1450 d.C)” *Antípoda Rev. Antropol. Arqueol. No. 28.*: 71-91.
- En prensa La navegación indígena en la costa norandina según las fuentes documentales. *Historia y Cultura N. 29*
- Jaramillo, Antonio y Ricardo Borrero  
2015 “Enterrando al cuerpo. Objetos y cuerpos individuales en las tumbas mayas del Clásico”, en *Memorias del XXIV encuentro “Los investigadores de la cultura maya”*. pp. 206-215. Campeche: Universidad Autónoma de Campeche.
- Jaramillo González, Samuel  
Ms. “Apuntes para una reformulación de la teoría marxista del valor trabajo abstracto” Agosto 2016.
- Jiménez de la Espada, Marcos  
1969 *Relaciones geográficas de Indias. Perú*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo 183. Madrid: Ediciones Atlas.
- Joyce, Rosemary y Susan Gillespie  
2012 “Making Things out of Objects That Move” en *Things in Motion. Objects Itineraries in Anthropological Practice*. Joyce, Rosemary y Susan Gillespie (eds). pp. 3-19. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- Joyce, Rosemary y Susan Gillespie (eds.)  
2012 *Things in Motion. Objects Itineraries in Anthropological Practice*. Rosemary Joyce y Susan Gillespie. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa.  
1748 *Relación Histórica del viaje hecho de orden de S. Mag. A la América Meridional*. Primera Parte, Tomo Primero. Madrid: Antonio Marín.
- Kelly, Isabel  
1980 *Ceramic Sequence in Colima: Capacha, An Early Phase*. Anthropological Papers of the University of Arizona. Number 37. Tucson: University of Arizona Press.
- Kirchhoff, Paul  
2009 *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*. Xalapa: Al fin liebre ediciones digitales.
- Klaus, Haagen D., Izumi Shimada, Kon-Ichi Shinoda y Sarah Munro  
2014 “Consecuencias de la Estructura Social de la Cultura Sicán Medio sobre la Salud y la Variación Biocultural: Perspectivas de los Rituales Funerarios,

Biología Esquelética, y las Estructuras Genéticas”. En *Cultura Lambayeque en el contexto de la costa norte del Perú*. Fernández, Julio César y Carlos Wester (eds). pp. 215-236. Chiclayo: Museo Bruning, IAR, Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo.

Klumpp, Kathleen M.

2014 “Replicación de la pintura iridiscente” *Arqueología Ecuatoriana* [En línea] < <https://revistas.arqueo-ecuatoriana.ec/es/apachita/apachita-21/283-replicacion-de-la-pintura-iridiscente> > (18.07.2017).

Kroeber, Albert Louis

1939 *Cultural and natural areas of native north America*. Berkeley: University of California.

Kroeber, Albert Louis y Clyde Kluckhohn

1952 *Culture. A critical review of concepts and definitions*. Nueva York: Vintage Books.

Langebaek, Carl

2009 *Los herederos del pasado: indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela* (dos tomos). Bogotá: Uniandes.

Lévi-Strauss, Claude

1989 *La vía de las máscaras*. México: Siglo XXI.

Litvak, Jaime

1975 “En torno al problema de la definición de Mesoamérica”, *Anales de Antropología*, Vol 12, No 1: 171-195.

La Leyenda de los Soles

2002 En *Mitos e historias de los antiguos nahuas*. Paleografía y traducciones de Rafael Tena. pp. 175-206. México: CONACULTA.

López Austin, Alfredo, y Leonardo López Luján.

2001 *El pasado indígena*. México: Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México.

López, Adolfo, y Janina Urcuyo

2008 *Moluscos de Nicaragua I. Bivalvos*. Managua: Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales.

Lothrop, Samuel K

1962 [1940] “South America as seen from Middle America”. En *The Maya and their neighbors: Essays on Middle American Anthropology and Archaeology*. Hay, Clarence L. Ralph L. Linton, Samuel K. Lothrop, Harry L. Shapiro, George C. Vaillant (eds.). pp. 417-429. Salt Lake City: University of Utah Press.

Lumbreras, Luis Guillermo

1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Lima: Moncloa Campodonico.

Lunniss, Richard M.

2001 *Archaeology at Salango, Ecuador: an Engoroy Ceremonial Site on the South Coast of Manabí*. Tesis de doctorado en Arqueología. University College of London.

2013 “¿Por qué es necesario conocer el caso de Salango?”. *Arqueología Ecuatoriana* [En línea] <<http://www.arqueo-ecuatoriana.ec/es/home/editorial>> (22.11.2016).

2016 “Investigaciones arqueológicas en Salango: Nuevos aportes al estudio de un antiguo sitio sagrado”. *ReHuSo: Revista de Ciencias Humanísticas y Sociales*. Vol 1: 1-38.

Mac Kay, Martín y Patricia Arana

1999 “Información etnohistórica y evidencias arqueológicas en las islas del litoral peruano: la naturaleza sagrada de las islas”. *BIRA* 26: 403-416.

Mackey, Carol y Joanne Pillsbury

2013 “Cosmology and Ritual on a Lambayeque Beaker”. En *Art and Archaeology. Essays in Honor of Frederick R. Mayer*. Young-Sánchez, Margaret (ed.). pp. 115-141. Denver: Denver Art Museum.

Malinowski, Bronislaw

1973 *Los argonautas del Pacífico Occidental: un estudio sobre comercio y aventura entre los indios de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Península.

Marcos, Jorge

2005 *Los pueblos navegantes del Ecuador Prehispánico*. Quito: Abya Ayala.

Marcos, Jorge y Presley Norton

1981 “Interpretaciones sobre la arqueología de la isla de La Plata”, *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana. Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador*, Año 1- No 1: 136-154.

Mauss, Marcel

2009 [1923/24] *Ensayo sobre el Don*. Buenos Aires: Katz editores.

Mc Ewan, Collin

2003 *‘And the Sun sits his Seat’ Creating Social Order in Andean Culture*. Tesis de doctorado en Antropología. University of Illinois at Urbana-Champaign.

- Medina, José Toribio  
 1912 *Monedas Usadas por los Indios de América al Tiempo del Descubrimiento*. Buenos Aires: Impresora de Coni hermanos.
- Megggers, Betty J.  
 1998 *Evolución y Difusión Cultural. Enfoques teóricos para la Investigación arqueológica*. Tomo I. Quito: Abya Ayala.
- Merkel, John F. y María Ines Velarde  
 1998 “Naipes (axe moneys): a pre-Hispanic currency in Peru”, *Archaeology International* 2: 57-59
- Miller, Daniel  
 2005 “Materiality: An Introduction”, en *Materiality*. Daniel Miller (ed). pp. 1-50, Durham, N.C.: Duke University Press.
- Moore, Jerry. D. y Carolina María Vílchez  
 2016 “Spondylus and the Inka Empire on the far North Coast of Peru. Recent Excavations at Taller Conchales, Cabeza de Vaca, Tumbes”. En *Making Value, Making Meaning: Techné in the Pre-Columbian World*. Costin, Cathy Lynne (ed.). pp: 221-252. Washington D.C.: Dumbarton Oaks.
- Museo del Oro de Bogotá  
 2008 *Museo del Oro*. Bogotá: Banco de la República.
- Narváez, Alfredo  
 2011 “El arte mural de Huaca Las Balsas a través del tiempo”. En *Huaca Las Balsas de Túcume. Arte Mural Lambayeque*. Narváez, Alfredo y Bernarda Delgado (eds.). pp: 91-139. Túcume: Museo de Sitio de Túcume.  
 2014 *Dioses de Lambayeque. Estudio introductorio de la mitología tardía de la Costa Norte del Perú*. Túcume: Proyecto Especial Naylamp Lambayeque y Museo de Sitio de Túcume.
- Narváez, Alfredo y Bernarda Delgado  
 2011 “El campo de la muerte en Huaca Las Balsas”, en *Huaca Las Balsas de Túcume*. Narváez, Alfredo y Bernarda Delgado (eds.). pp. 177-194. Túcume: Museo de Sitio de Túcume.
- Navarrete, Federico  
 2009. “Ruinas y estado: arqueología de una simbiosis mexicana”, en *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*. Gnecco, Cristóbal y Patricia Rocabado (comp). pp: 65-82. Bogotá: Banco de la República y Uniandes.  
 2011 “Writting, Images, and Time-Space in Aztec Monuments and Books”, en *Their Way of Writing. Scripts, Signs, and Pictographies in Pre-Columbian*

*America*. Boone, Elizabet H. y Gary Urton (eds). pp: 175-195. Washington D.C.: Dumbarton Oaks.

Núñez Calderón de la Barca, Carlos

s.f. *Los caminos que andan. Contactos marítimos prehispánicos entre Ecuador y México*. Guayaquil: Publicaciones de la Biblioteca de la Ilustre Municipalidad de Guayaquil.

Oliveros Morales, José Arturo

2000 *El espacio de la muerte. Hacedores de tumbas en el México prehispánico*. Tesis de doctorado en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.

Olsen, Karen

1999 *Ancient South America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Padilla-Serrato, Jesús, Juana López-Martínez, Jesús Rodríguez-Romero, Daniel Lluch-Cota, Felipe Galván Magaña y Alejandro Acevedo-Cervantes

2016 “Composición y aspectos biogeográficos del ensamble de peces de la laguna costera Las Guásimas, Sonora, México”, *Lat. Am. Aquat. Res* 44 (1): 85-98.

Pérez, Tomás

2003 "Hilos de un mismo tejido cultural: El área maya y la costa del golfo", *Estudios de cultura maya XXIII*: 17-33.

Pillsbury, Joanne

1996 “The Thorny Oyster and the Origins of Empire: Implications of Recently Uncovered Spondylus Imagery from Chan Chan, Perú”, *Latin American Antiquity*, Vol 7, No 4: 313-340

Plazas, Clemencia

2007a “La Metalurgia del Área Intermedia Sur dentro del Panorama Americano”, *Inter. J. South American Archaeol.*, 1: 33-38.

2007b “La Metalurgia del Área Intermedia Sur dentro del Panorama Americano” en *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, Retos y nuevos temas*. Tomo I. Quito: Abya Yala.

Pollard, Helen Perlstein

1993 “Merchant Colonies, Semi-Mesoamericans, and the Study of Cultural Contact: A Comment on Anawalt”, *Latin American Antiquity* Vol. 4, No. 4: 383-385

Popol Vuh

2012 Traducción del quiché al inglés, notas e introducción de Allen J. Christenson. México: CONACULTA y FCE.



Prieto, Gabriel

- 2010 “Aproximaciones a la configuración política Lambayeque: Una perspectiva desde el Sitio de San José de Moro, Valle de Jequetepeque”. En *Perspectivas Comparativas sobre la Arqueología de la costa sudamericana*. Cutright, Robyn E., Enrique López-Hurtado y Alexander J. Martín (eds.). pp. 231-246. Lima, Pittsburgh y Quito: PUCP, University of Pittsburgh y Ministerio de Cultura del Ecuador.

Relación de Huarochirí

- 1991 *Huarochiri Manuscript*. Traducción al inglés y comentarios de Frank Salomon y George Urioste. Austin: University of Texas press.

Relación de Michoacán

- 2002 *Crónicas de América 36*. Edición de Leoncio Cabrero Fernández. Madrid: Dastin Historia.

Renfrew, Colin y Paul Bahn

- 1993 *Arqueología. Teoría, métodos y práctica*. Madrid: Akal.

Rick, John W.

- 2004 “The Evolution of Authority and Power at Chavín de Huántar, Peru”, *Archeological Papers of the American Anthropological Association*. Special Issue: Foundations of Power in the Prehispanic Andes. N. 14: 71-89.

Rivera Dorado, Miguel

- 1973 *Relaciones prehispánicas entre Mesoamérica y el Área Andina Septentrional. Extracto de tesis doctoral*. Madrid: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid.

Rostworowski, María

- 1999 “Intercambio prehispánico del *Spondylus*” en *Spondylus ofrenda sagrada y símbolo de paz*. pp: 35-45. Lima: Fundación Telefónica del Perú y Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

- 2005 *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI- XVII/ Curacas y sucesiones, costa norte, Obras completas IV*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Ruvalcaba Sil, José, Gabriela Peñuelas Guerrer, Jannen Contreras Vargas, Edith Ortiz Díaz y Eumelia Hernández Vázquez

- 2009 “Technological and material features of the gold work of Mesoamerica”. *ArcheoSciences. Revue d'archéometrie* 33: 289-297.

Salazar, Ernesto

- 2012 “Panorama de la arqueología ecuatoriana a inicios del siglo XXI” en *Arqueología en el Área Intermedia*. Víctor González (comp). pp: 283-311. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Salomon, Frank  
 2013 “Ancestros, huaqueros y los posibles antecedentes del “Incaismo” cañari”, *Revista de Antropología*, No 20: 7-40.
- Santos Granero, Fernando  
 1992 *Etnohistoria en la Alta Amazonía: siglos XV-XVII*. Quito: Abya-Yala.
- Santos Granero, Fernando (ed.)  
 2012 *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y la personificación*. Quito: Abya-Ayala.
- Saville, Marshall  
 1913 *Pre-Columbian decoration of the teeth in Ecuador. With some account of the occurrence of the custom in other parts of North and South America*. Lancaster: The New Era Printing Company.
- Schortman, Edward M. y Patricia A. Urban  
 1994 “Living on the Edge: Core/Periphery Relations in Ancient Southeastern Mesoamerica”, *Current Anthropology*, Vol. 35, No 4: 401-430.
- Sepúlveda, María Teresa  
 2003 “Interpretación y análisis de la Matrícula de Tributos”. *Arqueología Mexicana* ed. esp. 14: 12-84.
- Sevilla, Elías  
 2009 “Arte en la necrópolis prehispánica de Tierradentro”, *Revista Colombiana de Antropología* 45 (2): 369-397.
- Shady, Ruth.  
 2005 “Caral-Supe y su entorno natural y social en los orígenes de la civilización”, *Investigaciones Sociales*, 9, 14: 1-32.
- Shimada, Izumi  
 2014 “La Naturaleza del Centro Ceremonial de Sicán y su reflejo en la Organización Socio política Sicán”. En *Cultura Lambayeque en el contexto de la costa norte del Perú*. Fernández, Julio César y Carlos Wester (eds). pp. 49-77. Chiclayo: Museo Bruning, IAR, Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo.
- Shimada, Izumi, Ken-ichi Shinoda, Steve Bourget, Walter Alva y Santiago Uceda  
 2005 “mtDNA Analysis of Mochica and Sicán Populations of Pre-Hispanic Peru”, en *Biomolecular Archaeology. Genetic Approaches to the Past*. Occasional

Paper No. 32. Reed, David M. (ed.). pp. 61- 92. Center for Archaeological Investigation. Carbondale: Southern Illinois University.

Sinclair, Carole

2006 “Wari y Tiwanaku: Los tejidos imperiales” en *Awakhuni. Tejiendo la Historia Andina*. pp: 52-63. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Smith, Cameron y John Haslett.

2000 “Construction and Sailing Characteristics of a Pre-columbian Raft Replica”, *Bulletin of Primitive Tchnology*, No 20: 13-31.

Smith, Cameron, Greg Baker, John Haslett e Iliana López

2008 “On the Vessel Sailed by Bartholome Ruiz in 1526: Characterization and Significance for the Pre-Columbian Archaeology of Northwestern South America” *Terrae Incognitae* 40: 47-59.

Smith, Michael E.

1997-1998 “A model for the Diffusion of the Shaft Tomb Complex from South America to West Mexico”, *Steward Anthropological Society*, Vol 9, No 1 y 2: 179-205.

Somohano, Ana

2015 *Árboles en las estelas de Izapa: una propuesta de análisis*. Tesis de Maestría. Posgrado en Estudios Mesoamericanos. Universidad Nacional Autónoma de México.

en prensa *Lakam Tuun: Reflexionando sobre el papel de las estelas entre los mayas prehispánicos*

Speilbergen, Joris van.

1906 *The East and West Indian Mirror. Being an Account of Joris van Speilbergen Voyage Round the World (1614-1617)*. Londres: The Hakluyt Society.

Steward, Julian (ed. gen.)

1940-1947 *Handbook of South American Indians*. Washington D.C.: Smithsonian Institution.

Stemper, David

1993 *The Persistence of Prehispanic Chiefdoms on the Río Daule, Coastal Ecuador*. University of Pittsburg Memoirs in Latin American Archaeology No 7. Pittsburg: University of Pittsburg y ediciones Libri Mundi.

Strathern, Marilyn

2014 [1990] “Artefatos da história: os eventos e a interpretação de imagens” en *O efeito etnográfico*. Marilyn Strathern. pp: 211-230. São Paulo: Cosac Naify.

- Sturtevant, William C. (ed. gen.)  
1978- . *Handbook of North American Indians*. Washington D.C.: Smithsonian Institution.
- Suárez, Lourdes  
1977 *Tipología de los objetos prehispánicos de concha*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.  
  
2007 *Conchas y caracoles, ese universo maravilloso*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Swadesh, Morris  
1969 *Elementos del tarasco antiguo*. México: UNAM.
- Szászdi, Adam  
1978 “En torno a la balsa de Salango (Ecuador) que capturó Bartolomé Ruiz”, *Anuario de Estudios Americanos*, No 35: 453-554.  
  
1982 “Las rutas del comercio prehispánico de metales”, *Cuadernos Prehispánicos*, No 9-10: 5-128.
- Taylor, Anne Christine  
2005 “Las máscaras de la memoria. Ensayo sobre las pinturas corporales jívaro”, en *Chamanismo y sacrificio*. Chaumeil, Jean-Pierre, Roberto Pineda Camacho y Jean François Bouchard (eds). pp. 299-333. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Tena, Rafael  
2002 *Mitos e historias de los antiguos nahuas*. México: CONACULTA.
- Topic, John R.  
2013 “Exchange on the Equatorial Frontier. A comparison of Ecuador and Northern Peru”, en *Merchants, Markets, and Exchange in the Pre-Columbian World*. Hirt, Kenneth G. y Joanne Pillsbury (eds). pp: 335-388. Washington D.C: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Uceda, Santiago, Miguel Cornejo García y Ana María Hoyle.  
1980 *Informes de trabajos de excavación llevados a cabo por el Centro de Investigación y Restauración de Bienes Muebles, La Libertad, en la zona: sur 1, sector de Chayhuac, Chan Chan. Trazo de la carretera de evitamiento*. Reporte al Instituto Regional de Cultura de La Libertad, Trujillo.
- Universidad de Texas  
1943. *Ocean currents*. [En línea]  
<[http://www.lib.utexas.edu/maps/world\\_maps/ocean\\_currents\\_1943.jpg](http://www.lib.utexas.edu/maps/world_maps/ocean_currents_1943.jpg)>. (07.03.2012).

- Valadez, Raúl  
 2003 *La domesticación animal*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM y Plaza y Valdés Editores.
- Valadez, Raúl, Christopher M. Götz y Velia V. Mendoza  
 2010 *El perro pelón, su origen, su historia*. México: Universidad Autónoma de Yucatán e Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Velandia, César  
 1999 “The Archaeological Culture of San Agustín: Towards a New Interpretation”, en *Archaeology in Latin America*. Politis, Gustavo y Benjamin Alberti (eds). pp. 185-218 Londres y Nueva York: Routledge.
- Velázquez, Adrián, Belém Zúñiga y Norma Maldonado  
 2011 “Pre-hispanic attire made of *Spondylus* from Tula, Mexico”, en *Spondylus in Prehistory. New Data and Approaches*. Ifantidis, Fotis y Mariana Nikolaidou (eds). pp. 209-219. Londres: British Archaeological Report.
- Villa Montoya, María Angélica  
 2012 *Análisis Estadístico Multivariante de los Principales Componentes Químicos sobre Hachas Moneda de Cobre para determinar diferentes grupos de acuerdo a su composición*. Tesis de grado en Ingeniera en Estadística Informática. Escuela Politécnica Superior de Chimborazo.
- Villalejo, Marcial, y Maria del Socorro Muñetón  
 2002 “Tópicos sobre la almeja burra *Spondylus calcifer*”. *Hidrobiológica* 12 (1): 79-81.
- Wallerstein, Immanuel  
 2005 *Análisis de Sistema-Mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI.
- Wauchope, Robert (ed. gen.)  
 1964-1976 *Handbook of Middle American Indians*. Austin: University of Texas Press.
- Weiner, Annette B  
 1992 *Inalienable Possessions. The Paradox of Keeping-While-Giving*. Berkeley: University of California Press.
- Wester, Carlos  
 2012 *Misterio e Historia en la Cultura Lambayeque. La sacerdotisa de Chornancap*. Lima: Ministerio de Cultura.
- 2016a *Chornancap. Palace of the Leader and Priestess of the Lambayeque Culture*. Lambayeque: Ministerio de cultura del Perú.

2016b “El personaje de los Spondylus de Chornancap, cultura Lambayeque: del mar a la sepultura”. *Quingnam* 2: 53-82.

Willey, Gordon.

1971 *An introduction to american archaeology*. 2 Vols. New Jersey: Prentice-Hall.

Wissler, Clark

1993 *Los indios de los Estados Unidos de América*. Barcelona: Paidós.

Wit Blits

s.f “Física y cálculos de un velero” <<http://www.witblits.eu/fc/01-sustentacion/>> (01.04.2015)

Zárate, Agustín de

1577 *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*. Sevilla: Casa de Alonso Escribano.

Zeidler, James A.

1986 “El intercambio primitivo, el comercio prehistórico y el problema de una conexión mesoamericana-sudamericana”, en *Arqueología de la costa ecuatoriana. Nuevos Enfoques*. Marcos, Jorge (ed). pp: 131-162. Quito: Corporación Editora Nacional.

Documentos de archivo:

Archivo Regional de Piura (ARP)

ARP, Corregimiento, Caja 43, Exp. N.0891 [Expediente seguido por don Francisco Migueles sobre las embarcaciones francesas que han llegado a Paita]

Archivo General de Indias (AGI)

AGI, Escribanía, 106b.

AGI, Contaduría, 662.